
Ella
ES LA GARANTÍA
PIPER STONE

ELLA ES LA GARANTÍA



PIPER STONE

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16

Postfacio
Maestros de la mafia
Otras Obras de Piper Stone

Copyright© 2024, Stormy Night Publications y Piper Stone

Reservados todos los derechos. Este libro, ni en todo ni en parte, puede reproducirse ni transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio, sea electrónico o mecánico, incluyendo el uso de la fotocopia y la grabación, ni almacenarse de ninguna forma ni por ningún sistema de recuperación, salvo permiso expreso y siempre por escrito del editor.

Publicado por Stormy Night Publications and Design, LLC.
www.StormyNightPublications.com

Stone, Piper
Ella es la garantía

Este libro es ***sólo para adultos***. En él se describen escenas de sexo violento y otras actividades que son sólo fantasías, dirigidas exclusivamente a un público adulto.

CAPÍTULO 1

Capítulo uno

Kelan

Un secuestro.

Raptarla minutos antes de su boda había resultado una tarea fácil.

Mantenerla en mi poder seguro que iba a ser distinto.

Pero yo era el tipo de hombre que no admite un no por respuesta.

—Así que creo que tenemos que hablar de unas cuantas reglas que son importantes. —Me senté en el borde de la cama al tiempo que miraba con gesto serio a la preciosa joven—. Eres mi prisionera. No harás nada sin pedirme permiso ni sin mi aprobación explícita. Te facilitaremos ropa, comida e, incluso, ese vino que pareces adorar, pero siempre en función de tu comportamiento y de que aprendas a obedecer. Si no lo haces, el castigo será inmediato y duro. Soy un hombre razonable, Francesca, pero si me contrarías, lo pagarás.

—¿Cómo te atreves a tratarme así? —siseó frunciendo los adorables labios.

—¿Que cómo me atrevo? —Reí y negué con la cabeza—. Deberías saber que soy tu única vía de salvación. Te sugiero que aprendas a asumirlo.

—Por encima de mi cadáver.

Era una princesa de la mafia, una mujer que no estaba acostumbrada en absoluto a seguir una disciplina ni a obedecer órdenes. Mimada desde que nació y preparada desde siempre para convertirse en reina. Pero para mí no era más que mercancía con la que negociar.

—¡Que te jodan! —ladró, al tiempo que intentaba estirar la mano para arañarme.

—El castigo va a empezar ahora mismo. No te equivoques: soy un hombre peligroso. —La

agarré del pelo obligándola a rodar sobre sí misma y le rasgué los *shorts* que le habíamos proporcionado. Cada centímetro de su cuerpo me pertenecía.

Mi propiedad.

Bajé la mano rápidamente pese a sus intentos de desasirse.

—No…, ¡no! —gritó, moviendo los brazos para intentar protegerse.

La azoté en las nalgas durante bastante tiempo y con fuerza, cambiando de un lado a otro y disfrutando del calor que empezaba a sentir en la palma de la mano.

—¡Suéltame! —Seguía peleando, y lo único que conseguía era alimentar mi deseo. Ni se imaginaba lo que podía hacer con ella.

Lo que iba a hacer con ella.

Pasé los dedos por el largo cabello, tirando de él mientras bajaba la cabeza para hablarle.

—Te sugiero que dejes de luchar, porque si no voy a usar el cinturón. Aprenderás cuál es tu sitio aquí. —Pude ver el fuego de sus ojos, algo que logró que mi polla se pusiera en pleno estado de alarma. El deseo inundaba todas y cada una de las células y músculos de mi cuerpo.

—Ya te lo he dicho. Que. Te. Jodan. —Seguía indómita y desafiante.

La azoté una y otra vez. El culo le ardía y la piel adquirió un tono rosado intenso.

Mi polla casi no podía aguantar más y tenía los cojones tensos como la piel de un tambor.

—No te equivoques, Francesca. Voy a poseerte. Y no vas a poder evitarlo de ninguna manera.

Solo me detuve cuando dejó de forcejear y empezó a respirar hondo. En principio, ella era mi venganza, una exigencia en un mundo en el que los hombres llevaban las riendas y las mujeres no eran otra cosa que juguetes con los que disfrutar.

Sin embargo, esta mujer era distinta. Inteligente.

Guapa.

Con redaños.

Iba a gozar quebrando su voluntad.

* * *

Tres días antes

Me había iniciado como miembro de la mafia a los once años.

Había sido testigo de mi primer contrato a los doce.

Había quebrado la voluntad y el cuerpo de un hombre a los dieciocho.

Había asesinado a un enemigo peligroso a los diecinueve.

Había visto asesinar a mi madre a sangre fría a los veinticinco.

En ese momento, el tiempo se detuvo.

Ten cuidado con tus demonios personales.

Son capaces de robarte el alma.

Me asomé a la ventana y suspiré al pensarlo. Me habían hecho acudir a la mansión de mi padre, concretamente al enorme despacho con vistas a una piscina tropical con su cabaña. La suave brisa californiana rizaba ligeramente las aguas cristalinas. Todo parecía relajado, sereno.

Pero yo sabía que no era así.

No era una llamada casual, de ninguna manera. Tenía que ver con los negocios de mi padre, siempre brutales y sanguinarios. Decía que sus operaciones eran «necesidades funcionales en el seno de un mundo disfuncional», para llevar el dinero hacia los que «tenían derecho» a él. El dinero prestado y no devuelto tenía un precio muy alto, bien en intereses , bien en fluidos corporales. Y esta era solo una pequeña parte del total, que incluía proporcionar diversión en fiestas, relaciones sociales basadas en favores e inversiones inmobiliarias. Había acuñado la frase hacía muchos años, y ponía en manos de los clientes cualquier tacto, sabor, licor o droga que les apeteciera. Gracias a eso se había convertido en un hombre inmensamente rico.

En Los Ángeles no se había construido ningún edifico de lujo que, de una u otra forma, no llevara la marca de la familia Cappalini. A mi padre le gustaba decir que la oficina del alcalde y el cuerpo de policía le pertenecían. Incluso la mitad de los miembros del mundo del espectáculo eran suyos, hasta el punto de no poder dar una fiesta sin su consentimiento y control.

Escuché sus pasos detrás de mí y me estremecí, apretando con fuerza el caro vaso de whisky escocés que me estaba tomando. Capté su expresión risueña en la imagen reflejada en el cristal a prueba de balas de la ventana y controlé el gruñido que me apetecía dejar salir. No era ni el momento ni el lugar de meterse en otra discusión, que no llevaba a ninguna parte. También pude ver la enorme figura de Grinder, que en esos momentos podía considerarse su segundo al mando. Era un hombre que no me preocupaba en absoluto, y al parecer el sentimiento era mutuo.

—Me alegro de que hayas venido, Michael. —Mi padre se acercó a grandes zancadas sin perder ni un minuto, como siempre—. Puedes irte, Grinder.

—Por supuesto, jefe —contestó el aludido tras dudar un segundo y clavando sus ojos en los míos. ¿Qué pensaba el muy gilipollas, que iba a acabar con mi propio padre?

Mi mal humor apareció inmediatamente. Mi padre y yo siempre discutíamos, habláramos de lo que habláramos.

—¿Cuántas veces te he pedido que no me llames por ese nombre, «Ricardo»? —Ricardo Cappalini era un hombre de la vieja escuela, seguidor de las formas heredadas y aprendidas en las oscuras calles de Italia. Había salido de muy abajo, casi de la nada, y había maniobrado a través del hambre y la violencia para abrirse camino en América. A pesar de que lo había perdido todo en el proceso, incluso cualquier atisbo de humanidad, la familia lo era todo para él.

O al menos eso era lo que continuaba diciéndome.

Nunca me había demostrado nada, salvo que seguía siendo un hombre violento y muy desagradable.

Desde la muerte de mi madre durante un ataque terriblemente violento, yo me había alejado de todo lo que tuviera que ver con sus valores familiares y la tiranía absoluta que emanaba de ellos. Además, su venganza había estado a punto de costarle la libertad.

Yo era el hijo cabrón, una broma en su círculo de grandes capos de la mafia. No importaba que hubiera ganado una cantidad importante de dinero haciendo cine, yo era el heredero natural. Algo que a mí me importaba una mierda, por lo que en todo momento era un terrible dolor de cabeza para él. De hecho, me consideraba una estrella de cine inútil y molesta. Di un trago de escocés saboreando la potente quemazón mientras el líquido descendía por mi garganta.

—Sí piensas que por alguna razón voy a utilizar ese ridículo nombre de Kelan Rock, estás muy equivocado —dijo mi padre muy exasperado. Habíamos tenido esta discusión decenas de veces.

Esperé hasta escuchar el hielo golpeando las paredes de cristal de su vaso. Tenía que admitir que esa llamada urgente había despertado mi curiosidad.

—¿Qué es lo que quieres, padre? Tengo que asistir a un estreno.

—¡Si emplearas más tiempo en atender los asuntos de tu familia y cumplir con tus responsabilidades que en esas gilipolleces en las que estás metido seguro que no estaríamos en este lío! —Su voz de barítono hacía temblar las paredes de la habitación.

Y su tono era de preocupación.

Controlé mi ira y me volví hacia él.

—¿De qué lío se trata ahora? —Lo conocía bien. Siempre hablábamos siguiendo una especie de código, pese a que uno de sus capos peinaba la casa en busca de micrófonos al menos dos veces al día. El FBI siempre estaba al acecho.

Dio un trago a la copa antes de acercarse a mí, hablando en voz baja esta vez.

—Grinder y Tony han captado el rumor de un intento de asalto al poder.

Dos de sus lugartenientes más leales, soldados que realizaban las tareas más oscuras y crueles, y que recibían buenas recompensas por su dedicación y silencio. Siempre estaban al tanto de lo que pasaba en la calle.

—¿Asalto al poder? ¿Por parte de quién? —Yo conocía a las otras cuatro familias más poderosas de los Estados Unidos incluso más a fondo que mi padre, y ninguna de ellas se atrevería a plantar cara a su organización, y menos aún a desafiar su poder. Sabían lo salvajemente que podría reaccionar si le presionaban. Observé una gota de sudor cayéndole desde la sien. Estaba nervioso de verdad.

—Una rama de la familia Massimo. ¿Has leído los periódicos de esta mañana? —Me lanzó un ejemplar con gesto desdeñoso.

Hacía años que no leía *Los Angeles Times*. Sus periodistas mantenían una actitud poco

profesional respecto al crimen organizado y la política, pues preferían ser cautos y no dar lugar a reacciones violentas. Mi padre no había sido capaz de comprarlos. Dejé el vaso sobre la mesa y desdoblé el periódico. El titular era sensacionalista, buscaba vender ejemplares por encima de todo.

«Nuevos asesinatos. ¿Está preparada Los Ángeles para otra guerra de bandas?»

Suspiré y meneé la cabeza ante el alarmante titular. El artículo estaba diseñado para despertar el temor, y le daba el crimen organizado el mismo enfoque superficial y pomposo de siempre. Dos hombres habían sido tiroteados a la salida de un famoso club nocturno, casualmente el favorito de mi padre. No me cupo la menor duda de que se trataba de sus soldados. La escena captada por el fotógrafo anónimo le iba a hacer famoso. Horrible y sangrienta, mostraba un primer plano perfecto de los cadáveres de los dos individuos, tirados en medio de la calle.

—¿Dos de tus hombres?

Asintió despacio, y le tembló la mano al llevarse el vaso a la boca.

—Marcos y Sam. Dos de los mejores.

—¿Y te estaban protegiendo?

Me miró con cautela.

—Como siempre, sí.

—¿Quién es el responsable?

Ricardo se tomó su tiempo para volver a llenar el vaso antes de responder. El ataque lo había puesto muy nervioso.

—Hombres de Massimo. Al menos por lo que me han contado.

Me vi obligado a reflexionar acerca de todo lo que me habían explicado a lo largo de los años, cosas que hubiera preferido olvidar. La noticia era realmente devastadora.—¿Quieres decir que los Massimo están fuera de Italia? Me tomas el pelo…

La familia Massimo era tan poderosa en Italia como la Bratv*a* rusa, y aunque se les consideraba extremadamente violentos y utilizaban los viejos métodos para solucionar los problemas, también funcionaban con un código de honor. Saltar a América y tratar de usurpar la autoridad establecida no era su estilo. Que hubieran matado a dos guardaespaldas de mi padre podría tratarse de un acto de venganza, o bien del preludio de una guerra. En cualquier caso, el peligro había aumentado. Me cabreaba la situación, y sobre todo el hecho de que los asesinatos iban a interferir directamente en mi vida. Dejé a un lado el periódico y me llevé la copa a los labios. No necesitaba saber el resto de los detalles.

Ricardo me dirigió una mirada seria.

El whisky de trescientos dólares la botella se volvió algo más amargo. Me tocaba ser civilizado. Para mi padre esto podía significar una guerra total, algo que a la ciudad de Los Ángeles no le hacía falta.

—¿Estás preparando represalias? Y, si es así, ¿cómo me afectan a mí

—Los Saltori están implicados.

—¿Louis Saltori? —Mi padre había mantenido fuera de ciertos aspectos del negocio a su único hijo. Pensé en el hijo de Saltori, con el que me había estado cruzando de vez en cuando desde que entré en el mundo del espectáculo. Empezaba a pensar que era una trampa. Hasta ese momento, los Saltori habían sido jugadores de segunda, aunque todos conocían sus conexiones con la mafia siciliana. Con el objetivo de mantener la paz, mi padre les había cedido el control de una pequeña parte del negocio, que Louis controlaba con mano de hierro. A lo largo de los años, el dos por ciento que recibía mi padre suponía una cantidad de dinero de lo más interesante.

Mi padre sabía que, antes o después, los Massimo se establecerían en América, pero no pensaba que fuera a ser tan pronto ni de forma tan agresiva.

Podía oler la traición.

—Si lo que hemos podido averiguar es correcto, Louis va a intentar dar su golpe en unos treinta días. Ha formado un ejército numeroso y cuenta con reservas de dinero importantes. Viejo cabrón. No he sabido hasta ahora que fuera así. Los rumores ya me están costando pasta, y esto se va a acabar. ¡Me voy a cargar a esos hijos de perra! —La expresión de furia de su cara hacía que los que trabajaban para él temblaran de miedo.

—¿Por qué los Saltori atentan contra la paz?—Tras la última guerra de bandas se habían establecido ciertos parámetros para hacer desaparecer la violencia de las calles, y uno de ellos fue dotar de cierto poder a Saltori. Tenía mucha presencia en el tráfico de drogas, y utilizaba el negocio inmobiliario como tapadera. Por desgracia, todas las entregas que llegaban al país debían contar con su aprobación.

Se acercó un poco más a mí y entrecerró los ojos.

—Saltori quiere más. Supongo que alguien le ha hecho algunas promesas. Además, sabes que nunca he confiado en él. —Hizo un mínimo gesto de desprecio al contestar, como si su respuesta me fuera a molestar de algún modo. Me miró de arriba abajo. Estaba claro que no le gustaba nada la ropa que me había puesto—. Por si todavía no te habías dado cuenta de la conexión, te la aclararé: su hijo ha trabajado contigo antes. Maldito gilipollas.

Pensé en el hijo de Saltori. El infame director de cine nunca había mostrado el más mínimo deseo de participar en el negocio de su padre, más o menos como yo. ¿Era un conspirador? Seguro que sí.

—Vincenzo Saltori. Sé perfectamente quién y qué es.

—Puede que hasta te haya servido algo de lo que te he enseñado.

—Déjalo, padre. Nunca olvido nada de lo que enseñas. ¿Qué quieres que haga? —Vincenzo no era amigo mío, pero tenía mucha influencia en Hollywood. También era el director de mi último proyecto. En fin, un cabrón arrogante con muchos contactos. Nunca había creído en las coincidencias. Me habían buscado para el papel, pese a que la última vez que Vincenzo y yo habíamos trabajado juntos se habían producido importantes daños materiales.

Nunca me había preocupado la conexión con los Massimo, o puede que ni siquiera le prestara atención. Si lo que estaba diciendo mi padre era verdad, las cosas iban a ponerse muy difíciles y

sería necesario tomar decisiones complicadas.

—Lo que quiero de ti es que ocupes el lugar a mi lado que siempre te ha correspondido. Necesito tu ayuda y tu fuerza. Esto se puede poner… muy difícil. —Sus ojos adquirieron un brillo vengativo. Estaba planeando una ejecución en masa. Así de bien conocía a mi padre. Golpeaba sin preguntar. Si Saltori había intervenido de alguna manera en el asesinato de sus capos, nada lo detendría.

Me estaba pidiendo que participara en su plan asesino. No iba a conseguir avergonzarme hasta que dejara la vida que tanto me había costado conseguir. Bajo ningún concepto.

—Me niego a participar en el derramamiento de sangre en las calles. Ese mundo no es el mío, padre. ¿es que no te acuerdas? —Lo miré con frialdad antes de terminarme la bebida, estampando el vaso en la carísima barra de mármol.

—Lo que recuerdo es que le hiciste una promesa a tu madre. Lo que recuerdo es que te has mantenido alejado de tu familia durante años, fingiendo que tus derechos de nacimiento no existen. Lo que recuerdo es que mi hijo es un maricón cobarde.

Estaba acostumbrado a sus provocaciones e insultos, pero esta vez había llegado al límite.

—¿Mi derecho de nacimiento?—Me acerqué a él hecho una furia, aunque tratando de controlar ese tipo de ira que me traía muy malos recuerdos. Cuando llegué hasta él, estaba temblando. —¿Mi derecho de nacimiento a una organización criminal? ¿A un monstruo? —Esperé unos segundos, deseando que su respuesta fuera desagradable.

Pero se limitó a mirarme con esos fríos ojos negros que tan bien conocía.

—La promesa que le hice a mi madre fue dejar para siempre esa vida, y eso es exactamente lo que voy a hacer. —Había sido un hombre brutal, violento por naturaleza y dando exactamente los mismos pasos de mi padre. Tenía sangre en las manos, unas manchas que nunca desaparecerían, un hedor que nunca abandonaría mi nariz. Le había hecho esa promesa sólo unas semanas antes de su muerte.

Y eso fue tras presenciar otra tragedia, un acto inmoral ordenado por mi padre. Pude ver la imagen del hombre que realmente era, del verdadero monstruo. Hoy volvía a contemplar esa misma imagen.

Al ver que no reaccionaba, me di la vuelta y me dirigí hacia la puerta. Sabía lo que sus soldados pensaban de mí. No me tenían el más mínimo respeto. Puede que fuera egoísta, pero mi madre se había pasado muchos años preparándome para otros propósitos.

—Crees que puedes huir, Michael, pero te escondas donde te escondas, la verdad quedará al descubierto. Eres sangre de mi sangre y carne de mi carne. Eres mi hijo, y algún día tomarás el testigo.

Sólo me detuve el tiempo suficiente para dirigirle una mirada desdeñosa y de odio. Había estado a punto de destruir mi vida una vez. . Que me aspen si le iba a dar oportunidad de volver a hacerlo.

—Que la vida te trate bien, padre.

Al alejarme pensé en lo que podría significar pagar por los pecados de un padre…, del mío para ser exactos.

Por encima de mi cadáver.

* * *

—¡Kelan! ¡Mira para acá!

—¿Me puedo hacer una foto contigo?

—¡Rey carnal! ¡Rey carnal!

Los gritos eran siempre los mismos, las fans alineadas frente a la alfombra roja y apoyadas sobre el cordón de terciopelo. Todas querían un trozo de mí. El apodo «Rey carnal» había surgido a partir de una escena de amor bastante subida de tono que apareció en mi primera película. Me quedé de pie con las manos en los bolsillos y la eterna sonrisa en la boca. Al menos el brillo de furia quedaba oculto por sombras oscuras. Se estrenaba mi última película, una cinta de aventuras destinada a ser un éxito seguro.

Tenía un colega en la policía, un fan de Kelan, la estrella de cine. Siempre había sospechado que estaba a sueldo de mi padre, pero nunca habíamos tenido una conversación inapropiada. Shane había sido bastante comunicativo en lo que se refería a los detalles del crimen. El ataque había sido rápido y limpio, con disparos procedentes de las ventanillas convenientemente bajadas de un Cadillac negro. ¡Jodidos cobardes!

Recogí la información básica ante un par de cervezas heladas y varios chupitos de tequila en el interior de un club de *strip-tease* que era su local favorito para desconectar. La policía estaba muy nerviosa y temía más derramamiento de sangre. Habían mirado para otro lado montones de veces, pero la sangre en las calles no se podía dejar de lado sin realizar una investigación.

Debería darme el gusto de beber champán en lugar de dejarme llevar por la autocompasión y la furia. Había querido a mi padre, incluso lo había venerado, pero la adoración se había mancillado. No obstante, lo que había pasado era desconcertante. No sabía hasta qué punto Vincenzo estaba involucrado en las actividades de su familia, aunque sospechaba que sabía mucho más de lo que había mencionado la prensa. Todo el mundo tenía secretos.

Seguí manteniendo la sonrisa de plástico cuando llegó la siguiente limusina. La prensa estaba buscando cualquier signo de debilidad, un escándalo que les proporcionara sus quince minutos de fama. Aunque tras mi primer éxito en la gran pantalla se había hecho mención de mi familia, eso ya era agua pasada.

De momento.

Si me fiaba de lo que me había contado mi padre, habría una jugosa revelación pronto. Puede que Ricardo tuviera razón. No podía huir. Permanecí donde estaba mientras se abría la puerta de la limusina y la preciosa rubia se levantaba el vestido al salir, saludando de inmediato a la multitud alegre y vociferante.

Los gritos no paraban. Todo el mundo quería admirar a la fantástica pareja: nuestras historias

alimentaban sus deseos. Bufé internamente al pensarlo. Apenas podía soportar a Trudy, con su actitud de princesa que necesita disciplina, y de la dura. Era la personificación de la estrella de cine caprichosa, pero Vincenzo había insistido en que era la única actriz posible para el papel.

—No vuelvas la cabeza, pero nuestra estrella se aproxima.

Vincenzo y yo nos habíamos peleado demasiadas veces, pero esta noche no estaba de humor para aguantar sus gilipolleces. Conocía su fama, pero no se lo había reprochado más que él a mí. No nos soportábamos, eso era todo. Algunos dirían que era mala sangre.

No iba a hacerle saber que estaba al tanto de la inminente traición de su padre. Hacerlo no me haría ningún bien, y podría dar una pista al enemigo de lo que le esperaba. Sí, había aprendido todo lo que significaba vivir en una familia estrechamente protegida, a ser un prisionero en una casa muy cara. Mi madre había sentido lo mismo, como si fuera una mera chuchería para mi padre, la preciosa estrella de cine que mi padre había podido conseguir como trofeo.

Mi nacimiento fue más de lo mismo. Él habría querido más hijos, pero el cuerpo de mi madre no respondió. Y mi padre volcó su frustración en su único hijo.

—Tras esta noche no vamos a tener que volver a soportarnos mutuamente, Vincenzo. Créeme si te digo que no voy a perder el tiempo con un director mediocre. —Mantuve un tono lo más neutro posible sin dejar de mirarlo a los ojos. Si estaba al tanto de lo que planeaba su padre, el cabrón arrogante lo disimulaba muy bien.

—Vas a aparecer en todas y cada una de las ruedas de prensa y actos que se celebren, porque si no te desacreditaré para siempre —susurró entre dientes Vincenzo.

Me volví para mirarlo de frente.

—¿Ahora con amenazas, Vincenzo? Es interesante, viniendo de ti. —Se mascaba la tensión. Noté que había apretado el puño como si fuera a pegarme. Eso sería carne de portadas, sin duda. Sin duda quería averiguar lo que yo sabía, pero parecía olvidar que yo era muy buen actor.

—Promesas, amigo mío —siseó.

—¡Vamos, chicos, tranquilidad! —Mi agente se aproximaba jurando para sí mismo. Cuando llegó a nuestra altura nos miró con mala cara—. Estamos delante de unos doscientos periodistas. ¿De verdad os queréis seguir comportando como si tuvierais cinco años? —Drake Collier siempre era la voz de la razón.

Entrecerré los ojos a la espera de que fuera Vincenzo el que cediera primero. La confrontación estaba abierta, también para él. Se me había erizado el vello, pues el instinto me decía que estaba metido en todo lo que se avecinaba.

—Además —siguió Drake—, tienes una llamada urgente, Kelan.

—No quiero que me interrumpan. Que te den el mensaje —solté, sobre todo por la expresión impertinente de Vincenzo.

Drake me agarró del brazo y tiró de mí para alejarme de la zona de conflicto.

—Creo que debes contestar. No han podido contactar contigo, por eso me han buscado. —La

urgencia de su tono era palpable.

Yo había apagado mi teléfono a propósito, a la espera de una única puta noche de diversión. El ruido que había era ensordecedor. Me alejé un poco, pero los aplausos parecían perseguirme.

—¿Sí?

—¿Hablo con…? —La voz del interlocutor se perdió.

—¡¡¡Kelan, Kelan!!!

El ruido no cedía, y tuve que alejarme aún más.

—¿Qué ha dicho? ¡Hable más alto!

—¿Es usted Michael Cappalini?

Estuve a punto de colgar directamente.

—¿Qué demonios pasa? Tiene dos segundos antes de que cuelgue.

—Soy el doctor Wallace Tucker, del Hospital Universitario. Siento decirle que su padre ha sufrido… un accidente.

Ya había escuchado antes esa frase, exactamente la misma, dicha con la misma vacilación el día que mi madre fue brutalmente asesinada. Perdí la noción del tiempo mientras seguía escuchando. Como a cámara lenta, dirigí la mirada a Vincenzo, clavándole los ojos.

La guerra acababa de empezar.

CAPÍTULO 2

Capítulo dos

Kelan

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto aquí y ahora? —La voz ronca de Grinder, seguía siendo irritante.

Giré la mirada hacia su descomunal presencia. Había rabia e incluso sospecha en sus ojos, como si pensara que yo había tenido algo que ver en el intento de asesinato.

Le había asignado a otro hombre la vigilancia y protección de mi padre, sabiendo que iba a necesitar la ayuda de Grinder para otras cuestiones. Mi decisión no le había sentado bien. No obstante, en las familias mafiosas había reglas no escritas que eran seguidas sin pestañear por los capos y los soldados, aunque no les gustaran. Me gustara o no, ahora era yo quien estaba al mando. No era necesario que los hombres me respetaran o me quisieran para que siguieran mis órdenes. Mantener a salvo nuestra organización, nuestra *Cosa Nostra,* se había convertido en el objetivo primordial. ¡Hasta recordaba casi al pie de la letra todo lo que mi padre me había enseñado, joder!

—Estoy seguro, sí. Pero no quiero que se dé ninguna pista acerca de mi implicación. ¿Lo entiendes?

Grinder, inquieto, cambió varias veces el pie de apoyo antes de contestar, siempre con esa maldita mirada fría.

—Sí, *jefe*.

También necesitaba su protección. Yo no era tonto y él había sido entrenado para esto. Armado hasta los dientes, no había nada que se le escapara. Una vez confirmado el hecho de que tanto él como el resto de los hombres habían empezado a llamarme «jefe» por sistema, no me molesté en corregirlos. Toda la organización necesita un cierto nivel de comodidad.

—¿Has peinado la casa? —pregunté sin darle importancia, sin alejarme del ventanal de suelo a techo y miranda el agua rizada por la suave brisa. La joven que había contratado mi padre para mantener la piscina había trabajado a conciencia por la mañana, y todo estaba inmaculado. Seguro que había tenido que enfrentarse a la ira de mi padre alguna vez.

—Sí, jefe. Hasta tres veces hoy. Nadie va a acercarse a ti. Tu padre me daría por el culo.

Miré el reloj y suspiré. Habían pasado ya veinticuatro horas desde el intento de ejecución de mi padre. La cirugía había durado doce horas, y ahora estaba en cuidados intensivos. El pronóstico no era bueno.

—Entonces hazlos pasar en cuanto lleguen. —Me estaba arriesgando al tener una reunión así de importante en casa de mi padre, pero las únicas personas cercanas a mí se suponía que eran mis enemigos. Menuda ironía.

—Por supuesto, jefe.

—Y otra cosa, Grinder. Asegúrate de que no falte bebida. Mucha.

Alzó las cejas sorprendido, tan sorprendido que se limitó a asentir sin preguntar. No tenía la intención de sentarme junto a la cama de mi padre. Las siguientes veinticuatro horas era claves a la hora de diseñar y ejecutar una venganza adecuada. ¿Sería posible trazar un plan claro como el cristal? Ni puta idea, la verdad.

—Así lo haré, jefe. —Grinder dudaba, como si estuviera deseando darme algún consejo, pero en vez de hacerlo se alejó a grandes zancadas. El tipo era un auténtico ejecutor como indicaba su apodo, que le venía como anillo al dedo. Había sido luchador de artes marciales antes de empezar a trabajar para los Cappalini. Pese a que yo no le gustaba, sabía que podía confiar en él , lo que en esta situación era algo vital.

Lo único que tenía que hacer para que empezara la guerra era dar una orden, pero yo era mucho más cauto que mi padre. Además, llevaba las de perder, porque no conocía bien el paño. Lo cierto es que sabía bastantes cosas, pues mi padre me había grabado a fuego ciertas cosas en la cabeza con independencia de si yo le escuchaba o no. Aquello había empezado en la guardería. Como niño que intentaba encajar, tener un guardaespaldas armado y de aspecto brutal que iba conmigo a todas partes me planteaba muchas preguntas.

Eché un trago del mismo whisky escocés que había tomado el día anterior, haciendo una mueca de dolor al sentir como me ardía la garganta, aumentando mi enfado. Agité el vaso para escuchar el ruido de los cubitos de hielo chocando con el cristal del vaso. Había alejado tanto a mi padre durante los últimos cuatro años que estaba casi insensibilizado ante el hecho de que estuviera atado a una cama de hospital, tal vez a punto de morir a causa de sus heridas

Entonces sí que se desataría el infierno.

Escuché una breve llamada a la puerta y me puse tenso. Sin poder evitarlo, pensé que podría ser un oficial de policía. Ya me habían interrogado mientras estaba en la sala de espera del hospital en el que estaban operando a mi padre. El detective al cargo tuvo suerte de no salir de allí con la mandíbula rota de un puñetazo. Me planteé denunciarlo, pero pensé que los «amigos» de mi padre intervendrían en algún momento. Afortunadamente, la prensa aún no se había enterado de lo que pasaba, por lo que pude esfumarme sin ser visto. En cualquier caso, la situación era muy

precaria.

—Kelan.

El rostro de Dominick Lugiano era estoico, sus ojos oscuros eran penetrantes. Me tranquilizaba su profunda voz de barítono, y me sentía más cercano a él que a los otros. Su padre era el jefe del sindicato de Nueva York, otro hombre violento y sin conciencia. Dominick había seguido su estela, y estaba preparado para heredar el mando en cuanto su padre faltara o lo decidiera. No compartía mi odio por el sindicato del crimen.

—Dominick, me alegro de que hayas venido. —Avancé hacia él con los brazos extendidos.

—Tú sí que sabes cómo convocar una reunión, colega. —Me abrazó con fuerza dándome unos golpecitos en la espalada con la mano abierta—. ¿Cómo está tu padre?

—Es un viejo muy testarudo. Vivirá. —Aunque tenía mis dudas. Estaba claro que el objetivo del golpe inicial había sido también eliminar a mi padre. Solo habían vuelto a terminar el trabajo. Di un paso atrás para agarrar el vaso.

—Los dos ataques han sido precipitados. Chapuceros.

—Hasta cierto punto —repliqué. La irá volvió a invadirme—. ¿Quieres un trago?

—Sí, qué demonios. Menuda mierda de vuelo. —Dominick se acercó mientras recorría con la mirada el despacho de mi padre—. Bonita cueva, sí señor

Solté un gruñido mientras le servía el escocés.

—No sé yo si a esa nueva esposa tuya va a gustarle —dijo lanzándole una significativa mirada.

—Se lo preguntaré. Todavía soy de sangre caliente, un macho carnal —Se rio y alzó el vaso—. Lo olvidé. Ese es *tu* apodo.

Puse los ojos en blanco y en ese momento entraron otros dos convocados. Lorenzo Francesco, hijo del Don de Chicago y Miguel García, el hijo mayor del cártel de Miami. Sólo faltaba Aleksei Petrov, Era un auténtico *Bratva*, cuyo padre se había adueñado del sindicato de Filadelfia desplegando una fuerza brutal, mucho más bárbara que la de la respetada mafia norteamericana. Aleksei no era diferente. Todos estábamos de acuerdo en que el tipo no tenía alma.

Hacía años que todos habíamos formado una alianza, cuyo carácter secreto juramos mantener. Nos ayudábamos mutuamente en determinadas circunstancias, eliminando a nuestros enemigos. Mi situación actual había que encararla con mucho cuidado, y su ayuda iba a resultar vital. El bastardo italiano no debía ni imaginarse de dónde le llegaban los golpes. Después de todo, éramos los hijos de las tinieblas.

—Joder, hermano. Los Ángeles es ideal para tu bronceado —bromeó Miguel nada más entrar, bailando como si sonara música.

—Sí… la verdad es que, entre otras cosas, me pagan por estar moreno —comenté con tono ausente.

—Lo que sí te puedo asegurar es que no eres tu padre —bufó Lorenzo, que se dirigió al bar

inmediatamente—. ¡Madre mía, chaval! ¡Menudo par de tetas tenemos enfrente! —Se ajustó el paquete con la mano abierta.

Me froté los ojos. Respetaba a Lorenzo, pero lo cierto era que no soportaba su forma de ser.

—A esa mujer no se la toca.

—El mismo Kelan de siempre. ¿O ahora tengo que llamarte jefe? —masculló Lorenzo.

—Basta de chorradas, Lorenzo —espetó Dominick—. Estamos aquí para hablar de cosas serias. ¿Hay rumores de guerra?

—Sólo en mis oídos —dije sin demasiada convicción. Sabía lo que se esperaba de mí.

—¿Cómo está tu padre? —preguntó Miguel.

—Pronóstico incierto.

—¿Quién coño es el responsable de esta mierda? Ha salido en todos los medios. Será mejor que te ayudemos a tomar la iniciativa y a encargarte del cabrón mientras estemos aquí. —Lorenzo dio un buen trago.

—Ha sido Louis Saltori, primo de Dante Massimo. El tal Dante es sin la menor duda el monstruo más brutal con el que he estado en contacto en mi vida. No te quepa duda de que hay más gente en su lista de víctimas, incluyéndote a ti, estrella de cine. Saltori, de momento, no es más que su puta, pero por lo que sé, lleva años buscando un territorio propio. —Aleksei había irrumpido como un ciclón dando grandes zancadas y con la rubia melena al viento gracias a la potencia de sus movimientos. Nos miró a todos uno a uno—. Yo siempre hago los deberes. Escucho. Aprendo. Amigo mío, tienes entre manos un problema de los gordos. Pero ahora necesito un trago. Vosotros los americanos no sabéis lo que es un vuelo en condiciones ni la atención al cliente.

Se me erizó el vello al escuchar sus palabras. La confirmación de mis sospechas había llegado en el momento justo.

Dominick masculló algo entre dientes y me hizo un gesto con la mano mientras se dirigía al bar.

—Nuestro amigo ruso tiene razón en lo que se refiere a Louis Saltori. Hablé con papá, y me dijo que hacía dos meses circularon rumores acerca de un posible asalto al poder, aunque no sabía dónde. Ahora ya lo sabemos.

No cabía duda de que estaba en la lista de objetivos, o al menos que pronto lo iba a estar. Dejemos que los cabrones intenten matarme a tiros.

—¿Un asalto al poder? Ese tipo de mierdas no pasa desde hace muchos años. Ese Saltori trabaja con tu padre, creo recordar, ¿no? —Fue Miguel el que preguntó.

Al parecer, no había secretos entre nosotros.

—Sí. Pero parece que ahora quiere una parte del pastel —dije. Yo mismo percibí el cansancio en mi propia voz.

—Tiene que ser eliminado de inmediato. —El tono de Miguel fue resuelto, parecido al del ruso.

—Mata o te matan.

—No sé qué cojones hacer. Por lo que me han dicho los capos de mi padre, no hay pruebas de que Louis esté involucrado. No te lo tomes a mal, Aleksei, pero hasta este momento nadie ha dado un paso adelante para reivindicar nada. Si Louis es como su hijo no tendría el más mínimo problema a la hora de presumir del casi asesinato. Lo único que sabemos es que el golpe ha sido limpio, y que se ha ejecutado con conocimiento y con un solo objetivo, mi padre. Los dos capos muertos han sido daños colaterales.

—Tus capos —dijo Aleksei sin mostrar emoción alguna. Cuando me volví a mirarlo, se encogió de hombros—. Ahora son los tuyos. Tienes que dirigirlos. Estás al cargo, y es una situación obvia de venganza. Te parezca o no cierta la información que te he dado, tienes que actuar rápido.

Suspiré y me acerqué al mostrador para volver a llenar el vaso. Tenía la intención de emborracharme. A la mierda todo lo demás.

—¿Cómo podemos ayudarte nosotros? Necesitas un plan, y deprisa. Si el tal Saltori está involucrado, no se va a dormir en los laureles. Si has encontrado a los cabrones que dispararon a tu padre, podrías empezar por ahí. —La convicción de Lorenzo era exactamente lo que necesitaba.

—No quiero más derramamiento de sangre. —Me di cuenta de que me temblaba la mano mientras me servía el whisky, tanto que el caro licor salpicó los bordes del vaso.

—Ojo por ojo, Kelan —Aleksei agarró su vaso y se sirvió una generosa cantidad de vodka—. Además, no puedes controlar una guerra territorial sin contraatacar. No puedes mostrar debilidad, bajo ningún concepto. Si crees que Saltori está implicado, acaba con él hoy mismo.

—Vale, te entiendo. Pero yo no estoy programado así. —Sabía que tenía que actuar con fuerza y decisión, contraatacando con contundencia para mantener en marcha todos los negocios de mi padre. Pero no tenía estómago para comportarme con la brutalidad que el ruso me proponía. Aleksei parecía algo enfadado. No tenía ni idea de por qué me había unido a la alianza, quizá para recibir información en la distancia.

Aleksei espetó algo en ruso, seguramente mandándome al infierno.

—Tiene que haber alguna otra manera de contraatacar y tomar el control de los acontecimientos. Pero en algún momento vas a tener que tomar una decisión drástica, amigo —reflexionó Dominick.

Lo miré, divertido por la forma en que sus ojos habían recuperado su brillo. Era, con diferencia, el más astuto de todos.

—¿Alguna sugerencia?

Rebuscó en su bolsillo y sacó una hoja de papel doblada.

—Echa un vistazo. Hice algunas averiguaciones en el avión cuando mencionaste el nombre de Massimo.

Agarré el papel tras un momento de duda y dejé el vaso sobre la barra antes de desplegarlo. La

imagen de la hermosa mujer que apareció en el papel provocó un espasmo en mi polla. Quitaba el aliento: enormes y expresivos ojos marrones, pelo negro y brillante y una boca llena y sensual que prometía horas de pasión. No me costaba nada imaginarme sus labios rodeando mi palpitante erección.

—¿Debería conocerla? —pregunté, al tiempo que pasaba el papel a los demás.

—Francesca Alessandro. Es la única hija de Antonio Alessandro. Una auténtica princesa. —Dominick no dejaba de sonreír en ningún momento.

Aleksei silbó admirado.

—Una mujer bella y muy rica. O debería decir que se convertirá en muy rica el día que se case. Heredará más de quinientos millones de dólares, o al menos eso he oído. Antonio la adora. Mataría a cualquiera que le pusiera un dedo encima sin su consentimiento. No obstante, el muy cabrón la va a vender a un cerdo.

—Parece que sabes mucho acerca de las familias italianas —se burló Miguel.

Gruñendo, Aleksei le dirigió una mirada fulminante.

—Si pasaras más tiempo aprendiendo de tus enemigos seguro que la riqueza de tu familia crecería mucho más.

—¡Calma, joder! —siseó Dominick—. Esto nos puede afectar a todos si no lo manejamos con mucho cuidado. ¿Cómo podemos impedir que los Massimo intenten robar más trozos del pastel, incluyendo Nueva York o Filadelfia?

—Esos cabrones no tendrán la ocasión de hacerlo —siseó Aleksei con ojos turbios.

—¿Con quién se va a casar? —pregunté. Dominick había dado en el clavo. Puede que los ataques sólo hubieran sido la punta del iceberg.

Dominick bajó la voz.

—Va a casarse con Vincenzo Saltori dentro de dos días. Estoy seguro de que es un matrimonio concertado. La cosa ha ido muy deprisa. La unión producirá mucho dinero, pero sobre todo lo que buscan es la fuerza de la unión entre las familias.

—Como he dicho, el tipo es un auténtico cerdo —espetó Aleksei.

—Entonces perfecto, joder —musitó Lorenzo entre dientes.

—¡Pero qué cojones…! —Pasé de la preocupación al furor. Hasta se formaron manchas delante de mis ojos. Todo, incluida la película, había sido un puto montaje. De haber permanecido junto a mi padre, lo habría visto venir desde hacía meses—. Si la cosa es así, no les va a ser difícil destrozar el control de mi padre, en California y en toda la costa oeste.

—Ni más ni menos —confirmó Dominick con una sonrisa tensa. Se inclinó aún más hacia mí—. Tienes que hacer algo al respecto, hermano.

—¿Y qué cojones puedo hacer a estas alturas? —Ya conocía la respuesta, adivinaba lo que había destilado la retorcida mente de Dominick.

—Puedes impedir la boda y dejar claro quién manda —propuso Aleksei.

Los miré alternativamente a ambos. Producía adrenalina a chorros. Sabía que la mafia italiana era muy vengativa. Ponerle la mano encima, de la forma que fuera, significaba una sentencia de muerte.

—¿Y eso que significa?

Los otros cuatro no decían nada, y apenas se movían.

—¡No, joder, no! No voy a secuestrar a una mujer inocente.

—Pues, en mi opinión, sería una forma de control inmejorable. Un coñito dulce mientras te haces con los Saltori— comentó Lorenzo, levantando su vaso.

—No es una mujer inocente, Kelan. Es una princesa de la mafia italiana que ha llevado una vida de lujo a expensas del esfuerzo de otros. Su padre es un hombre despiadado que ha trabajado durante décadas para los Massimo, y su padre antes de él. Ella sabe perfectamente hasta qué punto va a crecer su riqueza cuando se case con ese estúpido holgazán americano —dijo Dominick vehementemente.

Dominick hablaba muy en serio. Abrí la puerta trasera con violencia y me acerqué a la piscina. Al escuchar pisadas detrás de mí, empecé a mascullar.

—¡Lo que propones es una mierda! Demasiado complicado.

Se colocó a mi lado, sin dejar de mirar al agua.

—Puede que sí, amigo mío, pero no tienes otra salida, a no ser que intentes cargarte a todos y cada uno de los hombres de Louis y después le metas a él un balazo en la cabeza. Yo creo que él estará esperando una reacción parecida a esa. Ahora que tu padre está incapacitado para tomar decisiones, seguro que va a empezar a boicotear sus relaciones comerciales, cortar los suministros y hacer volar por los aires todo lo que tu padre ha levantado a base de tanto trabajo. Lo que te propongo sería del todo inesperado. Y efectivo. Además, créeme: la chica no es inocente, ni mucho menos.

Empecé a darle vueltas a la idea, aunque se me revolvía el estómago. Sabía que este día iba a llegar, que antes o después me vería obligado a entrar de lleno en los asuntos de mi familia. Había quien decía que yo era un hombre cruel, vengativo e incluso peligroso. Puede que lo fuera en algunos aspectos, sí, pero incrementar mi barbarie no iba a resultar fácil. No obstante, y como siempre me recordaba mi padre, mi verdadera naturaleza implicaba la dominación absoluta.

De los negocios.

De nuestros enemigos.

De las mujeres.

Puede que tuviera razón desde el principio. En esos momentos podía sentir los cambios en mi mente, un ansia de violencia que había aprendido a controlar y esconder a lo largo de años de práctica. La furia y la pasión se habían enfocado a la interpretación. Hasta ese momento.

—Mi madre lamentó siempre el día que se casó con mi padre. Me rogó que me alejara de la

familia, de la forma que fuera. Me obligó a prometerle que me defendería, que la haría sentirse orgullosa —expresé en voz alta lo que siempre había pensado. Pero hoy adquirían un significado completamente distinto.

Dominick guardó silencio durante un minuto entero, dando sorbos a la copa.

—Lo quieras o no, eres un Cappalini. Puedes cambiar de apellido, esconder tu identidad, y dedicarte a un trabajo que no tenga nada que ver con los negocios de tu padre, pero seguirás siendo lo que eres. En este momento concreto, no tienes más remedio que hacer lo que debes. Hagas lo que hagas en la vida, tu madre se sentirá orgullosa de ti. Eres su hijo, su orgullo y su alegría. —Me dio unas palmaditas en el hombro y se volvió. Me pareció que dudaba por un momento—. Y recuerda una cosa: tu madre sabía perfectamente en dónde se metía cuando se casó con tu padre. El arrepentimiento y la marcha atrás son imposibles. Toda una familia mafiosa esperando tu liderazgo.

Me encogí de hombros y negué con la cabeza.

—Es tu decisión, Kelan, de nadie más. Y nadie puede forzarte. Pero si no haces nada, decenas, o incluso cientos de hombres perderán la vida. Y también te digo que en estos precisos momentos tu vida corre incluso más peligro que la de tu padre.

—Puedo cuidar de mí mismo. —Dominick tenía razón. Mientras varios soldados estaban protegiendo a mi padre veinticuatro horas al día siete días a la semana, sabía muy bien que quien había iniciado las hostilidades trataría de culminarlas cuanto antes. Era sólo cuestión de tiempo, y poco. Ya había leído un informe de que empezaban a escasear los suministros. Podía tratarse sólo de un rumor callejero, o bien del comienzo de la toma del poder.

No podía permitir que eso pasara.

—Creo que no es momento de tentar la suerte, hermano. Sugiero que desaparezcas de la ciudad.

—¿Y a dónde cojones voy a ir?

Sonrió y volvió a darme unos golpecitos en la espalda.

—Tengo un sitio muy adecuado para ti, sobre todo si llevas adelante mi otra sugerencia.

Suspiré y me froté la frente. Estaba empezando a sufrir un molesto dolor de cabeza. Todo esto era demasiado complicado. Sin embargo, la debilidad era algo que no podía tolerar. Salir de la ciudad. La idea no era mala.

—Lo pensaré.

—Llámame. Puedo organizarlo en unas horas. Nadie tiene por qué saberlo.

Sus pasos resonaron mientras se alejaba. Fijé la mirada en el agua de la piscina y capté mi imagen reflejada en ella. No podía seguir escondiéndome, Dominick tenía razón. Cerré los ojos y dejé a un lado a Kelan, el chico de oro de Hollywood. Era el momento de convertirme en el hombre que mi padre siempre quiso que fuera.

Un monstruo.

CAPÍTULO 3

Capítulo tres

Francesca

—Estás muy guapa, aunque esa cara que pones es horrible.

Observé la imagen de la chica que estaba de pie frente al espejo de cuerpo entero. Detestaba el vestido, el peinado y el hecho de que me iba a casar en poco más de una hora. Podía ver a Dana detrás de mí, afanándose en ahuecar la ridícula cola por quinta vez, como si no fuera a arrugarse del todo durante el trayecto en coche.

—Me siento como una ternera. —Esto era exactamente lo que mi padre quería para su princesita.

Dana puso los ojos en blanco y se acercó al pequeño tocador apara agarrar mi copa de champán.

—Creo que necesitas algún trago más. Quizá debería pedir otra botella.

Le quité de las manos la copa y me bebí de un trago lo que quedaba. Supe que no dejaba de mirarme y escuché su bufido entre dientes. Hasta echó un vistazo a la pistola que había dejado bajo el bolso. Ella no tenía ni idea acerca de por qué necesitaba protección. Era mi mejor amiga desde hacía muchos años, casi la primera persona que conocí al llegar a América para ir a la universidad. También sabía lo mucho que detestaba a la persona con la que se suponía que me iba a casar.

No tenía la más mínima información acerca de mi peligrosa familia.

—¿Lo dices porque me veo obligada a aceptar un matrimonio concertado? —pregunté con tono sarcástico.

—¡Oye, por lo menos es un tipo rico! Tiene propiedades inmobiliarias por todo el mundo, y varios cochazos. ¿Qué me dices de la luna de miel en Fiyi? Además, es muy guapo.

—Ya, ya…

Durante los años que había vivido en los Estados Unidos me di cuenta de que me sentía más como en casa que en Italia. Había perdido casi todo el acento, más por voluntad propia que otra cosa. Por supuesto que había tenido la mejor educación posible y aprendido varios idiomas ya cuando tenía diez años, pero ¿de qué me había servido?

Casarme con un imbécil feo y pomposo como Vincenzo Saltori significaba renunciar a mi libertad. Conocía muy bien la reputación del muy gilipollas. Había escuchado todas las historias acerca de su inclinación hacia todo lo retorcido. Las dos semanas de «romance relámpago» habían sido orquestadas hasta el más mínimo detalle, pues el matrimonio se convirtió de repente en una necesidad inmediata. Aunque hasta ese momento no me había puesto la mano encima, esta noche lo cambiaría todo. Se me revolvía el estómago sólo de pensarlo.

En cualquier caso, ese miserable iba a poseerme y a castigarme como a una niña pequeña si no obedecía todas y cada una de sus órdenes.

¡Qué le dieran por culo!

Ningún hombre me había controlado jamás, y si el muy gilipollas lo intentaba, le cortaría la mano. En Italia era considerada de la realeza, pues mi familia era muy respetada. Cerré los ojos e imaginé que mi príncipe azul llegaba a nuestra boda en un carruaje tirado por caballos, preparado para estrecharme entre sus brazos y prometiéndome amor y protección.

No obligándome a obedecer sus órdenes.

Pasé junto a ella, estremeciéndome al escuchar el silbante sonido de los metros de cola de satén y gasa.

Odiaba el vestido.

Odiaba al tipo.

Odiaba la vida que me esperaba.

Y estaba atrapada.

Sí, de niña me habían mimado, me había creído todo lo que me decía mi padre, pero desde luego que no merecía esto. Podía recordar las palabras de mi padre diciéndome que era una princesa, una preciosa obra de arte. Toda Italia se refería a mí en esos términos.

Me serví la copa entera y le di vueltas, riendo entre dientes al ver las burbujas que se formaban en la superficie y bajaban hasta el fondo del vaso. Prefería abstenerme del sexo antes que irme a la cama con ese despreciable gilipollas. Sobre el papel me iba a convertir en una mujer muy rica una vez celebrado el matrimonio, se liberaría mi fideicomiso, pero ya sabía a ciencia cierta que no tendría ningún control sobre mi propio dinero.

No hubo forma de decir que no.

Por si fuera poco, Vincenzo se había asegurado de hacerme comprender las reglas. Todas y cada una de ellas.

Incluyendo la obediencia absoluta.

Detestaba a los fanáticos del control . y la dominación. Mi padre no había tenido forma de saber

o intuir con antelación hasta qué punto era controlador Vincenzo. De ninguna manera.

Sí, haría feliz a mi padre y seguiría adelante, manteniendo incólume el honor familiar. Entendía las palabras, pero la realidad era completamente distinta. Vi algo extraño en la mirada de mi padre cuando me rogó que hiciera lo que me proponía. Sabía que unir los activos de las dos familias supondría una enorme ventaja. El objetivo último era expandir los negocios gracias a las interrelaciones que se crearían, pero no era tan tonta como para suponer que era sólo eso lo que estaba en juego. Por desgracia, nunca me iba a confesar el precio real que cobraría por entregarme en matrimonio, pero sospechaba las razones que había detrás.

Poder.

Codicia.

Extorsión.

Tenía que demostrarlo, pero ¿qué pasaría si lo hiciera? ¿Qué salidas tenía?

—Tenemos que salir hacia la iglesia dentro de poco —dijo Dana en tono urgente. Al ver que no respondía, soltó una risa nerviosa—. También podemos buscar alguien que te quite de en medio y te lleve a una lujosa isla desierta. Un hombre guapo y musculoso, ya sabes. Podréis vivir felices para siempre y criar un montón de niños.

Le dirigí una sonrisa melancólica.

—Eso suena de maravilla. Menos lo que se refiera a los críos. No estoy preparada para eso. Puede que no lo esté nunca. —Mi dulce amiga nunca había visto mi otra cara, la de la princesa oscura, como había sido descrita muchas veces. Me había prometido a mí misma muchas veces que eso iba a cambiar, que renunciaría al dinero de mi padre y me ganaría la vida por mí misma, viviendo de lo que consiguiera. Expiaría mi pasado de niña mimada. ¡Lo haría!

Y ahora esto.

Pero al final accedí, teniendo en cuenta que no sólo se iba a tratar del dinero, sino también de ser feliz.

—Puede que te dé alguna alegría en… el matrimonio.

Me di cuenta de que Dana se sentía incómoda llamando a las cosas por su nombre. Procedía de una familia pobre, y fue admitida en la universidad gracias a sus altas calificaciones en la educación secundaria y a las becas obtenidas. Mi admisión la compró papá. La verdad es que al menos fui feliz durante esos cuatro años, y también los cuatro siguientes en los que trabajé en Chicago antes de mudarme a Los Ángeles. Brillo y glamour, o al menos eso pensé al principio. Ahora mi vida estaba acabada.

—No hay ninguna posibilidad.

Me acerqué al espejo para ensayar la sonrisa. Puede que un hombre enmascarado me rescatara de esta pesadilla.

Dana no sabía nada acerca de mi familia y sus conexiones. Creía que mi padre era dueño de unas bodegas y que era muy rico. Yo misma me creí esa historia durante la niñez, pero sabía que no

era así. Nací en el seno de una familia del crimen organizado, y desde que lo supe hice todo lo que estuvo en mi mano para ocultarlo.

—¡Mierda! Tengo que ponerte el velo. La limusina llegará en unos diez minutos. ¡Echa otro trago, amiga! —Dana me guiñó el ojo mientras salía de la habitación.

Me miré al espejo ensayando gestos y procurando aceptar el hecho de que iba a casarme. Tenía el deber de hacer lo que fuera por mi familia, y adoraba a mi padre, pero nunca había pensado que me vería forzada a actuar conforme a las antiguas reglas. ¿Acaso no era todo un juego? El torbellino de los acontecimientos me había dejado muy confusa. Fue mi padre el que me animó a ir al instituto en los Estados Unidos, para así ampliar mis horizontes. Para madurar. También me había incentivado durante esos años. Me animó a que estudiara una carrera universitaria. A que empezara a trabajar. A que me fuera a vivir a un apartamento. Y lo hice todo. Aprendí a vivir en América y a disfrutar de su modo de vida. Quizá papá se había dado cuenta de que necesitaba un toque de atención, un baño de realidad. Pero …¿esta mierda?

Pedirme, casi obligarme, a que tirara por la borda todo lo que había conseguido me seguía pareciendo surrealista. Cerré los ojos, luchando contra las lágrimas. Nunca me había sentido tan sola en mi vida. Algún día saldría de esto. Ya me lo había prometido a mí misma. Por lo menos iba a seguir en los Estados Unidos.

Me llevé a los labios la copa de champán, dejé que sus burbujas flotaran hasta mi paladar y después di un buen trago, de al menos un tercio de la copa llena. ¡Qué demonios! Si me emborrachaba, ¿es que alguien lo iba a notar? En ese momento me di cuenta de que no tenía ni idea de dónde estaban mis zapatos. Había decidido ponerme los de tacón de aguja para así estar por encima del gilipollas con el que me iba a casar. Sin duda esa pequeña pero deliciosa satisfacción me supondría una ronda de estricta disciplina, pero sin sacrificio no hay beneficio.

Los zapatos no estaban en la habitación. Maldita sea.

Me acerqué a la puerta del dormitorio y eché un vistazo al pasillo. La casa en la que vivía era un dúplex, lo que me permitía disponer de un pequeño patio ajardinado con árboles y flores. Mis vecinos casi nunca estaban en casa, y la más cercana era un chalé a tres manzanas de distancia. Había sido durante una temporada mi trocito de cielo en la tierra. Pero eso se había terminado. Todo estaba ya guardado en cajas, preparado para su envío a la mansión del imbécil. La idea me molestaba sobremanera.

—Dana, ¿ves mis zapatos de aguja por ahí abajo?

Me sorprendió no escuchar su respuesta de inmediato. Igual había recibido una llamada. Saqué el pintalabios del bolso y me apliqué el color rojo sangre, y después una buena dosis de perfume tras las orejas y en el cuello. Igual el tipo se atragantaba al intentar darme un beso. Miré el reloj que llevaba en el pequeño bolso y comprobé que ya habían pasado sus buenos ocho minutos.

—¿Dana?

Finalmente escuché pasos, unos pasos muy decididos. No era tonta. Tenía experiencia y seguía las instrucciones de los mejores hombres de la organización de mi padre. Algo iba muy mal. Siempre tenía cerca una pistola a mano, algo a lo que mi padre me había acostumbrado desde que tuve edad suficiente para ello.

Rodeé con la mano el frío y duro metal y me coloqué junto a la puerta, esperando a que apareciera el gilipollas que quería interrumpir la boda. Esperaba ver aparecer algún matón, por ejemplo, algún mafioso de poca monta que debiera dinero a mi padre o que tuviera algo que ver con la familia de Vincenzo. Los Saltori eran una familia influyente y poderosa, incluso más crueles de lo que mi padre lo había sido nunca. Tenía que tratarse de un tema de dinero.

A medida que los pasos se acercaban, contuve la respiración, rogando a Dios que quienquiera que hubiera entrado en mi casa no le hubiera puesto un dedo encima a Dana. Lo mataría yo misma.

Vi la imagen del intruso inmediatamente después de que entrara en la habitación. Me sorprendieron muchísimo su cuerpo larguirucho y su buena presencia. Parecía más un modelo de revista que un mafiosillo a sueldo al que le hubieran encargado secuestrarme. Igual que yo podía verlo a él, él me podía ver a mí, y lo hacía apoyado en el quicio de la puerta con una media sonrisa en los labios. Los pantalones y camisa negros y la americana blanca le daban un aspecto elegante. Podría decirse que agradable.

No obstante, tenía a palabra «gilipollas» en la punta de la lengua,

—Hola, Francesca —pronunció el saludo con una voz de barítono que sin duda provocaría punzadas de estremecimiento en cualquier mujer de sangre caliente.

Pero yo no era una de esas. Los chicos guapos no tenían sitio en el rudo mundo de la mafia. Tras escanearlo no pude detectar ningún arma. Tenía las manos en los bolsillos y un ademán relajado. Dientes perfectamente blancos. Un aspecto tan masculino que amenazaba con hacer capitular mis defensas.

Hice aquello para lo que me habían entrenado desde que tenía uso de razón: alejarme de la puerta de un salto y apuntarle a la cabeza con el revólver.

—Ni te muevas, hijo de puta. Se acabó.

Su risa fue sincera, y asintió con respeto.

—No lo creo. De hecho, me da la impresión de que tienes un buen dilema.

Habló despacio, como deseando que sus palabras calaran en mí. Pero me importaba una mierda lo que dijera.

—Tengo unos cuantos. ¿A cuál de ellos te refieres?

—A tu inminente matrimonio. —Le brillaron los ojos al decirlo, como si supiera algo que yo ignoraba. Se acercó despacio, sin perder en ningún momento la suavidad en las maneras.

—Sé muchas más cosas de las que quisiera acerca de Vincenzo. En resumen, y con toda franqueza, es un completo gilipollas.

Tengo que confesar que me sorprendieron sus palabras, y hasta tuve que morderme la lengua para contener la risa.

—¿Y qué? Es el hombre que amo.

Él no contuvo su risa.

—¡No me mientas, Francesca! No quiero que me mientas nunca más. Sólo te acarrearía un castigo muy severo.

¡Otro imbécil rarito! ¿Es que todos eran iguales? ¿Pensaba que iba a ceder tan fácilmente a esas amenazas?

—No estoy mintiendo.

Ahora se limitó a entrecerrar los ojos.

Bufé y cambié el pie de apoyo, sin dejar de apuntarle.

—¿Qué has hecho con mi amiga?

—Está descansando tranquilamente. Te aseguro que no soy ningún asesino de mujeres indefensas.

—¡Cómo si pudiera creer lo que me digas!

Fue su turno de bufar, en su caso en tono bajo y ronco.

—No tienes más remedio que hacerlo. Tú y yo vamos a ser buenos amigos, y muy pronto.

—¡Estás loco! —¿Quién se creía que era este mamón?—. ¿Por qué?

—Digamos que me vas a ayudar a ajustar una cuenta que tengo pendiente. Pero para empezar te voy a ofrecer un trato, y tendrás que analizarlo a fondo, porque no hay alternativas.

—¿Un trato? ¿Pero quién coño eres tú? —El corazón me latía a tal velocidad que apenas podía pensar. ¿De qué cuenta hablaba? ¿Tenía que ver con el gilipollas con el que me iba a casar?—. Sólo se trata de dinero, ¿verdad, cabrón?

—¡Menuda boca! Tendré que hacer algo al respecto, pero lo primero es lo primero. —Se inclinó hacia mí, sin que pareciera importarle el arma que sujetaba firmemente con mis dos manos.

—¿Qué quieres?

—Ya te lo he dicho, hacer un trato contigo. Tiene que ver con el dinero, sí, al menos hasta cierto punto, y también con el poder. Pero sobre todo con la integridad y el honor, atributos que para ciertos individuos no son ni mucho menos innatos.

Su sonrisa infantil se había vuelto molesta. ¿De qué demonios iba todo esto? Mi padre era despiadado, y por lo que yo sabía los Saltori estaban ávidos de poder. En ese momento tuve curiosidad por saber a dónde quería llegar.

—¿Qué clase de trato?

—Eso está bien, al menos quieres escuchar. Ahí va: si vienes conmigo sin causarme problemas, podrás librarte de lo que te espera, pues estarás en condiciones de vivir una nueva vida. Eso para empezar. —Dicho eso se acercó al tocador y se sirvió una copa de champán. La levantó para agitarla y dio un sorbo—. Es muy bueno. Siempre lo mejor para la princesa, por supuesto.

—No soy ninguna princesa. ¿Tú quién eres?

El tipo era descarado y molesto.

—La verdad es que no importa quién sea yo. Y te diré que tú eres exactamente cómo te han descrito, terca y arrogante. ¿Sabes quién soy yo?: soy el único hombre capaz de cambiar para bien el curso de tu vida.

Tenía los nervios a flor de piel, y el corazón latía potente y velozmente. No podía evitar la impresión de que conocía de algo a este hombre. Su cara. Su voz. Me resultaban tan familiares. Pero ¿de dónde lo conocía?

—Si crees ni por un segundo que voy a hacer algún trato con un cabrón cómo tú, lo llevas claro.

—Con un cabrón como yo… —dijo con un tono que se había vuelto peligroso. Se inclinó aún más hacia mí—. Soy muchas cosas, Francesca, y entre ellas un cabrón, sí. Pero hay mucho más. Voy a decirte una última vez que el acuerdo sigue sobre la mesa. Si no lo aceptas, todo lo que ocurra después va a ser… mucho menos cómodo.

Me empezaron a temblar las piernas. Estaba hablando muy en serio. ¿Tenía alguna salida?

—Muy bien. Soy toda oídos.

Recobró la sonrisa infantil.

—Eso está mucho mejor. La cosa va a ser muy fácil para ti. Vas a venir conmigo y desaparecer del mapa, al menos para Vincenzo.

Me quedé sorprendida, y a punto de reírme a carcajadas.

—Estás como una puta cabra. No voy a ir contigo a ningún sitio. Además, sólo por haberlo intentado, mi padre te va a perseguir hasta el fin del mundo para cortarte en pedacitos.

—Puedo enfrentarme a tu padre, tengo mis métodos. He hecho los deberes, princesa. No le des vueltas a eso en tu preciosa cabecita.

Ahora me había cabreado del todo.

—¿Por qué cojones iba a irme contigo? ¡No eres nadie!

—Creo que podría sorprenderte, y mucho. Te aseguro que lo que puedo ofrecerte es infinitamente mejor que lo que planea para ti tu… prometido. —Parecía muy satisfecho de sí mismo.

Todo era una locura.

—Con el tiempo me libraré del matrimonio… si así lo quisiera, por supuesto. —Dije las palabras sin pensar, como si fueran importantes en esta situación.

—Ya… Lo sé todo acerca de tu fideicomiso, y de los términos del acuerdo que te ha obligado a firmar tu padre. Tienes que permanecer casada con él durante diez años. Diez largos años. Como te dije al principio, conozco al tipo, sé sus… gustos. Es un sádico, pero quizá sea eso lo que necesites. Se hace tarde. Tienes treinta segundos para pensarlo.

No importaba lo que supiera de Vincenzo ni cómo lo había averiguado. Tenía que seguir mis instintos, y en este caso me decían a gritos que este hombre era muy peligroso. Era el momento

de recabar información, es decir, de fingir.

—¿Y qué pasará si voy contigo? ¿Qué más entra en el paquete? Tú no estás aquí sólo para salvarme de un mal matrimonio. Eso es todo lo que sé. —Bajé los brazos lentamente, pese a que no me fiaba lo más mínimo de él.

—Eres muy inteligente, Francesca. Ahora tú y yo vamos a trabajar juntos para destruir a la familia Saltori. —La frase se quedó flotando en el aire—. Pero hay una trampa.

¡Hablaba en serio! ¿Quién se creía que era el muy gilipollas?

—Siempre la hay. —«¡Pedazo de cabrón!»—. ¿Cuál es?

—Te voy a salvar de un matrimonio horrible, te voy a ayudar a acabar con el hombre al que sin duda odias, pero me pertenecerás… en todos los sentidos.

Su audacia era desaforada. Esto era una locura. Asquerosa.

—Me tomas el pelo.

—Ni remotamente. Te puedo asegurar que a lo que tendrías que enfrentarte con Vincenzo sería… —Negó con la cabeza—. Digamos que te resultaría difícil aparecer en público.

—Eres increíble.

—Y tengo las llaves de la puerta que conduce a tu libertad. —Me miró con dureza y sin pestañear.

Le di vueltas a su oferta. Lo que sabía era que no habría forma de que me casara con Vincenzo dadas las circunstancias. Tenía razón, Me daba asco sólo el hecho de pensarlo. Puede que debiera seguirle la corriente y fingir que aceptaba las estupideces que me estaba proponiendo. A no ser que pudiera escapar, claro. Procuré analizar a toda velocidad las posibilidades y sus escenarios, y racionalizarlos. Yo era una luchadora. Tenía que demostrarlo.

Pero, pese a todo, me temblaban las piernas.

—De acuerdo. Me interesa. Haré un trato contigo. —El tipo había perdido el poco juicio que tuviera. Yo sabía lo poderosos que eran los Saltori. Se lo iban a comer vivo, y al mismo tiempo destruirían a mi padre.

—Has tomado una sabia decisión. Vamos a ser socios y nos va a ir muy bien, ya lo verás.

El tipo vestido con ropa cara, el hoyuelo en la barbilla y los ojos espectaculares había cometido un error. Le apunté a la cabeza con el arma.

—¡Gilipollas! Seas quien seas, lo vas a pagar caro.

—Error, Francesca. Por desgracia para ti, eres tú la que vas a pagar caro no haber aceptado lo que te ofrecía. Como te he dicho antes, vas a venir conmigo, y debes tener clara una cosa: ahora me perteneces, y voy a hacer contigo todo lo que quiera.

—Por encima de mi… —. Siempre recordaría el arma asomando de su bolsillo y el escozor de un dardo clavándose en mi cuello…

* * *

Me estiré y cambié de postura al despertar. Los ruidos a mi alrededor me parecieron… extraños. ¿Qué era lo que escuchaba? Traté de abrir los ojos, pero me pesaban mucho. Me di cuenta de que me dolía el pecho y me temblaban las sienes. Pájaros. Lo que escuchaba eran pájaros piando.

Una ráfaga de conocimiento me atravesó, y me aterroricé. Al levantar la cabeza sentí un dolor muy intenso y me doblé sobre mí misma. Sentí unas intensas nauseas que subían desde el estómago. Me di la vuelta como pude hacia un lado y, pese al mareo, vi que había un cubo estratégicamente colocado en el suelo. Arrojé sobre él, sin dejar de escuchar los malditos pájaros, que cantaban felices como si no tuvieran la más mínima preocupación.

Tras varias arcadas secas que duraron casi un minuto, hice una mueca y eché la cabeza hacia atrás. Al fin podía centrar la mirada en el techo. El giro de un ventilador de techo estuvo a punto de provocarme más arcadas. Cerré los ojos procurando concentrarme en recordar. Pocos detalles acudieron a mi mente.

Salvo su cara.

Y su extraordinario cuerpo.

Y sus magníficos y brillantes ojos.

¡Dios! ¿Pero qué demonios estaba pensando, y quién coño era el gilipollas que me había secuestrado? Me acordé de sus palabras, escalofriantes y amenazadoras. ¿De verdad creía que iba a permitir que me tocara?

Como si tuviera otra opción. Había hecho un pacto con el diablo, o al menos eso pensaba él.

Me limpié la boca e intenté centrar la mirada. Me habían quitado el vestido, y llevaba puestos unos pantalones cortos y una camiseta

—Pero ¿qué…? El muy cabrón me había desnudado. ¿Y a dónde demonios me había llevado? Era una casa, sin duda. Algún tipo de casa.

Respiré aspirando con fuerza y muy despacio, procurando controlar las náuseas al tiempo que miraba a mi alrededor. En la habitación solo había una cama y un armario, nada más. El suelo era de madera. Aunque había una ventana, no podía mirar por ella debido a mi posición. Mi vestido de boda también estaba allí, colgado con cuidado de una percha acolchada: un recordatorio de que el cabrón me había salvado de un horrible destino. Estuvo a punto de reírme al pensarlo.

¿Me estaría buscando Vincenzo? ¿Estarían batiendo la ciudad, él y sus gorilas, en su esfuerzo por encontrarme? Suponía que sí, aunque sólo fuera para salvar la cara delante de sus colegas de la mafia. Y de su padre. Me estremecí al pensar lo mucho que estaría sufriendo mi padre. En el secuestro había algo muy extraño. Mi secuestrador había hablado de trabajar juntos. Le daba vueltas a eso una y otra vez. ¿Quién demonios se creía que era?

Pero puede que la verdadera pregunta fuera otra: ¿cómo es que sabía tantos detalles acerca de mí y de mi familia?

Aún no sabía quién era, pero mi instinto no paraba de mandarme mensajes. Me resultaba muy

familiar.

De alguna parte me llegó el rítmico sonido de las cuerdas de una guitarra española. Había alguien en la casa. Tenía la garganta muy seca, apenas podía articular palabras, que salían en forma de susurros.

—Ayuda… por favor.

Me detuve inmediatamente. Estaba haciendo el ridículo.

Podría jurar que escuché pasos, y me invadió una oleada de terror. Me habían informado acerca de los peligros que se cernían en muchas situaciones, y el secuestro ocupaba un lugar preponderante entre todas ellas.

Me esforcé para bajarme de la cama, pero sólo pude colocarme con la cara frente al cubo. Al menos pude parar el golpe con el brazo, pero se volcó y el contenido se expandió por el suelo. Me di cuenta de otra cosa, aún más horrible: tenía atada una pierna a la pata de la cama.

—¡Joder!

La puerta de la habitación se abrió despacio, dando paso al mismo gilipollas. Hasta silbaba el muy cabrón, como si sólo se tratara de un día más en la oficina, una actividad más, necesaria para la buena marcha del negocio. Alcé la vista y lo traspasé con la mirada, memorizando todos los detalles. Cuando lo cazara como al perro que era, quería recordar todos los detalles de la atrocidad que estaba viviendo.

—Estás despierta —dijo en voz baja. Miró el cubo—. Vas a necesitar una aspirina para el dolor de cabeza, y agua para la resaca—. Me agarró del pelo para obligarme a sentarme.

—¡Como si te importara una mierda lo que yo necesito! —Me debatí entre sus manos haciendo lo posible para no mostrar el miedo que sentía.

Rio entre dientes, y el sonido resultó extrañamente seductor para tratarse de un hombre tan peligroso.

—Creo que sobran las palabrotas, ¿no te parece?

Su audacia era inconcebible.

Me enderecé un poco y moví lenta y suavemente la cabeza de un lado a otro.

—En el nombre de Dios, ¿qué has hecho? ¿Por qué? ¿Por dinero? ¿Por disputarle el poder a mi padre?

—Contestaré todas tus preguntas, pero a su debido tiempo. —Se acercó al borde de la cama.

—De acuerdo. Puede que no sepas de verdad quien soy, ni el poder real de mi familia. Es la mafia italiana. La Borgata. —Prácticamente escupí la última palabra.

Respiro hondo y me miró a los ojos intensamente.

—Francesca Alessandro, hija del extraordinario bodeguero Antonio Alessandro. Sobre el papel y de cara a las autoridades, siempre estúpidas. La realidad es que tu familia ocupa un lugar bastante importante dentro de la mafia italiana, muy bien posicionada al lado del muy temido

Massimo Borgata. Tu padre es… muy peligroso.

Estaba disfrutando, se le notaba.

Y yo estaba temblando.

—Fuiste a Yale, estudiaste administración de empresas y aunque tus calificaciones no fueron excelentes, conseguiste un trabajo magnífico en una empresa financiera de las afueras de Chicago. Hace poco te mudaste a Los Ángeles a petición de tu padre. ¿Quieres que siga?

—¡Impresionante! Tu capacidad lectora es sobresaliente, seas quien seas.

Dudó por un momento antes de continuar con tono algo cáustico.

—Te quedaste al margen de los negocios de tu familia, pues preferías vivir tu vida como una chica normal y forjarte tu propio futuro, aunque creciste en un ambiente de lujo. En un mundo mercantilizado, en el que las mujeres atractivas se consideran una mercancía más, tienes mucho valor. Hay quien dice que incalculable. *La* princesa italiana. La boda a la que se te obligaba asentaría definitivamente la posición de la familia en la poderosísima organización de don Massimo, arrastrando también a los Saltori. Ni me puedo imaginar la gloria y la fama que acarrearía. Eso sin contar la entrada por la puerta grande en otros muchos países.

Parecía muy satisfecho de sí mismo, y sonrió un momento antes de continuar.

—Tienes razón. Se trata de hechos que cualquier persona avispada y con un conocimiento superficial de la mafia podría averiguar sin muchas dificultades. Pero vamos con lo verdaderamente importante. ¿Te importa? Pues a ello: te gusta el vino tinto, y cabalgar de vez en cuando. Tu comida favorita es la pizza. Hay un pequeño restaurante cerca de tu apartamento al menos tres días a la semana. Hasta te preparan una pizza siciliana especial, muy parecida a la que solía hacer tu madre. Diría que tu nuevo trabajo está muy por debajo de tu nivel, pero sospecho que lo aceptaste sólo para tener algo que hacer. Si conozco a Vincenzo, y por desgracia para mí lo cierto es que conozco a ese cabrón como si lo hubiera parido, creo que no te hubiera permitido trabajar en absoluto. Es muy tradicional, lo cual no tiene por qué ser malo en sí mismo, pero en su caso lo es de una forma enfermiza y retorcida.

Le miré fijamente, con todo el cuerpo temblando. Sabía detalles sobre mi vida que nadie más conocía. O me había estado siguiendo o había pagado mucho por la información.

—¿Qué tal lo estoy haciendo hasta ahora? —preguntó. Los blanquísimos dientes relucían.

—Eres un imbécil.

—Y dale con los insultos. Como ya te he dicho, Francesca, soy muchas cosas, y vas a conocer varios aspectos de mi vida, pero todo a su debido tiempo, y siempre que aprendas a obedecer.

—Estás loco. —No podía dejar de temblar.

Se había cambiado. Ahora llevaba vaqueros y una camiseta ajustada, una ropa que realzaba su atractivo y su trabajado cuerpo. De repente, endureció la mirada como si hubiera dejado de divertirse. Echó una mirada al cubo y suspiró.

—Como te he dicho, mientras estés bajo mi techo vas a aprender muchas cosas, Francesca, entre

ellas a obedecer.

—¡Que te jodan!

Bufó y negó con la cabeza.

—Y a dejar de maldecir. Se supone que eres una dama. El vocabulario que empleas seguro que no le gustaría nada a tu padre. Es un hombre muy orgulloso y realmente sofisticado. Te sugiero que aprendas a actuar como él.

Me quedé estupefacta, anonadada ante sus insinuaciones, como si me importara algo de lo que tuviera que decir.

—Creo que debemos hablar de algunas reglas muy importantes. —Se sentó en una esquina de la cama. Parecía moverse con comodidad en la habitación—. Eres mi prisionera. No harás nada sin pedirme permiso ni sin mi aprobación explícita. Te facilitaremos ropa, comida e incluso ese vino que pareces adorar, pero siempre en función de tu comportamiento, y de que aprendas a obedecer. Si no lo haces, el castigo será inmediato y fuerte. Soy un hombre razonable, Francesca, pero si me contrarías, lo pagarás.

—¿Cómo te atreves a tratarme así? —exclamé, preparándome para clavarle las uñas en los ojos. Me recordaba a un gilipollas con el que me había topado hacía años, un imbécil que pensaba que podía utilizarme y disciplinarme. Este gilipollas pretendía lo mismo.

—¿Qué cómo me atrevo? —Rio y negó con la cabeza—. Deberías saber que soy tu única vía de salvación. Te sugiero que aprendas a asumirlo.

—¡Que te jodan! —ladré, intentando empujarle desesperadamente.

—El castigo va a empezar ahora mismo. No te equivoques: soy un hombre peligroso. —Me agarró del pelo obligándome a rodar sobre mí misma, pero seguí defendiéndome.

—Por encima de mi cadáver.

Gruñó mientras yo sentía el calor de su cuerpo.

Estuve a punto de soltar un montón de palabrotas, pero me di cuenta de que sólo era el primero de muchos desafíos.

—¿Qué más? ¿Vas a soltarme alguna vez?

—Tu liberación sólo va a depender de cómo te comportes, y por supuesto de nuestras relaciones comerciales.

—Estás completamente loco si crees que voy a hacer algún puto negocio contigo. ¡Pero si ni siquiera sé quién eres!

Inclinó la cabeza hasta que su cara quedó sólo a centímetros de la mía.

—Hiciste un trato conmigo, a cambio de sacarte de ese asqueroso matrimonio. Espero que cumplas tu parte del acuerdo.

—¿Y qué pasa si no lo hago?

Tras la habitual sonrisa sexy el monstruo se puso de pie y sacó del bolsillo una llave. Abrió la cadena con movimientos lentos y me acarició el tobillo durante unos segundos. Cuando nuestros ojos se encontraron, tuve una visión de su alma, negra y fría. Era mucho más peligroso de lo que Vicenzo podría ser nunca.

—No creo que quieras averiguarlo.

Se me despertaron todos los instintos relacionados con la autoprotección. Me lancé hacia él, le arañé la cara y le golpeé con toda la fuerza que pude en los riñones. Pero tenía el cuerpo duro como una roca, y su única reacción fue sujetarme por las muñecas. Era sus buenos quince centímetros más alto que yo, todos sus músculos estaban bien entrenados. Me había equivocado al pensar que sólo era un chico guapo.

Era un soldado de una sórdida organización, sexy como un demonio, pero un tipo de hombre con el que no se juega.

Dando un gruñido, me arrojó contra la cama y sentí todo el peso de su cuerpo encima del mío. Me sujetó ambas muñecas con una sola mano y me levantó los brazos hacia la cabeza.

No había forma de luchar contra su fuerza, ni manera de escapar. Era su prisionera, sin remedio alguno.

—Eso no ha estado nada bien, Francesca Pagarás por ello con una roda de disciplina estricta. Vas a darte cuenta de lo que te espera.

Me dio un golpe tan fuerte en el trasero que me hizo rodar y me arrancó los pantalones cortos.

—¿Qué demonios coño te crees que estás haciendo? —Intenté desesperadamente librarme de su sujeción.

—Darte lo que te mereces, princesa. Unos buenos azotes.

—¿Te has vuelto loco? Nadie me ha golpeado en toda mi vida. ¿Con qué derecho crees que puedes hacerlo? —Me estremecí sólo de pensarlo. Respiraba tan rápido que casi me ahogaba. Yo era importante. Una privilegiada. Alguien especial. Estaba…

En manos de un monstruo.

Nunca había caído en la cuenta de que crecer como una princesa de la mafia me había permitido el lujo de ser inmune a los actos de tipos como este. Pese a que había rechazado ciertos aspectos de mi herencia vital viniendo a América, esto era absolutamente inaceptable.

Sentí una enorme vergüenza al escuchar sus gruñidos y notar el cálido aliento de su boca sobre mi cuerpo. Nunca en toda mi vida había estado tan avergonzada, y la vergüenza se convirtió en furia, una furia que se extendió por todos los rincones de mi cuerpo, haciéndome desear luchar contra mi secuestrador con todo lo que tenía.

Pero era demasiado fuerte, demasiado dominante.

Sentí un soplo de aire fresco en las nalgas. Gemí y me contoneé mientras me bajaba las bragas hasta las rodillas. El sonoro golpe de la mano en las nalgas más que nada me sorprendió.

—¡Para ¡No te atrevas!

—Haré todo lo que quiera cuando lo merezcas. —Me golpeó ambas nalgas, una tras otra.

—¡Maldito seas! ¡Que te jodan! —El eco de los golpes con la mano sobre la piel desnuda resonó en mis oídos. El shock inicial dio paso a un dolor agudo, que me traspasaba la piel y llegaba directo a los músculos. Se aplicaba a su trabajo, cada vez me golpeaba más fuerte y más deprisa. El ritmo era perfecto.

El dolor se transformó en angustia y, en un esfuerzo supremo, estuve a punto de liberarme.

—¡Te odio!

—Ódiame todo lo que quieras, pero vas a seguir las reglas que marque. —Se sentó en la cama, me arrastró hacia él y me colocó sobre su regazo.

Estaba mortificada, indignada como nunca en mi vida, pensando en cómo matarlo de forma lenta, penosa y concienzuda. No iba a salir de esta.

Retomó los azotes con ansia. La enorme mano llegaba a todos los rincones de mi culo.

Por alguna enloquecida razón, empecé a contar los golpes mientras continuaba luchando.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Increíblemente, el sonido me arrulló mientras que me daba goles más fuertes si cabe. Sentía un intenso calor en los muslos y, para mi horror, también en la entrepierna. Con cada golpe de caderas, me movía hacia delante y hacia atrás a lo largo de su regazo, a lo largo de su polla, ya dura y palpitante. La fricción era deliciosa.

¡Por Dios! Estaba húmeda y muy caliente, con los músculos del coño ansiosos. Deseosos. La vergüenza me inundaba y me empujaba a seguir peleando.

Puso su pierna encima de las mías, para sujetarme. Cuando intenté golpearlo con la mano, también la sujetó por la muñeca con insultante facilidad.

—No me tienes respeto. Ninguno —siseó, mascullando para sí.

—¿Respeto por ti? Ni lo sueñes. —Estaba absolutamente excitada. Los pezones, completamente erectos, amenazaban con romper la tela de la camiseta. Intentaba convencerme de que quería matarlo con mis propias manos, pero mi cuerpo se negaba a escuchar y me traicionaba una y otra vez. Hasta pude oler el jugo de mi propio coño. Pensé horrorizada que debido a esta ridícula e inapropiada excitación la humedad de mi sexo iba a cubrirle los caros vaqueros, dejando una mancha imposible de limpiar.

¡Por Dios! Era una persona horrible. Enferma. Terrible.

Avergonzada.

Tras otros dos tremendos golpes jadeé buscando una bocanada de aire, haciendo muecas debido

al dolor cada vez más intenso.

—¡Para!

No me dominaría, de ninguna manera. ¡Que le jodan ¡A él y a este sitio!

—Antes de cualquier otra conversación, quiero que recapacites acerca de tu desagradable actitud. No voy a tolerar la más mínima insolencia por tu parte. Y recuerda: yo estoy al mando. Ahora y para siempre. Más tarde terminaré con la sesión de castigo. —Me arrojó a la cama y me miró el coño. Podría jurar que se relamió.

Busqué las bragas y los pantalones y me los puse sintiendo una oleada de vergüenza que me enrojeció el cuello y las mejillas.

Para siempre. Las palabras parecían selladas en mi mente.

Cuando se levantó de la cama se ajustó la camiseta sin dejar de murmurar entre dientes.

—A la izquierda del cuarto hay un cuarto de baño. Te he proporcionado ropa una vez. A partir de ahora tendrás que ganarte los repuestos. Cuando estés preparada, baja al piso principal y tendremos una agradable cena.

¡Si hubiera tenido un cuchillo!

Se arregló el glorioso pelo mientras se acercaba a la puerta mirándome de reojo.

Sin dejarme asustar por sus amenazas, salté de la cama, agarré el cubo y se lo lancé. Tuvo suficientes reflejos como para esquivar el cubo y su contenido, que no obstante se esparció por la pared. Se puso tenso y me traspasó con la mirada.

—Limpia eso, Francesca. Estás acumulando errores, que voy a tener que corregir y castigar. La cena es dentro de una hora. No llegues tarde. —Puso la mano sobre el picaporte—. Confiaré en ti y no te encerraré, pero si se te ocurre intentar escapar, eso se acabará. Colocaré dos guardias en tu puerta veinticuatro horas al día. Te aseguro que están muy bien entrenados y que tienen autoridad para hacer lo que haga falta para mantenerte a raya.

Me crucé de brazos, enfadada conmigo misma por ser tan impetuosa.

—Dime una cosa.

—No te has ganado ese derecho.

—Para empezar, me has secuestrado contra mi voluntad. Creo que al menos merezco saber cómo te llamas.

Pareció pensarse si contestar o no, y finalmente se volvió lo justo para poder mirarme con lujuria de pies a cabeza.

—Me parece justo. Mi nombre es Michael Cappalini.

Asombrada, retrocedí hasta tropezar con el armario. Cerré los ojos cuando salió por la puerta.

Michael Cappalini, hijo del jefe de la mafia Ricardo Cappalini, considerado el hombre más notorio y peligroso de toda California. Y el muy cabrón me había dado unos azotes .

—Joder.

CAPÍTULO 4

Capítulo cuatro

Francesca

Capturada.

Secuestrada.

Nunca me había planteado siquiera cómo sería vivir esa situación. Mi padre había sido un maestro excelente y me había entrenado para atacar y defenderme, nunca me había explicado cómo sería en realidad ser capturada por un depredador.

Y Michael Cappalini era, sin lugar a duda, un oscuro, volátil y bestial depredador.

También era actor, pues había dejado de lado sus orígenes para llevar una vida mucho más glamurosa. Era irónico que el tipo que me había raptado hubiera hecho que me planteara un montón de preguntas. ¿Cuál era el propósito del secuestro? Pensaba que tendría que ver con lograr el control del negocio en toda la costa oeste. Sin duda yo era sólo un peón, una moneda de cambio.

En todo caso, estaba jugando un juego muy peligroso y aburrido. Había escuchado rumores acerca de los recientes asesinatos ocurrido en un club nocturno, a pocos kilómetros de mi apartamento. Dos hombres de su padre habían sido asesinados a tiros en la calle. Y después su padre había sido atacado, y se decía que había muerto. Igual esto no era más que una venganza, pura y simple. ¿Hasta qué punto estaba mi padre involucrado en todo esto? Ciertamente, mi padre era una persona brutal se mirara por dónde se mirara, pero esa no era su forma de actuar habitual.

¿Los Saltori? Apostaría a que ellos si eran capaces de intentar un asalto al poder.

Me froté el culo con la mano por enésima vez, jurando en voz baja. No iba a tolerar que me castigara de esa forma sádica. Se lo iba a dejar muy claro. ¡Al infierno con él!

Me arrepentía del pacto que había hecho con el diablo.

Acabé de limpiar la pared tras haber encontrado un armario lleno de artículos de limpieza junto al cuarto de baño. La ducha, pese a que la tomé lo más caliente que aguanté, me dejó fría por dentro. Horrorizada. Había escuchado hablar a los guardianes justo al lado de la habitación como si nada les importara una mierda. Sólo cumplían un encargo.

Tras limpiar la condensación del espejo, me miré en él. Sin duda deseaba librarme de ese matrimonio inminente que me concediera una nueva oportunidad de vivir mi vida. Pero ni mucho menos era esto lo que tenía en mente. Me volví para mirarme el culo, que tantos azotes acababa de sufrir, y me estremecí al pensar que podría volver a ocurrir.

Lo cierto es que no tenía una relación sexual desde hacía por lo menos dos años. Gracias a Dios, Vincenzo ni lo había intentado, pues prefería dejarlo para la noche de bodas. Volví a sentir asco. ¿Qué era peor, estar atrapada como un hombre como Michael o toda una vida junto a un tipo tan vil como Vincenzo?

Sólo podía explicar mis absurdos pensamientos en el contexto del cansancio y el miedo experimentado.

Con la toalla bien ceñida alrededor del cuerpo, me tomé un minuto para mirar por la ventana. Estábamos en medio de la nada. Sólo veía árboles y verdor hasta donde alcanzaba la vista. No sabía una palabra acerca de las posesiones de los Cappalini, nunca me había importado semejante información.

¿Y ahora?

Comprendí que había sido una estúpida.

Mi padre siempre me había dicho que teníamos que conocer a nuestros enemigos, incluidos los de los Estados Unidos. Conocía como la palma de su mano todas las operaciones de los jefazos de la mafia. Yo me aburría a los dos minutos.

Miré en el armario. Sentía curiosidad respecto a lo que el muy estúpido me habría comprado para vestir. El único vestido era de color verde esmeralda, muy suave y lujoso. ¿Acaso el tipo pensaba que iba a pasarlo bien siendo su prisionera? Volví a estremecerme, desde la espina dorsal hasta las puntas de los pies. No había ni zapatos ni ropa interior. Michael era un cabrón.

También busqué cualquier cosa que pudiera utilizar como arma. Pero no era tan estúpido. Abrí todos los cajones, y no me sorprendió comprobar que estaban vacíos. El cuarto de baño estaba bien equipado y apenas pude contener la sonrisa al ver una larga lima de uñas metálica. Tenía la punta bastante aguda, así que igual podría servir. No dudaría en atacarle si tenía la oportunidad.

No me importaban las consecuencias.

El pequeño reloj de la habitación indicaba que casi había llegado la hora. Seguir las reglas. Sus reglas. Sentí un enorme enfado mientras me ponía el vestido. Me di cuenta de que, gracias al diseño del corpiño, podía guardar la lima sin problemas. ¿Podría sorprenderlo y clavársela directamente en el ojo? Quizás debería clavársela en la ingle. Mi padre acudiría pronto a rescatarme, y entonces disfrutaría viéndolo machacado y cortado en pedacitos por sus soldados. Mientras tanto, yo causaría todo el daño que pudiera. ¿Por qué no iba a hacerlo? No vacilarían en

sus métodos, disfrutando de su trabajo de atormentarle durante horas y horas. .

Al menos podría disfrutar pensándolo.

Con la lima escondida, me quedé de pie junto a la puerta esperando a que llegara la hora exacta y haciendo acopio de valor. Tenía que admitir que sentía curiosidad por las razones que habían llevado a Michael a secuestrarme. Tenía toda la vida por delante, sin la más mínima necesidad de seguir los pasos de su padre. ¿Por qué se había producido el cambio? ¿Por qué esa necesidad de entrar en una guerra en la que se iban a producir muchas pérdidas, humanas y materiales? Michael no tenía ni idea de hasta dónde iba a llegar mi padre para conseguir mi liberación.

Ni tampoco de su capacidad de venganza.

Finalmente abrí la puerta, sintiéndome mucho más pequeña de lo que debería por mi metro sesenta de altura.

Los soldados me miraron de arriba abajo y después entre ellos. Pude notar el calor de sus miradas, el deseo escondido tras el entrenamiento y el control. Podían mirar, pero en absoluto tocar.

—Me está esperando —dije, aunque sin detenerme. Me dieron mala espina, pese a que llevaba entre este tipo de soldados desde pequeña.

—Para —ordenó uno de ellos.

Me detuve, pero no me volví a mirarlo.

—¿Qué pasa? —Oí que se acercaba y me estremecí. La maldita lima me pinchaba la piel.

—Tenemos que asegurarnos de que estás limpia —gruñó.

—¿De verdad crees que puedo guardar un cuchillo, un revólver o una ametralladora debajo del vestido? —El otro gilipollas rio entre dientes. Volví a estremecerme. Me iba a cachear. Mierda. Mierda. Mierda.

—Me han dicho que eres problemática. No quiero que el jefe tenga ningún problema, ni siquiera con una dama tan distinguida y sexy como tú. —Procedió a cachearme. Las rudas manazas parecían tener vida propia. Me separó las piernas y rozó los rincones tomándose su tiempo, el muy cabronazo.

Contuve el aliento y ahogué un gemido de frustración.

Cuando la mano me rozó el coño grité y me eché hacia atrás, apoyándome en la pared. En ese preciso momento la lima cayó al suelo.

El segundo hombre borró la sonrisa de la cara, rodeó a su compañero y se agachó. Después se incorporó despacio, mostrando a la escasa luz la lima.

—Interesante. No creo que al jefe le guste mucho esto.

—Pues qué pena —siseé entre dientes.

Uno de ellos me dio un empujón para que siguiera andando.

Apreté los puños de pura rabia. Había sido muy descuidada. No volvería a ocurrir.

Llegamos a las escaleras. La madera del pasamanos estaba fría, o a mí me lo pareció. Bajé las escaleras muy despacio, como si la forma de entrar en la habitación tuviera su importancia. Para Michael, desde luego, no tenía ni la más mínima. Tuviera los objetivos que tuviera, yo no formaba parte de ellos. Eso lo tenía claro.

Los soldados me siguieron, y uno de ellos me indicó que fuera hacia la izquierda al llegar al umbral . Mantuve la cabeza alta a pesar de que sentía punzadas de angustia en el estómago.

La habitación era muy amplia, pero el mobiliario no me pareció que fuera acorde al gusto de una estrella de cine. Capté también ventanas de suelo a techo dando a setos verdes, árboles de alto porte y el campo alrededor. Hasta la villa de mi padre, bastante lujosa y con antigüedades y cuadros valiosos procedentes de la familia de mi madre, se quedaba corta en comparación con el dinero que sin duda se había gastado en amueblar esta casa.

¿Sería suya?

Michael no me prestó la más mínima atención cuando entré en la habitación. Siguió sentado en la enorme butaca de cuero con un libro en el regazo y un vaso de licor en la mano. Pasó las páginas mientras yo esperaba, y finalmente dio un sorbo. El muy cabrón. Sabía muy bien cómo controlar la situación. Si sabía algo sobre mí, le constaba que no estaba acostumbrada a esperar a nada ni a nadie. No tenía paciencia.

Utilicé el tiempo que me dio para observar el salón, las obras de arte que contenía, las alfombras, antiguas y sin duda valiosísimas. Nada de lo que había en la casa parecía adecuado a lo poco que sabía de él por las revistas: viajes a Montecarlo y a París acompañado de rubias espectaculares, en ningún caso sentado en una butaca leyendo un libro frente a una chimenea apagada.

Se aclaró la garganta y alzó la cabeza. No me pasó por alto el deseo carnal que expresaron sus ojos y que sin duda había arraigado en él. Y hasta juraría que ya se había empalmado. Miró el reloj y exhaló un corto suspiro.

—A la hora en punto.

—Tal como ordenaste —acerté a decir. Las palabras parecían querer detenerse en la garganta.

—¿Te apetece una copa?

—¿Por qué no? —Estaba esperando cualquier cosa cuando los sicarios le explicaran mi paso en falso.

Hizo una seña a uno de los soldados, que rápidamente se dirigió al mueble bar, agarró una copa de vino y la llenó de una botella ya abierta. Vino tinto. Hasta los matones de Michael conocían mis gustos. Bien por él.

El tipo se acercó para pasarme la copa. Su gesto era igual de desaprobador como intensa la mirada de Michael.

—Podéis marcharos. Ya me encargo yo de controlarla el resto de la noche. —Michael dio la orden sin molestarse siquiera en mirarlos. Sólo tenía ojos para mí.

El que llevaba la lima le hizo una seña antes de hablar.

—Tengo que hablar con usted un minuto, jefe.

Michael pareció molesto, pero le siguió fuera de la habitación. El otro se quedó conmigo.

—No es buena idea enfadarlo —dijo en voz baja.

—Tampoco es buena idea enfadarme a mí.

El matón rio entre dientes. No se dio cuenta de que no estaba bromeando. Me pasé la copa de una mano a otra. Las dos me sudaban. La adrenalina anterior empezaba a disiparse, y empecé a temblar al recordar de nuevo la dura realidad que estaba viviendo.

Escuchó los recios pasos de Michael acercándose, y con cada uno de ellos aumentaba el temblor.

—Puedes irte, Grinder. Yo me encargo de ella. —La voz de Michael era firme, pero baja.

—Muy bien, jefe. Estaremos fuera por si nos necesita. —El tal Grinder, asintiendo y con gesto desdeñoso, dio un paso hacia atrás. No le gustaba nada que me quedara allí.

Michael volvió a sentarse en la butaca y dio otro sorbo del vaso. Parecía estar decidiendo qué hacer, o al menos qué decirme. Siguió en silencio, lo que hacía más tensa la situación

Esperé a que salieran los hombres para tomar un sorbo de vino, esperando que lograra atenuar un poco los nervios que sentía. Decidí ignorar lo obvio.

—Tu casa es… interesante.

—No es mía. Un amigo me la ha cedido por unos días.

—¿Hasta que amaine la tormenta?

No pareció gustarle mi comentario, como si estuviera dudando de su capacidad para controlar la situación.

—Quería asegurarme de que tuviéramos tiempo para conocernos sin que nada nos interrumpiera. Ahora sé que he acertado.

Su formalidad era tan curiosa como el tipo en sí mismo. Dio otro sorbo de licor sin dejar de mirarme.

Abarcándome.

Desnudándome.

Dominándome.

—¿Cómo dices? Me has raptado. Me has ofrecido un trato. Me has traído a Dios sabe dónde. Me has amenazado con castigarme si no me porto como una buena chica, ¿y de verdad esperas que disfrute del tiempo que voy a pasar contigo?

—Espero que seas civilizada. —No me esperaba la vehemencia con la que dejó el vaso y se levantó a toda prisa para acercarse mucho a mí. Me sujetó por ambos brazos y tiró de mí hasta que pude sentir su aliento en la cara. El vino de la copa se derramó casi entero.

Jadeé y le golpeé el pecho con las manos. El tacto de sus músculos me hizo sentir una descarga, y la cabeza me dio vueltas debido a su cercanía.

Me intoxicaba su aroma, que iba directo desde las fosas nasales a todas las células del cuerpo. Pestañeé dos veces y controlé un gemido. Aunque veía furia en sus ojos, era distinto de todo lo que había visto antes, incluso cuando a mi padre le daba uno de sus ataques de ira.

Este hombre se controlaba mucho más.

Me soltó una mano, sacó del bolsillo la lima y la colocó ante mis ojos negando con la cabeza.

—No deberías haberlo hecho. Ya sabes quién soy y lo que soy capaz de hacer.

—Más amenazas. Vas a tener que matarme. Si crees que voy a dejar que hagas lo que estás haciendo sin luchar, estás muy equivocado, y me importa una mierda quien seas y de lo que eres capaz.

Abrió mucho los ojos y, cuando habló, su tono fue curiosamente suave.

—No tengo planes ni deseos de hacerte daño, al menos un daño importante, Francesca, pero como te he dicho antes, no estoy dispuesto a tolerar tu insolencia. En cualquier caso, ¿qué pensabas hacer con esto?

—Defenderme como pudiera.

Mi respuesta no le gustó en absoluto.

—En lugar de empezar con una cena agradable, y quizás incluso con una agradable conversación, me obligas a que finalice la sesión de castigo.

Ma quitó la copa de la mano y se metió la lima en el bolsillo. Me arrastró fuera del salón y después por un pasillo hasta llegar a una cocina bonita y espaciosa. Los electrodomésticos de acero inoxidable brillaban iluminados por la luz del horno, y las encimeras de granito eran muy amplias.

—¿Qué estás pensando hacer? —Me sujetaba con mucha firmeza, era imposible escapar.

—Quítate el vestido —ordenó. Bajó la mano y se inclinó hacia mí, colocando la boca peligrosamente cerca de la mía.

Hasta podía escuchar los fuertes y continuos latidos de su corazón golpeándole el pecho. La descarga eléctrica que sentí, tan fuera de lugar, dio lugar a otra intensa ola de calor que llegó hasta la entrepierna. El hecho de que este hombre me atrajera rozaba la locura. Ese instinto tan básico podía hasta costarme la vida.

—No, no lo haré. —Hice un esfuerzo por alejarme de él y defenderme.

—Podemos escoger la forma fácil de hacerlo o la difícil. Si te arranco el vestido, mañana no tendrás nada que ponerte. Pero si te lo quitas tranquilamente como una buena chica, te ganarás el derecho a ponerte lo que yo escoja para ti. Tú eliges, Francesca.

Cada vez que pronunciaba mi nombre me estremecía, pero no de rabia o de miedo. De deseo. Pestañeé y, de todas formas, mantuve el desafío apretando los dientes.

—Tienes diez segundos para tomar una decisión —informó. Se notaba que estaba a gusto manejando la situación, la cara tensa, el ceño fruncido. Su aspecto era completamente distinto al de las fotos que había visto en las revistas. El actor se había convertido en un Don cautivador, un gobernante.

—Cinco segundos —añadió

—¡Muy bien, muy bien! Haré lo que dices. —Me volví, más avergonzada que nunca. Me temblaban los dedos al intentar quitarme el sencillo vestido.

Escuché detrás de mí su pesada respiración, sin saber muy bien si estaba sintiendo impaciencia o enfado.

Mantuve la cabeza baja al tirar del vestido, y me tomé mi tiempo para doblarlo con cuidado y colocarlo sobre el respaldo de una de las sillas de la cocina.

—Vuélvete.

Tragué saliva. Casi no podía soportar lo que estaba ocurriendo, pero cumplí su orden y me volví hacia él. Pese a mi bravuconería, nunca me había sentido del todo contenta con mi cuerpo. Nunca había estado con un hombre que ansiara mi cuerpo y me inundara con su pasión. Nunca había experimentado el sexo duro, y ningún hombre, en toda mi vida, había intentado darme azotes. No era inexperta, en absoluto, pero siempre había tenido claro que mi educación y mi carrera eran lo primero.

O igual me estaba mintiendo a mí misma.

Quizá no había habido ningún chico que se atreviera a salir con la hija de un hombre violento. Fuera lo que fuera, no había ayudado a elevar mi autoestima.

Estaba preparada para lo que viniera: crueldad, ataduras, furor. Para lo que no estaba preparada era para un Michael amable y gentil. No sé si captó lo incómoda que me sentía, pero cuando se acercó a mí y se tomó su tiempo para ponerme el índice bajo la barbilla y levantarme la cabeza, me quedé pasmada.

Respiró hondo y entrecortadamente, acercando mucho la boca a mi cuello. Me estremecí cuando me acarició el lóbulo de la oreja con la punta de la lengua. Tenía el pecho tan rígido que no podía respirar. El sólo hecho de que me tocara me ahogaba.

—Eres muy hermosa, Francesca. Maravillosa, de hecho. Te voy a enseñar un tipo de placer que te liberará de esas cadenas tan arraigadas que te sujetan.

Esas palabras lograron por sí solas que me mojara. Mi coño se abrió y se cerró por voluntad propia. Michael aspiró el aroma con exageración, y empezó a besarme el cuello como si lo degustara.

¡Por Dios bendito! ¿Qué creía que estaba haciendo?

Deslizó la mano a todo lo largo de mi brazo, los dedos bailando sobre mi piel. Me invadió una sensación de euforia, que llegó hasta las puntas de los pies. Me di cuenta de que le había colocado ambas manos en el pecho, sobre la camisa, en un gesto seductor.

Le di una impresión errónea.

Como si no fuera lo que era, una pesadilla en mi vida.

—Por favor —susurré—. No…

El cambio de actitud fue instantáneo. Soltó un gruñido y se retiró. La mirada se volvió oscura.

—Son las reglas, Francesca. Mi casa, mis reglas. Has hecho un trato y te voy a obligar a cumplirlo. Acércate a la mesa de la cocina e inclínate sobre ella, con los brazos por encima de la cabeza. Te aconsejo que te quedes ahí, porque si no lo haces el castigo va a ser mucho más severo. ¿Me has entendido?

No contesté.

—¿Me has entendido? —repitió.

—Sí.

Se volvió como si me despreciara. ¡Por Dios! El tipo estaba enloquecido, cambiaba de un segundo a otro.

Dominante.

Imponente.

Me mordí el labio hasta hacerme sangre. No iba a volverme loca con sus mierdas. No me iba a dejar atrapar por su encanto. De todas formas, me iba a portar como una buena chica, tal como pedía. Aceptaría el ridículo castigo.

Por ahora.

Podía soportar ese tipo de juego con él. Conmigo había encontrado la horma de su zapato.

Me acerqué a la mesa de la cocina como si no tuviera la más mínima preocupación en la vida. Cuando me incliné estuvo claro que la apuesta estaba hecha, y tuve la misma sensación de nausea que otras veces. No estaba del todo segura sobre si era capaz de pasar por todo esto. No estaba acostumbrada a aguantar el dolor. Y sabía que los azotes de antes no habían sido más que una especie de aperitivo.

Cuando escuché un ruido metálico, me puse tensa y no tuve más remedio que volverme a mirarlo. ¡Por Dios! ¡Iba a golpearme con su jodido cinturón! Inmediatamente se me llenaron los ojos de lágrimas y el corazón se aceleró de forma enloquecida debido al terror que sentía.

¡Por favor! ¡Por favor!

Sabía que los ruegos no iban a cambiar su forma de proceder. El ruido de sus pasos me produjo pánico. Me agarré a la mesa con todas mis fuerzas, hasta el punto de que me dolieron los dedos.

Se colocó muy cerca de mí, a sólo unos centímetros. Y se quedó allí de pie. Esperando.

Mirando.

Añadiendo motivos a mi terror.

Pero sin moverse. Me estaba probando. Me estaba desafiando una vez más.

Deslizó lentamente las yemas de los dedos a lo largo de la espina dorsal, hasta llegar a la zona del trasero

—Aún tienes el culo brillante.

«¡Vete al infierno, cabrón! ¡Que te jodan!» Me mordí la lengua, pero no pude evitar soltar una lágrima. No iba a verme llorar. No señor. Eso no iba a pasar.

—Te voy a dar treinta latigazos, Francesca. Eso te servirá para darte cuenta de que voy en serio. Cuando estés en esta casa te voy a proteger, pero de ninguna manera voy a consentir que nos ataques o intentes matarnos, ni a mí ni a mis hombres. Si lo vuelves a hacer, ya no habrá más oportunidades.

Supe que hablaba en serio. No era una amenaza, sino una promesa.

—Sí, señor —dije con los dientes apretados, y cerré los ojos cuando me dio unos golpecitos en las nalgas.

El ruido del cinturón rasgando el aire parecía suspenderse en el tiempo, como si hubiera parado contra su voluntad. Intenté olvidarme de todo, procurando no pensar ni respirar. Cuando el cuero me golpeó en pleno centro del culo, ni siquiera reaccioné.

No hubo dolor, ni siquiera un cosquilleo.

Relajé las caderas y respiré hondo. El sonido del segundo latigazo no me asustó tanto.

Hasta que me golpeó.

¡Joder!

El dolor llegó hasta las plantas de los pies, recorrió las piernas y explotó en el culo.

—¡Oh! —Fue un gemido ahogado. Levanté el vientre de la mesa y abrí la boca para respirar.

—Relájate —ordenó, y me empujó la espalda.

Mantuve la boca abierta y procuré descansar sobre la fresca y agradable superficie de la mesa. Estaba en shock, con la mente perdida en una densa niebla. El giro de su muñeca me devolvió a la siniestra realidad que estaba viviendo. El dolor fue igual de intenso, pero esta vez fui capaz de controlar el gemido y de mantenerme quieta.

Me acarició el culo, moviendo la mano en círculos sobre las nalgas.

Traté de respirar hondo de nuevo, pero me interrumpió una serie de tres o cuatro golpes seguidos, uno detrás de otro sin transición. ¿Cómo era posible que disfrutara con esto? ¿Cómo podía ser capaz de hacerle esto a una mujer?

—¡Por Dios, no…! —Fue un quejido en tono bajo, y después la garganta se volvió a cerrar. Iba a morir encima de esa mesa. No albergaba la menor duda.

Aún podía escuchar su pesada respiración. Intuí que vacilaba.

—Lo estás haciendo muy bien. No debería estar haciendo esto. Tendríamos que estar hablando tranquilamente.

¡Estaba intentando justificar racionalmente lo que hacía!

—De acuerdo. Sí. Tienes razón.

Siguieron otros cuatro golpes más, y después me dio un respiro y me permitió descansar. Ya no sentía las piernas, y estaba tan angustiada que me sentía entumecida por dentro. Mi mente estaba en otra parte, un lugar tranquilo y bonito. Sabía que tenía el culo de un rojo encendido, que seguía golpeándome, pero ya había aceptado lo que estaba ocurriendo. Yo era fuerte. Este hombre, este monstruo, no iba a doblegarme.

Oí un ruido gutural escapar de su garganta y supe que había arrojado al suelo el cinturón. Me puse en guardia, pues el instinto me decía que la cosa no había acabado ni de lejos.

—Puedes incorporarte —dijo autoritariamente.

Me levante de la fría madera, muy molesta al notar que tenía lágrimas en las mejillas. La furia, la pena, la tristeza, el miedo, todas las emociones me abrumaban. Tras ponerme de pie, cambié de postura un par de veces, controlando los gritos que me apetecía proferir. Después me lancé hacia él y le golpeé el pecho con los puños.

—¿Cómo has podido? ¿Cómo te has atrevido a hacerme algo así? ¡No te pertenezco! ¡No pertenezco a nadie!

Si mi estallido le sorprendió o le enfureció, se cuidó mucho de darme la más mínima pista.

Pero reaccionó.

Me volvió a empujar hacia la mesa rodeándome el cuello con la mano, con tanta fuerza que tuve dificultades para respirar.

—¿Quién te has creído que eres, Francesca? Yo sé quién eres en realidad, una princesa que ha vivido hasta ahora una vida muy confortable. Eres desagradable e insensible, y sólo aceptas lo que quieres o te apetece. Pues bien, cariño, ¿sabes lo que les pasa a las chicas como tú que se creen que tienen todos los privilegios?

Bufé y solté una patada, que le dio en algún sitio.

—¡Que te jodan!

Se inclinó hacia mí para hablarme en un siseo.

—Que se las follan.

¿El tipo iba a follarme? Intente liberarme con todas mis fuerzas.

—¡Te odio!

—Eso ya me lo habías dicho, cariño. Me da igual.

Michael me golpeó con la mano abierta el ya de por sí dolorido culo, y después lo rozó con la polla de parte a parte. Perdí el aliento.

Todo mi cuerpo reaccionó cuando una descarga de ansia recorrió hasta la última célula de mi cuerpo Fue una mezcla de emociones encontradas, pero una de ellas era la vergüenza, quizá la más intensa de todas. Hasta los pezones, duros como piedras, parecían implorar que los succionaran, los pellizcara y los apretaran con fuerza.

Cerré los ojos cuando me separó las piernas casi del todo. Esto no podía estar pasando. No podía manejarlo. En ese momento jugueteó con la punta de la polla entre los labios del coño y todo mi cuerpo vibró de tensión.

Anhelando.

Suplicando.

—Estás muy húmeda, mi chica dulce y preciosa. Parece que no te importa recibir castigos. Lo tendré presente en el futuro. —Me mojó la base del cuello con la lengua y después sopló, poniéndome la carne de gallina. Inmediatamente, introdujo la polla entera en el ávido coño.

Mis músculos se contrajeron para aceptar la invasión. Veía estrellas delante de mis ojos mientras él se retiraba, subiendo y bajando la punta de su polla por mi coño. Estaba mojada, empapada, tanto que el jugo bajaba por el interior de mis muslos.

—Me encanta sentir tu dulce coño rodeándome la polla. Imagínate lo que va a ser cuando te la meta por el culo. —Metió los dedos en la humedad del sexo, abriéndolo aún más para la base de la verga. Me rozaba con los huevos, y no paraba de bombear—. Sí…, ¡sí! Precioso y caliente.

—¡Oh, oh, Dios! —Esto era enfermizo. Me asqueaba todo lo que estaba pasando.

Pero sobre todo la reacción de mi cuerpo.

—Dios no va a ayudarte. Sólo yo puedo darte lo que necesitas para contentar tus insaciables deseos.

Su arrogancia aumentó el odio que sentía por él, pero su voz de terciopelo era tan tentadora y sofocante que sus palabras resbalaban por mi espalda. Noté como se me erizaba cada centímetro de piel desnuda. Jadeé y me di cuenta de que estaba moviendo las caderas siguiendo su ritmo infernal de forma involuntaria. Otra traición de mi cuerpo. Hice todos los esfuerzos posibles para contenerme, para luchar contra la amargura y para detener a esa mujer que escapaba a mi control y me traicionaba. Era demasiado fuerte como para dejar que este hombre, que ningún hombre, me controlara, independientemente de las circunstancias.

¡Que se fuera a tomar por culo!

—Sí, estás caliente para mí. Húmeda para mí. Tu coño y tu culito prieto me pertenecen. —Sacó la mano de la humedad y buscó con los dedos hasta que encontró el oscuro agujero.

Me puse tensa cuando metió las puntas de dos dedos en él.

—¡No! ¡No! ¡Déjame! ¡Vete al infierno!

—Sí, muy prieto. Así es como deben tenerlo las jovencitas buenas. Y no creo que quieras de verdad que me vaya a ninguna parte. Todo lo contrario: lo que creo es que quieres que traspase tus límites. Creo que bastará con que te folle cada día, con que reclame como míos todos tus

agujeros. Puede que tenga que llegar más lejos, llevándote hasta el límite. —Apretó con fuerza, tomándose su tiempo.

El dolor era tremendo, horrible, punzante, y… de repente, durante un momento me sentí inundada de alegría, de gozo inmenso que me debilitaba, me dejaba inerme. Gruñí y expulsé con todas mis fuerzas el aire de los pulmones.

Al cabo de unos segundos me bombeó varias veces, más fuerte, más intenso, más deprisa.

—¡Buena chica! Creo que ansías el dolor. ¿A que sí? Quieres un hombre capaz de saciar tus apetitos y las urgencias que sientas en mitad de la noche.

¡Qué el diablo lo confundiera! No era capaz de entender lo que pensaba, de conectar lo que estaba pasando con mis sentidos. Cada vez que intentaba gritarle que era un monstruo, una descarga eléctrica recorría mis piernas de arriba abajo y enmudecía. Los jadeos se convirtieron en gemidos, y el calor se extendió por todo mi cuerpo.

—Mi hermosa sumisa. Te rendirás sin dudar.

No podía evitar las visiones pese a que cerraba los ojos con fuerza, encadenada a un grueso poste, atada hasta que la agonía se convertía en éxtasis y después follada una y otra vez. Me estremecí cuando me clavó la polla en las húmedas entrañas, sujetándome con fuerza las caderas y bombeando sin piedad alguna. Su fuerza me mantenía pegada a la mesa. Estaba perdida, abandonada, gruñendo como un animal, y sin embargo luchando por no alcanzar un salvaje orgasmo.

Pero fracasé, como con todo lo demás.

Miserablemente.

La fricción, la forma en la que los músculos de mi coño se aferraban a su polla, dura y gruesa, junto con el deseo guardado durante tanto tiempo, bien escondido dentro de mí, amenazaba con estallar y liberar la bestia que guardaba dentro. Me sentí destrozada cuando el orgasmo se liberó como una erupción, subiendo desde las puntas de los pies, avanzando como un torrente por los muslos y estallando en el coño.

—¡No!

Michael no paró. Todo lo contrario, aumentó el ritmo, triturándome de una manera brutal. Nada lo detenía.

Y yo sabía que nunca habría nada que lo hiciera.

Había descubierto mi debilidad, y se dispuso a finalizar la obra.

—Eso es, Francesca. Córrete para mí. Córrete con mi gran verga dentro de ti. ¡Obedece como una buena chica!

Me apreté contra la mesa de la cocina boqueando y bloqueando un grito en el momento en el que el orgasmo se convirtió en una serie de olas gigantescas que me sacudieron una y otra vez.

Finalmente bajó el ritmo, aunque manteniéndose bien dentro de mí y sin dejar de bombear. Se inclinó y sentí su aliento en la cara. Se erizó el vello de todo el cuerpo.

—Recuerda que me perteneces, y que por eso puedo hacer lo que quiera contigo. Ahora voy a follarte el culo.

No sirvieron de nada quejas ni lágrimas. Tras frotarla en las nalgas, encajó la punta de la polla en mi culo virgen, sin importarle lo más mínimo cómo iba a reaccionar. Había cumplido su promesa de follarme como un auténtico salvaje. Era su propiedad, nada más. Siempre había interpretado bien el papel de hija dulce e inocente, mirando hacia otro lado cuando la violencia se desataba a mi alrededor. Lo había hecho muy bien, o al menos lo suficiente para mantenerme indemne.

Tendría que volver a ponerme esa máscara, fingiendo que me iba entregando poco a poco, permitiéndole que pensara que él tenía el control.

Y después devolvería el golpe.

Incluso aunque mi cuerpo pidiera más, tuviera ganas de más.

Rogara recibir más.

Mientras seguía follándome con fuerza, dejé de pensar. Sólo me dejé llevar por un éxtasis de placer.

Hacía lo que no debía.

Pero iba a ser su perdición.

Me vengaría.

CAPÍTULO 5

Capítulo cinco

Michael

Un monstruo.

Puede que fuera el momento de aceptar que era exactamente igual que mi padre. Después de todo, lo que mi padre me había dicho siempre, los avisos y las advertencias que me había dirigido a lo largo de los años, todo era cierto y acertado. Mi verdadera naturaleza había aflorado, había eliminado con facilidad las estúpidas capas protectoras con las que Hollywood me había cubierto. Y lo que quedaba no era otra cosa que una bestia salvaje, lista para aniquilar sin piedad a sus enemigos. Ya no podía utilizar el nombre de Kelan.

Francesca era astuta a su manera y estaba jugando su propio juego. Estaba claro que no quería casarse dentro de la familia Saltori. Eso me había quedado muy claro. Ni siquiera el dinero parecía tentarla. Bueno, todo el mundo esconde secretos. Yo estaba contento con los términos del acuerdo que había creado, quizá demasiado, pero lo utilizaría a mi favor.

De alguna manera.

Mi agente escuchó con asombro lo que tenía que decirle. Se lo tomó a broma y no se lo creyó. Al menos al principio. Yo no tenía cuerpo como para ponerme a explicarle las decisiones que había tomado, ni me importaron en absoluto sus gritos. Lo único que hice fue darle a Drake las instrucciones pertinentes para que me sacara de la siguiente película. No tenía el más mínimo interés en interpretar el papel de un héroe militar.

Yo no era un héroe.

Aunque todavía no había firmado el contrato con los estudios, mi comportamiento iba a significar el fin de mi carrera, si es que la verdad acerca de mis orígenes no lo había significado ya. No me importaba. Tenía asuntos mucho más importantes que tratar. Todo lo que le había

dicho acerca de Vincenzo era verdad. El tipo era un sádico a varios niveles. Le había visto antes con otras mujeres, y su forma de disfrutar infligiéndoles daño rozaba lo enfermizo. Yo era dominante, sí, pero no de esa manera. ¿Se preocuparía por la desaparición de su novia o simplemente lo dejaría pasar?

Me dirigí a los dos soldados a los que se había asignado mi protección. No tenían un alto nivel en la organización, pero eran duros y brutales si lo requerían las circunstancias, y absolutamente leales a mi padre. En estos momentos, con eso me valía.

—¿Quiere que Rizzo y yo nos quedemos en la planta, jefe? —preguntó Jax con voz ronca.

Obedecerían mis órdenes sin titubear. Tanto ellos como el tremendo Carlo, un gigante de dos metros cuya sola presencia intimidaba como el infierno.

—No, no hace falta. Quedaos en el coche. Sólo quiero que te asegures de que Carlo está bien.

Jax asintió y se dispuso a cumplir mis órdenes, pero le hice una seña para que se acercara.

—Usted dirá, jefe.

—Quiero que vuelvas a comprobar todo lo que tenga que ver con la seguridad de mi padre. Si hay alguien que no es del todo adecuado, quiero saberlo inmediatamente. —En algún momento se iba a producir un segundo intento de matar a mi padre. Para los Massimo, yo seguía siendo el hijo inútil del padrino de California. Tenía que seguir considerando a Saltori como un miembro del grupo de los Cappalini. Cuando yo tomara las riendas, necesitaba utilizar el elemento sorpresa. Aunque iba a ser complicado dado el gran número de implicados y la presión de la prensa.

Sería inútil dar el golpe ahora.

Gruñí para mis adentros, jodido por la posición en la que me habían colocado las circunstancias.

Jax abrió mucho los ojos.

—Por supuesto, jefe. A su padre no le va a pasar nada.

Yo no estaba tan seguro.

Me acerqué al grueso cristal de la UCI y observé la figura casi inanimada de mi padre. Había envejecido tras el ataque. Todo su maduro atractivo había desaparecido, ahora no era otra cosa que un frágil hombre mayor al borde de la muerte. La ira volvió a invadirme, y también la necesidad de respecto y honor. Seguía en la misma situación, sin que se hubiera producido mejora alguna. Sencillamente, se aferraba a la vida.

—Señor Cappalini.

Era la voz del médico, algo ronca pero compasiva. Pude ver su imagen en el cristal. Dudé antes de volverme, pues sentía algo de miedo ante las posibles noticias, y por eso me quedé quieto.

Me miró a la cara, y noté el miedo en su expresión, algo que no había visto antes. Pero los periódicos ya habían realizado su labor: el ascenso y caída de mi padre, la historia de la mafia siciliana contada desde distintos ángulos y con menciones a la Borgata, aunque en casi todos los casos cometiendo errores de bulto.

Pero se habían vendido cientos de miles de ejemplares.

Esa misma mañana se había establecido la conexión con mi verdadera identidad. Si eso no destrozaba del todo mi carrera en Hollywood, la verdad es que nada lo haría. El efecto goteo llegaría a su punto álgido en unas cuarenta y ocho horas. Lo que no pude ver en los periódicos, ni en portada ni en páginas interiores, fue el secuestro de Francesca. Seguro que tanto los Saltori como los Alessandro habían llegado a la conclusión de que el silencio a ese respecto era lo mejor para sus intereses.

Estaban seguros de que la iban a encontrar.

Reí para mis adentros.

—Siento molestarle —dijo el doctor Rutherford tras mirar brevemente a mi padre—. Pero es usted su único pariente vivo.

—¿Se refiere a Ricardo Cappalini? Tiene nombre, doctor.

—Sí, por supuesto. Lo siento. —Se pasó la mano para eliminar la gota de sudor que se le había formado en la frente. Se iba poniendo nervioso por momentos—. Siento informarle de que la situación de su padre no está mejorando como esperábamos. La bala destrozó varias arterias, y tiene un fragmento alojado en el corazón. Dadas sus condiciones, resulta demasiado arriesgado intentar volver a operarlo.

—De acuerdo. ¿Y qué es lo que necesita usted de mí, permiso para abrirlo cuando lo considere oportuno? —Le hablé bruscamente, incluso con agresividad, y es que la realidad a la que me iba a enfrentar me alteraba por completo. Había dejado a Francesca con Tony y Grinder, y les había ordenado que incluso la ataran si era preciso. No podía confiar en la pequeña arpía. Quizá nunca pudiera.

La verdad es que la había violado de todas las formas posibles.

Me habían advertido de que mi presencia en el hospital era muy arriesgada, incluso peligrosa, pero me importaba una mierda lo que los demás pudieran pensar de mí. Nadie tenía derecho a interponerse en mis asuntos.

El doctor Rutherford tragó saliva y dio un cauteloso paso adelante.

—Es respecto al expediente de su padre. No tenemos testamento vital ni instrucciones acerca de cómo actual en situaciones extremas. Tampoco ningún poder notarial.

Tomé aire. De repente me sentí aturdido.

—¿Cree usted que eso va a ser necesario?

—Sí. Honestamente creo que va a serlo. —Miró hacia arriba y hacia abajo, como si estuviera esperando que sacara un arma para apuntarle al entrecejo. Llevaba dos, una pegada a la pierna derecha y la otra en una pistolera bajo la chaqueta. Pero yo era una persona civilizada. En ningún caso iba a tener una reacción violenta en un hospital.

Me volví de nuevo hacia el cristal. La máquina respiradora subía y bajaba para ayudar a respirar a mi padre.

—Yo seré su único interlocutor si usted lo considera necesario. Pero en ningún permita que muera Ricardo. ¡En ningún caso! ¿Ha quedado claro? —Incliné la cabeza y entorné los ojos. Pude ver el feo reflejo de mi cara en el cristal.

El doctor palideció.

—Yo… por supuesto. Si se produce algún cambio, le llamaré de inmediato.

—Hágalo.

Se marchó taconeando con sus caros zapatos por el recién abrillantado suelo de linóleo casi como alma que lleva el diablo. Me quedé mirándolo embobado, tratando de contener la ira. El médico no merecía soportarla. Simplemente necesitaba a alguien a quien echar la culpa de que mi vida se hubiera vuelto del revés.

—Has sido un poco duro con él, ¿no te parece?

La voz de Dominick me reconfortó por primera vez. Nunca seríamos grandes amigos, pero estaba claro que entendía muy bien por lo que estaba pasando.

O al menos mejor que la mayoría.

—Puede ser. Últimamente estoy empezando a cuestionármelo todo. Pensaba que ya habrías vuelto a Nueva York.

Dominick se acercó, saludó a Carlo con una respetuosa inclinación y después hizo una mueca a través del cristal.

—Me dio la impresión de que ibas a necesitar algo de ayuda. Lo que se escucha en la calle no es nada bueno, amigo mío. —Hablaba en voz baja y midiendo las palabras. Pasaba mucha gente a nuestro lado por el largo pasillo.

—Ya veremos lo que termina pasando. ¿Qué es lo que has oído?

Miró a su alrededor y después me dirigió hacia la habitación de mi padre. El ruido de las máquinas me aturdió. Retumbaba en mi pecho y siseaba en la garganta. Lo que estaba claro era que no podrían oírnos.

Dominick se acercó a mi padre y, muy respetuosamente, inclinó la cabeza e hizo la señal de la cruz como los católicos. Yo había dejado de ser religioso desde la muerte de mi madre. El cabrón que la había matado seguía paseándose por las calles. Pese a todos los esfuerzos y contactos de mi padre, a sus informantes en diversas ciudades, no había obtenido ningún nombre. La brecha entre mi padre y yo se había ensanchado debido a ello.

Pero algún día descubriría al muy hijo de puta.

—Por lo menos tu padre parece tranquilo —dijo Dominick en un susurro, pero bufó nada más pronunciar las palabras—. Demonios, ¿quién puede estarlo en estos momentos?

—Quiero cazar al bastardo que le ha hecho esto. —Apreté el puño y me lo llevé a la boca.

—Ya lo sé, y estoy seguro de que lo harás, pero debes tener cuidado.

—¿Tener cuidado? Lo que tengo que hacer es buscarlo por todos los rincones. Eso es lo que

haría mi padre.

Dominick apretó la mano de mi padre, se alejó de la cama y se dirigió a la ventana.

—Ricardo tiene un sexto sentido. Siempre ha sabido qué guerras tenía que librar. Nunca te he dicho lo mucho que mi padre admira al tuyo.

Giordano Lugiano tenía cientos de enemigos a los que les gustaría hacerlo pedazos en la calle, pero muy pocos amigos. Saber que admiraba algo de mi padre resultaba… interesante. Muchas cosas lo eran últimamente.

—¿Qué estás haciendo aquí en realidad, Dominick? Me has prestado una de tus casas, me ofreces tu ayuda. Eso es fabuloso, pero también podría pensarse que tu padre esté buscando beneficio en un asalto al poder en el oeste. Hasta quizá pudiera estar interesado en hacerse con un trozo del pastel.

Noté su enfado. Empezó a respirar fuerte por la nariz. Incluso noté como subía y bajaba su pecho al respirar hondo.

—Sé que estás muy dolido. Lo entiendo, pero no la tomes conmigo ni con mi padre. La familia Lugiano no ha tenido nada que ver en esto, te lo aseguro. También sé que no querías verte metido en todo esto.

Me froté la frente. Hasta yo estaba sorprendido por la vehemencia de mi reacción. No obstante, seguía sospechando que le habían ordenado seguir aquí para asegurarse de que el conflicto no se extendiera a otros territorios.

—Sí, tienes razón. Te pido disculpas.

—Y contestando a la primera pregunta, he convencido a mi padre de que envía a varios de sus soldados para ayudar a encontrar a los hijos de puta que tirotearon a tu padre. Sangre nueva.

—¿Tu padre conoce nuestra organización?

Dominick soltó un gruñido.

—¡Claro que no, joder! Simplemente no soporta lo que llama la “cutre escoria italiana”. Mira por dónde.

Los dos nos reímos teniendo en cuenta de dónde venía. No obstante, seguía sintiendo cierto recelo, como si tuviera cerca una serpiente venenosa lista para inocularme su ponzoña.

Pensé en la oferta que acababa de hacerme. Era condenadamente buena.

—¿Qué más has escuchado?

Dominick me miró intensamente antes de contestar.

—La información de Aleksei era correcta. Parece claro que Saltori está detrás del ataque, y se dice que Louis Saltori ha ofrecido una sustanciosa recompensa a cualquiera que aporte información acerca del secuestro de su casi nuera. Doscientos de los grandes, nada menos.

—Vaya… ¿Eso es lo que valgo? —No pude evitar una sonrisa.

—No te lo tomes a broma. Eso significa que no tiene ninguna pista acerca de tu implicación, al menos por ahora. La mierda que publican los periódicos esta mañana hará que muchos se sorprendan, ya lo sabes. He consultado algunas de mis fuentes. Antonio Alessandro está anonadado, tanto que ha dejado que Saltori tome la iniciativa, pero puedes apostar a que van a llegar refuerzos desde Italia. Parece que Louis Saltori ha decidido esconderse por miedo a un contragolpe.

—Interesante. —No había lugar en el mundo en el que el muy cabrón pudiera esconderse, pero la idea de que estuviera asustado como un conejo me gustaba.

—Podríamos enfrentarnos a una guerra total, y en ese caso no discriminarían. Ojo por ojo.

—Pues que así sea. Han sido ellos los que han derramado la primera sangre. Voy a proteger los negocios de mi padre a toda costa.

Río entre dientes y negó con la cabeza.

—Para ser un tipo que renegabas de la organización, la verdad es que disfrutas con la violencia.

—Hay cosas que son inevitables. —Miré por la ventana, intentando pensar como lo haría mi padre. No había forma de librarme de la guerra que venía. Que alguien se diera cuenta de que no podía controlar la situación era tan malo como poner mi vida en peligro

—Sólo es cuestión de tiempo el que pongan precio a tu cabeza.

Eso ya lo sabía. De todas formas, nadie me había visto aproximarme al apartamento de Francesca, ni tampoco llevármela. Ni siquiera la joven a la que Grinder había anestesiado se había enterado de nada.

—Mientras nadie sepa lo que hago, estaré ganando tiempo para ir de caza.

Levantó las manos y alzó una ceja.

—Compartimos un código de honor y nunca dejaré de cumplirlo. Eso independientemente de que hayas estado alejado del grupo en los últimos tiempos.

El comentario era muy pertinente, y me lo merecía. El código de los hijos de la oscuridad indicaba que no habría intromisiones en los territorios de los demás bajo ningún concepto. Todos habíamos estado de acuerdo, independientemente de los que hicieran nuestros padres al respecto.

—Y te lo agradezco.

—Muy bien, muy bien. —Miró hacia otro lado. Aún tenía algo que decir—. No obstante, he venido a presentarte la oferta de mi padre, y mi casa es tuya hasta que me digas lo contrario. Está a nombre de una empresa limpia, así que no se puede establecer ningún tipo de conexión. Te sugiero que, a partir de este momento, no aparezcas por el hospital, aunque te cueste.

—Así lo haré. —Era *vox populi* que mi padre y yo no nos llevábamos bien. Le daría al médico lo que necesitaba y me marcharía.

—Me voy a Chicago pasado mañana. —Me pasó una tarjeta—. De momento, estaré en este antro. No creo que sea una buena idea que me vean por Los Ángeles en estos momentos.

Agarré la tarjeta y leí el texto impreso antes de guardarla en el bolsillo de la americana.

—No voy a esfumarme del todo, Dominick. No puedo, por el bien de la organización. Voy a tener que decirles a los chicos que hagan correr la noticia de que he asumido el mando de la familia.

Silbó para sí.

—¿Estás seguro de que eso es lo que quieres hacer?

—Es lo que debo hacer por la familia. —Me volví para dedicar una sonrisa a mi padre. Siempre había deseado que estuviera orgulloso de mí. Era mi oportunidad de conseguirlo. Vengaría el cobarde ataque contra él.

—En ese caso me voy a quedar por aquí algún tiempo más. ¡Hasta creo que me voy a quedar en el Waldorf, joder! Me apetece ver la función en primera fila. —La sonrisa de Dominick era muy contagiosa.

—¿Sabes una cosa? Creo que es buena idea. La gente de esta ciudad tiene que darse cuenta de que no me voy a ir a ninguna parte. Es más, la cosa no ha hecho nada más que empezar.

Gruño y me dio un golpe amistoso en el hombro.

—Me gusta tu estilo, Kelan. Te lo digo en serio.

—Michael. Mi nombre es Michael.

Inclinó la cabeza con respeto.

—Michael, sabes cómo ponerte en contacto conmigo.

—Sí. —Respiré hondo y con alivio. Me encontraba bien, de puta madre. Por fin había decidido poner manos a la obra sin más dilaciones. Me acerqué al borde de la cama y estiré las sábanas—. Aquí estoy, papá. No me voy a ninguna parte. Puedes contar conmigo.

Me entraron ganas de que abriera los ojos y me hiciera una señal de aprobación. Pero no se produjo ningún cambio ni movimiento. Solo…silencio.

Aparte del ruido de las malditas máquinas.

Suspiré y me dirigí a la puerta. Edra el momento de decidir qué hacer a continuación. Para empezar, hablar con el *consigliere* de la familia. John Paul tenía que participar en todo lo que viniera. Era un auténtico hombre de honor, muy valioso para la familia en todo momento, y prácticamente el único apoyo real con el que contaba mi padre. De hecho, cuando era niño lo apreciaba como a un padre, pues pasaba mucho tiempo en su casa, casi tanto como en la mía. Era irónico cómo se habían desarrollado las cosas.

Escuché un ruido detrás de mí. Me volví despacio y vi que mi padre tenía los ojos muy abiertos y fijos en mí.

Llenos de miedo y odio.

No sabía qué demonios podía esperar mi padre. ¿Un baño de sangre? Salí de la habitación sin molestarme siquiera en mirar a Carlo. Me hervía la sangre.

—Asegúrate de que no entre nadie en su habitación, salvo el personal del hospital. Si alguien quiere divertirse a su costa, hazte cargo de la situación.

—Así lo haré, jefe.

Todo el personal utilizaba ya esa palabra para dirigirse a mí, y la empezaba a detestar cada vez más. Bajé por las escaleras, no me apetecía meterme la claustrofóbica caja de metal del ascensor. Tenía muchas cosas en las que pensar, incluida Francesca, que en realidad se había convertido en el objetivo final. Salí a la calle por una puerta lateral. Los chicos esperaban con el motor al ralentí, preparados para cualquier emergencia. Rizzo vigilaba atentamente la calle lateral. Miré a mi alrededor antes de acercarme a ellos, por si observaba alguna actividad inusual o sospechosa.

El vecindario estaba bastante tranquilo. De hecho, no era un hospital céntrico, y se había escogido específicamente por ello. No se había facilitado información acerca del paradero de mi padre, que nunca había acudido a este centro. Tampoco había sido admitido siguiendo los cauces habituales. El resultado era que, en principio, nadie tenía por qué saber que estaba aquí.

No obstante, había que tomar todas las precauciones del mundo para reaccionar en caso de que alguien intentara un golpe. Cuando me dirigí al vehículo decidí tomar las riendas de todo por mí mismo. Marqué el número de Vicenzo dibujando mi mejor falsa sonrisa y preparando un tono despreocupado. Me sorprendió que contestara tan rápido. Yo había hecho los deberes. La parejita feliz tenía un vuelo reservado para Fiyi un poco más tarde. Lo que ahora quería averiguar era hasta qué punto estaba involucrado.

—Vincenzo.

—¿Qué quieres?

—Quería hablar contigo antes de que salieras de viaje. —Iba a mantener la fachada todo el tiempo que pudiera. Escuché su resoplido, y un ruido sordo, como su hubiera colocado la mano sobre el micrófono—. ¿Se confirma el estreno en Montecarlo?

—Sí, claro, va a estar muy bien. ¿Estás pensando en ir? Creía que estabas demasiado ocupado como para preocuparte de la película —ladró Vincenzo.

Estaba claro que no iba a admitir que se habían llevado a su novia casi delante de sus narices. Le sonreí a Rizzo cuando me abrió la puerta de atrás del coche. No dejaba de vigilar la calle.

—Creo que merece la pena. El estreno ha hecho una buena taquilla. —Lo cierto es que no tenía ni idea de las cifras, ni me interesaban.

—Doscientos cincuenta y seis millones. Los productores están muy contentos. Hemos empezado muy bien. Una pena que tuvieras que irte de la fiesta la otra noche y no pudieras pasar un rato con la protagonista. Es magnífica… —Se rio el muy cerdo, aunque se notaba que escogía las palabras. Estaba seguro de que le habían aconsejado acerca de lo que tenía que decir. Louis Saltori no era tonto ni mucho menos. Seguro que tenía a sus propios hombres con las antenas puestas buscando señales.

—Tenía ciertos asuntos que atender. —Estaba de pesca. La conversación era como una partida de póquer, pero estaba clarísimo que no tenía ni idea de que era yo quien tenía la mano.

—¿Vas a necesitar un vuelo para acudir al estreno? —me preguntó Vincenzo, con un gran control sobre sus nervios.

—No te preocupes, puedo ir por mi cuenta. Ya soy mayor. —Era mi turno de reír entre dientes.

Vincenzo pareció dudar.

—Muy bien. Haz todo lo que puedas para venir, chico guapo. —Colgó sin avisar. Estaba por verse si sabía o no que yo estaba al tanto de sus circunstancias. Guardé el teléfono en el bolsillo y me metí en el coche.

En cuanto Jax puso el coche en marcha miró por el espejo retrovisor.

—¿Va todo bien, jefe? Me refiero a su padre.

—Todo bien, Jax. Tenemos que hacer una parada en casa de John Paul Valentino. —Tenía la sensación de que me estaría esperando—. ¿Por qué no vais a dar una vuelta por ahí esta noche, chicos, a ver qué escucháis? Quiero saber exactamente qué se está diciendo y quién dice qué.

—Me parece bien. Quería decirle que me alegro de que vuelva a trabajar con la familia. Su padre habla mucho de usted. Está muy orgulloso.

Tuve que aguantarme la risa. Nuestras peores discusiones eran precisamente acerca de las decisiones profesionales que había escogido.

—Te lo agradezco, Jax. Ahora céntrate en conducir.

—Sí, señor. —Intercambiaron una mirada de sorpresa por el tono seco que había empleado, algo a lo que no estaban acostumbrados. Bueno, ya lo harían. Muchas cosas iban a cambiar de forma drástica.

Me recosté en el asiento de cuero, pensando en lo que le iba a decir a John Paul. Tenía que trazar un plan para los próximos dos días si no quería que las cosas se pusieran muy feas. Los consejos de John Paul iban a ser de la vieja escuela, pero me merecía todo el respeto, independientemente de las decisiones que fuera a tomar. La casa era muy adecuada a su personalidad. Estaba en Malibú, una zona acorde a su estatus. De niño me encantaba nadar en su piscina. El recuerdo resultaba un poco triste en estos momentos.

Fui cacheado antes de entrar en la casa. Los guardias de seguridad se comportaban como porteros de discoteca. John Paul nunca había sido tan cauteloso, y eso significaba que tenía miedo de que se desatara una guerra.

Cuando entré en la biblioteca donde tenía su despacho, me sorprendió el cambio que había experimentado. Blanco como el papel y muy frágil, tanto que apenas pudo levantarse de la butaca para recibirme.

—Me alegro mucho de verte, Michael. Tengo entendido que tu padre sigue en situación inestable. —La voz de John Paul era ronca hasta la exageración por décadas de alcohol y tabaco, unos gustos y costumbres muy parecidos a los de mi padre. También había estado dos veces a las puertas de la muerte, una tras un intento de asesinato y otra debido a un cáncer de próstata.

Ahora su tos era profunda y potente.

—Ya conoces a mi padre. Duro como el pedernal. Está aguantando como puede. —Me acerqué a él para darle el mismo abrazo de oso que siempre—. Me alegro mucho de verte, John Paul. —Ahora era más alto que él, otra de las cosas que habían cambiado. Puede que fuera yo el que había cambiado.

—¿Por qué no te sirves una copa? Podemos hablar junto a la piscina. Creo que un poco de sol me haría bien.—No esperó mi respuesta y se dirigió despacio hacia las puertas francesas. Llevaba en la mano un decantador, seguramente lleno de coñac. Cuando era un adolescente solía husmear en su oficina y mezclar la Coca Cola con cualquier licor que cayera en mis manos, pensando que no lo iba a echar de menos. De alguna forma, supe que había descubierto mi secreto años atrás. Siempre lo había considerado un tipo frío, hasta cuando me enseñaba a pescar en los momentos en los que mi padre estaba muy ocupado.

Al final descubrí que era tan violento y despiadado como mi padre, y que no dudaba en eliminar a sus enemigos sin ningún pudor.

Aunque era un poco pronto para beber, no quería que se sintiese insultado. Rei entre dientes cuando algunas ráfagas de recuerdos me asaltaron. Se había casado cuatro veces, pero no tuvo ningún hijo. Yo era algo así como el hijo que nunca había tenido. Me serví una cantidad moderada de bourbon y esperé de pie un momento antes de dirigirme a la cabaña techada.

John Paul me esperaba tranquilamente sentado, contemplando la esplendorosa piscina. Me di cuenta de que todo, desde el mobiliario hasta la superficie de la propia piscina, había conocido días mejores. Estaba perdiendo su toque de distinción.

—Tu padre es un hombre muy importante. Espero que lo tengas claro. Sé que Ricardo ha sido muy duro contigo, pero también que está orgulloso de ti.

—Es la segunda vez que escucho eso en la última hora. Lástima que nunca haya tenido el valor de decírmelo.

Inclinó la cabeza clavando en mí su poderosa mirada.

—Tu padre también es muy orgulloso. Jamás admite sus defectos, y créeme cuando te digo que tiene muchos.

El comentario parecía raro, viniendo del mejor amigo de mi padre. Analicé su significado mientras removía el icor. Finalmente di un sorbo. No estaba seguro de si el bourbon, que era suave y delicioso, sería capaz de aplacar mi enfado.

—Mi padre es vil y desagradable. No le importa nada ni nadie que no tenga que ver con él mismo y sus necesidades. Los dos lo sabemos perfectamente.

—Y eso es lo que le ha permitido seguir vivo todos estos años. —John Paul agarró un cigarro puro del cenicero de cristal con mano temblorosa, pero no fue capaz de asir el mechero. Me incliné para ayudarle, sujetando con la mano derecha la brillante pieza de metal y apuntando la llama hacia la punta del habano. Odiaba el tabaco, pese a que de chaval me gustaba mucho su aroma. Puede que fuera una reacción contra las muchas e interminables reuniones a las que tenía que asistir, con mi padre siempre a la cabecera de una mesa enorme pontificando acerca de su organización y detallando cómo había que hacer las cosas exactamente, o rodarían cabezas…

Y ahora yo estaba considerando hacer exactamente lo mismo.

Me quedé quieto después de que tosiera y antes de que inhalara el humo y lo mantuviera en la boca. Lo expulsó en forma de pequeños círculos. Se le notaba que estaba a gusto por la amplia sonrisa que se dibujaba en su cara.

—Hay muchas cosas que no sabes de tu padre, pero sospecho que pudiera no tener tiempo para contártelas —continuó con un deje de tristeza en el tono.

—Tengo que averiguar quién ha sido el responsable de esto.

—Ya lo sabes. Saltori organizó el ataque, sin duda con la autorización o incluso siguiendo las órdenes de Don Dante.

—¿Crees de verdad que los Massimo están implicados?

—Llevan años deseando hacerse con el negocio de tu padre, sobre todo el de construcción y los puertos. Eso los colocaría en una situación ideal para acceder a diversas… oportunidades. —Sonrió—. ¿Sabías que ya lo habían intentado antes?

Lo miré sorprendido. La adrenalina empezaba a acumularse en mis venas.

—Sé que ha habido varios intentos de atentado a lo largo de los años. Pero no me explicó los detalles, ni quienes eran los responsables.

Rio y echó la cabeza hacia atrás para mirar hacia el cielo.

—Nada más morir tu madre la cosa estuvo cerca. Pensaban que Ricardo estaba débil. Les costó la vida a tres de sus mejores soldados, algo que nunca se ha perdonado a sí mismo. Desde entonces, se aseguró de que Don Dante Massimo supiera que algún día iba a vengarse. Desde entonces siempre ha habido encono entre ellos.

—Entonces esa es la razón por la que ha mantenido cerca de Saltori. Para tenerlo controlado.

—Ni más ni menos. Tu padre es muy astuto.

Estaba claro que me faltaba mucha información acerca de la organización de mi padre y de los problemas que había heredado con ella.

—Tengo muy clara una cosa: tengo que dar algún paso. Con Saltori oculto, los proveedores empiezan a fallar. Incluso se han suspendido algunas de las operaciones con terrenos. Por si fuera poco, el hospital quiere una maldita orden de no reanimación. —Me pasé la mano por el pelo. Me podía la ansiedad.

John Paul dio un sorbo de coñac. El movimiento al tragar resultó algo exagerado.

—Permíteme que te haga una pregunta, pero tienes que ser muy honesto a la hora de contestarla. ¿De verdad crees que estás preparado para tomar las riendas? ¿Para convertirte en el Don de Los Ángeles?

Aunque el tono no era acusatorio, me sentí ofendido.

—Tan preparado como lo he estado siempre.

—Yo también creo que lo estás, hijo. De hecho, eres más fuerte e incluso más astuto de lo que tu padre ha sido siempre.

Solté un profundo suspiro.

Rio entre dientes y dio otro trago.

—El movimiento que hiciste fue muy audaz y peligroso.

—¿Qué movimiento?

—No me jodas, chaval. Para secuestrar a la princesa de la mafia italiana hacen falta muchos cojones. Eso deja claro que estás más que preparado para lo que te espera.

Me sorprendía que ya lo supiera.

—¿Quién más está al tanto?

—De momento todo está tranquilo, pero como te puedes imaginar no va a ser difícil atar cabos. Estoy seguro de que algún sicario de Saltori te está siguiendo hoy. También sospecho que llevan años observando, esperando a que tomes el control, dado que no hay más alternativa. Tu padre ya no es joven, aunque saben que es muy listo y organizado. Un hombre como Ricardo Cappalini debe tener un plan para el caso de que se produzca una tragedia.

Un plan. Sí, mi padre debía tener algo preparado.

John Paul sufrió un ataque de tos y se llevó a la boca la huesuda mano. Cuando la retiró pude ver un resto de sangre.

—¿Cuánto tiempo te queda? —Noté la tristeza en mi propia voz.

Sus ojos, siempre tan vibrantes, reflejaban la misma tristeza cuando los volvió hacia mí.

—Cuatro meses, quizá cinco. Al menos eso me han dicho las eminencias médicas que me sacan la pasta. No quería dejar solo a tu padre, pero ahora, con esta tragedia… —no terminó la frase, no hacía falta.

—Yo me encargaré de vengarle, y no se encuentra solo precisamente.

—Sé que estás en ello. —Sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó la boca—. Pero debes tener muchísimo cuidado. Juegas con fuego. Por lo que se refiere al crimen organizado, Francesca es la realeza. Massimo no se detendrá ante nada para recuperarla. Su padre es muy importante para Don Dante. La riqueza y los contactos son muy importantes para ellos, de hecho, lo más importante. Por lo que he escuchado, los hombres de Saltori han vuelto del revés el apartamento de Francesca buscando pistas.

—¡Cómo no lo van a hacer! Pero me importa una mierda —dije riendo entre dientes.

Negó con la cabeza.

—Se ensañaron con la chica que dejaste atrás. La golpearon como bestias, pues estaban seguros de su implicación en el secuestro.

Sentí un escalofrío por toda la espalda.

—¡Malditos cabrones!

—Eso es sólo el principio, Michael. Tienes que pensar como lo hace tu padre. Has abierto la caja de los truenos y vas a tener que apechugar con las consecuencias.

—Lo sé. —Jugueteé con el vidrio del vaso. Sentía la incertidumbre inundando mi cerebro—. Francesca no es más que un puto peón en la partida. No merece la mierda en la que la han metido. Escogió vivir otra vida que no tuviera que ver con la violencia y el crimen. Hasta siento pena por ella. Joder, puede que secuestrándola hasta haya evitado una atrocidad.

Se produjo un momento de silencio, sólo roto por el viento moviendo las palmeras.

—Eres mucho más fuerte de lo que crees, Michael, pero también tienes una debilidad… que además es la misma que tenía tu padre —sentenció John Paul en voz baja.

—¿Y qué debilidad es esa?

Se inclinó hacia mí y me agarró la mano.

—La que trae consigo una mujer hermosa. Tu madre era una de las mujeres más guapas que tu padre y yo habíamos visto en nuestra vida. Perfectamente podía haber sido una estrella.

—Sí. Hasta que mi padre la obligó a casarse. Por otra parte, Francesca me importa una mierda.

El apretón que me dio John Paul fue mucho más fuerte de lo que hubiera podido esperar, y por primera vez desde que había llegado me miró con dureza y frialdad.

—Tu madre tuvo una aventura con tu padre desde dos años antes de que la pidiera en matrimonio. Estaban muy bien juntos, era felices. Eso fue mucho antes de que nacieras tú. Era consciente de la oscuridad de sus negocios, incluso aunque se peleara con Ricardo durante los últimos años de su vida. Lo suyo fue un gran amor, algo que yo he tratado siempre de conseguir, aunque he fracasado miserablemente.

Nunca había sentido tanta convicción en sus palabras.

—Mi madre murió a causa de las actividades de mi padre.

—Murió por el empeño de unos monstruos en arrebatarle a tu padre sus negocios. No mezcles las cosas, Michael. Y escucha lo que digo: el amor que sentía por ella lo acabo de ver en tus ojos.

No pude evitar una risa sarcástica.

—Es imposible de todo punto que me enamore de Francesca.

Dio varios tranquilos sorbos de coñac, y se retrepó en el asiento.

—Pues creo que ya lo has hecho.

—Ni por un momento. No significa nada para mí. —No debía asombrarme de lo que estaba diciendo, ni por lo que significaba. Si sintiera algo por Francesca, sin duda implicaría una debilidad. Respiré hondo y me incliné hacia delante—. ¿Qué crees que debo hacer, John Paul? Si mi padre muere, necesitaré entender y dominar por completo todos los aspectos todos los aspectos de sus actividades, para poder dirigirlos adecuadamente y, si es posible, convertirlos cuanto antes en negocios legales. Ser el padrino, el Don de Los Ángeles no es precisamente lo

que quiero hacer con mi vida.

John Paul reflexionó durante más de un minuto antes de contestar. Y cuando lo hizo, se limitó a reforzar la idea que ya tenía sobre lo que debía hacer.

—Eres el hijo de tu padre. La lucha interna que estás experimentando es algo que hace mucho tiempo que no veía. Tienes que hacer lo que debas, incluso aunque ello signifique mancharte las manos de sangre. Sí, hijo, a veces es necesario. Tus enemigos vendrán a por ti muy pronto, y su forma de tomar represalias es… digamos que más brutal de lo que puedas siquiera imaginar. Y por lo que se refiere a convertir los negocios en legales, bueno, si alguien puede hacerlo, ese eres tú.

Su sonrisa alimentó el fuego que ya ardía dentro de mí. Aunque también pensé que era un iluso al pensar que podía hacer algo como eso.

—Una cosa que tienes que hacer es perdonar a tu padre, aunque sólo sea por librarte de esas cadenas que te atenazan el cuello.

—Ni pensarlo. —Cadenas. Eran de hierro forjado, y no tenían cerraduras. Las arrastraba desde hacía muchos años, y pesaban demasiado. No obstante, el perdón era imposible. Mi padre se lo había buscado.

Tosió y se llevó el pañuelo a la boca.

—Tengo que llevarte al médico.

Movió la mano mientras tragaba saliva con dificultad.

—Estoy en mi casa, que es donde me encuentro más a gusto y en paz. No voy a ir a ninguna parte, Michael. Espero que lo entiendas.

—Claro que lo entiendo. Lo que pasa es que me gustaría que las cosas fueran distintas.

—Todos tenemos la maravillosa capacidad de dirigir nuestras vidas, aunque se crucen las tragedias.

Acudieron a mi mente muchos recuerdos, muchos de ellos magníficos, y rehusé aceptarlo.

—Yo nací con la mía a cuestas desde el principio.

—Eres de la realeza. Debes tener eso claro para triunfar.

Realeza. La palabra era extraña para mí.

—No quiero empezar una guerra.

—Puede que no tengas otra alternativa. Esta es la vida que nos ha tocado vivir, Michael. Mantén a Francesca Alessandro a salvo y lejos de su familia, pero eso va a tener un precio. Perderás algunos hombres de tu padre. Presta atención a lo que decidas hacer para vengarte. Actúa con inteligencia, incluso con precaución a la hora de decidir entre las distintas opciones. Las decisiones que tomes a lo largo de las próximas semanas van a afectar al futuro de toda la ciudad, y puede que incluso al de la costa oeste. Esa es el poder que tu padre ha acumulado durante casi cuarenta años. No confíes en nadie, sólo en tu inteligencia y tu instinto, y ten en

cuenta una cosa: puede que haya un asesino que quiera quitarme la vida a mí también. No respondas sólo por esa razón.

Me estremecí, me tembló todo el cuerpo.

—Si alguien atenta contra tu vida, morirá.

—Te lo agradezco, Michael, más de lo que puedas imaginar, pero tranquilo, siempre he sabido cuidar de mí mismo. —Su expresión se suavizó—. Soy viejo, y he pasado por momentos difíciles y peligrosos. Aprendí demasiado tarde lo importante que es la familia. Espero que tú no cometas el mismo error, porque lo lamentarías durante el resto de tu vida. —Vi lágrimas en sus ojos. Era un momento de resignación—. El cariño que te tengo supera todo lo que he sentido en mi vida. Y te digo que harás lo correcto, lo que debes hacer, porque eres un hombre de honor.

Lo correcto. Lo que debo hacer. Entendía las palabras. Sabía lo que significaban para él. No obstante, no había honor ni en lo que había hecho, ni en lo que iba a hacer.

Sólo había muerte.

CAPÍTULO 6

Capítulo seis

Michael

Jodido.

Así me sentía en medio de toda esta situación. Dejé a John Paul tras terminar la copa, ya con los nervios a flor de piel. Se estaba preparando para morir, y era consciente de que tenía una diana dibujada en la espalda. El ataque a mi padre y sus capos sólo había sido el principio. Había un completo plan en marcha para hacer trizas la organización Cappalini. Tendría que analizar muy bien todo lo que suponía eso.

Los muy cabrones estaban preparando otro golpe.

El traslado a casa de Dominick transcurrió sin incidentes. Nadie siguió al SUV ni había coches esperando nuestra llegada. Todavía estaba fuera del radar.

De momento.

Algunas de las cosas que me había dicho John Paul eran estremecedoras, pero necesitaba escucharlas. Puede que su estímulo fuera exactamente lo que podría impulsar un plan propio. Los responsables del ataque habían esperado el momento en el que la organización estaba más débil y vulnerable, incluyendo mi total apatía. En algún momento cometerían un error, se descuidarían, y allí iba a estar esperando yo con la maza preparada. Estaba muy triste por John Paul, pero tenía que apartar eso de mi pensamiento. Organizaría una reunión mañana por la mañana y después iría a visitar a los proveedores y a los contratistas de los terrenos. El alcalde quedaría para el final. Había llegado el momento de salir del escondite.

El momento de tomar decisiones.

El momento de iniciar la batalla final.

Cuando estábamos a apenas tres kilómetros de la casa, sentí una necesidad repentina.

—Jax, vamos a hacer otra parada antes de que me lleves a la casa.

—A dónde usted diga, jefe.

—Al cementerio de Castlewood. —Una vez más pude ver la mirada de asombro que compartieron ambos soldados. Mi comportamiento les parecía extraño, inusual. ¿Y qué? Se trataba de un nuevo comienzo, independientemente de lo traicioneras que fueran las circunstancias. Y por eso necesitaba cerrar heridas. Lo que iba a hacer era importante. Como había dicho John Paul, mis decisiones iban a alterar el rumbo de la organización. Las cosas se podían a ir al diablo muy deprisa. Sólo era cuestión de tiempo que los federales apretaran las clavijas si las bajas continuaban incrementándose. Era lo lógico.

Mi padre me había dicho más de una vez que yo no tenía el estómago necesario para matar. Las cosas iban a cambiar de manera radical.

El camino de grava tenía el mismo aspecto que la última vez que había estado allí. La entrada era inolvidable, amplia y solemne. Me resultó curioso que Jax no necesitara instrucciones. Detuvo el SUV y levantó los ojos para mirarme por el retrovisor.

—Aquí estamos.

Asentí y me bajé, sintiéndome algo culpable por no haber traído flores. Me quedé cerca del vehículo con las manos metidas en los bolsillos. La última vez que había estado aquí acababa de rodar mi primera película, y compartí con ella el entusiasmo que entonces sentía. ¡Cómo cambian las cosas!

Me pesaban los pies al caminar hacia su tumba, y enseguida vi las flores frescas, que sólo podían llevar allí unos pocos días. Rosas rojas, las favoritas de mi madre. No me resultó difícil llegar a la conclusión de que el único que podía estar al tanto de eso era mi padre. ¡Menuda sorpresa! Me agaché para limpiar de polvo las letras cinceladas que componían su nombre.

—Hola, mamá. Sé que ha pasado mucho tiempo. Y también muchas cosas.

No había merecido ese fin tan violento. Nadie merecía eso. Me invadió la tristeza mientras hablaba y pensaba. Era como si se me fuera la vida. Pero tenía que explicarle lo que estaba haciendo, y el porqué. Soplaba una suave brisa, que llevaba el aroma de las rosas hasta mis fosas nasales. Todos los consejos que había recibido durante los últimos días eran correctos. No podía seguir escondiéndome del hombre que realmente era.

Peligroso.

Me senté sobre la tumba y pasé los dedos por su nombre. Creía de verdad que me estaría escuchando.

—Es lo que debo hacer. Espero que lo entiendas. Prometí que, de una forma u otra, iba a vengar tu muerte. —Se me hizo un nudo en la garganta, y me vinieron a la cabeza todos esos años en los que había renegado de mi padre, echándole la culpa. Los Saltori pagarían por todo el daño que le habían hecho a mi familia. Casi podía sentir su fuerza de voluntad y la capacidad de resolución que había acumulado debido a mi padre.

Puede que no me perdonara, pero lo entendería.

Cuando me levanté despacio, la frialdad envolvía mi alma. No podía dudar. Y no lo haría.

La quietud del lugar era más enervante incluso que estar en el hospital. Ocurriera lo que ocurriera, sólo se debería en parte a mí. Pero mis acciones serían rápidas, fugaces. Regresé a donde me esperaba el coche sin pronunciar palabra. No hacía falta. Cuando se cerraron las puertas y se encendió el motor cerré los ojos para rememorar los buenos tiempos.

Iba a ser mi última mirada al pasado, al menos por ahora.

Nadie dijo una palabra durante el resto del viaje.

—Ya hemos llegado, jefe —dijo Jax tras apagar el motor.

Eché un vistazo a la casa de Dominick. Ya nada parecía real.

—Mañana celebraremos una reunión. Necesito que me pongáis al día de todos los trabajos que se están llevando a cabo, independientemente de si van bien o mal. Y que me deis los nombres de los estúpidos que no han pagado. Y lo que es más importante: necesito encontrar el escondrijo de Saltori. Esta noche. No me importa qué promesas tengáis que hacer. Lo quiero. —La orden no podía estar más clara.

Rizzo tragó saliva antes de contestar entre dientes.

—Sí, señor. Lo averiguaremos.

Abrí la puerta para salir del coche y miré por un momento al sol de la tarde.

—No me cabe la menor duda.

Me dirigí rápidamente hacia la entrada, sin saber muy bien cómo manejar a Francesca. Puede que sí que fuera el monstruo que le parecía, pero tenía que entender que yo estaba al mando en todos los aspectos. Tendría que cooperar y decirme todo lo que sabía acerca de su padre, de los Massimo y de los Saltori. Ni más ni menos.

La visita al cementerio me había permitido dejar a un lado lo que quedaba del hombre que había sido. No sentía culpa ni vergüenza por haberlo hecho. Era necesario. Tony estaba de guardia cerca de la entrada a la casa. Su expresión era como la de los demás, de una seriedad mortal. Estaba bien entrenado, por supuesto.

—¿Algún problema?

Negó con la cabeza.

—Se ha portado muy bien. Y no ha habido visitas.

—Bien. —Le dio un golpecito amistoso en el hombro, consciente del mucho tiempo que había empleado en visitar la tumba de mi madre. El sol empezaba a ocultarse, y empezaban a entrar rayos de color naranja por las ventanas del edificio. Estaba muy cansado, pero también listo para hacer todo lo necesario. La casa parecía muy tranquila cuando entré, incluso demasiado. Como si no hubiera vida en ella. Todo estaba en su sitio, ningún signo de actividad extraña; no obstante, comprobé todas las habitaciones.

Grinder estaba de pie junto a la puerta de la habitación grande, con los pies bien asentados y firmes. Hizo un gesto con la cabeza al ver que me aproximaba. Su mirada era recelosa.

—Jefe.

Por fin escuché un ruido. Parecía la televisión, con el volumen muy bajo.

—¿Cómo ha estado? —dije en voz baja. Francesca era el tipo de mujer capaz de recoger cualquier brizna de información para utilizarla en su beneficio. ¿Para negociar? Puede. ¿Para atacar? Por supuesto. Después de todo era hija de su padre.

—Esta mañana muchas preguntas, y después nada. Se ha encerrado en sí misma, siempre frente a la televisión. En las noticias han soltado algo de mierda sobre su padre.

—Y habrá más. Mañana por la noche la mierda habrá llegado al ventilador. —Me pareció notar que le gustaba mi cambio de actitud.

Grinder miró por encima del hombro antes de volver a hablar.

—Si no le importa que le pregunte, jefe, ¿qué va a hacer con ella?

Me había hecho la misma pregunta a mí mismo muchas veces.

—No tengo ni puta idea, pero de momento la mantendremos aquí encerrada, y viva, por supuesto. Organiza una reunión mañana con todos los capos. Al mediodía. Tenemos que hablar de los próximos pasos a dar.

Dibujó una mínima sonrisa con la comisura de los labios.

—Eso está bien, jefe. Los hombres empiezan a hacer preguntas.

—No me extraña, es lógico. Para que lo sepas, voy a averiguar en qué agujero se ha metido Saltori. De momento, sólo para saberlo. Y enseguida para golpear.

Dio un paso atrás y alzó las cejas.

—¿Está seguro? Quiero decir… de acuerdo, jefe.

—Tengo que hacer llegar un mensaje, y eso es lo que voy a hacer. No podemos dejarlo pasar.

—Lo sé, jefe. ¿Y qué pasa con Vincenzo? He oído que está lanzando amenazas. Va diciendo que su maldita novia ha sido secuestrada y no para de trasegar tequilas y de decir gilipolleces.

Eran noticias algo inquietantes, pero estaba seguro de que sus mayores estaban en otra cosa. Vincenzo era un mierda, sí, pero no tonto del todo. Seguramente ya estaría empezando a atar cabos.

—De Vincenzo me encargaré yo en persona. —Iba a entrar en la habitación, pero me volví. Quería tener para mí solo a Francesca—. Tony y tú necesitáis descansar. Yo me ocuparé de nuestra invitada esta noche.

—¡No, jefe! No vamos a dejarlo aquí solo. Sabe que Saltori estará removiendo cielo y tierra para encontrarlo.

Retiré un poco la americana para enseñarle el arma.

—Te agradezco tu preocupación, Grinder, pero debes tener en cuenta una cosa: haya sido o no hasta ahora un miembro activo de esta familia, puedo cuidar de mí mismo. Si alguien quiere joderme, lo siguiente que hará será irse al otro barrio. Así de simple. Además, este sitio es seguro, de momento. Descansa un poco. Y dime algo sobre la reunión. —No era una sugerencia, sino una orden, y se dio cuenta. Volví a dejar que viera el arma en la pistolera al darme la vuelta.

El pobre tipo no estaba del todo seguro de si lo estaba amenazando.

Se quitó las gotas de sudor que perlaban su frente, fijó la vista en mi Glock y sonrió.

—Ya sabía yo que debajo de esa cara de actor había bastantes más cosas. No pretendía faltarle al respeto, jefe.

—No pasa nada, Grinder. Sin problemas. Necesito una cosa más, y que quede entre nosotros. Averigua todo lo que puedas acerca de Antonio Alessandro, y la relación que tiene con su hija. Hay cosas que no terminan de cuadrar. —Como por ejemplo cómo era posible que su padre hubiera consentido semejante matrimonio. Saltori no era un padrino, y para los italianos, los americanos eran de segunda clase. Basura. Incluso el negocio inmobiliario. El único ángulo que podría tener sentido era la enorme cantidad de dinero que podía ganarse gracias a los contactos con Hollywood. Eso sí que era plausible.

Echó una fugaz mirada a la habitación y asintió.

—De acuerdo, jefe.

—Asegúrate de enviar mañana a uno de los soldados para que la vigile en nuestra ausencia. Activa el sistema de seguridad cuando salgas. Ya tengo todo lo que necesito. —Le estaba diciendo adiós ceremoniosamente y él lo sabía.

—Lo haré, jefe.

Esperé a que se marchara antes de entrar en la habitación, y al hacerlo sólo la miré brevemente. Vi que ella sí que me miraba con atención, aunque fingiendo estar atenta a la televisión. No obstante, había un periódico doblado bajo sus piernas, colocado de forma que podía leerse la portada. Eso no me hacía del todo feliz. Me acerqué a la silla que estaba frente a ella, me quité la americana y me tomé mi tiempo para colocarla en el respaldo del sofá. Cuando me volví, me pasé la mano por el pelo.

Otro gesto intencionado.

Los ojos de Francesca se fijaron en la pistolera. Hizo un gesto de desdén con el labio inferior. Sostenía un vaso, cuyos restos de color ambarino indicaban que era bourbon, o quizá whisky escocés.

Me senté en el borde de la silla y me crucé de brazos. No me moví. Le había dejado otro par de pantalones cortos y una camiseta de algodón, nada más, sobre todo para dificultar cualquier intento de huida. Aunque no pensaba que lo fuera a intentar.

No parecía estar a gusto, con las piernas recogidas y mirando de soslayo la pantalla de la televisión. Yo fijé la atención en el periódico, y se me pusieron los pelos de punta al leer los

titulares, que no podían ser más preocupantes.

Kelan Rock, ¿estrella de cine o padrino de la mafia?

Nunca antes había permitido que la ira se apoderase por completo de mí, pero en ese momento, dadas las circunstancias, me puse de los nervios, con la piel de gallina y la ansiedad dominando todas mis terminaciones nerviosas. Casi podía escuchar el castañeteo de dientes de Francesca. Ella pensaba que era un monstruo, y empezaba a estar de acuerdo con ella.

—Por lo menos no me has mentido —dijo en un susurro.

—¿Sobre qué? —Apoyé os codos sobre las rodillas y entrelacé los dedos.

—Sobre tu identidad.

—Siempre seré contigo todo lo sincero que pueda, Francesca. —Me di cuenta de lo que estaba viendo, y suspiré. Una de mis malditas películas. Eché un vistazo a la pantalla. La protagonista, una pelirroja sexy típica de las películas de acción se colgaba de mí y ponía morritos, mientras yo la miraba con aires de superioridad, desnudándola con la mirada. —Ese tipo ha muerto.

—Estás muy bien en la película. Muy atractivo. Das el tipo de gran héroe, hasta me lo creí por un momento. —Soltó una breve risa. Pero cada vez parecía más incómoda.

Detuve la película, muy disgustado conmigo mismo.

—Una imagen falsa, eso es todo.

—¿Entonces cómo eres de verdad? ¿Qué tipo de hombre? ¿Un asesino de verdad? —Apuró la bebida dramáticamente. Se burlaba de mí.

Me apetecía hacer un comentario sarcástico, pero me contuve.

—Kelan era una personalidad que no podía controlar. La sangre tira más que el champán.

Torció el gesto y miró a ninguna parte.

Había mucha tensión entre nosotros, y yo estaba muy ansioso. La situación me gustaba tan poco como a ella.

Se echó hacia atrás en el sofá y se mordió el labio inferior.

—Siento curiosidad. No me cabe la menor duda de que eres un hombre inteligente, y tienes el mundo a tus pies. ¿Por qué estás haciendo esto? Pensaba que sólo era pura venganza, pero empiezo a creer que hay algo más.

—Lo que dije ayer es verdad: derrotar y, si es posible, borrar del mapa a los Saltori. Quiero venganza, a toda costa. Y proteger el negocio.

—Claro, la avaricia, querer más y más… ¿A causa de tu padre?

—Sí. Pero también hay otras razones, Francesca. Y tú no estás en condiciones de decirme nada.

No le sorprendió el tono agrio que empleé. Casi podía ver el mecanismo de sus pensamientos.

—Siento lo de tu padre. ¿Cómo está?

—Vivo. De momento.

—¿Teníais una buena relación?

Rei entre dientes. Necesitaba una copa y una ducha larga y muy caliente.

—Ni remotamente.

—Entonces, ¿por qué te estás metiendo en esto? Podrías dejar que fueran los hombres de confianza de tu padre los que manejaran la situación.

—No finjas que no entiendes la forma de funcionar de la mafia. Los hombres siempre necesitan un liderazgo fuerte, como ocurre en Italia. Toda la organización se derrumba si no hay un liderazgo fuerte.

—Y tú eres ese líder. —Parecía divertida—. Pues menudo problema. ¡Pero si tienes una carrera fabulosa! ¿O sólo era una tapadera glamurosa?

—Pocas veces finjo ser quien no soy, y es obvio que las cosas han cambiado. Con el artículo del periódico que, seguro que has leído, tendría suerte si pudiera conseguir un trabajo de mierda en la teletienda. —Agarré su vaso y me dirigí al mueble bar. Me quité la pistolera y dejé el arma sobre le encimera antes de preparar una copa para los dos.

—El artículo no está tan mal, salvo por el hecho de que no menciona que eres un secuestrador. Todavía. Supongo que eso significa que ya has dado el paso para convertirte en un verdadero criminal.

Le serví bourbon. Preveía que no íbamos a tener una conversación trivial ni mucho menos.

—Si me estás presionando para tener sexo duro y que te discipline, lo estás consiguiendo.

—Eso no va a volver a ocurrir. —Su risa fue angustiada y dramática. Un intento más de romper la cadena.

—Parece que se te olvida que me perteneces

La mirada que me lanzó fue dura, fría y cortante.

—Por encima de mi cadáver.

Su respuesta desafiante me la puso dura.

—Creía que estábamos manteniendo una conversación educada. —Me acerqué a su lado y le pasé el vaso. Cuando lo agarró, nuestros dedos se rozaron. Sentí una descarga eléctrica a lo largo de todo el brazo. Nunca había tenido este tipo de reacción al contacto con una mujer. El deseo ardoroso que sentí me pilló con la guardia baja.

Ella también se estremeció visiblemente, y hasta perdió el aliento al intentar llevarse el vaso a los labios. Su deseo era más que evidente.

—Así es. Y sabes que no estoy diciendo nada que no sea cierto. Eres un maldito criminal asesino.

Estuve a punto de estallar en carcajadas.

—La verdad, Por ahí deberíamos empezar. ¿Por qué insistió tu padre en que te casaras con un tipo como Vincenzo? ¿Por el dinero? ¿Eras una pieza en la negociación para obtener la ayuda de la familia Massimo y ganar el mercado americano?

—¿Y por qué tendría yo que hablarte de eso? —bufó. Me dio la impresión de que no había contemplado la posibilidad de que la hubieran usado como un mero peón en la negociación.

—Porque tú y yo tenemos un acuerdo. —Seguí de pie.

—¡Tienes que estar bromeando!

—Nunca bromeo cuando hablo de negocios —contesté con tono tranquilo.

—Vaya, vaya. Qué arrogancia. Un acuerdo al que me obligaste. Me drogaste, ¿no te acuerdas? —rezongó.

—Déjame pensar. —Me froté la barbilla con los dedos—. Lo hice después de que me apuntaras con una pistola. Me pregunto si habías disparado laguna vez antes.

Me taladró con la mirada.

—Te estás volviendo loco, Michael, o Kelan, o como demonios prefieras que te llamen. Eres exactamente lo que siempre he intentado evitar. Brutal. Insensible. Vil.

—¡Ah, vaya! Así que no te gustaba la riqueza, cariño. —Parecía la típica chica que había sido mimada durante toda su vida, pero también podía atisbar su dureza interior, y un deseo parecido al mío. Puede que las conclusiones a las que había llegado respecto a ella estuvieran equivocadas.

—¡Qué te jodan! ¡Ni se te ocurra llamarme cariño! ¡Antes preferiría que me comieran los buitres, o arder en el infierno! — Su rostro se sonrojó, apareciendo un ligero brillo en su piel .

Y en ese momento era la mujer más sexy que había sobre la faz de la tierra. Empezó a arder el fuego dentro de mí. Lo único que quería era devorarla, pero en ese momento la información era vital.

—Mierda. No soy el cariñito de nadie. Ningún hombre me querría, si supiera cómo soy de verdad. —Dio un trago a la copa y se puso de pie, alejándose de mí deliberadamente—. Dado que pareces saberlo todo, respóndeme a esto. ¿Sabes lo que es crecer en una familia de la que todo el mundo en la ciudad en la que vives lo sabe todo, sabe quién es tu padre y se siente aterrorizado por él? ¿Pasarse todo el tiempo sola porque a tus compañeros de colegio les da miedo molestarte lo más mínimo?

Me reí y levanté la copa hacia ella.

—Sé muy bien cómo es esa vida, y la soledad y la amargura que produce el aislamiento.

Francesca caminó hacia la puerta de atrás y dirigió la vista a la piscina.

—Y para rematar, yo he sido siempre el patito feo, y mi hermana la guapa y sofisticada de la familia.

No había leído nada acerca de que tuviera una hermana.

—Pues eres preciosa —dije sin hacer énfasis. Mi libido crecía al mismo ritmo que el deseo.

Soltó una risita.

—Bueno, como diría mi padre, florecí. Qué suerte. Lo creas o no, vine a América huyendo de la violencia y el derramamiento de sangre. Quería una nueva vida, no ser nadie especial ni diferente. Ya sabes, tomarme un café tranquilamente en una cafetería, ir al cine y a bailar con amigos. Quería elegir por mí misma, no recibirlo todo en bandeja de plata. Supongo que fui una estúpida. Es imposible huir de lo que de verdad eres.

—Bonito soliloquio. Pero, entonces, ¿por qué accediste a casarte con Vincenzo? —Ella y yo nos parecíamos mucho.

—Porque mi padre me lo pidió. En realidad, me lo rogó. En honor a la familia. La forma de hacer de la Borgata, ya sabes. —Dejó asomar su precioso acento italiano.

Quería averiguar algo sobre su hermana, pero pensé que sería mejor averiguarlo por mi cuenta.

—¿Estás segura de que te puedes fiar de tu padre? Igual estaba vendiendo a su hija al mejor postor.

Volvió la vista hacia mí como un rayo. Su mirada fue de odio intenso. Se acercó a mí casi corriendo, respirando tan atropelladamente que el pecho subía y bajaba muy deprisa. Ni me dolió el bofetón que estampó en mi cara. De hecho, me encendió todavía más.

—¡Cómo cojones te atreves a decir eso! Mi padre está por encima de todo reproche. No vuelvas a decir nada malo de él. —Echó hacia atrás el brazo como si fuera a abofetearme otra vez.

Le agarré la mano y se la retorcí hasta que se quejó.

—No vuelvas a golpearme, princesa. No soy uno de esos chicos a los que puedes dominar.

—¿Chico? Tú no tienes derecho a decir que eres un hombre. Violar varias veces a una mujer. Alejarla de todo lo que quiere de una manera brutal.

—Pareces olvidarte de que tuviste varios orgasmos. —Respiré con dificultad y la atraje hacia mí. Cuando me arrojó el licor a la cara, tengo que confesar que me sorprendió. La chica tenía agallas. Le arrebaté el vaso y lo lancé contra el cristal de la chimenea, disfrutando del ruido que hizo. A ella la empujé contra la pared.

—Francesca, ya no estás al cargo de nada.

—¡Vete a la mierda! ¡Te odio por todo lo que me has hecho!

La empujé hacia atrás y la obligué a levantar los brazos por encima de la cabeza. Le agarré con una mano ambas muñecas y utilicé el peso de mi cuerpo para que no pudiera moverse.

—Creo que lo que he hecho ha sido salvarte del infierno. —Tenía la boca peligrosamente cerca de la de ella, mi aliento inundaba toda su cara.

Luchó con todas sus fuerzas, contoneándose para librase de la sujeción empujando, incluso, sus caderas contra las mías.

—Para mí el único infierno que existe eres tú.

Le sujeté la cara incapaz de pensar con claridad, pues en ese momento la pasión ya me dominaba por completo. La deseaba, ansiaba tener su cuerpo desnudo contra el mío. Lo único que quería era incrustar mi polla erecta muy dentro de ella, para así cumplir las fantasías que desataba en mí. Me había vuelto loco de lujuria, la necesidad era arrolladora, irresistible, tanto que opacaba cualquier pensamiento racional. ¡A la mierda el resto del mundo! ¡A la mierda las circunstancias en las que nos encontrábamos! Sería mía en ese preciso momento.

Metí la lengua en su interior, y la dominé por completo friccionado la palpitante verga contra su prieto vientre. Le robé el aliento, y con él todas sus inhibiciones y estaba listo para disfrutar de ella.

Gimió al sentir el beso, y aunque siguió luchando con el cuerpo, no lo rechazó. Le sujeté la barbilla con dedos férreos. La única idea en mi mente era que me pertenecía. Me había convertido en el salvaje que siempre procuraba ocultar que era, un tipo desesperado por probar la fruta prohibida. Era como si tuviera la mente llena de niebla, pero no dejaba de mover las caderas de atrás adelante. Saqué la lengua de su boca y le mordisqueé el labio inferior.

Francesca seguía luchando, moviendo el cuerpo hasta casi ser capaz de darme un rodillazo en la entrepierna.

Casi.

Le atenacé la garganta con mi manaza, y apreté hasta que bajó los ojos y la cabeza en señal de aquiescencia. Su mirada seguía siendo furiosa.

—No puedes luchar contra esto, y yo tampoco. —Tenía entre mis manos el pulso de su vida, los dedos excavando la suave piel de la garganta… pero yo no era un asesino, al menos no era capaz de matar a una mujer tan hermosa. Le solté la garganta y le acaricié los voluptuosos labios con la yema del pulgar.

—No. Para. Yo sólo… —No hice caso de sus gritos. Dobló el cuerpo hacia delante cuando busqué debajo de su camiseta y empecé a masajearle los pechos. Era lo más exquisito que había tocado en mi vida. Mis dedos parecían tener voluntad propia, jugueteando con ella, rodeando los ya enhiestos pezones… La sangre en mis venas no admitía más adrenalina. Nada de lo que estaba haciendo era adecuado ni aceptable, pero no me importaba en absoluto.

Gruñí al echarle la cabeza hacia atrás pasando la lengua por debajo del labio inferior hasta llegar a la barbilla. Tenía los ojos cerrados, y frunció el labio cuando le mordisqueé y le chupé el cuello para extraer todo el sabor de la dulce piel a mi merced. Le pellizqué los pezones, los retorcí y tiré de ellos hasta que soltó un gemido, enseguida transformado en un rasgado ronroneo.

—Por favor…

—¿Me pides por favor que te folle? ¿Que te chupe? ¿Que te azote? Estaré encantado de hacer todo eso, sí, y mucho más. No te preocupes.

—Yo… sólo… —Se desplomó sobre mí cuando le puse la mano sobre la parte delantera del pantalón, no sin acariciarle en maravilloso vientre antes de bajárselo del todo.

En el momento en el que le toqué el clítoris con el dedo corazón, subiéndolo y bajándolo en el interior del ya húmedo coño, se le doblaron las rodillas y estuvo a punto de caer. Y, sin embargo,

seguía luchando, ondulando el cuerpo, y cada sonido sordo que emitía me volvía aún más loco. El hambre que tenía era inhumana, insaciable.

Le bajé los pantalones de un tirón y le abarqué todo el trasero con la palma ahuecada. La calidez que emitía era increíble, y alimentaba aún más mi apasionado fuego. Esta mujer había roto todas las barreras, llevándome a ser el hombre contra el que siempre había luchado.

Pero esa lucha había acabado.

Pestañeó; eran unas pestañas largas y oscuras que acariciaban sus mejillas, cuya piel brillaba desde dentro con poderosa fuerza. Pasé el dedo pulgar por el clítoris, en ese momento hinchado de pura excitación.

—Oh…

Deslicé los pantalones hasta el suelo utilizando el pie, la levanté en volandas y alejé los minúsculos *shorts* de una patada. Después le separé las piernas e introduje los dedos en el profundo y apretado interior de la vagina.

Vibró, jadeó, ronroneó a cada toque, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Podrás poseer mi cuerpo, pero nunca mi corazón.

Si pensaba que esas palabras me iban a afectar, estaba muy equivocada. No estaba en esto por amor. La alejé de mí lo suficiente como para poder agarrar el cuello redondo de la camiseta y rasgarla de un tirón.

Abrió mucho la boca y me empujó con todas sus fuerzas, preparándose para darme un puñetazo en los riñones. Pero lo impedí alzándola en el aire, empujándola contra la pared y abriéndole las piernas al máximo.

Le encendían mis actos, me golpeaba los hombros como podía y, al comprobar que no podía evitar lo que le estaba pasando, respiró hondo y habló entrecortadamente.

—¡Por Dios! Eres… ¡eres horrible, un puto monstruo!

—Sí, tienes razón. —La coloqué a horcajadas de frente sobre los hombros y me adentré en el exquisito coño, aspirando con intensidad el penetrante aroma y bebiendo la humedad. Estaba reluciente, chorreante, al igual que la parte superior de los muslos. Pasé la lengua por ellos, su sabor recorría todas mis papilas gustativas y me llegaba directo a la polla.

—No puedes hacerme esto, no…

Cerró los ojos y dibujó un puchero infantil con los lujuriosos labios que me incendió aún más, si es que eso era posible. Tenía que saciar mi sed. Tenía que saborearla una y otra vez. La mantuve en alto mientras enterraba toda la cara en su humedad, chupando, absorbiendo, mordisqueando…

La lucha fue cediendo, cambiando, convirtiéndose en un contoneo mientras le comía el coño, tomándome mi tiempo para saborear el tierno tejido, para meter la lengua hasta donde alcanzara. En un momento dado se abrió del todo, y los labios de su coño cedieron a mis brutales acciones.

Con cada lametón, con cada chupetón, su modo de respirar, de jadear, cambiaba. Los sonidos guturales se convertían en ronroneos. Me centré en provocarle placer, en llevarla al borde del

éxtasis y detenerme. Exploré las redondeadas nalgas con los dedos y empecé a juguetear con el prieto agujero del culo. No podía saciarme de ella, y su jugo me mojaba toda la cara .

—¡Sí, sí…! —Apretó las piernas en torno a mí y apoyó una mano en la pared, arqueando la espalda.

Me enloquecían sus acciones, la forma en la que su cuerpo pedía más y más. Cada vez que le chupaba el clítoris pensaba que se iba a correr de un momento a otro. Con un giro rápido, le metí con fuerza el pulgar por el ansioso y oscuro agujero, y de inmediato se alejó de la pared con un grito ahogado.

—¡Joder! Sí, sí… necesito correrme, por favor, ¡por favor! —Su ruego volvió a alimentar mi fuego, e introduje la lengua hasta el límite en su vagina. Sus músculos la rodearon, y la humedad cremosa la envolvió.

Tragué hasta la última gota del dulce líquido y volví a retirar la lengua. Restregué los labios contra los temblorosos muslos para poder hablar.

—Te puedo dar el placer absoluto, llevarte al límite, pero también sumergirte en el dolor más lacerante. Creo que necesitas las dos cosas. —Introduje el pulgar hasta el fondo del culo, y lo removí hasta notar la comprimida musculatura. Toda ella estaba enervada, negándose a lo que le estaba haciendo y al mismo tiempo deseando que introdujera más el dedo—. ¿Te vas a portar como una buena chica?

Se mordió el labio y se apretó aún más contra mí. De su boca surgió un monosílabo.

—Sí.

Retomé la actividad: chupar, tragar, apretar, deslizar la lengua a todo lo largo de su coño de forma incesante y rítmica. Cerré los ojos para poder imaginar las muchas otras cosas, viles e inhumanas, que estaba deseando hacerle. Me sentía vibrante, y la polla, dura como una roca, estaba deseando romper la valla del pantalón. No podría aguantar mucho sin follarla, sin clavársela hasta tan dentro que tuviera que gritar.

Movía la cabeza de un lado a otro, clavándome las uñas en los hombros. No había parte de su cuerpo que no temblara. Casi había alcanzado la cima de un orgasmo perfecto.

Cuando le di un ligero mordisco en el clítoris y después succioné el tierno tejido explotó en un auténtico frenesí.

—¡Sí, sí…! ¡Oooh! —Se contoneó, arqueó la espalda peligrosamente. Abrió la boca. Cerró los ojos.

El clímax inicial dio paso a algo mucho más grande. Todo su cuerpo se puso a temblar mientras el orgasmo crecía y crecía como un tsunami.

Y allí estaba yo para verlo todo, para bebérmelo todo, para saborearlo todo.

Un momento después su cuerpo se quedó fláccido, y la piel de gallina la cubrió por completo. Ronroneó, dejó caer la cabeza, y ese sonido se convirtió en el más potente afrodisiaco que había experimentado nunca. Quería todo lo que aún no había tenido, y mucho más.

Esperé a que dejara de temblar para cargarla al hombro y acercarme al mueble bar a agarrar el arma y salir de la habitación. Me tomé mi tiempo para moverme por el dormitorio que había reclamado como de mi propiedad. Me parecía adecuado y lógico el poseerla de todas las maneras posibles en mi territorio. Quizá podría ser mi reina.

A lo largo de los años había tenido mi ración de mujeres bellas y sexys, aunque en realidad había concedido más importancia al trabajo que a las relaciones. Sólo hubo una de la que me enamoré realmente, pero la cosa no duró más que unos meses. Hubo otra razón para alejarme de la familia en la que me había criado: pocas mujeres aceptarían la idea de vivir bajo un peligro constante.

Francesca había dejado de luchar y de intentar alejarme de ella. Cuando la deposité encima de la cama y la miré, vi en sus ojos, en ese momento brillantes, más preguntas que miedo. Se sentó sobre la cama y enrolló un mechón de pelo en el dedo índice sin dejar de observarme atentamente.

Dejé las armas cerca con la intención de que viera lo que estaba haciendo. Si continuaba jugando su juego, no tendría más remedio que controlarla de una forma más drástica y severa. Aunque era algo que no quería hacer, mantener su reclusión y el acuerdo al que habíamos llegado iba a decidir el resultado de la guerra en la que estaba inmerso.

Me quité la camisa sin quitarle ojo. Aunque era firme y decidida, en estos momentos lo que alimentaba mi deseo era su vulnerabilidad y su necesidad de protección.

Frente a su potencial marido.

Frente a su padre.

Frente a una vida de crimen y violencia.

Incluso frente a mí mismo.

Si fuera un hombre decente, en esos momentos lo que hubiera tenido que hacer era marcharme sin volver a tocarla. Pero no lo era. Era un cabrón ansioso de placer carnal que quería tener todo lo que le apetecía en la vida.

Con algunas excepciones.

Apoyándose en las manos y las rodillas reptó por la cama hacia mí, al tiempo que hacía ondear el pelo. Tenía que admitir que disfrutaba viendo el movimiento de caderas y la provocativa vibración de sus pechos. Volvía a tener duros los pezones, del color de una flor de primavera, listos para ser excitados .Hasta sus labios tenían ese color, fruncidos y ansiosos, sabrosos y suculentos.

Una vez colocada entre mis piernas, volvió a echar la cabeza hacia atrás antes de alcanzar los tobillos con las manos y quitarme suavemente un mocasín y después el otro para lanzarlos hacia el armario. Ronroneó al escuchar el ruido del golpe contra el caro mueble.

—¿Así que quieres jugar? —pregunté. Tenía la polla tan dura que me dolía.

—Me encanta jugar, pero creía que a estas alturas ya lo sabías. —Empezó a acariciarme los gemelos con los dedos, restregándolos arriba y abajo muy, muy despacio.

—Si juegas, tiene que ser para ganar. —No me tragaba esa repentina adoración. No me dejaba engañar, pero tenía demasiada hambre como para poner fin al malvado juego sexual. Me mantendría muy alerta, incluso cuando pusiera la punta de la polla en el dulce coñito que me ofrecía.

—Ese es el plan. —Se acercó todavía más, resoplando por la boca y la nariz mientras los dedos trepaban por mis muslos.

Las sensaciones fueron deslumbrantes, hasta tuve que respirar hondo. Hasta el aroma floral del gel de baño que había utilizado resultó lo suficientemente potente como para provocar una descargar en mis ansiosos músculos. Le metí la mano en la tupida cabellera, y agarré un mechón al notar que seguía frotándome. Cuando por fin llegó al cinturón contuve el aliento. Me la imaginaba atada, de espaldas, con el culo hacia atrás, azotándola hasta que las nalgas adquirieran un color púrpura. Quería dominarla por completo.

Poseerla.

Y lo iba a hacer, pero a mi manera.

Emitía ronroneos al tiempo que jugueteaba con el cinturón, tirando de la correa muy poco a poco, un centímetro cada vez. Le brillaba la cara, que resplandecía al recibir un torrente de luz a través de las ventanas son los estores levantados. Cuando por fin sacó el cinturón, se lo llevó a la nariz para oler el cuero de forma exagerada.

Me fascinaba su comportamiento, descarado y pecaminoso, la forma en la que pretendía tomar el control. Bajó el extremo del cinturón desde el cuello hasta los pezones, y los golpeó varias veces. Me costaba hasta tragar saliva. Quería ser yo quien le marcara las tetas, preparándolas a base de un dolor notable, pero también soportable, para después llevarla a cotas de placer extremo. Me quedé quieto mientras seguía el espectáculo, con el cinturón bien sujeto, pellizcándose los pezones cada vez más grandes y duros y poniéndose de rodillas.

—Mmmm… ¿quieres azotarme?

—Sí. Voy a hacerlo. Y muy a menudo.

Pareció gustarle mi respuesta, aunque yo sabía la verdad. No obstante, cuando colocó el extremo del cinturón entre los muslos y lo movió vigorosamente para masturbarse, pensé que iba a perder la batalla de mi autocontrol. Todo lo veía borroso, excepto las imágenes que aparecían en mi mente en las que le azotaba el coño con el cinturón. ¡Dios del cielo!, ¿en qué me había convertido?

Cuando movió la muñeca para golpear, el ruido se infiltró hasta el último rincón de mi cuerpo como la música más dulce. Hasta su pequeño grito de dolor me pareció glorioso, un recuerdo del monstruo que tenía dentro.

—¡Oh…! —Jadeando, siguió dándose golpes en el coño hasta que, en un momento dado, mantuvo el cinturón en el aire y bajó la cabeza en señal de simulado respeto—. ¿Quieres golpearme? ¿Quieres azotarme? Sé cómo sois los hombres.

La pregunta me dejó asombrado, mucho más de lo que sería capaz de admitir. Le levanté la barbilla con el dedo índice, forzándola a que me mirara a los ojos.

—Nunca voy a golpearte, Francesca. Puede que sea un monstruo, pero no soy cruel, y no permitiré que ningún hombre vuelva a hacerte daño, jamás. El dolor y el placer no tienen nada que ver con la violencia. Espero que algún día llegues a confiar en mí.

Confianza. La palabra implicaba connotaciones de cariño, honor y respeto hacia alguien. Con todo lo que le había hecho, jamás podría haber confianza entre nosotros, ¿Cómo la iba a haber?

Frunció las adorables cejas y me miró como si hubiera dicho algo inadecuado. Mantuvimos la mirada mudos durante un momento, en un silencio quizá más elocuente que cualquier conversación. Los dos éramos almas dañadas y solitarias, producto de las familias en las que habíamos crecido y no de nuestras propias acciones.

Por ahora.

Los tiempos habían cambiado, había todo un horizonte de situaciones nuevas y teníamos que encarar juntos las batallas por venir. Todo muy catártico, sí, pero también triste en muchos aspectos.

Asintió y tragó saliva con fuerza antes de dejar el cinturón en el suelo. Bajó la cabeza una vez más, me masajeó la entrepierna con sus hábiles manos y me desabrochó el botón del pantalón. El momento sagrado había finalizado. Me empezó a bajar los pantalones y resopló cuando vio restallar mi polla, ya liberada de toda sujeción.

Cerré los ojos cuando empezó a acariciarme el glande sólo con la yema del dedo índice y con mucha suavidad. Yo seguía tenso, pero sólo debido a los viles y tortuosos pensamientos que me asaltaban. Yo siempre había sido un amante al que le gustaba dominar, pero esto era algo muy diferente. Su manera de proceder, esa tierna manera de acariciarme la polla, ahora ya con todos los dedos de la mano, me encendía, pero de una forma calmosa y completa.

De nuevo ronroneando, sostuvo mi polla en la mano, moviendo los dedos hasta la base y envolviéndola en ellos, apretando.

Pestañeé varias veces intentando enfocar la mirada y pensar con claridad. También le tiraba del pelo. Un recordatorio. Una necesidad.

Cerca de la desesperación.

Respondió bajándome del todo los pantalones y ayudándome a librarme del todo de ellos. Después se acercó más, se puso justo debajo de mí y empezó a toquetearme las inflamadas pelotas. Sabía exactamente lo que tenía que hacer para volver loco a un hombre, masajeando los testículos con los finos dedos y utilizando la otra mano para guiar la cabeza de la polla dentro de su pequeña y cálida boca. El simple toque de su lengua sobre la sensible piel hizo que me temblaran las piernas. Su risa, corta y seductora, no hizo más que añadir gasolina al fuego.

—Chúpamela —ordené con voz ronca de rampante deseo.

—Sí, señor. —Tras la enfática respuesta, envolvió la punta de mi polla con la boca, chupando de una manera que amenazaba con extraer la semilla directamente de mis pelotas. Ejerció suficiente presión apretando mi hinchado saco para forzar una serie de gemidos de mi boca.

¡Dios, esta mujer estaba encendida, y me estaba llevando a una situación límite!

Fue bajando por mi polla centímetro a centímetro, mientras su lengua se arremolinaba. Tan húmeda. Tan caliente. Con cada movimiento de su mano, que subía al encuentro de su boca, jadeaba. Con cada brutal presión, veía las estrellas.

Finalmente, incapaz de controlarme, incliné las caderas hacia delante, empalando su boca hasta que la punta golpeó el fondo de su garganta. No emitió ningún sonido de arcadas, ni luchó contra mi absoluto control. Se limitó a cerrar la boca alrededor de la gruesa invasión, moviendo la cabeza arriba y abajo.

La excitación seguía aumentando, cada célula de mi cuerpo explotaba de necesidad. Le metí la polla en la boca, cada vez con más fuerza y rapidez, moviéndome hasta los cojones. Quería que consumiera hasta la última gota de mi semen, que el líquido se derramara por su garganta, pero, por Dios, quería más...

Ella no dejaba de jadear mientras le follaba la boca, sus hombros se agitaban mientras se esforzaba por respirar en torno al grosor. Me encantaba cómo le temblaba la cara por el ligero esfuerzo, cómo se le abrían y cerraban los párpados. Me convertí en un animal salvaje penetrándola con brutalidad.

Más. ¡Más!

Tenía que tener más.

Estaba a punto de estallar y derramarme en su garganta, pero me retiré y le solté el pelo.

Francesca se echó hacia atrás y se limpió la boca con el dorso de la mano. Hubiera jurado que hasta se reía por lo bajo, como si supiera que había estado a punto de quebrar mi voluntad.

De nuevo con brutalidad, la obligué a que se echara sobre la cama. Le levanté las piernas para apoyarlas sobre mis hombros, coloqué la punta de la polla encima de su estrecho agujero y bajé la cabeza.

—Ahora eres mía. —Se la metí poco a poco, disfrutando al notar cómo se iban separando las paredes del coño, como una bonita flor que se abriera para mí.

Se pasó la lengua, aún con alguna brizna de líquido seminal, por los labios, apoyó las palmas en mi pecho y me clavó las uñas en la piel mientras le metía la polla hasta lo más profundo.

—¡Oh! ¡Oh!

Me estremecí al sentir su humedad y la forma en la que sus músculos me aprisionaban. Me quedé quieto durante unos pocos segundos para disfrutar del chute de electricidad que circulaba entre los dos y enseguida empecé a bombear al máximo, sacándola casi del todo y volviéndola a meter. Una vez. Y otra. Y otra más.

Me arañó el pecho con fuerza haciéndome mucho daño y manteniendo la misma sonrisa burlona en la cara. Estaba en su elemento: el cazador cazado.

Con cada empujón salvaje nos sacudía a los dos. Nuestros sonidos parecían más animales que humanos. Me contenía como podía, intentando retrasar el orgasmo, empujando aún más sus piernas hacia atrás. Estaba completamente abierta para mí. Ahora le temblaba el labio inferior.

Sentía las pelotas absolutamente llenas, preparadas para la erupción. Ya no había control posible: la llenaría con mi semilla, pero a mi manera. Me eché hacia atrás, le di la vuelta para que se apoyara sobre el estómago, le junté las piernas y me coloqué a horcajadas sobre ella. Le sujeté la cabeza con una mano y me incliné para hablarle al oído.

—Buen intento, pequeña Miss Sunshine; pero nunca tendrás el control.

Se agarró a las sábanas mientras le elevaba el culo para exponer ante mí su pequeño y fruncido agujero, en el que coloqué la punta de la polla y apreté. Se puso tensa, gimió mínimamente y apretó la cara contra el edredón.

Puse en práctica todo el control que pude, entrando centímetro a centímetro. El calor y la ceñida tensión encendieron toda la oscuridad interior que me había permitido controlarme al límite, y las llamas estallaron. Respiré hondo manteniendo el aire hasta que me dolieron los pulmones y, en ese momento, se la metí entera, hasta el fondo.

—¡Oh, joder! —Golpeó la cama con la mano abierta, retorciéndose debajo de mí—. ¡Dios! —Todo su cuerpo tembló y arqueó la espalda, gimiendo y siseando.

La acaricié la mejilla con las yemas de los dedos al tiempo que respiraba hondo.

—Relájate.

—¡Relájate tú! ¡Esto duele, joder!

La saqué y la volví a meter muy despacio, dando tiempo a que sus contraídos músculos se fueran acostumbrando. Después empecé a montarla, entrando y saliendo de forma lenta y rítmica. Los sollozos agónicos pronto se fueron convirtiendo en gemidos y ronroneos de placer. Los dedos se relajaron y frunció la boca con deleite. Seguí apoyándome en su cadera con una mano, mientras con la otra exploraba cada rincón de su cuerpo a mi alcance, utilizando los dedos para seguir alimentando la pasión que en esos momentos compartíamos.

—¡Oh, oh, oh! —Su cuerpo empezaba a moverse al ritmo que le marcaba.

Incrementé la presión, empujando con más fuerza. Y más rápido. Mis músculos empezaron a contraerse otra vez mientras la cabalgaba, y los cojones golpeaban sus muslos.

Francesca recibía todos y cada uno de mis envites apretando las caderas, y sus gritos de placer extremo convertía mi respiración en gruñidos animales. Eso éramos, animales apareándonos, compartiendo el gozo extremo de follar como bestias. Sabía que tenía los ojos dilatados y sentía el paso veloz de la sangre por las venas. Fue sólo cuestión de segundos: finalmente llegué al cénit, estallando de una forma tan violenta que los postes de hierro de la cama golpearon con fuerza la pared.

Mientras mis testículos se vaciaban y la llenaba con mi semilla, me tuve que enfrentar con varios hechos.

Uno: quería a esta mujer, a esta preciosa chica a la que había secuestrado contra su voluntad.

Dos: no había forma humana de que los dos nos mantuviéramos con vida.

CAPÍTULO 7

Capítulo siete

Francesca

Un hombre roto.

Lo había visto antes en varios hombres. Su manera de actuar como matones para satisfacer su necesidad de dominio cuando en realidad tenían un punto flaco. Su forma de esconderse tras estallidos de ira y hasta de depresión. La forma en la que rechazaban el cariño. La indiferencia fingida. El peligro.

La amargura.

Conocía muy bien los síntomas, me había pasado la vida entre hombres taciturnos que no habían aprendido a controlar sus deseos más básicos ni su mal humor. Muchos los llamarían primarios, incluso bárbaros. Bajo los caros y suaves trajes de Michael y sobre sus zapatos siempre brillantes había un salvaje muy básico que llevaba toda la vida luchando por no ser arrastrado al fango.

Pero ahora no tenía elección.

También había presenciado actos de desesperación para defender el honor y proteger el legado de una familia. Eso era exactamente lo que estaba haciendo él. Yo era su moneda de cambio en la negociación, pero también podía acarrearle la muerte.

Aunque no de la forma que había planeado con anterioridad.

Agarré las sábanas, sorprendida por el hecho de que se hubiera quedado dormido. ¿Quién podía evitar que saliera por la puerta salvo él? Ya era de noche, todo estaba en penumbra, salvo la luna llena y brillante, cuya blanca frialdad penetraba por los estores traslúcidos. Había sido testigo de sus sentimientos y estados de ánimo mientras me… follaba. Un hombre como Michael era incapaz de hacer el amor en sentido estricto, ni de disfrutar de un romance. Tenía necesidades básicas, deseos carnales que debía satisfacer, y ahí estaba yo para eso.

La promesa.

El acuerdo.

Había sido una ilusa al pensar que podía fingir que nada de eso me importaba cuando ya era presa de la pena y la desesperación. Pero había algo que me importunaba todavía más.

El tipo empezaba a gustarme, y estaba muy claro que despertaba en mí un deseo arrollador que nunca había sentido por ningún otro hombre. Esa conclusión tan extraña, aunque absolutamente cierta, me atenazaba la garganta y me aturdía la mente.

Controlé un gemido al volver a mirarlo mientras dormía. Sus rasgos eran atractivos, aún en la penumbra. Era mucho más fuerte de lo que había pensado en un principio, y la incipiente barba de dos días le confería un aspecto más amable, sin perder del todo la rudeza. Estaba en forma, con todos los músculos bien trabajados y esculpidos, como si fueran de mármol de la mejor calidad. Incluso tenía los labios llenos y voluptuosos, formando una boca hecha para besar. Ahí estaba yo, acercándome aún más, sin desear otra cosa que rechazar esos pensamientos, pero ¿quién me iba a echar en cara mi debilidad?

Me habían educado para ser una buena chica y para reservarme para el hombre perfecto. Debido a varias citas anteriores, pocas y casi todas horribles, ya sabía que la perfección era algo que no existía. Puede que ese fuera el motivo por el que estuve a punto de fingir que me gustaba Vincenzo. Se había comportado bien en la primera cita, una comida agradable que termino con un beso casto. Fui a comer con él a petición de mi padre, sin saber el motivo que había detrás.

Tenía que haber sospechado lo que me esperaba. Había estado al tanto de muchos negocios, tanto en Italia como en los Estados Unidos como para saber que algo se estaba cociendo, una situación de peligro. Pero decidir ignorarla. Y caí en mi propia trampa, la de no tener en cuenta lo que era y de dónde venía. ¿No me había salvado Michael, al menos en cierto modo?

Sí.

¿Me había abierto los ojos para mostrarme la auténtica realidad de los hechos?

Por desgracia sí.

¿Debería seguir odiándolo, aborreciendo todo lo que tenía que ver con él, incluso seguir fingiendo hasta que pudiera contactar con mi padre?

Ahora empezaba a dudar.

Había escuchado que acostarse con alguien cambiaba la relación para siempre, pero no estábamos juntos. En realidad, no. Éramos… socios, o algo así. Era algo enfermizo, ¿no? Lo pensé para mis adentros aunque me acerqué a él. No pude evitar mirarle la cara ni acariciar con los dedos la angulosa mandíbula. El solo hecho de tocarle la cara me produjo vibraciones en el brazo, que se deslizaron directamente hasta mi coño.

Todavía estaba húmeda tras el segundo asalto de sexo duro, empapada de su semen. Pero no me sentía sucia, todo lo contrario: me sentía llena y satisfecha. ¿Cómo era posible, joder?

Por lo menos él estaba descansando plácidamente, aunque con sus armas al alcance de la mano. No me cabía la menor duda de que si salía de la habitación ni siquiera podría llegar a las

escaleras. Y en ese caso volvería a «disciplinarme».

Sentí una inesperada oleada de calor en la cara. ¿Acaso me apetecía que me azotara? No podía dar crédito: seguía cachonda como una perra en celo, y avergonzada de estarlo. No era una mujer sumisa, dispuesta a recibir castigos sádicos de los hombres. Una vocecita dentro de mí me recordaba que me había secuestrado, que era su prisionera.

Tiré de la sedosa sábana para cubrirme, y al hacerlo él quedó desnudo ante mí.

Me excité igual que hacía un rato. Contuve el aliento mientras bajaba la vista desde la fuerte mandíbula al amplio pecho, para detenerla finalmente en la bonita, gruesa y durísima polla. Me estremecí al recordar la arrolladora pasión de hacía un rato, y se me secó la boca en un instante. Con mano temblorosa empecé a acariciarle suavemente el pecho, maravillada con los pelillos que rodeaban el ombligo. Contuve el aliento al llegar a la altura de la ahora palpitante polla.

Separé la mano al recordar que era un enemigo. Esto no era un lío amoroso, de ninguna manera. De repente sentí claustrofobia, necesité desesperadamente aire y espacio para mí. Salté de la cama y anduve uso pasos. Me detuve y volví a mirarlo, dándome cuenta de que era una mirada de deseo. Sí, seguía deseando a este hombre. Lo deseaba.

Pero también tenía instinto de supervivencia.

Me dirigí hacia el otro lado de la cama con la vista puesta en el arma. Una Glock, para ser exactos. Había crecido disparando, pero siempre a dianas de papel. Extendí el brazo para tocar el frio acero. Lo único que tenía que hacer era desarmarlo, incapacitarlo. Sin causar males mayores. Y así tendría la iniciativa.

El miedo me atenazó la garganta. Me temblaba todo el cuerpo. Respiré hondo y tiré mínimamente de la pistola, moviéndola sólo unos centímetros. Pero enseguida la solté, furiosa conmigo misma por haberlo pensado siquiera. Yo no era así, independientemente de lo que me hubieran hecho.

—¿Qué coño crees que estás haciendo? — De un fuerte tirón, Michael me devolvió a la cama, dejándome encima de él. Apartó el arma de mí, gruñendo por lo bajo mientras la colocaba con cautela sobre la cómoda.—. Eso no ha estado nada bien.

—No iba a hacer nada. —¡Mira tú! Como que iba a creerme…

Me agarró por las muñecas, me colocó sobre su regazo y me dio varios azotes fuertes.

—Te dije lo que iba a pasar si no seguías las reglas. Está claro que no puedes. Te voy a tener que quitar todos los privilegios de los que gozas.

El tono de su voz casi era humorístico, como si me estuviera tomando el pelo, cosa que me cabreó todavía más.

—¡Para ya! ¡Ay! Eso duele de cojones.

—Ahí está otra vez la malhablada.

Volvió a golpearme varias veces el culo ya dolorido, cada golpe más fuerte que el anterior. Al retorcerme para intentar liberarme, notaba como le iba creciendo la polla. Esa mezcla de dolor y

placer me resultaba incómodo. Estaba tan mojada, todo mi cuerpo excitado por la forma en que me manipulaba.

Exigente.

Dominante.

Posesivo.

—Seré buena, ¿vale? De verdad. —le rogué, y me odiaba a mí misma por ello. No quería sentirme avergonzada ni humillada por la experiencia, aunque movía las caderas contra las de él para que siguiera empalmado.

Y los azotes en el culo continuaban. Uno tras otro.

—¡Para!

—Sólo si me prometes que no vas a hacer ninguna tontería más —insistió.

En ese momento le habría prometido la luna.

—Lo prometo, ¿vale?

Al parecer satisfecho, me levantó de un tirón y me miró de arriba abajo.

—Una infracción más y…

Me molestaba extraordinariamente que me hablara así, omitiendo el final de la frase para que yo pensara lo peor.

—¿A dónde planeabas irte, Francesca? Quiero la verdad.

Intenté liberarme de su sujeción, pero no pude. Además, volvió a colocarme sobre él. Era su prisionera, y su juguete…

—Deja que me vaya. —Apreté hacia abajo todo lo que pude, y lo único que pude lograr fue deslizarme a lo largo de sus muslos, hasta quedarme con la boca peligrosamente cerca de su polla, en una posición deliciosa.

De hecho, sonrió, sin duda divertido ante el dilema que se me presentaba, pero no dejó de sujetarme las muñecas con fuerza.

—Te he hecho una pregunta —me recordó con voz ronca. El muy bastardo hacía todo lo que podía para resultar sexy.

Pero no iba a dejarme llevar por eso. Tenía hambre y sed, y no estaba para jueguecitos.

—A dónde yo quisiera.

—Veo que no has perdido del todo el sentido del humor. —Tiró de la otra muñeca para levantarme, de modo que nuestras bocas quedaron unos centímetros—. Hueles muy bien.

—Pues tú hueles a mierda.

Le brillaron los ojos de una manera que no le había visto nunca, como si se le hubiera levantado

el ánimo. Hasta tenía un aspecto juvenil. La luz de la luna acentuaba el hoyuelo de la barbilla.

—Debería odiarte.

—Deberías.

—Debería hacer todo lo que estuviera en mi mano para destruirte.

—Sin duda —susurró, y me acercó todavía más. Notaba su aliento en la boca—. Entonces, ¿por qué no lo haces?

—¿Quién dice que no lo voy a hacer? —El roce de sus labios contra los míos resultó mucho más íntimo que todos los contactos sexuales que habíamos tenido. Se limitó a mover la boca con enorme lentitud y suavidad, a un lado y a otro, arriba y abajo. Era como la huella de un roce. Abrí los labios casi sin querer, y pareció como si la lengua tuviera voluntad propia, pues asomó la punta para meterla y sacarla de su boca. Me estremecí y, como un rato antes, se me puso toda la piel de gallina.

Puso la mano sobre mi mejilla y mi barbilla al tiempo que me acariciaba con el pulgar formando círculos. Todos sus movimientos, eran suaves, como hechos con plumas, puras exploraciones, pero me incendiaban por dentro. Emitió un gruñido ronco, aunque suave, y su naturaleza posesiva se manifestó con un beso profundo.

Eché el cuerpo hacia delante, y la fricción de la polla me produjo descargas eléctricas en el coño. Con la introducción de la lengua en mi boca tomó pleno control de las acciones y se volvió más agresivo, y yo me dejé ir. Ahora no había locura, ni un mundo en el que acechaban criminales viciosos. No había monstruos esperando la oscuridad para atacar.

Sólo estábamos los dos.

Hambrientos.

Explorando.

Anhelantes.

Cuando el beso empezó a ser apasionado, deslizó la mano por mi espalda, la colocó en los glúteos y me atrajo hacia él. No tuve la menor duda. Mi cuerpo clamaba por él y se abrió como una flor. La polla entró con facilidad, como se entra en la propia casa, rozando los ansiosos músculos vaginales, hasta tan dentro que no pude evitar gemir mientras me besaba.

Me mantuvo así durante un minuto eterno, sin permitir que me moviera. El maravilloso beso continuó, nuestras lenguas bailando mientras nuestros corazones se aceleraban. Me acarició el costado con los nudillos, recorriendo todo mi brazo y me sentí libre de cabalgarlo, de obtener todo lo que quería de él. Me soltó el otro brazo y levantó el suyo por encima de su cabeza.

Apreté las palmas contra su pecho hasta que los brazos se quedaron fijos e inmóviles. Por una vez, quería ponerme encima. Giré las caderas, moviéndolas arriba y abajo con frenesí. Se quedó mirándome casi sin pestañear, con tanta intensidad que parecía estar leyéndome el alma.

Se me escapó un gemido cuando las sensaciones se incrementaron, llegando hasta cada músculo, hasta cada fibra, hasta cada célula. Me sentí libre por primera vez en muchísimo tiempo, liberada

de todas las cadenas mentales. Esto no tenía ningún sentido, no se podía entender. Seguí cabalgándolo, moviéndome arriba y abajo hasta perder el aliento, y alcancé el clímax de forma inesperada, como el disparo de cazador furtivo. Lo miré con ojos difusos, temblando como una hoja.

—Sí, sí, sí.

Me sujetó los pechos con la respiración entrecortada. En el momento en que me masajeó los pezones entre el índice y el pulgar, el orgasmo inicial se duplicó y se triplicó.

—¡Fóllame! ¡Fóllame! —Eché la cabeza hacia atrás, apreté las rodillas contra su cuerpo y rodamos entrelazados, moviéndonos de forma errática. Quería que se corriera. Deseaba que me llenara con su semilla.

—¡Qué preciosidad! Eres una chica muy mala. —Me apretó los pezones, duros como piedras, hasta el dolor, pero… ¡qué inmenso placer!

Estaba cerca de alcanzar un éxtasis inenarrable, como nunca, mojada y salvaje. Cuando noté que su respiración se agitaba de nuevo, que profería murmullos roncos que sin duda procedían de la bestia que habitaba en él, apreté los músculos vaginales.

Se levantó de la cama de un salto con un rugido que resonó en la habitación. En el momento en el que pensé que todo había acabado, me agarró de los hombros, me colocó de rodillas frente a él, la boca a la altura de polla a punto de explotar y me miró fijamente con ojos desorbitados mientras bebía y aspiraba su gloriosa esencia masculina, llena de vigor y testosterona.

Sí, tenía muchas preguntas que hacer, muchas cuestiones que necesitaban una respuesta, pero el momento fue muy especial. Podía sentir su respiración ahogada, su pecho contraído. También podía sentir cómo se materializaba la emoción que, por fin, se había permitido a sí mismo sentir.

Y yo tenía razón.

Se separó y se sentó en el borde de la cama, apoyando la cabeza entre las manos.

Yo me quedé donde estaba, sin saber exactamente qué decir, o si debía decir algo.

—Me has contado que tenías una hermana —comentó en voz muy baja.

Era una pregunta absolutamente inesperada.

—Sí, mi hermana mayor, Sasha.

—Entonces debería ser ella la que se casara con el gilipollas.

Me quedé helada durante unos segundos, intentando averiguar si quería admitir la verdad.

—Mi hermana murió. Hace ya unos cuantos años.

Sólo se movió un poco en señal de reconocimiento de lo que le había dicho. Desde luego, no había pérdida en el amor para un hombre como él.

—Se relacionó con gente que no debía y no supo mantener la boca cerrada. —expliqué al tiempo que recordaba el día en que mi padre recibió la fatídica llamada telefónica. Desde entonces ya nunca fue el mismo.

—Lo siento —dijo por fin en voz baja—. La familia es importante.

—¿Has tenido alguna vez una relación cercana con tu padre? —Ya se lo había preguntado antes, pero para ser sincera, no me había creído su respuesta.

El suspiró fue sobrecogedor.

—Cuando era pequeño, él era todo mi mundo. No me importaba quién fuera o lo que fuera. Su presencia era la vida entera.

—¿Y qué fue lo que cambió? —Me senté con las piernas recogidas bajo mi cuerpo, pero manteniendo la distancia para no espantarlo.

—Mi madre fue asesinada por unos cabrones que lo que pretendían era cazarlo a él. La pérdida de mi madre fue… destructiva. Algo me sacudió por dentro. Me di cuenta de que nunca podría tener algo realmente querido y precioso. El día de su funeral me prometí a mí mismo que no amaría a nadie. No podía soportar el dolor.

—Eso es terrible, Michael. Lo siento muchísimo. —Me atreví a ponerle la mano sobre el brazo. Aunque no lo retiró, noté la tensión en él.

—Es lo que trae consigo ser un padrino mafioso, que diría mi padre. Cabrón sin alma. Tras eso, me aparté de su mundo y nunca volví. Hasta ahora. —Rio con amargura.

—Todavía lo quieres. Lo noto.

Volvió la cara bruscamente hacia mí.

—No creas que me conoces sólo porque hemos practicado sexo. No cometas ese error. Nunca.

La ira que mostró fue desgarradora, pero la fría mirada que me lanzó hizo que me estremeciera.

—Lo siento. Tienes razón. No te conozco en absoluto.

Tras unos segundos de silencio, soltó el aire.

—No quiero verlo morir.

Decidí no decir nada más acerca de eso.

—¿De qué conoces a Vincenzo?

Gruñó al escucharme.

—Dirigió mi última película. Nos conocemos desde hace años, y discutimos cada vez que nos encontramos. Sabía quién era su padre, aunque no tenía nada que ver conmigo. Trabajar con Louis Saltori fue decisión de mi padre, a mí no me afectaba en absoluto.

—Estoy segura de que Vincenzo sólo buscaba ampliar la cuenta corriente.

—Yo no me involucraría en nada con él.

Me sujeté los brazos. La frialdad continuaba.

—No tengo la menor idea acerca de por qué mi padre escogió a la familia Saltori, a no ser que ya hubiera planes en lo que se refiere a hacerse con el territorio de tu familia.

Volvió la cabeza de nuevo, esta vez entrecerrando los ojos. Confianza. Estaba procurando discernir si podía o no fiarse de mí.

—Eso es lo que yo sospecho. Que forma parte de un plan elaborado para que los Saltori lleguen al poder.

—¿Pero por qué? ¿Por qué mi padre iba a involucrarse en eso? No tiene el menor sentido.

—Eso es lo que tengo que averiguar, y lo voy a hacer. ¿Estás segura de que quieres conocer la respuesta?

No había pensado en una pregunta de esa naturaleza. Si mi padre estaba sucio, me afectaría muchísimo, pero tenía que saberlo.

—Quiero saberlo todo. No me gustan tus métodos, pero tengo que reconocer que estabas en un callejón sin salida.

Mascullo entre dientes y se levantó. Se acercó a la ventana y se asomó.

—Mis métodos… eso es mucho decir. En este momento no tengo métodos. Puede que lo lleve en la sangre, pero no he soñado, comido ni bebido con métodos mafiosos. Eso sí, te aseguro que voy a llegar hasta el fondo de lo que está pasando y a averiguar quién está detrás de todo. Y cuando lo haga…

No necesitaba terminar la frase. Ya tenía una idea formada. ¿Qué motivos podía tener mi padre? No podía tratarse sólo de dinero. Estaba muy tenso, sin dejar de mirar por la ventana. Estaba claro que esperaba un ataque contra él. ¡Santo cielo! Esto se había desmadrado por completo.

—¿Qué puede ganar tu padre con los Massimo?

Sentí en la garganta una bocanada de bilis. ¡Los Massimo…!

—Mi padre nunca habla de su participación, pero sé que tienen comprados a varios políticos y buena relación con grandes magnates de los negocios. Así han hecho gran parte de su dinero, enterándose de pequeños y sucios secretos.

—Todos los tenemos.

—Los asuntos de la familia Massimo son mucho más grandes que el blanqueo de dinero y el tráfico de drogas. A mí no se me permitía conocerlos.

—Lo entiendo. No quería que su princesa estuviera al tanto de sus negocios —siseó Michael, que se estremeció de repente y se dirigió al baño.

Apreté los puños, controlando las ganas de darle puñetazos en el pecho. Me sacaba de quicio. La conversación había terminado. Y punto.

Al volver, me lanzó un sencillo vestido.

—Refréscate. Dúchate. Lo que te parezca. Y después ven a la cocina. Voy a hacer algo de cena.

Dicho esto, agarró las armas y salió de la habitación.

Completamente desnudo.

Sin ninguna reserva.

Un hombre decidido y con un objetivo.

CAPÍTULO 8

Capítulo ocho

Francesca

Escuché el mismo tipo de música que se filtró en mi cerebro cuando salí del estado semicomatoso. El sonido de la guitarra era de origen español, muy suave y agradable. Empecé a bajar las escaleras, pero muy despacio, para poder gozar de la música un poco más de tiempo. Mi tiempo. Me había puesto el vestido, pues no me apetecía seguir llevado los desaliñados pantalones cortos y una camiseta de hombre. Tampoco es que fuera nada extraordinario, pero al menos me sentía más femenina.

Incluso antes de entrar en la cocina, se me hizo la boca agua, y el estómago empezó a rugir. Ni me había dado cuenta de lo hambrienta que estaba. Los olores eran magníficos, a ajo y tomates, cilantro y lo que parecía carne roja. Me quedé en la puerta observándole. Se había dignado vestirse, vaqueros negros ajustados y un polo rojo, un color que le sentaba bien.

Canturreaba.

No se parecía en nada a la versión que conocía, y la dicotomía me resultaba fascinante, sobre todo porque llevaba un arma guardada en la parte de atrás del pantalón, sujeta por el cinturón. Me estremecí. El peligro era claro, y me recordaba momentos de mi juventud. Mi padre nunca iba a ninguna parte sin su arma o un guardaespaldas. Me preguntaba por qué Michael habría dejado ir a sus hombres. Trabajaba rápido, sazonando los gruesos entrecots y dando sorbos de vez en cuando a la copa de vino tinto. Color rojo sangre. Sin saber por qué, mi mente se llenó de pensamientos intoxicantes, para empezar la idea de que todo esto era una pura fantasía, un sueño.

O una pesadilla.

—Huele de maravilla.

Al darse cuenta de que estaba en la habitación pareció tensarse. Como si hubiera estado

espiándolo. Tras unos segundos continuó con su actividad, hasta que abrió el gripo del agua con el codo y se lavó las manos. Agarró una toalla y se volvió, secándose las manos de forma provocativa y clavando los ojos en mí.

—¿Quieres una copa de vino?

—Sí, me apetece mucho.

La rara circunstancia de que un hombre me estuviera esperando para cenar me resultaba surrealista y atractiva. La cocina era un agradable desastre, varias piezas de fruta y verduras desperdigadas y un par de rebanadas de pan francés encima de la tabla de cortar. Estaba preparando un banquete. Una vez más, esto estaba fuera de lugar en lo que se refería a su carácter. ¿Por qué mimarme? ¿Por qué intentar impresionarme?

Yo seguía nerviosa, pendiente de lo que pudiera pasar.

Siempre me habían gustado las manos de los hombres, y las suyas era fuertes, de dedos largos y uñas perfectamente cuidadas. Estaban algo bronceadas, y supe que el tono era natural, besos del sol y no otra cosa. Mantuvo los ojos fijos en mí mientras me servía el vino, una mirada incitante y deseosa, aunque también algo vacilante.

La palabra volvió a ocupar mi mente. Confianza. Estaba al tanto del peligroso precedente que había establecido con mi secuestro. Si mi padre, la familia Massimo o los Saltori le atacaban, yo estaría entre dos fuegos. Y más si se trataba de una batalla por el territorio. Para sobrevivir tendríamos que aprender a confiar el uno en el otro. ¿Pero seríamos capaces de hacerlo?

Michael me tendió la copa, esperó hasta que nuestros dedos se tocaron. El movimiento resultaba tan poco habitual, que la tensión se disparó .

Tragué saliva antes de asentir, no me veía capaz de decir dos palabras seguidas.

—Espero que te guste la carne roja —dijo con su habitual tono imperativo. Me dio la impresión de que si decía que no me daría de comer como se hace con los niños pequeños.

—Me gusta muchísimo. Cuanto menos hecha, mejor.

Mi comentario le gustó, y lo acogió con una leve sonrisa. Tomó un sorbo de la copa de vino, sin dejar de mirarme como si fuera su posesión más valiosa.

—Tengo ropa para ti. Te la daré después de la cena.

Pasé los labios por la copa para recoger las gotas de vino del borde. ¿Se dio cuenta de que estaba siendo provocativa a propósito? Puede que sí. Me sentía al borde del precipicio con este juego de ser una chica casi perfecta. No me daba de hasta qué punto.

—Te lo agradeceré mucho. Espero que sea… adecuada.

Seguía estando nerviosa junto a este hombre que podía hacerme perder el aliento a voluntad.

Con pasión.

Con peligro.

La dicotomía resultaba electrizante.

Mi mano no quiso cooperar, y temblaba hasta el punto de que el vino salpicaba los bordes de la copa. Fijé la vista en dos gotas que bajaban lentamente por el cristal, como un recordatorio de lo frágil que era la situación en esos momentos. Todo mi mundo podía hacerse añicos con un disparo de su arma o una llamada telefónica a uno de sus guardaespaldas. Podía destruir la nueva vida que había creado en un instante, sin una gota de sudor. Sí, ante él era una mujer débil y nerviosa, abatida y hambrienta. Él era poderoso, aunque con un punto de vulnerabilidad que lo hacía muy atractivo, deslumbrante.

Di un sorbo de vino, e inmediatamente un trago, intentando superar ese comportamiento algo adolescente. Ni él era el futbolista estrella del instituto ni yo la reina del baile.

Terminó de preparar las cosas trabajando sobre la encimera de la isla y me miró.

—¿Me tienes miedo, Francesca?

Me atormentaba cada vez que decía mi nombre en voz alta, me llegaba directamente al corazón. Me hacía sentir una profunda desazón.

—Yo no le tengo miedo a nada.

—Otra mentira. ¿Qué te he dicho sobre las mentiras?

¿Por qué tenía esa voz tan increíblemente ronca de barítono, como un bocado de chocolate negro?

—No estoy mintiendo —insistí con un tono nada convincente, casi débil.

Utilizando solo la punta del dedo índice, acarició suavemente el puente de mi nariz .Después, tomándose su tiempo, me rodeó la boca y los labios, aún irritados tras la sesión de dura pasión. Un leve gruñido retumbó en mi vientre mientras me pasaba los dedos por la mejilla, deslizando mis largos mechones de pelo por detrás del hombro.

Me estremecía de ansia.

De sus besos.

De su dominio.

—Pues sí que deberías tener miedo de mí —susurró, dejando que su aliento se extendiera por mi cuello; sus labios estaban cerca, muy cerca, aunque todavía demasiado lejos.

Tragué saliva y, de repente, los párpados empezaron a pesarme mucho. Tenía el corazón desbocado.

—¿Por qué?

—Porque soy un monstruo. —Me acarició el pelo con los dedos, tiró de mí hasta ponerme de puntillas y juntó su boca con la mía. Su actitud no tenía que ver con un momento de intimidad, sino con su obsesión de control. La pasión fue tan primaria y el beso tan profundo que derribó a la primera todas mis defensas, rompiendo todas las protecciones y dejándome a su merced.

Deslumbrada.

Mantuvo su boca sobre la mía, y su lengua me penetró hasta el alma; sólo aceptaba una sumisión absoluta. Me encontré perdida en su mundo, una chica completamente vulnerable, pero a la vez protegida por un hombre que hacía tiempo que había renunciado a la alegría de vivir. Yo era su premio, una especie de parpadeo en el tiempo durante el que se permitía bajar sus defensas.

Lo que más me aterrorizaba era no ser capaz nunca de dejarlo.

Me colgué de él, sumergiéndome en su peligrosa forma de hacer como acude una polilla a la luz de una llama. Perdí la noción del tiempo y del espacio. Sólo quedaba el ansia que compartíamos.

Que iba a terminar pronto.

Y que, sin duda iba a dejar cicatrices.

Cuando finalmente deshizo el beso tragó saliva y me di cuenta de que tenía todo el cuerpo en tensión.

—Has nacido para ser mía.

Esa clase de palabras ya no me molestaban, ni siquiera me parecían inadecuadas. No eran más que hechos asociados a un hombre como Michael.

Se alejó unos pasos, mirándome con esos bonitos y sensuales ojos en los que anidaba el tipo de oscuridad que había temido durante toda mi vida. Y lo sabía. Él había renunciado a sí mismo para aceptar su responsabilidad de defender el mismo maldito honor familiar que me habían inculcado durante toda mi vida. Y se había convertido en el brutal criminal del que había querido huir. Cuando apartó la mirada capté la opaca luz de la tristeza.

Tuve que preguntarme si la volvería a ver alguna vez.

—Ambos necesitamos comer, pero tenemos poco tiempo. Deberíamos hablar. —Agarró la copa con mucha fuerza y hasta hubiera jurado que escuché un chasquido.

Se había roto el hechizo.

—Hablemos. ¿Hay algo más que decir?

—Tengo que saber quiénes son los asociados de tu padre. Haz una lista.

Vuelta al trabajo. Cómo no. De pronto me sentí muy cansada, y con los ojos húmedos.

—No los conozco, de verdad que no. Al único que conozco es a su *consigliere*, mi padrino, pero llevo años sin hablar con él. A lo largo de los años he visto ir y venir montones de capos, y ahora no tengo ni idea de a quiénes emplea. Llevo mucho tiempo en los Estados Unidos, ya sabes.

—Cualquier nombre, Todos los nombres. No me importa. Su banquero. Su secretario. Cualquiera cercano a él. —Era una orden, no una petición.

No pude por menos que estremecerme. «Señor, sí, señor». Pero no, qué demonios, no le iba a decir esas cosas.

—Eso suena a que estás intentando implicar a mi padre en el intento de asesinato.

—No cierro ninguna puerta. No descansare hasta obtener respuestas, y nadie me va a impedir

conseguirlas. —Dio otro trago de vino.

Otra amenaza implícita, aunque me di cuenta de que su intención era conseguir lo que quería.

Estaba muy alterada, pero tenía que admitir que el comportamiento de mi padre me pareció de lo más extraño. Apareció de repente en la puerta de mi casa, llenándome de regalos y hablándome de Vincenzo y del honor familiar. Me había portado como una estúpida al confiar en él por completo sin pensarlo dos veces.

Hasta este momento.

—¿Y si averiguas que tenía conocimiento de lo que iba a pasar?

—En ese caso tu padre lo pagará. Tan fácil como eso. —Se inclinó hacia mí, como esperando mi respuesta.

Apreté el puño en mi regazo para no volver a caer en la trampa de una reacción violenta. ¿Por qué seguía teniendo sentimientos y sintiendo atracción por este hombre? Todo era un juego para él.

—Yo no sé nada, te lo digo sinceramente. Te vas a tener que acostumbrar a eso. Puedes castigarme todo lo que quieras, Michael, pero con eso no vas a conseguir las respuestas que necesitas. Ni ahora ni nunca.

Mi personalidad estaba cambiando, aunque quizá era mal momento para eso. Capté un brillo de auténtico enfado en su mirada, parecido al que tenía mi padre en muchas ocasiones, pero Michael se contuvo y se alejó más de mí, reduciendo así la presión.

Controlándose ante mi desafío.

—Explícame cómo te convenció tu padre para que te casaras con Vincenzo. —Otra orden, pero esta vez en tono suave.

No iba a dejar pasar la presa.

—Mi padre vino a América sin avisar. Fuimos a comer y me dijo que quería que conociera a un hombre, porque sería un buen contacto para la familia. Nada más en ese momento. Hice lo que me había pedido y no supe más durante dos semanas, ni volví a pensar en ello. Supuestamente se fue para volver a casa, pero lo cierto es que se quedó.

Me di cuenta de que estaba intrigado.

—¿Qué te hace decir eso?

—Que lo vi saliendo de un restaurante la semana siguiente. Le llamé por teléfono, le dije que me había engañado. Me juró varias veces que todavía estaba en Italia, pero que iba a volver. Tenía una sorpresa para mí.

—Y la sorpresa era Vincenzo.

Asentí y bebí un poco de vino para acumular valor, y quizá también para mantener vivas las células de mi cerebro. Había sido una estúpida, estaba claro.

—Tuvimos una larga conversación, en la que me habló de mi fideicomiso. Yo sabía que había un

fideicomiso, pero nunca me había preocupado de preguntar por los detalles.

Michael contuvo el aliento.

—Me imagino que sería un shock para ti.

—No te lo puedes ni imaginar.

—¿Y cómo reaccionaste?

Me reí, casi escupiendo los restos de mi vino.

—Rehusé. Le dejé muy claro que esperaría hasta los treinta si hacía falta, y sinceramente, me daba igual.

—¿Y? —preguntó inclinando la cabeza.

Intenté recordar las palabras exactas.

—Dijo que era una cuestión de vida y muerte. ¿Pero qué demonios…? ¿Su vida estaba en peligro? ¿Es que alguien le estaba amenazando? Se negó a contestar, y terminó diciendo que era mi deber casarme, tal como se me pedía.

—Puede que su vida esté en peligro, sí, pero tengo la impresión de que hay algo más que eso.

—No me gustaba en absoluto lo que estaba pasando. Hasta me fui del restaurante diciéndole que era un viejo loco. Y entonces mi padre hizo una cosa que no había hecho jamás: me amenazó.

—¿Te amenazó? ¿En serio?

—Abiertamente no. Sólo… sutilmente, tanto que no caí en ello hasta el día siguiente. Vi algo extraño en sus ojos. Y a partir de ese momento la presión se hizo insostenible: Vincenzo me mandaba flores cada día, regalos, vestidos caros y preciosos. Quería deslumbrarme, pero podía ver a través de él, pomposo gilipollas.

—Y entonces, ¿por qué?

Jugueteé con el vino, moviéndolo por el fondo de la copa.

—Supongo que por honor. Y al final de todo, decidí respetar a mi padre, y sus deseos. A la vieja usanza.

—Sí, a la vieja usanza.

Sonó su teléfono y me molestó la interrupción.

—Vuelvo enseguida —dijo tras sacar el móvil del bolsillo. No respondió la llamada hasta que salió de la habitación.

Espiarlo no me convenía en absoluto, pero si él quería saber la verdad, yo también, ¡qué demonios!

Me acerqué a la puerta de puntillas y agucé el oído. Escuché la conversación amortiguada; fue corta pero intensa. Estaba claro que lo puso furioso.

—¡Maldita sea! —exclamó Michael. Un ruido seco y penetrante me hizo dar un bote. Volví rápidamente a sentarme en la banqueta, justo a tiempo antes de que entrara. Su forma de andar era pesada, desalentada.

—Vamos a tener una visita.

—¿Una visita?

Chistó con la lengua andando de un lado a otro.

—Un puto poli.

Contuve el aliento a la espera de su explosión.

Michael se acercó en dos zancadas, quedándose a una distancia a la que podía sentir su cálido aliento.

—Vas a subir a la habitación, y te quedarás en ella, con la puerta bien cerrada. No hagas el más mínimo ruido, porque si escucho tu respiración, ya sabes lo que va a ocurrir. No estamos para jueguecitos. La policía no puede ayudarte. De hecho, la policía me pertenece. Sólo yo puedo solucionar esto.

Por alguna razón, no sé cuál, le creí.

—Me portaré bien.

—Muy bien. Sube ya. El agente no va a quedarse mucho rato.

Estaba furioso, tenía la cara roja y algunas gotas de sudor perlaban su frente. Fuera cual fuera la razón de la visita, estaba preocupado. Me dirigí a las escaleras, a tiempo de ver por la ventana las luces de un coche que se estaba acercando. ¿Acaso debía intentar que la policía supiera que estaba secuestrada?

Mi instinto me decía que no. No me cabía duda de que las conexiones de los Cappalini llegaban a todas partes.

Pero el cerebro me decía otra cosa. Entré en el dormitorio y me coloqué junto a la pared, pero dejé la puerta abierta. Cuando sonó el timbre, me escondí aún más entre las sombras.

—¡Shane! ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Michael. Su sorpresa parecía genuina.

—Me han asignado el caso de tu padre. Creo que eso es lo mejor, tanto para tu padre como para ti.

Estaba claro que se conocían.

—Muy bien. Desde luego, eso aporta cierto nivel de tranquilidad. Pero ¿qué estás haciendo aquí? —La voz de Michael mantenía cierto nivel de ansiedad. Escuché los pasos de los dos hombres mientras se dirigían a la cocina.

Me acerqué un poco a la puerta, aunque manteniéndome fuera de cualquier ángulo de visión. Tenía mucho interés en escuchar lo que se dijera.

—Una de las cámaras de vigilancia del restaurante captó al tirador. La grabación es un poco

granulosa debido a las condiciones meteorológicas, pero he pensado que debía enseñártela, por si reconocieras al tipo. —El policía hablaba con calma, ciñéndose a los hechos.

Siguieron unos segundos de silencio, interrumpidos por un juramento de Michael.

—Ni remotamente, joder.

—Sí, eso era lo que pensaba, pero merecía la pena intentarlo.

—¿Hay algo nuevo, aparte de esto?

—La verdad es que no. Tampoco se nota movimiento en las calles, mucho menos del habitual. Bueno, lo único especial es que tu nombre empieza a escucharse. Se dice que has tomado el mando. ¿Es así, Michael, estás al frente de la organización? Porque, de estarlo, tendrían que apartarme del caso.

—No soy otra cosa que el hijo afligido y cabreado que busca al autor de este atroz crimen.

El tono de sarcasmo de Michael fue evidente.

Hubo otro momento de silencio antes de que el policía se aclarase la garganta.

—Me alegra escucharlo, y lo anotaré en mi informe. Pondré algunas antenas por ahí, a ver qué puedo encontrar. Si se te ocurre algo, dímelo, por favor.

—Cuenta con ello, amigo.

Volví a escuchar pasos y me adentré de nuevo entre las sombras, pero esta vez cerré la puerta sin hacer ruido. Pasaron unos diez minutos hasta que Michael subió a por mí. Tenía bastante peor aspecto que antes.

—¿Va todo bien?

—Supongo. Podemos continuar donde lo dejamos. —Me esperó, dejándome pasar delante, y me siguió escaleras abajo. Su humor había cambiado de nuevo: había vuelto a centrarse en los negocios.

Estaba mentalmente agotada. No me sentía preparada para otra ronda de preguntas que no podía responder.

Volvió a llenar las copas de vino y tomó unos sorbos antes de reanudar la preparación de la cena.

Y no dijo ni una palabra a continuación.

—¿No vas a volver a trabajar en el cine? —pregunté, con la esperanza de iniciar una conversación normal.

—Ni por asomo. Ya no me divierte nada.

Sentí un poco de pena por él, pero lo cierto es que todo cambiaba. El entorno en el que estábamos, nuestro tipo de vida significaba que no podíamos esperar lo que los demás llamaban «una vida normal», porque eso no existía en nuestro caso.

Terminó de preparar la cena y la colocó en los platos con mucho arte. Lo llevamos todo al

comedor, una habitación impresionante con un ventanal enorme de cara a la piscina. Por desgracia, las persianas estaban bajadas, igual que en el piso de arriba. Era muy precavido.

Y no podía culparle por ello.

Me senté a su derecha. No controlaba mis sentimientos, incluso ni siquiera era capaz de identificarlos. La situación era demasiado… realista, una pareja cenando. No un chico y una chica pertenecientes a dos importantes familias de la mafia.

Llevábamos dos minutos cenando cuando de nuevo sonó su teléfono. Esta vez no hizo caso en principio, pero la interrupción le molestó muchísimo y dio un puñetazo en la mesa.

—Qué bien va todo… —musité entre dientes. De nuevo se había instalado en el mismo silencio vacío que antes, en una zona presidida por la ansiedad.

No pronunció palabra alguna, no contestó mi dolido comentario. Se limitó a cortar la carne y a masticarla, ambas cosas con rabia.

Cuando el teléfono sonó por segunda vez, echó la silla hacia atrás, se levantó y contestó, en este caso sin hacerme salir de la habitación.

—¿Cómo?

Yo seguí comiendo, simulando que no me importaba en absoluto la conversación.

—¿Perdona? ¿Qué has dicho?

Finalmente lo miré. Tenía el rostro muy crispado, y un rictus de furia y odio en la cara.

—Vamos a matarlos, joder. ¿Me estás oyendo? —Respiraba con dificultad, como a empujones —. ¡No, joder, escúchame tú a mí!

Me levanté de la mesa. Fuera lo que fuera lo que hubiera pasado, sin duda era algo brutal.

—Sin ninguna duda. —Su voz se calmó un tanto—. ¿Por qué? ¡Por todos los diablos, joder!

Siguió un silencio aterrador.

—Muy bien. Asegúrate de que mañana esté allí todo el mundo. Me importa una mierda lo que crean que esté pasando. Punto. ¿Me has entendido, Grinder?

Segundos más tarde finalizó la llamada y lanzó el teléfono.

Tragué saliva, a la espera de que dijera algo. Lo que fuera.

—¿Tu padre?

Golpeó la mesa con ambas manos, con fuerza suficiente como para hacer vibrar platos, copas y cubiertos. Parte del vino se derramó.

—Vete a tu habitación.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—¡He dicho que te vayas a tu habitación! ¡Ya!

Su tono enfurecido y vehemente de entrada me molestó, así como el que me desterrara sin que yo hubiera hecho nada. Cuando levantó la cabeza y vi en sus ojos una furia inmensa, muy superior a la que había visto antes, me levanté y me dirigí hacia la puerta. Temblando, avancé hacia la cocina, pero dudé y me volví a mirarlo. Tenía los hombros caídos y le costaba respirar.

Sin previo aviso, arrastró el brazo por la mesa, estrellando, platos, copas y cubiertos contra el suelo, así como cualquier sentimiento que pudiera albergar hacia él.

Este hombre era una bomba de relojería.

Un día volcaría su ira en mí. Pero no iba a permitir que eso pasara. No me iba a quedar cerca de él para verlo.

Subí corriendo a la habitación y cerré la puerta de un golpe. Respiré hondo varias veces para calmarme. Como si pudiera conseguirlo. ¿Qué le habían dicho si no era respecto a la situación de su padre?

Encendí la luz y me tumbé en la cama. Temblaba de ansiedad al tiempo que intentaba colocar las piezas del rompecabezas. Fuera lo que fuera lo que había pasado, lo había colocado en una situación más inestable que antes.

Pasaron los minutos.

Diez.

Treinta.

Una hora.

No podía seguir allí por más tiempo y me acerqué a la puerta. No me había encerrado. Me acerqué al rellano de la escalera, y escuché. No capté ningún sonido. Ni música. Ni conversaciones. Nada. Con los nervios a flor de piel, bajé las escaleras sin hacer ruido. Recorrí todas las habitaciones, pero no estaba en ninguna parte. Finalmente escuché un sonido procedente del gran salón.

Al llegar a la puerta, sabía perfectamente lo que estaba escuchando, pero tenía que verlo con mis propios ojos.

Tumbado en el sofá, con una copa de brandy en la mano, veía la televisión. ¿El qué? La película que yo había estado viendo esa misma tarde.

E incluso desde donde yo estaba, podría jurar que tenía lágrimas en los ojos.

CAPÍTULO 9

Capítulo nueve

Michael

Asesinato.

Eso era exactamente lo que tenía grabado en ese momento en mi cerebro. Podría decir que odiaba admitirlo, pero eso sería una maldita mentira. Aunque puede que el término más completo y correcto fuera «venganza».

Represalia.

Esa necesidad se iba abriendo paso hasta la superficie.

—He averiguado el agujero en el que se esconde Saltori —dijo Grinder con voz grave y tranquila. Él y Michael estaban de pie junto a la puerta principal de la casa de Dominick.

Me limité a mirar en su dirección.

—Está en San Diego —continuó Grinder.

—Ya.

—He enviado hacía allí a dos soldados. ¿Qué quieres que hagamos?

—No lo dejéis ni a sol ni a sombra. Quiero saber todo lo que hace, quién le visita, a qué hora llena esa panza que tiene, cuántas veces va a cagar…

El capo abrió mucho los ojos. Tenía que acostumbrarse a verme de esa forma.

—¿No quieres que… lo eliminemos?

—Todavía no. He recibido información nueva, y tengo que comprobarla. Parece que los federales están implicados. Tenemos que actuar con cautela. —Ni siquiera teniendo el control de

la policía local podía influir en las actividades de los agentes federales. Para ellos se trataba de un caso muy jugoso.

Grinder asintió varias veces.

—Como sabes, parte del negocio está dormido, sin actividad. Vamos poco a poco. Boicotearon una entrega, estoy seguro de que fueron hombres de Saltori, que se está concentrando en el tráfico de drogas.

El que más beneficios produce. Empecé a pasear alrededor, reflexionando sobre cómo vengarme. Ese gilipollas no iba a seguir jodiéndome.

—¿Qué ocurrió exactamente?

Grinder alzó las manos como si quisiera protegerse.

—Sé lo que estás pensando. Ocurrió anoche. Agarramos a uno de ellos, pero era un puto quejica. No dijo nada antes de espicharla.

Respiré hondo, como si quisiera adueñarme del último aliento del cabrón. No era buena idea cargarse a los prisioneros, porque así no podían cantar.

—¿Y qué se dice en las calles?

Se encogió de hombros. Parecía incómodo.

—Gilipolleces. Nada más que mierda.

Me levanté las gafas de sol para mirarlo a los ojos.

—¿Y eso qué significa?

Siguió dudando hasta que captó algo en mi mirada, algo así como «no me jodas tú también».

—Muchos de los muchachos creen que no eres el hombre adecuado para gestionar esta crisis. Por eso están aflojando…

Me puse tenso, y después reí entre dientes de forma siniestra. Tenía que ganarme un cierto nivel de respeto.

—No creas que no me lo esperaba. Yo me encargo. ¿Confías en el hombre que está a cargo de Francesca?

—Rocco lo hará muy bien. Es uno de nuestros… de tus mejores hombres, jefe.

Negué con la cabeza y me volví a calar las gafas de sol.

—Pues asegúrate de que es así. —Mi comentario seguro que no le gustó a Grinder. No estaba acostumbrado a esta brusquedad por mi parte.

Había dejado de comportarme así hacía al menos cinco años, pero, como siempre, mi padre tenía razón. Es imposible ocultar para siempre tu verdadera personalidad. Yo era y siempre sería un asesino.

—Descuida, jefe.

—Vámonos. —Tenía otros asuntos de los que ocuparme, incluyendo el de averiguar quién era la persona de la fotografía que me había enseñado Shane. También había una captura parcial y algo granulosa de la matrícula de otro vehículo, pero igual me permitía iniciar la identificación. Tenía la seguridad de que la persona que llevaba el arma dispondría de toda la información.

Había insistido con Grinder en acudir a la reunión por mi propia cuenta, y forcé a Grinder y a Tony que fueran juntos en el SUV de Grinder. Necesitaba sentir la potencia a mi disposición, el rugido del motor Hemi para estar alerta. Las dos llamadas telefónicas habían sido problemáticas, una más que la otra.

La policía había amenazado con encarcelar a Grinder inmediatamente debido a sus «abundantes» infracciones si no les facilitaba la información sobre el lugar en el que yo me escondía. Ni más ni menos. Había cedido casi inmediatamente, algo de lo que me encargaría más adelante. Afortunadamente, Shane logró hacerse cargo del asunto, cosa que traía consigo bastantes beneficios, sobre todo el que me facilitaría toda la información que fuera recabando. Mi esperanza era que el FBI trabajara conjuntamente con la policía local, lo que me permitiría enterarme de más detalles.

Al menos Francesca había cumplido con su compromiso de no asomar mientras Shane estuvo en la casa. Ver la fotografía me hizo más daño del que hubiera podido imaginar.

Había un nuevo jugador en la partida, lo que significaba que, si Louis Saltori estaba implicado, había contratado a un asesino desconocido. Así que tenía que ir con más cuidado que nunca, lo que significaba no estar en primera fila. Estaba furioso, quería iniciar la lucha.

La segunda llamada fue devastadora. John Paul estaba muerto. Mi reacción inicial fue pensar que había sido una ejecución, pero no: el tipo había decidido acabar con su vida justo antes de la puesta de sol entrando en el océano, tras librarse de los soldados que lo cuidaban. Inmediatamente pensé que había querido librarse de una muerte horrible, bien fuera debido al cáncer o bien ejecutado salvajemente por los hombres de Saltori. Mejor ahogarse en el océano que tanto amaba.

Ansiaba poder compartir el duelo con mi padre, incluso aunque permaneciera en el coma inducido. Tenía el derecho a saberlo de mi boca las circunstancias que habían rodeado la muerte de su amigo, y no gracias a cualquier periodista de mierda o a un policía sobornado.

Me sentí en cierto modo orgulloso por la forma en la que John Paul había optado por quitarse la vida, aunque me costaba mucho aceptar el hecho en sí. Era la persona más fuerte que había conocido en mi vida. Y, por desgracia, ya no había nadie a quien de verdad quisiera y respetara como a él.

Con la excepción de Francesca.

Cuando caí en la cuenta me cabreé conmigo mismo. No era lógico que me importara, ni siquiera que me gustara. Se suponía que esto no era otra cosa que un puro negocio. Hasta era ridículo disfrutar de su compañía. Pasé la mano por el volante, enfadado por la reacción de mi propio cuerpo.

Una vez más, se me había puesto dura.

Me pasé el pulgar por los labios, recordando el último beso. Durante esos escasos segundos,

había sucumbido por completo a mí. Y yo a ella.

Y pasaría otra vez, estaba claro.

Volé por las calles superando cualquier limitación de velocidad y exponiéndome a que me parara la policía. Incluso pensé que estaba preparado para que me quitaran de en medio. ¿Qué motivos tenía para seguir viviendo? Siempre acababa pensando en ella, en el escaso tiempo tranquilo y normal que habíamos compartido. Me había abierto, hablando libremente, y eso era algo que no había hecho nunca antes.

¿Por qué me turbaba de esa manera?

Yo era un hombre cauto, producto de la familia en la que me había criado. Mi padre me había enseñado que compartir detalles íntimos de la familia podría utilizarse contra nosotros. Y no tenía más remedio que estar de acuerdo con él al respecto. Demasiada gente conocía la irrupción de Francesca en mi vida. Había actuado de una manera en exceso caballerosa. Podía pagar un precio por ello.

Agarré con mucha fuerza el volante. Intentaba aceptar todo lo que había ocurrido en los últimos días. Todo empezaba a ponerse borroso.

Una vez en las afueras de la ciudad, me dirigí a una zona en la que abundaban los almacenes, algunos de ellos abandonados y otros reacondicionados, pero en ningún caso se trataba de un lugar muy concurrido. Mi padre era dueño de varios de ellos, escondiéndose tras la fachada de compañías de fabricación y comercialización de productos en un esfuerzo de blanqueo de las actividades delictivas. Siempre había pensado que tanto la policía local y estatal como los propios federales miraban hacia otro lado, dándose cuenta de que si intentaban echar abajo la organización, seguro que se iba a producir un gran derramamiento de sangre.

Que cubriría las calles.

Los edificios más antiguos eran perfectos para la celebración de reuniones clandestinas, al estar lejos del alcance de vecinos curiosos y lo suficientemente aislados como para evitar que se escuchara cualquier sonido relacionado con actividades violentas. Una vez acudí a una de las infames reuniones de mi padre para ver lo que ocurría, por supuesto saltándome sus normas. Lo que vi me produjo pesadillas durante muchos meses.

Pero finalmente se enteró, y me castigó a su habitual manera violenta por desobedecer sus órdenes. Fue un momento que no olvidaré jamás.

Pero, aunque parezca extraño, al final terminé respetándolo y aceptando el castigo. Qué puta ironía.

Acudieron a mi mente imágenes de momentos vividos junto a mi padre. ¿Es que me iba a dejar arrastrar por el pasado? Eso no iba a hacer nada más que sumergirme aún más en la oscuridad. Pero puede que fuera eso precisamente lo que necesitara. Apreté aún más el acelerador. John Paul tenía razón. Enfurecerme con mi padre en estos momentos no nos haría ningún bien a ninguno de los dos. Aún no estaba preparado para perdonarlo, pero Francesca había deducido ciertos aspectos de nuestra relación que me desconcertaban.

No deseaba que muriera,

Seguí conduciendo, apartando de mi mente esos negros pensamientos. Tenía que centrarme. Eso era lo que necesitaba ahora, sólo eso.

Conducía con mucho cuidado, mirando constantemente el retrovisor. Tenía la sensación de que pronto iba a empezar el jaleo. Conocía a Shane lo suficiente como para darme cuenta de que permanecería con la boca bien cerrada, sin hablarle a nadie de su amistad conmigo. Sin embargo, con los federales de por medio, podía pasar cualquier cosa. Más razones para ir de puntillas.

Le podía pillar el fuego cruzado.

Estacioné en el aparcamiento de grava del almacén. Grinder y Tony llegaron poco después. Ya había varios vehículos estacionados aquí y allá, de hecho, más de los que yo esperaba. La organización de mi padre se había expandido durante los últimos años. Me quedé un rato de pie junto al Charger, dejando que la luz y el calor del sol de la tarde se expandiera por mi cara.

Seguro que no conocería a la mayor parte de los soldados que iban a acudir, pero eso no me importaba ni lo más mínimo. Yo era el nuevo jefe, al menos de momento.

Esperé a que Grinder avanzara delante de mí para traspasar la pesada puerta de acero. Escuché conversaciones, en general animadas, como si la reunión no fuera otra cosa que una fiesta entre amigos. Avancé pisando con fuerza, lo cual hizo que al menos varias conversaciones cesaran.

A lo largo de los años había escuchado comentarios jocosos acerca de mi profesión de actor, comentarios hechos con el objetivo de humillarme. No me importó en absoluto. Para mí, tanto los capos como los soldados no habían sido otra cosa que matones mafiosos. Y, mira por dónde, ahora estaba aquí para pedir sinceramente su ayuda, aunque por supuesto no de una manera tan descarnada. Lo que hacía falta era insuflarles fe. Sabía que mi aspecto no iba a ser tampoco motivo de celebración. Sólo me quité las gafas cuando me detuve a una distancia de menos de dos metros del grupo de cuarenta personas, de las cuáles diez eran capos y el resto soldados de alto rango. Los demás soldados rasos estaban en esos momentos pateando las calles, continuando con sus actividades y con los negocios tal como se les había ordenado. Mejor que obedecieran y lo hicieran así. No iba a consentir ningún comportamiento inadecuado.

Se produjo un tenso silencio, salpicado de miradas recelosas y expectantes en muchos de los rostros. Se palpaba tanto la curiosidad como un cierto nivel de ansiedad. Después de todo, yo era el chico guapo que quería calzarse los zapatos de su padre. Estaba claro que no habían sido informados de mi anterior reputación.

—Michael —saludó uno de los capos —, me alegro de verte.

—Llámalo jefe —ladró Grinder de inmediato.

—¿Le ha pasado algo a Ricardo? —pregunto otro.

Sonaron voces de inquietud, e inmediatamente alcé la mano para acallarlas. Fui al grano sin dar rodeos, como cuando se dispara un arma.

—Mi padre permanece en situación estable, pero mientras esté incapacitado, el jefe de la organización soy yo, y no voy a tolerar rumores ni otras mierdas de ese estilo. Cualquiera que sobrepase la línea tendrá que pagar el precio por hacerlo.

Callé unos momentos, sin mostrar expresión alguna en la cara. Hubo algunos rumores,

seguramente mientras los hombres intentaban acostumbrarse al hecho de que yo estaba al mando.

—Tenemos negocios que atender y cuotas que cobrar, y eso es a lo que hay que estar. Punto. No aceptaré ninguna excusa, ni que fallen las operaciones. Continuaremos como si nada hubiera pasado. Cualquier información que recojáis debéis trasladárnosla, bien a Grinder o bien a mí, inmediatamente. Informadme personalmente de cualquier entrega retrasada o robo de material. Yo me encargaré de quien lo haya hecho. Las transacciones con terrenos las realizaré yo personalmente, a través de mi oficina. Si alguno de los constructores intenta escaquearse y trabajar por su cuenta, aseguraos de que entiende las consecuencias. ¿Me he expresado con claridad? —Dejé que las palabras calaran. No estaba seguro de cómo se habían tomado mis órdenes. Eran lo suficientemente inteligentes como para no expresar sus reacciones.

—De acuerdo, jefe —murmuraron algunos.

—¿Qué pasa con el contraataque? —Cuando Joey preguntó, le miré directamente. Llevaba muchos años con nosotros, y había pasado por muchas situaciones jodidas, incluyendo cuatro años en la trena. Seguía siendo absolutamente leal a mi padre. En un momento dado, hasta lo consideré un amigo, pues desarrollamos juntos algunas operaciones. Ambos habíamos cumplido.

La pregunta era razonable.

—Actuaremos con cautela. He recibido información fresca: puede que los Saltori estén involucrados, sí, pero también puede que un asesino desconocido ande por la ciudad.

—¡Pero qué cojones…!

Hubo un tenso rumor entre ellos. Alcé ambas manos.

—Yo me encargaré de esto.

Grinder se adelantó para hablarme al oído.

—Deberías contarles lo de John Paul.

—Todavía no. Antes quiero hablar con sus hombres.

Dio un paso atrás. No iba a cuestionar mis decisiones.

—Al final de la semana tendremos que haber puesto al día las ventas al por menor. Sin excepciones. Hay que acabar con los traidores. Nadie que muestre deslealtad debe seguir trabajando con nosotros. Haced lo que sea necesario. —Paseé la mirada por los hombres para enfatizar la orden.

—Como tú digas, jefe.

Asentí con la cabeza para aprobar lo dicho y me dirigí hacia la puerta, algo sorprendido de que no hubiera ningún comentario. Igual mi carrera de actor había servido para algo después de todo.

* * *

Ya fuera intuición o el karma, el caso es que tenía el mal presentimiento de que la situación iba a explotar por algún sitio. Era una mañana más, sin noticias acerca de la desaparición de

Francesca, lo que en mi opinión indicaba que los Saltori creían llevaban algún tipo de ventaja.

Estaban equivocados. Del todo.

Casi todo el mundo me había aconsejado alejarme del hospital, pero quería colocar alguna pieza del rompecabezas para hacer asomar al verdadero enemigo. Por otra parte, lo primero era lo primero: tenía que eliminar la culpa de no haber hecho ni puto caso durante los últimos cinco años.

Antes de entrar, recorrí por dos veces el estacionamiento del hospital para controlar los vehículos aparcados. Fui directo a la escalera y subí los escalones de dos en dos. El pasillo estaba muy tranquilo, algo nada habitual en la UCI, por lo que me puse en guardia. Nada más torcer la esquina del pasillo desde la que podía ver la habitación de mi padre, lo que vi me sacó de mis casillas.

No estaba Carlo, ni había ningún soldado haciendo guardia junto a mi padre. ¿Qué cojones estaba pasando? Agarré la pistola y miré dentro de la habitación y me estremecí alver a un individuo con bata de doctor alejándose con pasos rápidos de la cama. Estaba claro, algo andaba mal.

—¡Eh, doctor! ¡Deténgase!

No hubo respuesta. Estaba claro que el médico, o lo que fuese, no pensaba obedecerme.

—¡No se mueva, o lo lamentará! —Solté el bramido para atraer la atención de todos los que estuvieran por allí. Me asomé por el cristal y tuve claro que mi padre tenía problemas para respirar. Tendría que esperar para atrapar al asaltante—. ¡Necesito ayuda aquí! —Abrí la puerta, pero no sin antes echarle un buen vistazo al asesino.

Y su sonrisa de triunfo. Era la misma persona que la de la foto en la entrada de la sala de fiestas. Apostaría la vida.

Un segundo después de entrar en la habitación vi a Carlo doblando la esquina a toda prisa, con una taza de plástico en la mano y mirada de horror. Soltó lo que llevaba y corrió hacia mí.

De momento, me guardé el enfado, que pugnaba por salir como una erupción volcánica, y llegué a la cama de mi padre. Le salía saliva de ambas comisuras de la boca, y su cuerpo convulsionaba violentamente. Estaba en shock.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó Carlo entrando en la habitación a toda velocidad.

—Ve a pedir ayuda a los médicos. ¡Corre, joder! —Reaccioné dándole la vuelta a mi padre para intentar que entrase aire por las vías respiratorias.

Carlo seguía helado, sin reaccionar.

—¡¡Ve a buscar ayuda, joder!! —bramé. Apenas podía contener la ira.

—¡Sí, jefe! ¡Sí, sí! —Antes de que Carlo reaccionara, un equipo de médicos y enfermeras entró en la habitación.

—¡Señor, por favor, no obstruya el paso! —La enfermera me empujó ligeramente para abrirse paso.

Me retiré, por supuesto.

—Había un médico aquí. ¿Qué ha hecho? ¿Dónde demonios está su seguridad? —Las miradas de los sanitarios, todas extrañadas, convergieron en mí.

Miedo.

—Deje que hagamos nuestro trabajo, por favor. Espere fuera, es mejor para todos. —Cambió de tono al pedírmelo y esbozó una sonrisa conciliadora al tiempo que señalaba la puerta.

Me di cuenta de que estaba temblando. Me salía adrenalina por todos los poros.

—De acuerdo. Háganme saber cómo está cuando lo sepan.

La enfermera se volvió y se dio la vuelta corriendo hacia la cama de mi padre. Aunque yo no sabía nada acerca de medicina, el monitor cardíaco era fácil de leer. El corazón apenas latía. Abrí la puerta de un empujón y salí al pasillo. Tan pronto como tuve a Carlo al alcance, lo empujé contra la pared y lo sujeté por la garganta. De repente, el pasillo se llenó de gente que me miraba horrorizada, viéndome cómo le ahogaba.

—¡Estúpido gilipollas! ¿No te había dicho que no te movieras de al lado de mi padre? —Creo que nunca había estado tan enfurecido.

Carlo alzó las manos, moviendo los ojos de un lado a otro y haciendo esfuerzos para respirar entre toses.

—Debería matarte aquí mismo por lo que has hecho —espeté hablando entre dientes.

—Lo siento… —balbuceó.

Apreté aún más, aunque intentando controlar tanto la respiración como la ira. Incluso hasta disfrutaba del cambio de colores que experimentaba su cara. Tras unos segundos, mi lado racional se impuso a todo lo demás. ¿Qué demonios estaba haciendo? Me controlé y di un paso atrás. Respiré hondo y me pasé las manos por el pelo.

Carlo se dobló sobre sí mismo unos segundos, tosiendo y moviendo los hombros.

Volví a acercarme a él y le hablé en voz baja.

—Había alguien vestido de médico en la habitación, aunque evidentemente ese cabrón no lo era ni tenía nada que ver con el hospital. Intentaba acabar el trabajo.

Carlo levantó la cabeza. Tenía los ojos acuosos y se rascaba la nuca.

—El tipo… el médico… me sugirió que… —Otro ataque de tos.

Apoyé la mano en la pared e hice lo que pude para tranquilizarme. Al ver que un guardia de seguridad doblaba la esquina y se dirigía a nosotros, lo miré a los ojos de tal forma que se paró en seco.

—Una discusión amistosa. Le sugiero que no se meta.

El guardia de seguridad me miró a los ojos sin pestañear durante sus buenos diez segundos y después se dirigió a Carlo.

—¿Todo bien, hijo?

—Sí… —Carlo tomó aire por la nariz, se secó la boca con el dorso de la mano y sonrió ligeramente al guarda.

—Había un hombre haciéndose pasar por médico en la habitación de mi padre. Le sugiero que intente averiguar de quién se trata. —Estoy seguro de que, en ese mismo momento, el guardia de seguridad ató cabos acerca de mi identidad y la de mi padre y supo exactamente lo que yo era capaz de hacer.

—Haré lo que esté en mi mano, señor. —Se dio la vuelta como un resorte y salió trotando, aunque a unos cinco metros echó una aterrorizada mirada hacia atrás.

—¿Un médico? —preguntó Carlo con voz rasposa.

—Eso he dicho, sí. ¿No te dijo ese médico que te tomaras un descanso?

—Sí, jefe. Hacía unos cinco minutos que me había ido. Lo único que hice fue ponerme un café de máquina. Lo juro por Dios.

Cerré los ojos y conté hasta cinco antes de agarrar el móvil.

—La has cagado bien , Carlo. Que no vuelva a suceder.

—No, señor.

Respiré hondo varias veces, hasta que por fin dominé la ira del todo.

—¿Qué quiere que haga ahora, jefe? —Parecía que le costaba hablar.

Contesté mientras marcaba el número de Grinder.

—Haz lo que tienes que hacer, coño, pero Carlo, ya hablaremos después.

Carlo asintió. Tenía la cara completamente pálida. Echó a andar en dirección a la habitación para retomar su puesto de guardia.

Lo miré mientras sonaba la llamada a Grinder. La guerra había avanzado hacia una segunda fase, tan pronto como Grinder contestó el teléfono, me alejé por el pasillo para no ser oído.

—Grinder, hazte con Saltori y tráemelo. Y que alguien siga a Vincenzo. Quiero saber todo lo que hace.

—¿Qué ha pasado, jefe?

—El cabrón ha cruzado la línea. Está jugando con fuego. Llámame cuando lo tengas.

—Así lo haré, jefe. Sabes que eso iniciará la guerra.

—Pues que así sea.

—He averiguado otras cosas. Saltori lleva años acechando a tu padre. Y tampoco se pone el límite en el estado de California. Esa es la razón que hay detrás del asalto a la base del negocio de tu padre —dijo Grinder crípticamente. Lo que significaba era que Sartori quería hacerse con todos los negocios de mi padre y robarle unos ingresos de cientos de miles de dólares. Yo había

pensado que su apuesta era quedarse con el tráfico de drogas, que era el negocio que más beneficios producía, además de que resultaba fácil de atacar, si apuntabas a la cabeza como era el caso. En el momento en el que mi padre desapareciera de la ecuación, él surgiría como el nuevo Don con el que negociar—. Y estoy casi seguro de que no le importa la vida de la chica.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que en la calle se comenta que es prescindible. Creo que me explico, jefe…

Tenía que haber algo más acerca del valor neto de Francesca que o bien no sabía, o bien no me había querido contar. Prescindible quería decir negociable. Nada de esto me aportaba demasiado.

—¿Quién lo dice?

—Nadie habla claro, jefe, pero el hecho es que la gente ya está en la calle. Puede que piensen que sabe demasiado.

¿Quién estaba traicionando a quién?

Para mí la foto empezaba a estar más clara. El juego en el que estábamos metidos era extremadamente peligroso, mucho más que la ruleta rusa. Por desgracia, mi padre había perdido su turno, y al parecer no se había dado cuenta de lo que estaba pasando justo frente a sus ojos. Lo que yo no iba a decir, pero estaba pensando era que Ricardo Cappalini no era tan estúpido. Alguien de dentro de la organización de mi padre tenía que estar ayudando. Pero, con lo poco que sabía, no estaba en condiciones de apostar por nadie, ni dejar fuera a nadie.

Incluyendo al propio Grinder.

Si Francesca era prescindible, eso significaba que el plan era mucho más amplio de lo que había imaginado. ¿Qué era lo que estaba pasando en realidad?

—Tráeme a ese cabrón cuanto antes —dije con tono agresivo. Se lo sacaría todo a Saltori.

No me sorprendió demasiado que Shane y otro detective asomaran por la puerta del ascensor. Tenía el presentimiento de que estarían rondando por el hospital, y quizás habían tenido la suerte que no había tenido yo. Terminé la llamada, me guardé el teléfono en el bolsillo y me acerqué a ellos.

Shane me miró la chaqueta, como si creyera que iba a sacar algo de ella.

—Michael, he oído lo que ha ocurrido. Lo siento.

Eché una mirada a oficial de seguridad, que estaba en la entrada mirando de soslayo como si quisiera desaparecer de la escena.

—Has venido deprisa.

—Estábamos por los alrededores.

«No hace falta que me lo jures».

—El asesino estaba aquí, y lo ha vuelto a intentar con mi padre. Parece que es el mismo de la fotografía.

Shane asintió levemente, desviando la vista hacia el personal del hospital.

—¿Y?

—Aún es pronto para decir nada.

Pareció sentirse aliviado al ver a Carlo junto a la puerta de la habitación de mi padre.

—Voy a poner protección policial para tu padre.

Respiré hondo mientras pensaba en la razón que podría tener para hacer eso. Utilizar el dinero del contribuyente para proteger a un conocido jefe del crimen organizado sólo podía significar que alguien que ocupaba un puesto alto en el departamento estaba en nómina de mi padre.

—Muy bien. Necesito una copia de la foto que me enseñaste.

Shane entrecerró los ojos.

—No estarás pensando en tomarte la justicia por tu mano, ¿verdad?

—Lo único que quiero es que mis chicos estén atentos, por si acaso. —El juego de siempre.

Se frotó la barbilla un momento y después se llevó la mano al bolsillo interior de la americana.

—Tendrás que apañártelas con una fotocopia.

Se la quité de las manos para echarle un vistazo.

—No necesito más. —Al menos podría utilizarla para verificar con Saltori.

Shane me miró de soslayo.

—No hagas ninguna tontería, Michael.

Reí entre dientes.

—Sabes muy bien con quién estás tratando.

—Precisamente eso es lo que temo —dijo levantando una ceja—. Ahora, cuéntame qué ha pasado.

Se lo conté con detalle, sin dejar de mirar la actividad de los sanitarios en la habitación de mi padre.

—Muy bien, Michael. No es mucho, pero intentaré sacarle jugo. Por desgracia hay poco de donde tirar. Ni un solo informante suelta prenda. Creo que están muertos de miedo. —Bajó la voz—. Vamos a tener problemas para tapar esto.

—Ya me lo figuraba. —La cosa no iba a acabar bien. Los muy cabrones debían de estar muy asustados.

—Llámame si se te ocurre algo más. —No había la más mínima convicción en el tono de Shane. Sabía que no lo iba a llamar a él para pedirle ayuda. Al ver que no decía nada, suspiró—. Como ya te he dicho, no hagas ninguna tontería. Dejaré dos hombres uniformados aquí. A todas horas habrá un poli al lado de tu padre.

Sí, hasta que estuviera lo suficientemente estable como para ser trasladado a un lugar más seguro. El asesino seguiría insistiendo hasta lograr su objetivo. Así trabajaban.

Estaba casi convencido de que era un asesino a sueldo, lo cual había sido una elección inteligente: a mi padre le había pillado por sorpresa.

Esperé cerca del hospital hasta que mi padre volvió a estabilizarse. Envenenado. Dos minutos más y habría sido demasiado tarde. La elección de veneno como arma letal era fascinante: los doctores me dijeron que su efectividad era altísima, y casi imposible de detectar en una autopsia. Además, el asesino había tenido la audacia y la arrogancia de venir a plena luz del día.

A no ser que supiera que yo iba a estar en otra parte.

Estaba de un humor de perros, pero iba a disfrutar explicándole la situación a Saltori una vez que me lo trajeran. O bien me entregaba al agresor o bien perdía su gallina de los huevos de oro y a su casi nuera. Me aseguraría de que supiera que iba a acabar con sus negocios y a quedarme con su parte. O me los daba sin protestar ni pelear, o lo mataría. A su elección.

Cuando volvió a sonar el teléfono, mi instinto me dijo que había nuevos problemas.

—¿Sí?

—Esto no te va a gustar nada, jefe —aseveró Grinder.

—Dime lo que sea. No estoy para gilipolleces.

—Francesca ha desaparecido. Le dijo a Rocco que se iba a duchar, pero ha debido escabullirse por la ventana. No sé por qué no ha funcionado el sistema de seguridad exterior. Pero a pie no ha podido llegar muy lejos.

—¡Qué todo el mundo la busque por los alrededores de la maldita casa! Hay que encontrarla. Y Grinder, te advierto que van a rodar cabezas.

—Lo entiendo, jefe.

—¡Joder!

Esto no podía estar pasando. ¿Por qué huía de mí? Porque tenía miedo. ¡Demonios, tenía sus razones, y se las había dado yo! Perdiendo la calma. Actuando como un cabeza hueca. ¡Cristo! Tenía que controlarme o perdería…

¡Vaya! Mis pensamientos fluían sólo en una dirección: ella. La empezaba a querer demasiado. Era mi kriptonita, una debilidad que no podía permitirme de ninguna manera. Tenía que sacármela de dentro .

Por ahora. ¡Cómo si pudiera!

Me acordé de lo que me había dicho John Paul. ¿Acaso a mi padre le había ocurrido lo mismo, habría permitido que su adoración por una mujer le nublase el juicio?

Lancé el móvil al asiento del copiloto y pisé el acelerador a fondo. Estaba a solo unos tres kilómetros de la casa de Dominick. Avancé despacio por la carretera, llena de curvas, mirando con atención. Sabía que podía estar en cualquier sitio. Ya sabría lo suficiente sobre la zona en la

que había ya llevaba bastante rato escondida. Buscaría ayuda sólo cuando pensara que estaba a salvo.

A salvo.

¿Existían aún esas palabras?

Al entrar en el largo camino de entrada, reduje la velocidad, mirando los bosques que había a ambos lados de la carretera. Sólo podría encontrarla aliado con la suerte. Los árboles eran grandes, y el follaje denso. Si era inteligente permanecería cerca de la carretera para no perderse. La propiedad estaba rodeada por más de ochenta mil metros cuadrados de frondoso bosque, con la casa y sus instalaciones situadas justo en el centro.

Tendría una larga y solitaria caminata junto a la carretera de dos carriles hasta llegar a la civilización. Dominick había escogido el sitio a conciencia, buscando privacidad, en la ladera de una colina. Las vistas al océano no habían estado entre sus prioridades. La seguridad sí.

Cambié de marcha sin dejar de mirar.

Buscando.

Estaba absolutamente decidido a encontrarla, no iba a ceder a la desesperación. Incluso si lograba huir, la encontraría de una forma u otra. A la mierda las probabilidades.

Tras recorrer unos dos kilómetros, me pareció ver un brillo blanco. Frené y volví a mirar en esa dirección. Y lo vi de nuevo. Un parpadeo. Algo imposible. Sólo le había dejado un vestido para ponerse, uno blanco. Detuve el coche, apagué el motor y salí, teniendo el cuidado de guardar las llaves en el bolsillo del pantalón. Era toda una luchadora, pero esta vez no iba a lograr escapar de mí.

Porque no me iba a fiar.

Salí corriendo en dirección al bosque. Al cabo de sólo unos segundos vi otro destello blanco. Seguro que me oyó, y yo a ella: un suspiro de desesperación. Se movía rápido. Parecía que había encontrado unas zapatillas de tenis.

Pero yo era más rápido.

Fui hacia mi derecha.

—Francesca. —Mi voz retumbó en la oscuridad.

—¡Déjame en paz! ¡Suéltame! — Francesca cayó con fuerza, pero enseguida intentó arrastrarse.

La retuve entre los brazos. No dejaba de pelear.

—¡No Michael! Ni se te ocurra hacer lo que estás pensando. ¡No puedes hacerlo! ¡Déjame en paz!

La agarré del pelo llevándole la cabeza hacia atrás hasta hacer que la apoyara en mi hombro.

—No tenías que haber hecho esto.

—¿Me vas a castigar ahora? —siseó.

Eché la cabeza hacia atrás para mirar al cielo. No había aprendido la lección. Era una maldita niña mimada e iba a lograr que la mataran.

—Sí. Creo que eso es precisamente lo que debo hacer. —La doblé por la cintura, le levanté el vestido y le di un buen azote.

—¡Para, joder!

—Puedes luchar todo lo que quieras, pero no te vas a librar de esto.

—¡Estás loco!

La golpeé fuerte varias veces en ambas nalgas. En ese momento lo que quería era que dejara de luchar. Tenía que contarme todo lo que sabía.

—Teníamos un acuerdo, Francesca, y lo has roto.

—Un acuerdo, ya… ¡No te importo una mierda! Sólo se trata de negocios, de dinero. —Pateó en el aire y volvió la cabeza para mirarme.

—No se trata sólo de dinero. También se trata de tu vida. —Me negué a parar pese a que me empezaba a arder la mano. La adrenalina corría a raudales por mis venas. Sólo cuando tuvo el culo color rojo cereza se refugió entre mis brazos respirando entrecortadamente. Sentí con más intensidad que nunca que debía protegerla, al darme cuenta de que podrían haberla encontrado, incluso matado. Preocuparme por esta mujer bella y frustrante no estaba en el guion.

Pero tanto mi cuerpo como mi alma me traicionaban.

—Muy bien. Lo que sea —musitó.

Le golpeé el culo varias veces más hasta que me dolió la mano tanto como la polla.

—Pero no me crees. —La separé un poco de mí y le acaricié los brazos

—¿Por qué iba a hacerlo? Vas a matarme en cuanto consigas lo que quieres. Eres una persona furiosa y amarga. La ira te come vivo. —Se las apañó para darme un codazo en el vientre, ganando el impulso suficiente como para soltarse de mí. Salió corriendo y rodeó un árbol.

La alcancé en un abrir y cerrar de ojos y la empujé contra el enorme roble. Pese a que seguía empujándome con todas sus fuerzas y que le brillaban los ojos de temor, había algo más, mucho más.

Una pasión oscura.

Un deseo desbordante.

La más absoluta necesidad.

Respiré hondo varias veces para controlar la ira. No la merecía. Ahora no.

Ni nunca.

No obstante, tenía que darse cuenta de que yo era el único hombre que estaba en condiciones de protegerla.

Sujetándola con fuerza del brazo, la arrastré al interior del bosque hasta encontrar exactamente lo que estaba buscando. Mientras andábamos sobre las ramas más pequeñas, ella no dejaba de forcejear y hablar entre dientes.

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó con la cara encendida.

—La rama de abedul más adecuada. Voy a azotarte bien en el culo desnudo. ¡Igual así te entra en la cabeza que no puedes ser tan descuidada, joder!

Ella torció la boca y abrió mucho los ojos.

—Yo… No, yo…

—¿Tú qué Francesca? ¿Vas a aprender de una vez que no quiero hacerte daño? ¿Que puedes fiarte de mí? —Dejó de forcejear y la solté. Le hice una pequeña caricia en la nariz con el dedo índice—. Quédate ahí, sin moverte, o esta ronda de castigo será mucho peor.

Me sorprendió muchísimo que obedeciera. Movió el cuerpo de un lado a otro, pero sin dar un solo paso en ninguna dirección. Arranqué las hojas de la rama y la probé con un golpe de muñeca. Tenía la forma y la longitud perfectas.

—Pégate al árbol y pon las palmas contra el tronco.

—Eres horrible.

—Puede que tengas razón.

Francesca respiró hondo varias veces y, finalmente, se rindió, casi clavando las uñas en la madera del tronco.

Aunque sabía que era necesario que la azotara, una parte de mi corazón no lo aprobaba, y se me hizo un nudo en la garganta. Lo que sentía por ella podría convertirse en mi debilidad.

Probé la vara dándole un par de golpes en el culo.

Gimió y onduló las caderas, pero sin moverse del sitio.

Después de darle unos cuantos más, varios en el redondeado culo y otros tanto en la parte superior de los muslos, arqueó la espalda sollozando. Yo quería que fuera capaz de confiar en mí. Quizá estaba loco por pensar que podría conseguirlo.

—Lo estás haciendo muy bien.

—Sí, señor. —Sus palabras no sonaron en absoluto naturales.

Le di otros seis varazos en rápida sucesión, y cada uno de ellos dejó una marca alargada en su culo, ya bastante magullado. La polla me iba a estallar, y el deseo ya era incontenible. Lo único que quería era poseerla y decirle que todo iba a salir bien.

—Seis más.

—Duele —dijo en voz baja, volviendo la cabeza para mirarme.

Pude ver lágrimas en sus ojos.

—Se supone que el castigo tiene que doler. —Pronuncié las palabras de forma ahogada, como si luchara conmigo mismo, pero actué como debía y le di los seis varazos con la fuerza y el ritmo adecuados.

Los azotes fueron satisfactorios, quizá demasiado. Estaba en medio del bosque tratándola como a una niña pequeña cuando podíamos estar en mucho peligro. Tiré al suelo la vara negando con la cabeza antes de acercarme a ella.

—Te has portado muy bien.

—Sí, de acuerdo… quiero decir, sí, señor. —Se apoyó contra el tronco y dejó caer los hombros.

La tomé en mis brazos y, sujetando su cara entre las manos, le apreté la piel con los dedos, y respiré hondo varias veces para inhalar su dulce aroma. Quería alejarla de mi mente, deshacer la maraña de sensaciones y pensamientos que me provocaba. También deseaba protegerla con todo lo que tenía, encerrándola si fuera necesario. Pero, sobre todo, la deseaba. Cada centímetro de su dulce cuerpo.

Mi kriptonita tenía los bordes afilados, zarpas y garras que se clavaban en mi mente y hasta en mi alma. Me había metido en un laberinto de lujuria, abrumador en todos los sentidos. El atractivo que ejercía sobre mí era innegable. Esta mujer nunca podría rechazarme. Jamás.

Cubrí su boca con la mía, resistiendo su rechazo y sus gemidos. Introduje la lengua, explorando los labios llenos de pura lujuria. La suavidad de su piel, la maravillosa fragancia que se respiraba a mi alrededor era como el combustible de un cohete poniendo en marcha un motor. Ya no podía pensar con claridad, concentrarme en la importancia de ponerla a salvo.

«Monstruo».

Casi podía escucharla gritando la palabra.

Luchaba contra mí, me golpeaba el pecho con los puños, intentando liberarse como pudiera, pese a que su cuerpo estaba pegado al mío. Hasta que en un momento dado dejó de luchar, aferrándose a mí y convirtiendo el beso en una especie de rugido de pura desesperación.

Mi deseo de ella parecía no tener fin. Deseaba meterle la polla hasta lo más profundo. No había marcha atrás posible, el instinto básico animal se había convertido en la fuerza que me alimentaba. Maniobré como pude con la mano para liberarme la polla y, sin perder un solo segundo, entré totalmente en ella. Cuando por fin retrocedí, mantuve los labios junto a los suyos.

—Lo eres todo para mí. Te deseo más de lo que he deseado nunca a nadie. —Pronuncié las palabras como un rugido bárbaro, pero la forma de responder de su cuerpo, los pezones como piedras, el coño húmedo como una esponja, era el afrodisiaco más potente.

Esta mujer era un combustible voraz, capaz de alimentar cualquier fuego, provocando un deseo que lo consumía todo.

Gimió. Le temblaba todo el cuerpo. Torció la boca y me rodeó con una pierna, empujándome aún más dentro, sus músculos sujetándome.

—¡Oh, Dios! ¡Oh!

—Mojada. Caliente. ¡Muy caliente! ¡Así! —La saqué hasta tener dentro sólo la punta y después empujé con todas mis fuerzas, empotrándola salvajemente contra el árbol. Nada me parecía suficiente. ¡Nada!

Su aroma.

Sus caricias.

Todo.

Metió los dedos en mi pelo, procurando equilibrar cada una de mis salvajes zambullidas con otra suya. Sus acciones se volvieron salvajes, feroces en todos los sentidos, mientras la penetraba .Me encantaba el aspecto de sus ojos, ese brillo que parecía asomar del fondo de su alma deliciosa. Se estaba rindiendo, dejándose vencer por un hombre que no deseaba otra cosa que devorarla.

Apreté aún más las caderas hacia delante y la levanté del suelo.

—¡Fóllame! Sí… por favor. —Sus gemidos eran ambrosía para mí, me llenaban el cerebro.

Le di más, más fuerte, más rápido. Tenía tensos todos los músculos de mi cuerpo, y flotaba la electricidad a nuestro alrededor. La necesidad de ambos, combinada, se había convertido en una tormenta de fuego.

Más. Yo quería más.

Lo quería todo de ella.

La idea me volvía loco. Prácticamente le arranqué el vestido.

Parecía en shock, con los ojos abiertos como platos mientras yo la miraba, ella era mi premio, mi posesión más exquisita. En su cara no asomaba ningún rastro de vergüenza, sólo un elevadísimo nivel de deseo.

La tomé en brazos, la obligué a que arqueara la espalda y le chupé con ansia el lateral del cuello, incluso mordiéndola algunas veces. Quería marcarla, quería inundarla con la densidad y el olor de mi semilla. Pero, sobre todo, quería tenerla entre mis brazos.

Para siempre.

La conclusión quizá debería haberme sorprendido, pero lo tuve muy claro, me había vuelto insaciable. Los ruidos guturales que emitía permeaban el aire, eran un grito en el bosque mientras bajaba la boca abierta hacia sus pechos.

Francesca se curvó aún más hacia atrás con los ojos fijos en el cielo mientras le chupaba y le mordisqueaba el pezón, buscando con la lengua arriba y abajo.

—Sí, sí, sí… —Sus susurros eran mi combustible.

Insaciable, pasé al otro pecho y me entretuve con el otro pezón, chupando y mordiendo hasta hacerla gritar. Su sabor era más dulce que nunca. Yo salivaba pidiendo más piel. Le palpé el estómago hasta llegar al crepitante monte de Venus.

El jugo vaginal me empapó los dedos. Sin poderlo resistir, primero introduje dos, y después tres, y utilicé el pulgar para acariciarle el clítoris.

Me clavó los dedos en el brazo y empezó a corcovear.

—¡Ah, ah, ah!

Metía y sacaba los dedos, doblándolos, hasta que me di cuenta de que había tocado el ponto G. Estaba mojadísima, me empapaba toda la mano.

Los gemidos se convirtieron en poderosos jadeos. Parecía que le faltaba el aliento. Estaba a punto de correrse.

—¿Quieres correrte, niña?

—¡Ah… sí… por favor!

—Pídemelo.

—Por favor… haz… que… me… corra…

Pronunció las palabras lentamente, musitándolas apasionadamente.

—Córrete sobre mi mano, princesa. Córrete conmigo. ¡Córrete! —Su cuerpo se convulsionó contra mí, moviendo la cabeza atrás y adelante.

—¡Ooooh! —El grito surcó el aire, flotando entre las copas de los árboles y el canto de los pájaros. Fue un sonido vibrante, alegre.

La presión de sus músculos sobre los dedos no contribuyó en nada a calmar mi libido. Todavía no había acabado con ella.

Finalmente, Francesca apoyó la cabeza en mi hombro, respirando aún de forma entrecortada y acariciándome el brazo con los dedos.

Tomé su cabeza entre las manos, le mordisqueé el labio inferior y reí con maldad. Por la forma de mirarme y guiñar el ojo tuve claro que no estaba saciada en absoluto. No forcejeó cuando la coloqué de cara al tronco del árbol y le separé las piernas.

Levantó los brazos por encima de la cabeza, y la volvió de modo que pude ver su sonrisa.

Introduje los dedos en su coño una vez más, cubriendo mis largos dedos antes de moverlos entre sus mejillas enrojecidas. Cada vez que los deslizaba dentro de su apretado culito, mi corazón se aceleraba con un anhelo cada vez mayor.

—Me encanta follarte por el culo. ¿Te gusta eso tan sucio, niña?

—Sí. Sí, señor.

Todo esto era pecaminoso, una delicia.

Carnal.

Sustituí los dedos por la punta de la polla y empujé hasta que se la metí unos centímetros. Después le di unos azotes, no muy fuertes, hasta entrar con fuerza.

—¡Dios! —No pude evitar echarme a temblar mientras se la metía con todo el vigor de que era

capaz.

Ella cumplió con su parte, arqueando la espalda y pegándose al tronco del árbol. Disfrutaba con esa acción tan brutal. Le apetecía que fuera así de exigente.

Que fuera capaz de llevarla a nuevas cotas de placer.

Que la iniciara en nuevas formas de sentir dolor.

Que estuviera siempre junto a ella.

Mía.

¡Mía…!

Le agarré las caderas y cerré los ojos mientras empujaba con fuerza y profundidad. Mis pelotas están llenas, turgentes, me hacían daño, hasta cotas angustiosas. No iba a aguantar mucho más.

El ruido fue hipnótico, dos gruñidos animales combinados, piel contra piel. Pura magia.

—¡Aprieta con ese estrecho culo tuyo! ¡Hazlo! ¡Ya!

¡Vaya que si lo hizo! Tanto que me cortó el aliento.

—¡Joder! ¡Sí! ¡Sí! —Cuando eché la cabeza hacia atrás y rugí ferozmente, me trasladé a otro tiempo y a otro lugar.

Un lugar de paz.

Un lugar que duraría para siempre.

La llené de semen, sintiendo una satisfacción que no recordaba.

—Mmm… —ronroneó mientras su cuerpo se relajaba.

Le acaricié el pelo, introduciendo los dedos entre las sedosas hebras y besándola en el cuello hasta que nuestras respiraciones respectivas se normalizaron.

—Tenemos que volver. —El tono me resultó extraño a mí mismo, una mezcla de ansiedad e ira. Me di la vuelta y me guardé la polla en los pantalones.

Se volvió para mirarme, mordiéndose el interior de la mejilla. Soltó el aire y paseó la mirada por la zona. De repente se sintió avergonzada y se cubrió los pechos con el brazo. Después recogió el vestido y se lo intentó poner por los hombros.

—Estás enfadada conmigo —dije lo más tranquilamente que pude.

—Creo que me he dado cuenta de que estás enfadado con todo y con todos. .siempre.

—Lo que me dijiste antes es verdad. La ira me come vivo. Tengo mis razones. Llevo enfadado desde hace mucho tiempo, pero te prometo que sé lo que es mejor, y que lo voy a hacer. Tendrás que aprender a confiar en mí

Temblaba entre mis brazos y me miraba a los ojos para encontrar la verdad en ellos.

—Confiar en ti… Tienes que estar de broma. No te conozco, y debería odiarte en vez de…

—¿Follar conmigo?

Soltó un quedo suspiro entre los labios fruncidos.

—Exactamente.

—Tú no me odias, Francesca. Y no lo haces porque te he ayudado a abrir los ojos, a librarte de todas las cadenas que te han rodeado durante toda tu vida. Te he dado libertad para elegir.

—¿Estás loco? ¡Soy tu prisionera! Hasta la intimidad que compartimos es por decisión tuya.

—¿Eres en realidad mi prisionera? La forma en la que reaccionas conmigo, la electricidad que compartimos es innegable.

—Pura atracción física.

—Creo que sabes que hay más que eso. ¿Por qué huiste?

—Porque… —Francesca cerró los ojos—… no entiendo nada de esto. Me has contado pedazos de información, piezas sueltas del rompecabezas, mientras estaba encerrada. Después arruinaste la cena sin decirme el porqué. La ira surge de ninguna parte. Tienes razón. ¡Te tengo miedo!

No había ninguna réplica que pudiera solucionar lo que acababa de decir.

—Lo siento mucho por eso.

Negó con la cabeza y arrugó la nariz.

—Antes has tenido momentos de dulzura y de pasión desatada, tanto hoy como las otras veces, pero lo cierto es que nunca sé cuándo va a estallar tu ira.

Ver el miedo en el fondo de sus preciosos ojos me llenaba de congoja.

—Te observé viendo tu propia película con lágrimas en los ojos. ¿Por qué demonios lo hacías? Me dijiste que ese hombre era una falsedad… ¿Y qué me puedes decir del hombre que eres ahora? Y cuando consigas lo que quieras, ¿qué vas a hacer conmigo?

—He hecho muchas cosas malas en mi vida, Francesca, soy plenamente culpable, pero te aseguro que el deseo de hacerte daño no está ni estará entre ellas. La verdad pura y simple es que soy el único hombre que puede mantenerte a salvo.

—¡Me tomas el pelo! ¿Por qué voy a creerte? ¿Por qué? ¿Por qué te iba a preocupar siquiera? No soy para ti más que el instrumento de tu venganza. Ni más ni menos. Bueno, puede que un culo digno de utilizar.

—Eres mucho más que eso. ¿Que por qué ibas a creerme? Porque no te mentiría. Porque no puedo evitar quererte, sea bueno o no para mí. Te has metido dentro de mí, justo debajo de mi piel. No puedo dejar de pensar en ti, en tu sabor, en la forma en que te mueves cuando estás debajo de mí. Estoy deseando meterte la polla varias veces al día, follarte una y otra vez. Quiero a esa mujer, guapa y al mismo tiempo vulnerable, que ha vivido una vida difícil. Adoro tu energía y tu inteligencia, tu entusiasmo y pasión por todo lo que te rodea .¿Por qué? Porque me perteneces. Aunque parezca una locura, eres mía. ¿Y por qué habría de protegerte? Porque eso es

lo que hacen los hombres.

—Los hombres de Neanderthal… Tiene que haber alguna otra razón. La verdad, Michael. Dime la verdad.

Escupí las palabras sin pensarlo.

—Porque le han puesto precio a tu vida.

CAPÍTULO 10

Capítulo diez

Francesca

Michael me pasó una copa de vino segundos antes de agarrar el teléfono y teclear el código. Observé cómo apretaba la pantalla con los dedos y memoricé la maldita contraseña. Seguía enfadado, y el silencio del viaje en coche aún flotaba entre nosotros.

Antes de entrar en la casa había sacado una foto a un trozo de papel.

—Grinder, te estoy enviando una foto. Tenemos que encontrar a ese cabrón. —Empezó a andar, me lanzó una mirada y se tocó la ceja—. Y quiero saber más acerca del precio que han puesto a la cabeza de Francesca. Toca todas las putas teclas que tengas que tocar. Quiero información. Y también quiero a Saltori.

Tras terminar la llamada, siguió andando y maldiciendo entre dientes.

—¿Precio a mi cabeza? ¿Me vas a decir algo, me lo vas a explicar? —Lo que había dicho me había dejado de piedra. Me tembló todo, hasta el corazón. Y ahora estaba anestesiada—. No lo entiendo. —Se había negado a decirme nada hasta que estuviéramos en la casa, seguros y a buen recaudo. Se quedó junto a la ventana mirando a la piscina, como si la cosa no fuera con él y no tuviera interés para mí. Sólo un puto día más en la oficina. Estuve a punto de echarme a reír al pensarlo.

Había sabido que había un puto precio por mi cabeza. Me había buscado y me había cazado en medio de un puto bosque. Me había azotado en el culo… ¡con una puta rama de abedul! Me había follado por el puto culo. Me había hablado con las putas palabras más cercanas al amor que me habían dicho en mi puta vida.

Y ahora… el silencio.

Maldito cabrón, lo más estoico que había visto en mi vida. Lo único que deseaba era sacudirle

por los hombros, gritarle por ocultarme cosas. Era evidente que no me había explicado la verdad de lo que ocurría. Todo debía de haber ido a más. Demonios, quizá ni siquiera sabía nada y sólo estaba suponiendo. ¿Era una forma de mantenerme encerrada bajo llave? ¿Cómo iba a poder enfrentarme a este jodido silencio?

—Michael —probé.

No hubo respuesta.

No estaba segura de si me iba a decir algo. Desesperada, me dejé caer en el sofá mirando la copa de vino que tan ceremoniosamente había llenado, como si eso fuera a calmar mis miedos. Tenía el estómago encogido, no solo por la noticia, sino por la vehemencia de sus emociones.

Su deseo.

Sus oscuras apetencias.

El sexo duro había sido maravilloso. Impresionante. No pude evitar pasarme el dedo por los labios. Cada beso era más intenso que el anterior. Cada vez que me metía la polla en el coño o en el culo, lo hacía de forma brutal, desesperada de pura ansia. Estaba muerto de sed, y necesitaba una dosis.

Yo era su droga.

Y él era la mía.

No pestañeaba, y apenas respiraba.

—No puedo soportar esto. ¿De qué precio hablas? —Oí la desesperación y el enfado en mi propia voz. Estaba helada hasta los huesos, me temblaban las manos. Lo cierto es que sabía exactamente lo que quería decir, pero necesitaba saber los detalles, seguramente horribles. Escucharlos de su boca. Tenía derecho a ello. Pero no. Debía pedirle, rogarle que lo hiciera. ¡Cómo si eso pudiera romper el hielo que había formado alrededor de sus emociones!

Y de su alma ennegrecida.

—De tu vida. —Masticó las palabras.

—¿Por qué? —Acerté a decir, logrando a duras penas que me salieran las palabras. ¿Por qué iba a desear alguien mi muerte? ¿Qué había hecho en mi vida para merecerlo? En el interior de mi cabeza escuché las palabras de mi padre, el aviso que me dio desde el momento que tuve capacidad para comprenderlo.

«*Francesca, eres una chica especial, y hay muchos que quieren inundarte de regalos, objetos de valor e incluso promesas de amor y respeto. No los creas, nunca. No confíes en nadie, salvo en tu familia. Son carroñeros capaces de vender su alma al diablo con tal de conseguir el poder. Te utilizarán, mi hermosa Francesca. Y después te abandonarán a tu suerte*».

Me estremecí al pensar que mi padre había acertado. Sólo una vez había bajado la guardia, y eso

había bastado para caer. Una vez me había dejado llevar por la llamada de la pasión, por el deseo que me había consumido hasta perder el control. Y todo había sido una mentira.

No iba a permitir que volviera a suceder.

Michael negó con la cabeza y soltó un profundo suspiro.

—No lo sé, pero es la verdad. Puede que tú estés en condiciones de decírmelo.

—¿Me estás acusando de algo? —¿A qué demonios se estaba refiriendo?

Se limitó a mirarme. La maldita mandíbula sexy bien apretada. Los ojos ardientes que me miraban intensamente. Contuve un gruñido y miré para otro lado para que no volviera a ejercer el hechizo.

—¿Te refieres a Vincenzo? —Un sudor frío me cubrió la piel. Me temblaba todo el cuerpo. Hice referencia al pomposo gilipollas elegido para casarse conmigo, aunque no estaba segura de que pudiera tener la suficiente inteligencia como para tramar algo, fuera lo que fuera—. ¿Por qué se iba a molestar en casarse con alguien que no le importa una mierda sólo para poner precio a su cabeza?

—Estoy seguro de que hay muchas razones posibles para ello. Es cierto que yo nunca lo he visto mancharse las manos, pero puede que lleve ciego muchos años. Tanto él como yo nos hemos estado escondiendo detrás de máscaras y fingiendo que nuestros padres no tenían la capacidad de alterar las vidas que habíamos escogido. Hemos sido así de estúpidos. —Se rio entre dientes, y su gesto me pareció bastante siniestro, más de lo que me hubiera gustado admitir. Había demasiada mierda en todo esto—. ¿Has leído algo últimamente acerca de los términos de tu fideicomiso?

—Yo… —Tuve que hacer un esfuerzo para acordarme de lo que me había enseñado mi padre, que fue un único folio—. No todo.

—Igual había algo escondido que no querían que conocieras, algo que pudiera servir para hacerte chantaje o extorsionarte. ¿Podría ser?

—No entiendo nada de esto. ¿Mi padre lo sabe? —Intenté visualizar de nuevo lo que me había enseñado. Se había mostrado muy reservado respecto a los detalles, pero yo confiaba plenamente en él. Quizá no hubiera debido hacerlo. ¿En qué estaba metido mi padre? ¿Podría atreverme a compartir mis miedos con Michael?

—Puestos a hacer conjeturas lógicas, yo diría que a tu padre le están coaccionando con algo, pero dudo que sepa que le han puesto precio a tu cabeza. —Me dirigió otra mirada dura y fría—. O al menos eso quiero creer.

—Mi padre no es esa clase de hombre. ¡Soy su única hija, por el amor de Dios!

—Entonces, ¿qué clase de hombre es, Francesca? ¿Acaso lo conoces tan bien? Me has dicho tú misma que llevas muchos años en los Estados Unidos.

—¡Deja de decir eso! ¡Que tú tengas una relación horrible con tu padre no significa que yo también la tenga!

Levantó una ceja antes de contestar.

—Lo he pillado.

Solté un largo y agónico suspiro, sintiéndome destrozada. Me observó atentamente, sus preciosos ojos destellaban por la ira que se apoderaba de su cuerpo mientras yo cogía mi vino, pensando que tenía que confiar en alguien .Pese a que odiaba admitirlo, Michael tenía razón. Mi padre podía haber estado implicado en cualquier cosa durante los últimos años .Incluso había evitado contestar algunas de sus llamadas y fingir que no tenía nada que ver con la mafia. Quizá yo hubiera sido la más tonta del mundo.

—Por primera vez en mi vida, vi que mi padre tenía miedo. Mi padre es un hombre muy fuerte. Nada lo asusta. Creo que no tenía más remedio que obligarme a que me casara con Vincenzo. No es por lo que dijo, sino por cómo me lo dijo. Estaba fatigado, y parecía mucho más viejo de lo que recordaba.

—¿Tienen los Massimo algo que le pueda perjudicar? ¿Ha ido mal algún acuerdo o negocio?

—No lo creo, pero mi padre y yo no tenemos ese tipo de conversaciones ni las hemos tenido nunca. Yo hice todo lo posible para alejarme de ese estilo de vida, lo creas o no. Sólo quería vivir una vida normal. Todo lo contrario que mi hermana.

—Nosotros no podemos aspirar a eso, Francesca. Hemos nacido dentro de algo que no podemos rechazar, o al menos no para siempre.

¡Joder! Me entraban ganas de gritarle cuando utilizaba mi nombre para enfatizar lo que decía, como si así adquiriera un nivel más alto de veracidad.

El silencio era terrible, enervante. Me quemaba la piel.

—¿Qué le pasó a tu hermana? —preguntó por fin.

Me tapé los ojos con la mano y respiré hondo varias veces. Lo último que deseaba era remover el pasado, pero también quería sacar a la luz la verdad, lo deseaba tanto como él.

—Fui testigo de cómo mi hermana se dejaba absorber por el glamour y la efervescencia de la mafia. A Sasha le gustó desde el principio estar en manos de un hombre con poder, rico y peligroso. Puede que fuera porque veneraba a mi padre y estaba tan ciega que no veía ningún problema en todo lo que hacía.

—Y al final sí que vio uno —dijo en voz baja.

—Eso es. Iba a muchas fiestas y reuniones, y al final, en una muy pija, encontró al que, según decía, era el único hombre adecuado para ella. Era muy rico, muy guapo, y la cubrió de regalos. Durante meses fueron inseparables, iban juntos a todos los sitios, y mi hermana bebía los vientos por él. Pero poco después todo cambió, incluso el comportamiento de mi hermana. Le pedí que me dijera qué iba mal. Un día la encontré llena de contusiones y heridas, y le juré que se lo diría a mi padre si no me contaba qué estaba pasando. Mi hermana sucumbió y, sin parar de llorar, me explicó lo que ya sabía: que abusaba de ella de todas las maneras posible.

—¡Hijo de puta!

Me sorprendió su vehemente reacción, pero quizá me aportó el valor suficiente como para concluir la fea historia.

—Ella amaba a ese hombre, pero él le era infiel. Estaba casado, y era un miembro importante de la familia Massimo. No me contó nada más. Nunca me dijo su nombre. No sé exactamente qué hizo a continuación, nunca lo he sabido. Me rompía el corazón… Y un día… murió. Y yo me prometí a mí misma que jamás me iba a convertir en una princesa de la mafia. —No podía contarle el resto. Al menos ahora.

Ni nunca.

Dio un sorbo a su copa y de nuevo miró por la ventana.

—Eso está muy bien dicho, un buen colofón a una historia horrible, pero hasta tú misma has dicho varias veces que no podemos huir de lo que somos. Tu eres una princesa de la mafia, y hay mucha gente, muchas familias que están deseando utilizarte de muchas formas.

—Tú incluido.

—Yo incluido.

Lo dijo de forma despiadada.

—¡Qué te jodan! —espeté.

Noté cómo se tensaba por la forma de apretar la copa.

—Antes me dijiste que no soy un hombre así.

—Eso es una gilipollez, estaba equivocada del todo. ¡Claro que eres así! No te importa nada, sólo tú mismo.

Alzó la copa hacia mí con una carcajada.

—Eres tenaz, y muy inteligente.

—¿Por qué haces esto? ¿Por qué? ¿Es que quieres que te odie con todas mis fuerzas? Pues vale, lo haré.

Esta vez la tensión se podía cortar con un cuchillo.

—No quiero que me odies, querida mía. La verdad es que lo que quiero es todo lo contrario. Puede que no me creas, y de verdad que no te lo reprocho, pero lo que quiero ahora es protegerte, aunque solo sea de mí mismo.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, arañando y penetrando en la piel. Me enfadaba lo que decía, pero al mismo tiempo me parecía entrañable.

—¿Qué vas a hacer? Tienes poder, fuerza y carácter, y estás furioso. ¿Vas a eliminar a todos los que te impidan conseguir exactamente lo que tú quieres? —Sí, lo estaba provocando, pero no estaba muy segura de cuál sería el resultado.

Nunca lo había visto tan tranquilo, tan en calma. Parecía estar evaluando y calculando. Esa forma de actuar lo hacía aún más terrorífico.

—Nadie informa de que has desaparecido, ni siquiera en el caso de tu familia, de la organización de tu padre. Eso tiene que significar obligatoriamente que lo están coaccionando de alguna forma.

—Déjame hablar con él. Tiene que estar enormemente preocupado —rogué—. Igual podría averiguar lo que está pasando.

—¿De verdad cree que te daría información así, sin más?

—Soy su hija.

Sonrió para sí, lo cual me enfureció todavía más.

—Igual te permito hacerlo, pero primero tengo que vérmelas con Louis Saltori.

—¿Para qué? Sólo porque tienes que controlarlo y dirigirlo todo, ¿verdad?

—Ya lo estoy haciendo. Cuanto antes entiendas que tengo el control, mejor para ti.

—¡Por Dios! —Me mordí la lengua para no soltar todas las palabrotas que me vinieron a la cabeza.—. ¿Y entonces qué vas a hacer? Creo que tengo derecho a saberlo.

Dio otro sorbo a la copa y se acercó a mí.

—Creo que es mejor que no sepas los detalles.

—No soy ninguna niña, Michael. Ni tus palabras ni tus comportamientos van a poder asombrarme ni escandalizarme. Llevo en este ambiente toda mi vida.

Sonó una llamada a la puerta que comunicaba con el salón. La forma en que Michael giró la cabeza ante la interrupción y la expresión desencajada de su rostro resultaron aún más aterradoras .Puede que tuviera razón, que esto no fuera más que un aspecto del oscuro negocio en el que habíamos nacido. Miré al hombre, de aspecto muy avergonzado, que acababa de entrar y que permanecía de pie junto a la puerta, y que sabía que se llamaba Rocco. Estos nombres italianos me recordaban cualquier cosa menos soldados que sabían que podían morir en cualquier momento por los hombres para los que trabajaban. El hombre encargado de mi custodia había sido tan fácil de engañar que casi me hacía sentirme avergonzada de lo que había hecho

—Jefe, sé que quería verme. —Rocco hizo una inclinación hacia mí para mostrarme su respeto.

Michael respiró hondo y se acercó despacio. Dejó la copa en la mesa auxiliar cercana a mí y, sin saber por qué, lo agarré del brazo.

—No. Déjalo. Le mentí para escaparme de la casa. No le hagas nada. Es culpa mía, no suya.

Todo parecía ir a cámara lenta: la mirada de Michael, directa a mis ojos, su andar pausado. Deseaba volver a ver la misma gentileza y la profunda preocupación que me había mostrado antes, pero ahora era como una concha cerrada y vacía.

—Por favor —susurré—. Fue culpa mía. Debes castigarme a mí, no a él.

Michael siguió mirándome unos segundos y después retiró el brazo que le estaba sujetando. No hubo movimientos bruscos ni estallidos de ira. Sólo un silencio frío y deliberado mientras avanzaba hacia la puerta.

Me volví para mirarlo, los anchos hombros, las largas piernas, el modo de andar como si nada pudiera molestarlo jamás. Pero yo sabía que la situación lo carcomía por dentro. Se paró a medio metro del soldado e inclinó la cabeza.

—Quédate aquí. Si te mueves, serás castigada.

Contuve el aliento hasta que los dos abandonaron la habitación. Sólo expulsé el aire cuando escuché abrirse y cerrarse la puerta. Mis acciones iban a provocar violencia y derramamiento de sangre. Lo mismo que había pasado una vez en el pasado, hacía ya mucho tiempo. Intenté apartar de mi mente los horribles recuerdos. No podía hacer nada respecto al pasado, por una hermana a la que adoraba.

Pero estaba decidida a no joder las cosas otra vez.

Obedecería a Michael, seguiría sus reglas. Incluso hasta aprendería a aceptarlas. Pero no me destrozaría de ninguna manera, hiciera lo que hiciera y me tratara como me tratara. Yo ya había llegado muy lejos en mi vida. Y otra cosa, muy importante… Si mi padre me había mentido, no le volvería a hablar nunca.

«Si es que sigo viva…»

Empecé a pasear por la habitación, esperando escuchar gritos, o incluso algún disparo. No pasó nada de eso.

Hasta que la puerta se abrió de nuevo dándole paso a él y sólo a él. Retrocedí, temerosa de lo que pudiera decir y, sobre todo, hacer.

Entró tan en silencio como se había marchado. Recogió la copa y se acercó al mueble bar. Esperé pacientemente mientras llenaba el vaso, tomándose su tiempo para echar un cubito de hielo tras otro en el líquido .Yo estaba de los nervios, tragándome la bilis que se acumulaban en mi garganta.

—¿Qué has hecho? —dije apenas susurrando.

—Me he limitado a decirle que su comportamiento ha sido inaceptable y que eso no puede volver a ocurrir —contestó sin mirarme.

—¿No lo has matado? ¡Por favor, dime que no has matado a ese hombre!

Se volvió a mirarme con intención.

—Al contrario de lo que puedas pensar, yo no soy un asesino, Francesca, por no menos a partir de ahora. No obstante, tu oferta de recibir un castigo ha sido aceptada. Para ser franco, te diré que Rocco debería agradecerte la generosidad que has tenido con él. Me atrevería a decir que lo has salvado de un intenso dolor.

—¿Acaso pretendes asustarme, Michael? Eso de hacerte el mártir no te cuadra, ni en las películas ni ahora. Esa personalidad de ying y yang continua es verdaderamente agotadora.

—Puede que tengas razón… No obstante, el castigo debe ajustarse al delito. Las reglas se crearon por muchas razones, incluida la protección. No se pueden romper las reglas de manera continua. Eso no lo voy a permitir, no en mi casa, no en mi vida. Y eso no tiene nada que ver con

ser o hacerme el mártir.

¡Dios, cómo deseaba creer que no era un asesino! Y también quería recordarle que esta casa en la que estábamos no era suya. ¿De qué hablaba? Alcé los brazos, luchando de nuevo contra el enésimo estremecimiento. Era evidente que le preocupaba algo. ¿Debía preguntarle? ¿Mostrar interés?

—De acuerdo. Castígame. Quítate el cinturón. No me importa.

—A su debido tiempo.

—¿Por qué haces esto? ¿Por qué? —Me reí suavemente— ¿Qué ha pasado hoy? Por favor, cuéntamelo. Sé que algo te preocupa muchísimo. —Sabía que no iba a compartir nada conmigo. No era su igual.

Soltó un suspiro y se frotó la sien. Parecía haber envejecido en las escasas horas transcurridas. Parecía que su capacidad de resistencia se debilitaba.

—Otro ataque a mi padre. El cabrón ha estado a punto de conseguirlo.

—¡Dios! ¿Qué ha pasado?

—Alguien disfrazado de médico ha intentado envenenarlo. Tengo que trasladar a mi padre cuando se estabilice los suficiente. O puede que debiera decir «si» se estabiliza lo suficiente.

—¡Eso es horrible! Te ayudaré como pueda…

La ternura con la que me miró trajo de nuevo las mismas sensaciones del bosque. Este era el Michael del que me podría enamorar.

Pero entonces, como siempre, lo estropeó todo volviendo a ser… él mismo.

Ningún comentario.

Ningún gesto.

Apenas alguna respiración.

—¿Es que no vas a decir nada?

—No hay nada que decir, ni tú estás en condiciones de hacer nada. Estás en peligro.

Bufé.

—¿O sea que me vas a mantener aquí retenida mientras arrasas la ciudad en busca de ese misterioso asesino?

—Has descrito lo que va a pasar con mucha exactitud.

—Muy bien. Dale todas las vueltas que quieras al asunto y sigue enfurruñado. Yo me voy a dar una ducha. De repente me he sentido de lo más sucia. —Me dirigí a la puerta, pero me paré en seco al escuchar un ruido metálico—. ¿Me lo permites, o antes vas a esposarme? Lo que quiero decir es que esto es increíble: me tratas como si fuera una niña pequeña. Ni ropa, ni zapatos… Supongo que, dado que me he escapado, igual me vas a atar a la cama la próxima vez que te

vayas.

Soltó el aire y dio un trago del vaso y lo agitó en dirección a mí a modo de respuesta.

—Casi te he pedido que me acompañes a la ducha. ¿Por qué eres tan ridículo?

Sus extraordinarios y fríos ojos prácticamente me atravesaron.

—¿Sabes una cosa, Michael? Cuando me hablas de verdad y compartes conmigo parte de tu vida, me siento muy especial. Como si verdaderamente te importara lo que te digo. Pero de repente echas el cerrojo y me siento fatal por dentro. Creo que voy a dejar de intentarlo. —Y de preocuparme por él. Para empezar, era una estúpida por hacer semejante cosa.

Pero ¿cómo iba a poder? Lo cierto es que estaba muy colada por ese hombre peligroso y agotador. No iba a volver a caer en lo mismo. Otra vez no.

Corrí hacia las escaleras y subí los escalones de dos en dos, luchando por no derramar unas lágrimas que en ningún caso debía permitir. No merecía mi tristeza. En absoluto.

Decidí utilizar su cuarto de baño. Su ducha. Era su casa, eso había dicho, ¿no? Estaba furiosa porque me trataba como a una cría pequeña.

Me miré en el espejo antes de meterme en la ducha. Un vestido blanco. Había elegido el color a propósito. Ahora estaba manchado de barro y de polvo. Me lo quité con violencia, y escuché que se rasgaba por alguna costura. ¿Qué más me daba? No era mi vestido.

El reflejo reveló el cansancio de los ojos, agotados tras todo lo ocurrido esa tarde. Sin embargo, el brillo de la piel era sorprendente. Puede que Michael tuviera razón. Él me había abierto al mundo, había roto el cristal del invernadero en el que estaba metida.

No era una buena chica.

Me gustaba la oscuridad.

Y Michael había visto en mi interior.

Riendo, puse caras e hice muecas frente al espejo. Sabía en lo más hondo de mi ser que debía tener una conversación con mi padre. Tenía que contarme qué demonios estaba ocurriendo de verdad.

Me aseguré de que la temperatura del agua fuera cálida y agradable, tan caliente como fuera capaz de aguantarla. Cuando entré, la calidez y el vapor me reconfortaron de inmediato. Me mojé la cabeza y estuve a punto de desplomarme sobre los fríos azulejos. Por primera vez me daba cuenta de lo precaria que en realidad era mi existencia.

Mi padre me había advertido más de una vez de que siempre me rodearía el peligro, pero casi nunca le había hecho caso. Sí, me había animado a que viniera a los Estados Unidos a encontrarme a mí misma tras la tragedia, y sabía que algunos de sus soldados estaban pendientes de mí. Yo pensaba sinceramente que ellos también habían emigrado por voluntad propia, y nunca estaban lejos del pequeño mundo que me había creado. Me empeñaba en ignorar la verdad.

Fingía.

En todo momento mi padre había estado aterrorizado por la posibilidad de perder otra hija.

No podía echárselo en cara, pero seguro que estaba resentido y muy enfadado. Después de todo, Sasha murió por mi culpa.

Me estremecí y cerré los ojos. Volví a vivir los días anteriores al final, los terribles momentos antes perderla. Nada podría acabar jamás con el dolor sufrido. Dejé salir las lágrimas, que se deslizaron por las mejillas. Puede que este fuera el castigo que realmente merecía.

Una racha de aire fresco fue la indicación de que mi soledad se había interrumpido. Antes de que pudiera gritar o protestar, unas manos fuertes me rodearon la cintura y me apretaron contra un pecho sólido y potente.

—Tenías razón —susurró Michael.

Me debatí entre sus brazos, no por miedo ni enfado, sino simplemente buscando mi propio espacio. No quería que se diera cuenta de lo afectada que estaba.

—¿Sobre qué? —El desprecio de mi tono era falso y exagerado.

—Puede que sobre todo. Llevo años escondiéndome y dándole la espalda a mi mundo, fingiendo que nada ni nadie me importaban. Un mecanismo de defensa.

—Lo sé. La muerte de tu madre.

—Eso es sólo una parte. Había algo más en mi vida, algo que realmente me importaba. Ella era dulce y sincera, y sabía perdonar. Era lo único que se salía de los cánones de mi vida.

El tono dramático de su voz resultaba estremecedor. Nunca lo había oído hablar así.

—¿Una novia? —Le interrumpí dejando de intentar escapar de su sujeción, aunque disfrutaba al sentir su cuerpo desnudo contra el mío y al percibir tanta sinceridad en sus palabras.

—En esos momentos, una amiga nada más, pero yo quería más. A su lado me sentía vivo, entusiasmado. Me hizo contemplar la vida de una forma distinta, como si estuviera en condiciones de hacer lo que quisiera. Era magnífica, una estrella de verdad. En muchos aspectos me recuerdas a ella. Con criterio. Valiente. Entregada. Comprensiva. Yo seguía siendo el chico malo de la mafia, pero ella nunca lo supo.

Esta vez me quedé callada.

Me abrazó como si le aterrorizara que fuera a huir.

—Sé que no debería compararte con nadie.

—Me da la impresión de que en realidad eso era amor. ¿Quién era?

Michael me acarició los brazos hasta llegar a los dedos. Se me puso la piel de gallina, y no fui capaz de renunciar a la gloriosa sensación.

—Molly era actriz. Yo estaba probando con un pequeño papel en una obra, sólo para comprobar si podía dedicarme a la actuación. Un pasatiempo, en realidad. Mi madre me metió el gusanillo, ya sabes, cosa que mi padre odiaba. Me di cuenta de que cuando actuaba podía ser otra persona, un héroe en lugar de un monstruo. Molly me animaba, y con ella me sentía otro. Solíamos hablar

mucho, durante horas. Bebíamos vino, reíamos, íbamos al cine y soñábamos con ganar el Oscar de la Academia. Me sentía capaz de dejar atrás mi mundo maldito. —Tomó aire para continuar —. Ella no sabía quién era yo, ni el peligro que corría estando a mi lado. En otras palabras, confiaba en mí.

—¿Qué pasó?

No quería que volviera a instalarse en el silencio, no iba a permitirlo. Me coloqué frente a él y le puse las manos en el pecho. Sus ojos se mostraban tan suplicantes que revelaban el gran dolor que había sufrido.

—Murió durante un tiroteo cuando salíamos de una cafetería. Aunque la policía cerró el asunto como aleatorio: estábamos en el lugar equivocado y en el momento equivocado, yo sabía que no era así. El tiroteo fue un intento de asesinato, y yo era el destinatario de la bala que le quitó la vida. Sólo dos días después, mi madre fue asesinada con una bala cuyo destinatario era mi padre.

¡Por Dios bendito!

La ironía era demasiado trágica. Volví derramar lágrimas y a sentir angustia por el dolor que habíamos experimentado ambos a lo largo de los años.

Inclinó la cabeza y utilizó los nudillos para retirar las saladas lágrimas de mis mejillas, y después de los llevó a la boca. Despacio, muy despacio, una lágrima furtiva se deslizó por sus largas y preciosas pestañas hasta llegar a la mejilla.

Mi reacción fue inmediata, de corazón y entregada. Me puse de puntillas y pasé la lengua por la mejilla para enjugarla.

—Lo siento en el alma, Michael —susurré.

Me apretó de nuevo contra él.

—No voy a permitir que te ocurra nada. Quien quiera que vaya a intentar cobrar esa recompensa morirá. Son peligrosos, Francesca, esto no es ningún juego. Sé que para ti no soy en absoluto de fiar, pero vas a tener que hacerlo, que confiar en mí, para que ambos podamos salir vivos de todo esto. Si hubiera sabido que se pondría precio a tu cabeza, jamás te habría secuestrado.

—Si te digo la verdad, me alegro de que lo hayas hecho. —Me resultó fácil decirlo. Al final iba a resultar que se convertiría en mi héroe.

El abrazo esta vez no tenía que ver con la pasión, ni siquiera con la dominación o el control. Implicaba conexión y comodidad. Me necesitaba tanto como yo lo necesita a él, estaba claro.

Mientras el agua de la ducha caía sobre los dos fue como si nuestros pecados desaparecieran con ella por el desagüe. Igual se nos estaba concediendo una segunda oportunidad.

De vivir.

De amar.

De confiar.

Siempre y cuando fuéramos capaces de resolver el misterio.

Se echó hacia atrás para retirarme el pelo de la cara. El suyo brillaba gracias a las gotas de agua.

—Lo que te he dicho es verdad. Te quiero quizá más de lo que debo y me conviene. Ahora lo eres todo. ¿Crees que podrías fiarte de mí? No más secretos ni mentiras. —Bajó la cabeza y me besó los labios con suavidad—. Nuestro acuerdo anterior.

Volví a ponerme de puntillas, deseando con desesperación que este momento no se terminara nunca.

—Confío en ti. Con todo mi ser. —No más secretos… ¿Qué haría cuando lo supiera todo sobre mi conducta? No podía abrirme del todo a él. En este momento no.

Parecía aliviado. El beso en la frente fue inesperado, como si de verdad me diera una oportunidad. No se podía imaginar lo que ese gesto tan simple significaba para mí.

—Te espero abajo. Tengo que hacer algunas llamadas, comprobar alguna información respecto al asesino. Te he dejado algunas cosas en la habitación. Cenaremos juntos dentro de un rato y te prometo que no habrá violencia de ninguna clase. —Sonrió irónicamente y noté que su ansia volvía al mirarme de pies a cabeza, de abajo arriba y de arriba abajo—. Por lo menos esta noche estaremos a salvo aquí.

A salvo. ¿Habría algún sitio en el que pudiéramos estar a salvo de verdad?

—¿De quién es esta casa?

Alzó una ceja.

—De un amigo. No te preocupes. La controla.

Quería agarrarlo y hacerlo volver a la ducha. Esto no nos iba a hacer ningún bien. ¿Quién sería ese asesino? El modo como actuaba no se atenía la situación real.

Al menos podía ponerme unos vaqueros y una camiseta normal, con zapatillas de tenis incluidas .No pude evitar sonreír cuando me miré en el espejo. Sabía mi talla. Un reflejo me llamó la atención, unos objetos en la mesita de noche. Me asomé por la ventana antes de agarrarlos. Nadie. Su reloj y su teléfono. Se los había quitado antes de entrar en la ducha.

Confianza. No era algo fácil de conseguir en nuestro caso, para ninguno de los dos. Agarré la carcasa de plástico y me mordí el labio mientras tomaba la decisión. Después la guardé en el bolsillo. Al menos tenía opciones.

Respiré hondo varias veces antes de salir de la habitación. Lo último que deseaba era que me pillara en una mentira.

Me llevé una agradable sorpresa al escuchar música rock, para variar. Puede que, después de todo, no estuviera tan taciturno. Lo encontré en la cocina, con los dedos volando sobre el teclado de un portátil. Cuando entré, cerró la tapa y sonrió, como si esto no fuera más que una simple cita.

—Estás estupenda —dijo con voz ronca.

—Esto se parece bastante más a mi estilo habitual. —¿Qué estaba mirando, y por qué no quería que yo lo viera?

—Podemos cocinar algo o pedir que lo traigan. Lo que prefieras.

—Mejor preparar algo nosotros.

Alzó la mirada, se recolocó la pistola en la cintura y me empujó suavemente hacia la pared. Los dos habíamos escuchado pasos procedentes de la escalera. Se llevó el dedo índice a los labios y negó con la cabeza.

—Vuelvo enseguida. Espérame aquí.

Agarró firmemente el arma con ambas manos y salió de la habitación.

Me quedé rígida y contuve el aliento hasta que escuché su voz , casi un gruñido.

—¡Joder, Grinder! Me va a dar un ataque al corazón…

—Lo siento, jefe. Los chicos me han dejado pasar. Te he llamado.

—No he mirado el teléfono. ¿Qué haces aquí? —preguntó Michael.

—Hemos encontrado a Saltori.

Cuando bajaron la voz, eché un vistazo al ordenador. Tenía que saber. No más secretos. En la pantalla había una simple página de Google. No había tiempo de leer de qué iba. ¡Maldita sea! Cuando escuché pasos acercándose, traté de cerrar la tapa sin hacer ruido. Cayó un papel al suelo.

Lo doblé y me lo metí en el bolsillo del pantalón vaquero. Ya encontraría la forma de devolverlo al ordenador más adelante.

—Lo siento, pero tengo que marcharme. Van a quedarse tres soldados protegiendo y vigilando la casa. ¿Puedo confiar en ti? —preguntó Michael.

Miré a los dos hombres que lo acompañaban, y después a él.

—No me iré de aquí. —Sea lo que fuera lo que le habían dicho y lo que pensara hacer, su humor había cambiado por completo. La muerte estaba en sus ojos.

Asintió, agarró el ordenador portátil y se lo pasó al tal Grinder.

—Guárdame esto mientras busco algunas cosas.

—Claro, jefe.

Después de que salieran de la casa, esperé hasta escuchar el rugido del motor del coche y después saqué el papel del bolsillo. La fotocopia no era de la mejor calidad, pero cuando la miré a la luz, las piernas dejaron de obedecerme. Me deslicé por la pared hasta quedarme sentada en el suelo sin parar de temblar.

Esto no podía estar pasando. No. ¡No! Cerré los ojos sin dejar de temblar, no sé cuánto duró el ataque. Minutos. No me atrevía a volver a mirar la foto. Podía estar equivocada. Pero ¿y si no lo estaba? Y si…

Me dominó la ira, la misma clase de ira asesina que había visto en los ojos de Michael. Nadie iba

a tomarme por idiota. ¡Nadie! Aunque con dedos temblorosos, saqué su teléfono del bolsillo.

Y marqué su código.

Y después un número.

Me invadió una extraña sensación de calma mientras me ponía de pie.

Y esperé.

Hasta que contestaron la llamada. Era el momento de resolver el misterio.

CAPÍTULO 11

Capítulo once

Michael

—Jefe, ¿estás seguro de que quieres hacerlo? —preguntó Grinder.

Capté la preocupación en su tono de voz, Sabía lo que me jugaba si me llevaba por delante la vida de Saltori. No estaba seguro de si me importaba o no.

—Es necesario. ¿Qué me dices de la foto que te envié?

—He soltado los sabuesos. No te preocupes, jefe. Vamos a encontrar a ese cabrón.

Que no me preocupe… El juego estaba empezando a estar fuera de control.

—Será mejor que la información sea buena. ¿Algo sobre el asesino y el precio por Francesca?

—No te va a gustar, jefe.

—Escúpelo.

—El tirador se hace llamar el Cazador. Un asesino sádico. Por lo que he podido averiguar, no suele trabajar para nadie que conozcamos. Pero hasta nuestros soldados lo temen. Parece que su lista de… éxitos es larga, si se puede decir así. Y…

Hablaba atropelladamente, sin claridad, y eso era algo que no podía soportar.

—¡Vamos, desembucha!

—Ahora tú estás en esa lista.

Como si no me lo esperara.

—Pues muy bien. Por cierto, huelo a rata de dos patas.

—¿De verdad? ¿En quién piensas, jefe?

No me molesté en contestar. En este momento podía ser cualquiera.

—Sabré más cuando haya terminado mi conversación con el señor Saltori.

—Claro. Pero ¿de quién sospechas?

Noté que agarraba el volante de una forma más crispada. Yo era observador, siempre lo había sido. Grinder no era leal a nadie excepto a mi padre, algo que debía tener siempre muy presente.

—¿Y Vincenzo?

—Sigue en su casa. No ha salido desde ayer por la mañana.

—Después de esta noche tenemos que estar preparados para atacar. Voy a trasladar a Francesca a otro escondite.

—¿Quieres que prepare algo, jefe?

—Lo haré yo mismo.

Soltó el aire y permaneció en silencio el resto del viaje, lo cual me permitió preparar lo que iba a hablar con Louis Saltori. La luz de la tarde menguaba mientras nos acercábamos al aparcamiento. Había pocos vehículos en la calle. En este momento eso no me preocupaba. Tenía que dar un paso al frente y advertir a todos los que querían atacar a mi padre y a los negocios de la familia.

El coche apenas se había detenido cuando salí de él. Me acerqué a la puerta lateral a grandes zancadas. Pude ver luz en una de las habitaciones, pero no distinguí a nadie ni escuché nada. Los soldados habían estado esperando pacientemente mi llegada.

Si Saltori se sorprendió al verme, la verdad es que no lo demostró. Reaccionó tan tranquilamente como siempre, sin apenas brillo en los ojos ni expresión en el rostro. Se limitó a inclinar mínimamente la cabeza y a fruncir apenas el ceño, como siempre hacía. Hasta el momento no le habían tocado, salvo las acciones necesarias para meterlo en la furgoneta, sacarlo y atarlo en la silla en la que estaba.

—Señor Saltori.

Sonrió mientras me acercaba a él, procurando mantener la aparente calma.

—Sabía que te habías implicado. No podías mantenerte alejado del negocio de tu padre. Una vez que uno asesina, siempre es un asesino.

—Es el negocio de mi familia. Soy hijo de mi padre. —Me acerqué más y di una vuelta a su alrededor al tiempo que la media docena de soldados se retiraban y salían de la habitación. Sin dar más rodeos, le pegué un buen puñetazo en la nariz—. Tengo curiosidad: ¿eso fue lo que le dijiste a Vincenzo?

Se desplomó con fuerza. El golpe sordo de la silla contra el suelo de hormigón reverberó en la amplia sala. Gimió y se debatió. Las prietas ataduras le imposibilitaban levantarse.

Me retiré para que dos soldados lo volvieran a poner en la misma posición. Sacudí la mano, me

froté los nudillos y respiré hondo. No solía actuar así, pero era necesario.

Estaba muy frustrado.

—No perdamos el jodido tiempo con charlas inútiles. ¿Quién te ha contratado para que asesines a mi padre?

—Nadie me ha contratado —dijo de una forma tan indiferente que reaccioné de inmediato.

¡Paf!

Volvió a caer al suelo, pero esta vez la fuerza del golpe hizo que la silla se alejara al menos tres metros. Esta vez fui yo quien colocó la silla en su sitio, pero arrastrándolo del cuello.

—Te he hecho una pregunta —dije en voz baja. Todos los que me conocían sabían que cuando hablaba en voz baja, significaba que estaba enfurecido hasta el extremo.

Se pasó la lengua por los labios ensangrentados y escupió. No me alcanzó por unos centímetros.

—No tengo nada que ver con eso. No me gusta tu padre, ni sus tácticas, pero lo respeto.

—¿De verdad piensas que me voy a tragar eso?

—No tengo motivos para mentirte.

Bien. Tenía todos los motivos del mundo para mentirme. La situación en su conjunto me desagradaba, incluyendo mi propio comportamiento, pero nadie se iba a dar cuenta. Tenía que mantener el control, para que nada alterara la percepción de los que me miraban en ese momento. Me pasé las manos por el pelo, respiré hondo varias veces y me alejé unos pasos.

—Muy bien —dije sin volverme a mirarlo—. ¿Quién instigó el golpe?

Se rio.

El muy hijo de la gran puta se rio.

Me planté ante él en dos zancadas y lo agarré por el cuello hasta que le faltó el aire.

—Se acabaron los juegos, Louis. Aceptaste un acuerdo para asegurarte una parte de los negocios de mi padre. Llevas años trabajando entre bastidores, haciendo negocios por tu cuenta en las narices de mi padre. Te aseguraste de que yo estuviera muy ocupado durante los últimos meses, con ayuda del hijo de perra de tu hijo. Por no sé qué estúpida razón, ahora estás seguro de que tienes la fuerza suficiente como para arrebatarle todo su territorio. Estoy aquí para decirte que estás mortalmente equivocado.

Los ojos se le salían de las órbitas y tosía intentando captar una brizna de aire, aunque yo no se lo permitía. Incluso hundí más los dedos en su cuello para impedirlo. Ya no me importaba una mierda.

—Oye, jefe. Lo que buscamos es información, ¿vale?

Era la voz de Grinder. Sabía que lo que estaba intentando era calmar mi enfado, pero llegados a este punto, eso era imposible. Pero lo solté y me alejé unos pasos de él dando un gruñido. Mi padre no habría cedido ni un milímetro. Con él, el tipo no habría vuelto a respirar.

—Te voy a decir cómo va a continuar el juego. Me vas a decir quién es el agresor, porque si no tu gallina de los huevos de oro va a dejar tu gallinero.

—Tienes a la putita. Chico listo. Causa más problemas de lo que realmente vale, si es que quieres saber mi opinión —siseó, sin dejar de tragar aire a bocanadas.

Esta vez lo golpeé en el vientre.

—No hables así de la dama. Es amiga mía.

Boqueando, escupió antes de mirarme a los ojos.

—Igualito que… tu padre. Por eso… —Cerró la boca sin terminar.

—¿Por eso qué? —pregunté—. ¡Dímelo! —Lo tiré al suelo atado a la silla. La ira estaba a punto de estallar del todo.

—Nada. Por eso tu padre tenía los ojos ciegos respecto al negocio. —Levantó la cabeza y tosió varias veces… —Por amor.

Sabía que eso era cierto.

—Me subestimas, amigo —dije riendo—. No me parezco en nada a mi padre.

Louis tragó saliva con dificultad.

—Yo le respetaba, pero no puedo… decirte nada. No sé nada.

Volví a agarrarlo del cuello.

—Muy bien. Aún tienes una oportunidad para escupir lo que sabes, incluyendo los detalles sobre el asesinato de Francesca Alessandro. Sabré si me mientes, y si lo haces, nada ni nadie va a impedirme que entierre tu asqueroso culo en una de las losas de hormigón de cualquier edificio de los que está construyendo mi padre. ¿Te queda claro?

Louis siguió tosiendo y habló entre dientes como pudo.

—Yo… yo no… —Otra ronda de toses, seguida de una profunda inhalación—. No sé nada de lo de Francesca. ¿Quién iba a querer hacerle daño? Viva vale millones.

—Es evidente que ahora vale más muerta que viva. Tiene que ser por algo.

—Pues entonces pregúntale a su papá. Hace unos años hizo un trato con los Massimo, y dirigen un imperio juntos —replicó—. No obstante, Dante Massimo es un auténtico monstruo. No cree en la colaboración, sólo en la venganza.

Un monstruo. La palabra volvía a utilizarse. La venganza era lo habitual en ese estilo de vida. Puede que no fuéramos otra cosa que bestias primitivas, que sólo ansiábamos tener todo el poder que pudiéramos.

—Yo también hago planes a ese respecto. ¡Habla! ¡Ahora! —Lo dije entre dientes, pero resonó en toda la sala.

Noté que por fin se ponía nervioso, y la cara se le teñía de color violeta.

—Hace dos meses Dante se puso en contacto conmigo. Tenía una oferta para mí, y me dijo que no la podría rechazar.

Le había amenazado con matarlo. ¿Por qué un hombre tan poderoso como Dante Massimo iba a relacionarse con alguien de tan bajo nivel?

Cuando dudó, lo único que tuve que hacer fue acercarme.

—Sigue.

—Me dijo que podría quedarme con el negocio de los Cappalini porque tu padre estaba en una lista negra. También me dijo que tu padre había provocado problemas varias veces y que había que eliminarlo. Sabía que yo había hecho un buen trabajo, por lo que me consideraba el hombre adecuado para la tarea. —Esta vez su risa sonó ahogada y amarga.

Alcé el puño.

—¡Es verdad! Me dijo que todo estaba en marcha y que todo lo que yo tenía que hacer era pasar desapercibido y seguir trabajando. —A esas alturas Louis casi lloriqueaba.

La historia era demasiado increíble como para ser inventada. Pero seguro que aún quedaban piezas para completar el rompecabezas.

—¿Y?

—Dijo que Vincenzo iba a casarse con Francesca. Que se había acordado y que eso traería la paz en el momento en el que yo me convirtiera en padrino.

Negué con la cabeza riendo.

—¡Menuda gilipollez! ¿Qué razón te dio?

—No pregunté.

Uno de los soldados levantó la silla y la arrojó al suelo con violencia.

—¡No estoy mintiendo! ¡Tienes que creerme! —Ahora Louis lloriqueaba abiertamente.

—No tengo por qué creer nada, cabrón de mierda. Llevas puteando a mi padre desde hace años. En este momento es lo único que sé. ¿Qué más tenías que hacer? —La táctica de mi padre de mantener cerca de los enemigos había fallado clamorosamente.

—¡Nada! ¡Lo juro por Dios, joder! Espera…

—¿Qué sabes acerca del asesino?

No tenía ni idea de si sabía algo, pero valía la pena preguntarlo.

Se mojó los labios antes de contestar, se le estaba hinchando ya la boca por los golpes.

—No es de aquí. Llegó de Italia. Un cabrón muy peligroso al que llaman el Cazador.

Miré a Grinder, que levantó una ceja.

Al menos parte de la información recogida era correcta.

—De acuerdo. ¿Qué sabe tu hijo acerca de toda la operación?

Su gesto fue de protección. La familia lo es todo. Había encontrado su punto flaco.

—Sólo le he contado lo imprescindible: que preparara la boda, y que se asegurara de que estabas ocupado. No le interesan mis negocios.

Vincenzo era un pez de los que se mantenían en el fondo del mar. Disfrutaba de su vida glamourosa , pero daría un riñón por lograr todo el poder y la gloria que sospechaba que tenía mi padre. Mantuve la boca cerrada unos segundos, esperando a que se me pasara el ataque de ira. Cada vez tenía más claro que este tipo era un jugador insignificante. Los italianos eran los que llevaban la voz cantante.

—¿Y por qué ahora?

—Eso no lo sé de cierto, pero por lo que he escuchado, Dante Massimo está en su lecho de muerte.

—Vaya, vaya. Por lo que yo sé, eso no es cierto. —Aunque en realidad nada garantizaba que fuera cierto, ni suponía que tuviera que tomar alguna decisión.

Todavía.

Me alejé varios pasos para poder pensar a solas. Sabía que Grinder me iba a seguir.

—¿Qué quieres hacer con él, jefe? —preguntó Grinder en voz baja sin dejar de mirar al prisionero.

—No pinta nada. Menos de lo que pensaba.

—Me ha gustado la idea del hormigón —dijo riendo y volviendo a mirar a Saltori.

—Podríamos desencadenar una guerra tal como están las cosas en este momento. Quiero utilizar el factor sorpresa, hay que mover ficha con cuidado.

—Entonces, ¿en qué estás pensando?

La pregunta del millón.

—Voy a tener que hacer un viaje que no había planeado. —La decisión parecía inadecuada en estos momentos y bastante extrema, pero hablar con la familia Massimo era el único método para obtener información precisa.

Abrió mucho los ojos.

—¿Estás seguro de que eso es adecuado?

—Creo que es la única solución disponible.

—¿Y Saltori? ¿Qué quieres que haga con él?

—Llévalo por la autopista y tíralo a la cuneta. Lejos de cualquier sitio civilizado. —No me importaba si estaba de acuerdo o no con mi decisión. Después de todo, era cosa mía.

Torció el gesto, pero no dijo nada. Al final asintió.

—Así lo haré. ¿Qué vas a hacer con Francesca mientras viajas a Italia?

Sonreí irónicamente.

—Llevarla conmigo. —Me llevé la mano al bolsillo de la americana buscando el teléfono. Antes que nada, había que llevar a mi padre a un lugar seguro y desconocido para nuestros enemigos.

No tenía el teléfono.

Enfadado conmigo mismo, busqué en otros bolsillos, intentando acordarme de cuando fue la última vez que lo había tenido en las manos. ¡Joder, joder! .Fue en la mesita de noche, antes de desnudarme y darme una ducha con Francesca.

Tuve un mal presentimiento. Quizá ese estúpido descuido podría desencadenar una pesadilla.

—¿Pasa algo, jefe? —preguntó Grinder.

—Llama a los chicos que vigilan la casa. Que te pongan al día. Asegúrate de que Francesca está bien.

—Por supuesto, jefe. ¿Pasa algo? —repitió, algo alarmado.

—Puede que no pase nada. —Y puede que todo.

Me acerqué a Saltori y le hablé a pocos centímetros de la cara, magullada y llena de sangre.

—Me vas a dar todos los detalles de tus operaciones, Saltori. De todas y de cada una de ellas, con pelos y señales. Van a volver conmigo. Si no lo haces, tú hijo y tú vais a desaparecer de este mundo. ¿Te ha quedado claro?

Louis recuperó la mirada altiva anterior al momento en el que se derrumbó.

—Sí, por supuesto.

—Vas a desaparecer de la ciudad por tiempo indefinido, y créeme, estaré vigilando.

Era un actor secundario en esta trama, un insecto que ni siquiera tenía derecho a vivir.

Pero se lo iba a conceder.

—Claro. Lo que sea.

Lo miré con desprecio y me agaché para estar a la altura de sus ojos.

—Si me jodes, aunque sea sólo un poco, vas a perder todo lo que aprecias en la vida. No hay alternativa, ni otra salida posible. Ahora me perteneces sólo a mí.

Tragó saliva, se mordió el labio inferior y contestó como pudo.

—Sí. Entendido.

—Muy bien.

Me alejé, notando que me había ganado algo de respeto de los… de mis soldados. Capté una expresión de ansiedad en el rostro de Grinder mientras hablaba con el teléfono muy pegado al

oído y la mano crispada.

—¡Mierda! —siseó.

Nunca había planeado enamorarme perdidamente de Francesca. Hacerlo era tan irresponsable como peligroso. Sin embargo, poco podía hacer.

Ni con el fastidio de mi mente ni con la agitación de mi estómago.

Nunca había creído en el amor a primera vista. No era un romántico. Tampoco era bueno para ella, pero sabía en el fondo de mi corazón que nunca podría dejarla marchar.—¡Coge el puto teléfono! —Grinder hablaba en voz baja, seguramente para no alarmarme, pero le caían goterones de sudor por la frente. Nunca había visto tan ansioso al enorme hombretón—. ¡Hostias, joder!

—¿Qué pasa?

Tomó aire antes de mirarme.

—No contesta nadie. Ninguno de ellos.

Una oleada de ira y odio me recorrió el cuerpo. No tenía que haberla dejado sola. Francesca había liberado el demonio que había controlado durante tantos años, permitiéndole hacerme sentir de nuevo.

Amar otra vez.

Y nadie me la iba a robar ahora.

—Llévame allí. Ahora. Si le pasa algo a la chica, van a rodar cabezas. —Escuché mi voz tranquila y ronca. La calma que precede a la tormenta.

—¡Por supuesto, jefe!

Ya había anochecido, y una luna gigante reinaba en el cielo, iluminando una serie de nubes empujadas por el escaso y ligero viento nocturno. Me recordaban a un desfile de fantasmas anunciando las maldades por llegar.

Sí, el mal iba a caer sobre las calles de Los Ángeles.

Si le había pasado algo a Francesca, la ciudad no saldría indemne. Seguramente se liberarían los monstruos, sobre todo los que reinan en la oscuridad, libres, hambrientos y voraces, para devorar sus presas. Sin duda yo era uno de ellos. La inmoralidad y la infamia habían campado por sus respetos durante los últimos años.

Se acabó.

Ahora ya no sólo era uno de ellos.

Era su líder.

* * *

Destrozado. Esa era la única palabra en la que era capaz de pensar. La puerta principal estaba cubierta de sangre, regueros por el suelo que llegaban hasta el vestíbulo, incluso huellas de manos carmesíes en dos de las paredes. Los jarrones estaban volcados, el espejo de la entrada destrozado.

El primer soldado estaba muerto en el pasillo, a medio camino de la cocina, le habían disparado en la parte de atrás de la cabeza a escasa distancia. El segundo había luchado a brazo partido, pero al final varias balas en el torso habían acabado con él.

Tanto la cocina como el salón grande presentaban signos del mismo tipo de violencia, una batalla por la supremacía. Y nuestro bando había perdido. Fuera el que fuera el bando que defendíamos.

—¡Francesca! —Corrí por la casa, habitación por habitación. Salvo algunas pequeñas manchas de sangre en la encimera de la cocina, no había más señales de violencia. Ni rastro de ella. Nada. Como si hubiera desaparecido.

O la hubieran secuestrado.

Me quedé en medio del pasillo, rugiendo internamente a cualquier dios que pudiera haber en las alturas. Me habían abandonado, como tantas otras cosas y personas a lo largo de mi vida. ¡Pero me lo merecía, joder! ¿Quién cojones era el Cazador?

—¿Pero qué demonios ha pasado aquí? —preguntó Grinder entre dientes.

—Llama a todos los soldados. ¡A todos! Quien haya hecho esto, lo va a pagar. ¡Encuéntrala! ¡Encuéntrala, joder!

Grinder no paró de asentir mientras manejaba torpemente el teléfono. Nunca me había visto, así, por supuesto. Estaba de pie sobre cristales rotos. Me temblaban las manos al agarrar una silla y ponerla de pie. Ver el rectángulo negro en el suelo me produjo una descarga de adrenalina que recorrió las venas como un bólido de carreras.

¡Mi teléfono!

Me agaché y lo recogí. La visión de gotas de sangre en la pantalla alimentó mi desesperación. Francesca había sufrido. Por lo tanto, la persona que le había causado ese sufrimiento sería recibiría el castigo multiplicado por diez. Estaba a punto de guardar el teléfono en el bolsillo cuando caí en la cuenta. Tenía una contraseña que nadie sabía excepto yo.

¿Y si me hubiera visto haciendo una llamada? No había nada que se me escapara. Detestaba que me temblara la mano al intentar deslizar el dedo por el cristal agrietado. Sólo tenía tiempo para concentrarme seriamente. Contuve la respiración, avanzando hacia las llamadas salientes.

¡Mierda, joder!

Había hecho una llamada poco después de que me marchara. Tenía los músculos tensos, las venas engrosadas. Miré el número desconocido.

Una llamada internacional.

Y dudaba mucho que fuera a su padre.

Cuando vi por el rabillo del ojo que Grinder iba a entrar en la habitación, alcé la mano.

Necesitaba absoluto silencio. Hice la llamada. Uno, dos, tres, cuatro timbrazos.

Nada. La llamada terminó sin contestación.

Me quité el teléfono de la oreja y lo guardé antes de que se escuchara el pitido.

La mujer de la fotografía.

—¿Cómo? —Preguntó Grinder, que estaba pensando en otra cosa. Gruñí mientras me acercaba a él.

—He dicho la mujer de la foto. ¿Sabes quién cojones es?

Frunció el ceño mientras miraba alternativamente al teléfono y a mí.

—Podría ser a quien llaman el maldito Cazador. Todavía estamos tratando de averiguarlo.

Asentí mientras respiraba mucho más rápido de lo normal e intentaba controlar la adrenalina y la ira que me empezaba a dominar.

—Todo lo que he podido encontrar ha sido una foto, sólo una, en internet. Ni siquiera estoy seguro de que sea ella. —Grinder parecía dudar.

—Dímelo. —Di un gran paso hacia él, y cerré el puño izquierdo.

—¡No es posible! Esa mujer está muerta. Las cosas están empezando a perder todo su sentido…

—Sasha Alessandro, ¿verdad?

Levantó la cabeza para mirarme a los ojos.

—¿Cómo cojones lo has sabido?

Saqué el teléfono y pasé el dedo por la pantalla.

—Todo este tiempo.

—¿Es la hermana de Francesca?

—Sí, su hermana… muerta.

—Joder, jefe, menuda mierda. ¿Crees que Francesca ha estado jugando contigo todo el tiempo? O aún peor, ¿tus amigos?

Lo agarré por las solapas y por poco lo levanto del suelo.

—Mis amigos no son de tu incumbencia, Grinder. Te recomiendo que no lo olvides en ningún momento. De todas formas, y por respeto a tu lealtad, te voy a decir que ninguno de ellos podía tener la más mínima información sobre esto, y menos Francesca.

Alzó las manos y pestañeó dando a entender que lo aceptaba.

Lo solté y di dos pasos atrás. Nada de esto tenía sentido. Si la chica había seguido viva durante todos estos años, ¿dónde coño había estado? ¿Y qué conexión tenía con este maldito asunto?

—¿Qué hacemos ahora, jefe?

—Lo primero, averiguar a quién está asociado el número. Si mis sospechas son ciertas, Sasha ha estado viva todo este tiempo.

Grinder alzó las cejas.

—¿Crees que ha sido ella quien ha organizado todo esto?

Paseé la vista alrededor de la habitación, completamente destruida. Había algo que no cuadraba.

—Tenemos que considerar esa posibilidad.

—¿Entonces qué, jefe?

—Salimos de caza.

CAPÍTULO 12

Capítulo doce

Michael

Francesca había desaparecido del mapa. Rastreamos cada aeropuerto, estación de tren y de autobús por si quisieran sacarla del estado o del país. No obstante, la batalla sólo acababa de comenzar. La captura de Francesca no era nada más que otra pieza del rompecabezas.

Quizá habría desaparecido en cuanto le hubiera dado el sí a Vincenzo. En ese momento el fideicomiso se habría liberado. ¿Cabría la posibilidad de que ella misma hubiera organizado su propia desaparición, y que mi interferencia había impedido su plan inicial? Era una posibilidad, pero ¿ era lo que yo creía que había pasado?

Ni por un segundo.

Hasta el último soldado estaba en la calle ejecutando la venganza sobre aquellos que no habían sido leales a los Cappalini, y recuperando lo que era nuestro. Cuando terminara la noche, no quedaría ni rastro de la operación de Saltori. Todos los capos habían sido advertidos de la desaparición de Francesca, y habían recibido la foto de Sasha. No había un puñetero rincón en la ciudad en el que esconderse. Alguien terminaría hablando.

Grinder localizó al propietario del teléfono. No hubo sorpresas: la cuenta estaba a nombre de Sasha Alessandro. No obstante, el origen del teléfono estaba en Italia. Yo sabía que hay tecnologías que pueden eliminar los rastreos, pero seguro que mi instinto no me engañaba. Alguien nos estaba jodiendo. E iba a matar a ese alguien con mis propias manos.

Me di cuenta de que la copia en papel de la fotografía que se había sacado fuera del restaurante no estaba. Deduje que Francesca la había encontrado antes de que dejara la casa para ir a encargarme de Saltori. Afortunadamente, la había guardado en mi teléfono en una ubicación segura. Pese a toda la destrucción, el teléfono había permanecido intacto. Puede que Francesca hubiera podido dejarlo allí para que yo lo encontrara.

Demasiados «puede», joder.

Le encargué a Grinder el traslado de mi padre. Había pocos lugares que pudieran considerarse seguros, pero Grinder había contactado con Dominick, que propuso un lugar en el que estaría del todo seguro y bien cuidado médicamente.

Lo demás lo iba a hacer yo solo.

¿Primera parada? Una visita a Vincenzo.

La casa del director de cine estaba tranquila. Sólo unas pocas luces interiores. No había vigilantes, al menos que yo pudiera detectar, ni seguridad de ninguna clase. Los ventanales franceses no estaban cerrados con llave, así que entré con toda facilidad. Tenía la sensación de que estaba esperándome, pues había un vaso vacío al lado de la botella de whisky escocés.

Vincenzo no reaccionó al verme entrar. Se limitó a dar un trago de su vaso sin despegar los ojos del televisor que tenía enfrente.

Me serví un trago con toda tranquilidad después de volver a guardar el revólver en la funda. El licor era casi tan bueno como el de mi padre.

Casi.

—Te estaba esperando —dijo Vincenzo en voz baja.

—Entonces tienes que saber por qué he venido. ¿Qué has hecho con Francesca?

Inclinó el cuello ligeramente y hasta en la penumbra pude distinguir su confusión.

—¿De qué estás hablando? Daba por hecho que estaría contigo.

—Lo estaba. Pero hizo una llamada. A su hermana. A su hermana… muerta. Y después desapareció.

Vincenzo gruñó y se inclinó hacia delante, pasándose el vaso de una mano a la otra.

—¡Joder, ni siquiera sabía que tuviera una hermana!

Siempre había sido muy observador, y sabía si un hombre decía o no la verdad. No sabía nada de Sasha.

—Muy bien. Empecemos de nuevo.—Avancé hacia el sillón de cuero que tenía enfrente y me senté despacio.— ¿Dónde está Francesca?

—Yo no la tengo, Kelan. Juro por Dios que ni sabía que hubiera desaparecido.

Aproveché para sacar de nuevo el revólver y dejarlo sobre la mesa auxiliar. Debo reconocer que ni se inmutó. Lo que sí noté fue que su gesto era triste, de enorme cansancio.

—Me ha llamado mi padre. Dice que se va de la ciudad por tiempo indefinido. —Había aprensión en su tono de voz.

Me sorprendió que Louis hubiera tardado tan poco en poner pies en polvorosa. Desde luego, era un hombre de recursos.

— Al menos sabe seguir instrucciones. Las cosas se van a calentar pronto.

Rio entre dientes, aunque con resignación.

—Lo cierto es que me preocupaba por ella. Por Francesca, quiero decir. Cuando mi padre insistió tanto en que me casara con ella, de entrada me reí. Él me recordó mis «obligaciones». Sabía que ella no me toleraría. ¡Joder, si hay momentos que ni yo mismo me aguanto! Sí, me gusta el sexo oscuro, pero no la iba a destrozar de forma permanente. Espero que me creas.

—No tengo que creer nada. —Dudé a propósito, y di un trago del caro licor. Me incliné hacia delante y dejé el vaso a un centímetro de la Glock—. Aunque vamos a decir que creo en lo que me has dicho sobre Francesca; ahora dime lo que sabes acerca de Dante Massimo. Te sugiero, por tu bien, que no te guardes ni el más mínimo detalle.

En todo momento había considerado a Vincenzo como un puto inútil, pero me dio ciertos detalles sobre Dante y la oferta que le había hecho a Louis. Era obvio que su padre le había ocultado a propósito muchas cosas para protegerlo.

—Por lo que me dijo mi padre, Dante Massimo es muy peligroso, incluso a pesar de sus condiciones de salud —añadió Vincenzo.

—Eso he oído. ¿Qué razones podría tener Dante para buscar venganza contra mi padre?

Se encogió de hombros, pero pestañeó varias veces. Algo había. ¿Qué podría tener la familia Massimo contra mi padre? ¿La misma amenaza que habían ejercido contra Antonio Alessandro? La trama se enredaba.

Saqué el teléfono y busqué la fotografía de Sasha.

—¿Reconoces a esta chica?

Me quitó el teléfono de las manos y agrandó la foto.

—No, en absoluto. ¿Quién es?

—Puede que nadie. —Me di perfecta cuenta de que le sudaban las manos. Todo el mundo estaba aterrorizado.

Me terminé la copa y dejé el vaso en la mesa auxiliar. Agarré el arma y me puse de pie.

—Cómo podrás deducir, no quiero que le digas nada a nadie acerca de mi visita. Y si averiguas algo acerca de Francesca, llámame.

—Por supuesto.

Todavía era incapaz de mirarme a los ojos.

Suspiré y me dirigí a la puerta. Francesca había desaparecido hacía más de dos horas ya. Aunque no creía que la intención de quienes la habían secuestrado fuera matarla, las posibilidades de encontrarla a salvo iban decreciendo. Alguien se estaba apuntado un tanto.

—Kelan, ve con cuidado. Puede que mi padre sea un gilipollas, sí. Toda su vida ha querido más, y hasta se ha permitido el lujo de odiar al tuyo por pura envidia. Pero lo respetaba, y no se hubiera vuelto contra él de no haber sido obligado a ello. Sé que no vas a creerme, pero mi padre

no es malo, simplemente está roto. Te daré el mismo consejo que me dio a mí: aléjate a toda costa de la familia Massimo.

Me quedé de pie unos momentos, absorbiendo lo que me había dicho.

—Tomo nota —dije mientras me acercaba a los ventanales abiertos—. Y soy Michael. Michael Cappalini.

El aire nocturno era fresco, y pese a la brisa todo mi cuerpo estaba ardiendo. Estaba a punto de estallar una guerra que iba a ensangrentar la ciudad. Por primera vez en mi vida, la idea no me desagradaba.

Casi había llegado al coche cuando vibró el teléfono. Shane. No estaba de humor para hablar con nadie de la policía, así que no contesté. Tenía que terminar una tarea. Cuando volvió a vibrar, gruñí antes de mirar el número.

Sasha.

—¿Sí?

—Pregunta por ti.

La voz de la mujer tenía una nota sedosa que recordaba mucho la de Francesca. Hasta el acento era casi idéntico. Se me erizó el vello de la nuca.

—¿De quién hablas?

—¡Pues de Francesca, por supuesto! Si quieres volver a verla viva, vas a seguir punto por punto mis instrucciones. No llames a nadie, ni a tus soldados ni a los polis a los que tienes comprados. Ven sólo.

Agarraba el teléfono con tanta fuerza que pensé que lo iba a romper. Entré al coche y me senté en el asiento del conductor.

—Te escucho.

El final estaba cerca.

Salí del barrio y me dirigí a la carretera, pero no sin antes hacer una sola y bien calculada llamada.

Antes de convertirme en actor había aprendido al menos una cosa. Las apariencias engañan. Esta noche iba a minimizar los riesgos.

* * *

El almacén se parecía mucho al de mi padre, el que había utilizado para sacarle todo a Louis unas horas antes. Estaba de pie en la oscuridad, delante del edificio de más de diez plantas. Un único farol iluminaba los andamios y otros diversos materiales de construcción. Estaban renovando el edificio; se había derribado muchas paredes y los interiores quedaban a la vista. La zona estaba en una zona muy poco transitada. Era el lugar perfecto para un asesinato.

Me daba perfecta cuenta de que era una trampa, que lo habían organizado todo para tenerme aquí a su merced. Hasta adivinaba que Louis podría haber hecho algunas llamadas, puede que al Cazador. Un aviso. Hasta pensar en el nombrecito me hacía reír.

Independientemente de quién hubiera urdido el plan, dudaba que Sasha estuviera sola. Localicé con facilidad una puerta principal con el candado en el suelo, aunque no parecía haber sido forzado. Empecé a subir las escaleras con mucho cuidado, atento a cualquier ruido. Al final del pasillo salía una luz de una puerta semicerrada. La chica era una descarada.

O el chico.

Me mantuve pegado a la pared, pero me daba la impresión de que se limitaban a esperar a que llegara en cualquier momento. Cuando ya estaba cerca de la puerta, agarré el arma con ambas manos antes de avanzar. La luz que había visto antes se movía con la ligera brisa, ya que las paredes se habían vaciado y donde antes había un espacio cerrado ahora todo estaba al aire. Frente a mí había una silla, grilletes y cadenas, preparadas para recibir a alguien.

A mí.

Desde donde estaba no podía ver a nadie, pero me di la vuelta justo cuando se encendió otra luz. La mujer que vi, a unos cinco metros de distancia era muy guapa, casi tanto como Francesca, con el pelo largo, oscuro y brillante pese a la escasa luz. Iba vestida como una asesina, con vaqueros y camiseta negros, que no conseguían esconder su voluptuosa figura.

—Has hecho bien en venir, Michael. Mi hermana me ha hablado mucho de ti. ¿Te contó lo bien que nos llevábamos, lo compenetradas que estábamos? ¿Y te explicó cómo me traicionó? —Sasha se acercó poco a poco, con la pistola en la mano.

Traición. Agucé el oído para intentar detectar otros ruidos.

—Sospecho que no. Fuiste muy valiente al secuestrarla, aunque dudo de que fuera por dinero. Más bien por venganza, ¿no es así? —Sasha rio de manera seductora.

No me moví. Sobre todo, sentía curiosidad. Sólo podía acercarme a otra puerta, que sin duda conducía al interior del piso.

—Bueno, no hace falta que me digas nada. Es una pena que vayas a morir. Muy trágico. Como una historia de amor que desaparece en el aire. —Movió la mano grácilmente a su alrededor y me envió un beso.

Sonreí y di unos pasos calculados para acercarme. Ella tenía un tiro fácil, pero no los gilipollas que sin duda se escondían en la oscuridad.

—Es un placer conocerte, Sasha, y debo decirte que no le tengo ningún miedo a la muerte. Al fin y al cabo, soy digno hijo de mi padre, brutal en la táctica y fino en la técnica.

Volvió a reírse, esta vez poniendo los ojos en blanco.

—¿De verdad? Igual voy a tener que contrastar ese concepto tan arrogante que tienes de ti mismo.

Me acerqué a unos dos metros y cambié el pie de apoyo. Había acertado al deducir que había

pistoleros entre las sombras.

—Dime una cosa, ¿cuánto te pagan por tu trabajo? Reconozco que tus dotes interpretativas son muy buenas. —Mi pregunta sorprendió a Sasha, como si no estuviera prevista en el guion.

Torció la boca y cometió un error fatal: desvió la vista hacia la segunda puerta.

La oportunidad era demasiado buena como para desaprovecharla. Le golpeé el brazo a la actriz y el arma salió volando hasta caer en el suelo de hormigón. Dio un grito cuando la agarré, luchando por liberarse.

—¡Suéltame! ¡Te mataré por esto! —Sasha siguió representando su papel, aunque empezaba a olvidarse de mantener el acento. Sería capaz de reconocer a cualquiera que interpretara un papel en el cien por cien de las ocasiones. Pero ¿por qué un plan tan complicado?

—¿Hay balas de verdad en el arma, cariño? ¿O eso también forma parte del engaño? —En el momento en el que escuché movimiento, le puse el cañón en la cabeza a la chica—. ¡Salid! ¡Salid estéis donde estéis!

El ruido me sobresaltó. Apareció un hombre muy alto que sujetaba con fuerza a Francesca por el cuello. Como era de esperar, mostraba su habitual carácter desafiante, le brillaban los ojos de pura furia.

—Señor Cappalini, es un placer conocerlo al fin. —El hombre hablaba con auténtico acento italiano, y su atuendo era elegante y, sin duda, muy caro. Con mucha calma, apoyó el cañón de su arma en la sien de Francesca. Estaba en un callejón sin salida, y tenía que minimizar los riesgos.

—Bueno, dejémonos de cumplidos. ¿Por qué no me dices de qué va todo esto de verdad? —Me moví en dirección a la pared abierta, y al hacerlo pude echar un vistazo por la otra puerta.

—Creía que a estas alturas ya habrías tenido tiempo de averiguarlo —dijo, al parecer divertido con mi comentario. Después vio que detrás de mí sólo había vacío, y sonrió de forma aviesa.

En ese momento supe que me lo iba a cargar. Fuese quien fuese.

—Digamos que todavía no me he enterado del todo. ¿Por qué no me iluminas? Tengo que confesarte que la actriz que has contratado casi me convence de que el asesino era una mujer. Buen trabajo.

—Sí… bueno, por desgracia, ya no tiene la más mínima utilidad. —Con un rápido movimiento de muñeca disparó a la joven en la sien. Cayó en mis brazos, muerta instantáneamente, y el salvaje rio roncamente.— En los Estados Unidos es muy difícil encontrar colaboradores de calidad.

Francesca emitió un gemido, sin dejar de intentar escapar de su sujeción.

—Eres un hijo de puta —siseé mirándolo torvamente—. Ella no formaba parte de todo esto. —Dejé caer al suelo el cadáver de la desconocida. Era evidente que había subestimado el peligro real de la situación.

—Pues claro que formaba parte. Y ahora, vamos a hablar de negocios de una puta vez.

—¿A qué negocios te refieres en concreto?

—A terminar lo que empezó hace siete años ya.

Tras decirlo, estallaron los fuegos artificiales. Todo ocurrió en una décima de segundo, pero entre el último esfuerzo de Francesca por liberarse y la sorprendida reacción del asesino, me dio tiempo a efectuar dos disparos. El tipo se derrumbó como un saco de patatas, pero sin soltar la cintura de Francesca, arrastrándola al suelo en una zona peligrosamente cercana al vacío de diez pisos.

Cuando me lancé hacia ella capté un movimiento. Había alguien más por allí. Escuché tres detonaciones como en cámara lenta, que liberaron de mi interior la bestia protectora que desde hacía poco llevaba dentro sin saberlo. El asesino echó a rodar, y lo mismo hice yo.

Hacia el borde.

No sé cómo, agarré una de sus piernas. Pese a que tiré con todas mis fuerzas, sólo fui capaz de elevarla unos centímetros. ¿Por qué, joder?

Gritando histéricamente, Francesca luchaba con todas sus fuerzas, tratando de alcanzar con las manos el borde del suelo de la planta.

—¡Suéltame, cabrón!

El hijo de puta todavía la tenía agarrada por la cintura con una mano, mientras la otra se movía en el vacío.

Escuché más detonaciones y soporté un tremendo dolor en el brazo, pero gracias a la adrenalina no le hice caso. Sólo podía pensar en salvarla. Como fuera. Salvar a la mujer de la que me había enamorado.

—Aguanta. Yo te sujeto.

—¡No me sueltes, Michael! Por favor… —rogaba, sin dejar de moverse.

—¡Procura no moverte! —Volví a tirar de ella con todas mis fuerzas. «Dios mío, por favor, no la dejes caer».

—¿Puedo echarte una mano? —Escuchar la profunda voz de Dominick fue un alivio, pero su mínimo tono burlón me jodió.

—Qué gracioso… ¡Has tardado demasiado!

—Ha habido que resolver un problemilla por el camino. —Dominick se tumbó y se asomó por el borde—. Voy a hacer que se suelte ese hijo de puta.

Dos disparos secos con silenciador.

Francesca gritó de nuevo. Su cuerpo temblaba.

—Joder. Es duro el muy cabrón. —Dominick se estaba preparando para dispararle de nuevo al asesino cuando sentí que el peso se aliviaba casi por completo.

La alcé casi como si fuera una pluma, la separé del borde y la abracé con todas mis fuerzas

cuando estuvo de rodillas. Respiraba entrecortadamente.

—¡Oh, Dios mío…! —Se colgaba de mí—. Me has encontrado…

—Ya ha pasado. Estás bien, tranquila, estás bien. —Respiré hondo varias veces al tiempo que echaba una mirada alrededor para descartar que hubiera más asesinos.

Francesca alzó la cabeza y me agarró la cara con la mano.

—Gracias. Lo siento mucho. Me llamó, la creí… y…

El tiempo se detuvo durante unos segundos mientras una ola de emociones encontradas recorrió mi cuerpo. Apreté la boca contra la de ella y dejé salir la ira, el miedo y la frustración. También estalló la pasión, mucho más potente que otras veces, que me hizo ser consciente de hasta qué punto la amaba.

Gimió con el beso y abrió la boca para que pudiera llegar a la lengua. Podía sentir los latidos de su corazón, agobiados, cortos, intensos, y hasta podía oler su miedo, aun efervescente. Nadie iba a tener la posibilidad de hacerle daño. ¡Nunca más!

Cuando terminó ese íntimo momento, solté el aire.

—Pensé que te había perdido —susurré.

—Pues ya ves que no.

Miré a Dominick y negué con la cabeza. Seguía tirado en el suelo, pero se levantó enseguida.

—¿Estáis bien, colega? —preguntó.

Me pasé la mano por el pelo y lo miré.

—Sí. Seguimos vivos. Me alegro de que hayas podido venir. —Dominick había neutralizado al otro pistolero. Sabía que era la única persona en la que podía confiar por completo. Tenía que haber un traidor en mi organización, uno que no era Louis Saltori.

—No me lo habría perdido por nada del mundo —dijo con su habitual sonrisa medio burlona—. ¿Francesca?

—Sí. Y tú eres Dominick Lugiano –contestó.

Se acercó para ayudarnos a que nos pusiéramos de pie.

—Mucho cuidado con ella. Es explosiva.

Caminamos hacia el interior. Le di una patada al otro pistolero para verle la cara. Su ropa también era cara.

—¿Has conseguido enterarte de qué va todo esto? —preguntó Dominick mientras recogía el arma del suelo y la observaba—. Una Beretta. Muy buen material. Y cara.

—Sí. Cuadra. Aunque la verdad es que sigo sin saberlo. Dante Massimo es la cabeza pensante. Uno de los asaltantes ha dicho que quieren acabar el trabajo que comenzó hace siete años. Para mí no tiene sentido. —Tendría que preguntarle a mi padre por ello.

—¿Los Massimo fueron los responsables de los ataques de hace unos años? —preguntó, guardándose la pistola en el bolsillo.

—Nadie se hizo responsable, pero no hubo pistas sobre la intervención de italianos.

Dominick echó un vistazo a la actriz.

—¿Y la chica?

—Un puto cebo —dije. Había bastantes preguntas que responder aún, sobre todo las acusaciones de traición que había hecho la actriz representando su papel. Eso no había sido una simple improvisación sobre la marcha. Le habían indicado que soltara la bomba.

Me preguntaba por qué.

—¿Y ahora? —preguntó Dominick.

Le di unos golpecitos en el hombro.

—Tengo que llevar a Francesca a un lugar seguro. Esto no ha acabado.

Asintió.

—Yo me encargo de limpiar la basura. Te sugiero que, de momento, mantengas en secreto este mínimo suceso.

—De acuerdo.

Dominick levantó una ceja. Se inclinó para registrar los bolsillos del tipo y encontró una cartera.

—Mira, algo sabemos. Jim Smith de Elm Street. Siguiendo esa línea, ahí abajo tendremos a un tal… digamos John Doe de Oak Boulevard. O algo así.

—Han planeado todo esto con mucho cuidado. —Había pensado por un momento en llamar a Shane, pero no quería que se establecieran relaciones directas conmigo. Los dos pistoleros eran prescindibles. Y la chica seguro que no tenía ningún antecedente. Era evidente que no tenía entrenamiento de asesina a sueldo.

—¿De verdad crees que Dante puede estar detrás de esto? —preguntó Dominick tirando la cartera sobre el cadáver.

—O mi padre —intervino Francesca.

Dominick alzó una ceja, me miró y asintió levemente. Habría que evaluar la situación. No obstante, algo me decía que el único que podía tener respuestas para todo era mi padre.

Y, de un modo u otro, me las iba a dar.

* * *

El hotel era el escondite más seguro que pude encontrar, al menos de momento. Todavía no sabía en quién podía confiar. Las piezas aún no estaban colocadas en sus sitios respectivos. Hice la reserva con un nombre falso que utilizaba a menudo, y me encontré con el recepcionista en el

aparcamiento para que me diera la llave. Los quinientos de propina seguro que ayudarían a que mantuviera la boca cerrada.

Quizá no fuera una buena decisión, pero decidí pedir un favor para intentar averiguar la identidad de la chica que se había visto mezclada con tan funestos resultados para ella. Su familia tenía derecho a saber que había muerto. Pero sería Dominick quien se hiciera cargo de los cuerpos, pues yo me podía arriesgar a que me investigaran en este momento.

Fuimos hacia la escalera trasera, pero en un momento dado, y por seguridad, utilizamos el ascensor para llegar al piso de nuestra suite. Una vez en ella, encendí una sola luz, la más discreta, y revisé con cuidado la habitación, levantando la ropa de la cama y mirando por todos los rincones. Francesca me miraba desde la zona de estar con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Esto aún no se ha acabado, ¿verdad? —preguntó por fin. No encontré el menor signo de temor en su tono de voz, todo lo contrario: una absoluta convicción. Se había acabado para ella sentirse víctima.

—No, de ninguna manera. Quien me quiera muerto lo va a intentar de nuevo. —Me acerqué a la ventana para mirar el perfil de rascacielos de la ciudad. Estábamos en el piso más alto, sólo asequible para los que buscaran un nivel extra de seguridad y privacidad. No obstante, seguía nervioso.

—¿Y tu padre?

—A salvo. —Por ahora. Esperaba haber hecho lo que debía. Me alejé de la ventana y me quité la americana y la pistolera. Ella no dejó de mirarme en ningún momento.

—Nunca vamos a dejar de estar en peligro, ¿verdad?

En mi vida me había sentido más cansado.

—Hemos nacido en este mundo. No tenemos escapatoria, ni la más mínima posibilidad de verdadera redención.

—Los pecados de nuestros padres.

Volví la cabeza hacia ella recordando el día en el que había pensado exactamente lo mismo.

—Por desgracia, es así.

Francesca respiró hondo y contuvo el aliento mientras recorría con la vista la habitación.

—Bueno, al menos podemos fingir durante un rato.

Quizás. Me acerqué al minibar y saqué dos botellitas de bourbon.

—¿Sabías que no era tu hermana?

—Al principio no, porque lo sabía todo. Tenía toda la información sobre mí y sobre nuestro pasado juntas.

Le pasé un vaso. Lo único que deseaba en ese momento era estrecharla entre mis brazos. Pero en ese momento necesitaba algunas respuestas más.

—Fue por la fotografía.

Asintió y se llevó el vaso a la boca.

—Así que llamaste al número después de ver la fotografía.

—Sí. El parecido era asombroso. Te puedes imaginar lo que sentí al verla. Todos esos años de sufrimiento por no encontrar el cuerpo… fui capaz de creerme que había estado buscándome. Pareció sorprendida, pero feliz de poder hablar conmigo. —Se estremeció mientras se acercaba al sofá. Al sentarse, apoyó la cabeza en la mano—. Me engañó. Le di la dirección. Quería que me explicara por qué salía en la fotografía. ¡Demonios, creía que de verdad era la hermana que había perdido hace tanto tiempo!

—La verdad es que te han engañado muy bien —comenté.—La pregunta es, ¿quién?

—No tengo ni idea. ¡Hijos de puta! ¿Cómo pueden ser capaces de hacer una cosa así? ¿Qué pretenden conseguir?

Me acerqué un poco más, pero manteniendo las distancias.

—Creo que ya sabes cuál es la respuesta.

—¡No! —Alzó la cabeza despacio y me miró a los ojos—. No… no estoy segura, ¿vale? —Su reacción fue interesante.

—La actriz habló de traición. ¿Por qué tu verdadera hermana te iba a acusar de haberla traicionado? ¿Y cómo podían estar al tanto de eso los dos gilipollas que estaban con ella?

—No lo sé, ¿de acuerdo? ¡No tengo ni idea!

Cerré los ojos y conté hasta diez.

—Tienes que escucharme con mucha atención. No tengo forma de saber si tu padre está implicado, ni si Dante Massimo es el responsable de toda esta puta charada, pero de lo que estoy seguro es de que hay dos motivos claros para lo que está ocurriendo: venganza y traición. Si sabes de algo que haya ocurrido y que pueda llevar a pensar a alguien como Dante, o incluso como tu padre, que tú traicionaste a tu hermana de alguna manera, necesito saberlo.

—Yo sólo…

Esperé. Confiaba en que llenara los huecos. Pero no lo hizo. Yo sabía que Dante tenía soldados trabajando para él en prácticamente todos los sitios, pues su poder y su alcance no tenían parangón. Ni por un momento pensaba que iba a salirse de su camino para aniquilar a otra poderosa familia de la mafia. Al menos eso deducía a partir de la escasa información disponible acerca de él. Así pues, solo había otra posible fuente de información.

—Secretos y mentiras, Francesca. Eso conduce sin remedio a nuestra muerte.

Antes de que pudiera decir algo, sonó mi móvil.

—Hola Grinder. Sí, estoy vivo.

—¡Jefe! ¿Dónde has estado? Estaba enfermo de preocupación.

—Me he hecho cargo de la situación.

—La has encontrado —bufó.

No podía separar los ojos de ella, la hermosa mujer capaz de desconcertarme. ¿Qué me ocultaba, y por qué?

—Sí. Pero no se lo digas a nadie. ¡A nadie!, ¿me entiendes?

—Por supuesto, jefe, dalo por hecho. ¿Pasa algo malo?

—La cosa no ha acabado —espeté.

—Ya… Pues puede que yo tenga buenas noticias. —Parecía eufórico.

No dije nada.

—Se dice que Dante Massimo ha muerto mientras dormía. Puede que la pesadilla haya terminado, jefe.

Entonces, ¿por qué tenía la sensación de que acababa de empezar?

CAPÍTULO 13

Capítulo trece

Francesca

Dante Massimo había muerto. La noticia tendría que haberme alegrado. Sabía que llevaba años presionando a mi padre, incluso utilizando la fuerza para conseguir lo que quería. Había escuchado cosas horribles acerca de su brutalidad, la forma como trataba incluso a sus soldados más cercanos, a los que fingía considerar su familia.

Pero tanto Michael como yo recibimos la noticia de la misma manera.

Sin la más mínima emoción.

Me froté las manos y agarré el vaso. Intentaba salvar la conversación. Adoraba su forma de apretar la mandíbula cuando estaba frustrado, y en estos momentos lo estaba, y mucho, por mi falta de respuestas. En lugar de presionarme, miraba por la ventana de la suite como si el mundo se estuviera yendo y no tuviéramos manera alguna de volver a disfrutar de él.

El hombre más atractivo del mundo me había salvado la vida. Me mortificaba haber caído en la trampa de la mujer que fingió ser mi hermana. ¿Cómo era posible? Seguía mintiéndole a un hombre del que… ¡Joder! Me había enamorado perdidamente de Michael.

Me llevé el vaso a la cabeza y me asaltó un feo recuerdo.

—Eres una mujer muy guapa a la que llenaría de regalos, un día tras otro. —Su sonrisa era encantadora, su tono de voz me cautivaba. Ejercía un gran poder sobre mí, como un pájaro en una jaula de oro. Me cautivaban sus rasgos perfectos, la incipiente barba de tres días que sólo podía sentarle bien a un hombre de recio mentón y rostro perfecto. Hasta los vaqueros que llevaba parecían tener con él una perfecta historia de amor, acariciándole las caderas y los fuertes muslos.

Pero no era adecuado para mí. Y también estaba fuera de mis límites. Si lo hubiera conocido antes de enamorarme perdidamente de él.

—No puedo volver a verte. —Apenas me salió un susurro. Me aterrorizaba su reacción. No deseaba hacerle sufrir, en absoluto.

—¿Cómo? —preguntó asombrado. Sus preciosos ojos marrones se abrieron de par en par, y el sexy hoyuelo de su barbilla me atrajo aún más hacia su red.

—Lo siento, pero debo concentrarme en los estudios. —La mentira me parecía plausible.

Se quedó sentado, quieto y sin pestañear. Nunca se estaba quieto, siempre bromeaba y reía. Siempre me tomaba el pelo.

—Siempre me acordaré del tiempo que hemos pasado juntos. —Me acerqué e intenté tomarle la mano.

Se apartó y soltó el aire.

—Lo siento. Eres muy especial. Igual si nos volvemos a encontrar más adelante… —Siguió sin decir una palabra, por lo que me agaché para recoger el bolso.

Justo en ese momento me agarró con fuerza del brazo, retorciéndolo tanto que protesté y grité. Me arrastró por la mesa, de modo que los platos, vasos y cubiertos cayeron al suelo. El resto de los clientes del restaurante miraban con la boca abierta.

—Eres una puta.

—¿Cómo? —Ahora me tocaba a mí asombrarme—. Me haces daño.

Habló en voz muy baja, mirándome con ojos brillantes que destilaban pura maldad.

—Te voy a hacer mucho más. Me perteneces. Eres de mi propiedad, y voy a hacer contigo lo que quiera. Follarte. Golpearte. Atarte de manos y pies y dejarte abandonada en la oscuridad. Quemarte. Lo que se me ocurra. Lo que yo desee. ¡Y te va a gustar!

El recuerdo era vívido. Horrible. Ni me di cuenta de que estaba quejándome quedamente. Michael volvió los ojos rápidamente.

—¿Te pasa algo? ¿Estás bien?

—Yo… —Ni siquiera pude contestar. Me temblaban incontrolablemente las manos y el cuerpo, tanto que solté el vaso.

Michael me tomó en sus brazos y me condujo a la zona de dormitorio.

—Estoy bien, Michael, no te preocupes. Sólo sigo asustada.

Levantó el cobertor y me tumbó en la cama.

—Vas a descansar, y te lo aseguro, no te va a pasar nada, confía en mí. Yo cuidaré de ti.

Confiaba absolutamente en él, pese a que me había prometido a mí misma no confiar nunca más en un hombre de su posición, en ningún caso.

–Estaré aquí mismo. Me voy a sentar en el sillón y te miraré mientras duermes. —Me puso la palma de la mano en la frente.

—No te vayas. No me dejes.

—Voy a estar a tu lado. —Su sonrisa fue una de las pocas que hasta ese momento me habían parecido genuinas; casi la sonrisa de un niño.

Era mi héroe, rudo y arrogante, frustrante y peligroso. Pero por fin había traspasado la fina línea entre el bien y el mal, permitiendo que su humanidad asomara a la superficie.

Se dejó caer en el sillón con gesto agotado, las piernas estiradas y los ojos entrecerrados. Me di cuenta de que respiraba con cierta dificultad y yo, a mí vez, respiré hondo para aspirar su aroma a fuerza y masculinidad. Me sentía inflamada, y deseaba mucho más que mirar con ansia.

—Eso no es lo suficientemente cerca. —Me bajé de la cama y empecé a quitarme la ropa despacio, y aumentando a cada gesto la excitación que sentía. Y él también. Nunca había visto a ningún hombre mirarme con tanto deseo reflejado en los ojos. Pero era algo más que eso: se había convertido en mi protector, podía apoyarme en él, me podía rendir a él sin dudarlo.

En cuerpo y alma.

Una vez desnuda, volví a meterme en la cama y, sin taparme, me puse de lado.

—Por favor.

Michael miró hacia otro lado y, sin decir nada, se fue de la habitación.

¡Vaya! Un momento…

Estaba asombrada. ¿Cómo era posible que me hiciera esto? ¿Es que ya no me deseaba? ¿Es que había conseguido ya todo lo que quería de mí y me iba a dejar de lado? La ira empezó a inundarme, pero en ese momento, volví a captar su imagen con el rabillo del ojo.

Regresaba con la funda del arma en la mano. Me sonrió levemente, dejó el arma sobre la mesa y se quitó la camisa por la cabeza, sin desabotonarla.

Me mordí el labio. Estaba enfadada conmigo misma. Siempre esperaba lo peor de la gente. Bueno, de los hombres en realidad. Por desgracia hasta ese momento aquellos con los que me había encontrado habían sido todos unos gilipollas. Ni siquiera mi padre, por mucho que le quisiera me había tratado nunca con verdadero cariño, y tampoco me había prestado la debida atención. Sólo significaba la continuidad de su estirpe.

Olvidarse de toda esa fealdad fue muy fácil en ese momento, pues a estaba a mi lado la golosina más sexy que pudiera imaginarme. La luna iluminaba muy levemente la estancia, pero lo suficiente como para poder ver sus anchos hombros y sus recias y largas piernas. Iba a cerrar las cortinas, pero alcé la mano para que no lo hiciera.

—No. Nadie puede vernos desde fuera. No hay edificios cerca. Me apetece verlo todo.

—Sólo quería ser cauto.

—Lo sé, y te amo por ello, pero no quiero perderme un solo detalle de ti. —Había dicho la palabra, «amor». Sólo con eso me estremecí.

Michael esbozó una sonrisa pícara mientras se alejaba de las persianas. Se quitó los zapatos y se desabrochó el cinturón. El sonido del cinturón aumentó la urgencia de mi deseo, pues me acordé de la primera vez que lo había usado contra mis nalgas para disciplinarme.

Parecía que eso había pasado hacía una vida, y sólo habían transcurrido dos días.

Una vez desnudo del todo, echó la cabeza hacia atrás y se pasó los largos dedos por el pelo. Estaba bromeando conmigo, y eso era algo que no había hecho hasta ese momento. Me iba a aprovechar de ello a fondo.

Levanté las sábanas para descubrirme, me llevé las manos a la barbilla y empecé a bajarlas despacio, tocándome suavemente el cuello y después los pechos. La expresión de su cara se volvió ávida, y hasta se le escapó un ligero y gutural gruñido por sus carnosos labios.

Se acercó un poco, hasta quedar casi al alcance de mis manos.

—Si hacemos esto, no habrá vuelta atrás. No quiero que esto acabe nunca. No, no terminará. Me pertenecerás.

—Pues que así sea.

Inclinó la cabeza, soltó el aire y avanzó hacia la cama, empujándome con suavidad para que me pusiera de espaldas. Él se apoyó sobre los codos para poder acariciarme la cara con los dedos. Lo hizo con suavidad, no de la forma urgente y dominante que lo había hecho otras veces. Bajó la cabeza y sopló su cálido aliento en mis labios.

—Pues que así sea. —Lo repitió de forma posesiva. Era un hombre preparado para asumir su responsabilidad.

Arqueé la espalda cuando me besó. Primero puso los labios cerrados sobre los míos y después los fue abriendo lentamente. El movimiento de la lengua entrando y saliendo encendió el fuego en mi piel, lo envolví con los brazos sólo para colocarlo en su sitio. Quería que esto durara. No una sola noche. No un fin de semana.

Una eternidad.

Darme cuenta de ello fue una forma de despertar, algo que relajó todos los músculos de mi cuerpo al tiempo que juntaba sus labios con los míos. Este hombre destilaba control por todos los poros, en todas sus acciones, en todas sus conversaciones, pero a mí me había permitido ver, aunque sólo fuera brevemente, su lado vulnerable. Me permitía entrar en su alma, y puede que hasta en su corazón.

Me acaricio el cuello mientras me devoraba la boca, introduciendo la lengua por toda ella. Yo no podía pensar en otra cosa que no fuera él, en lo que me hacía sentir en este momento. Le rodeé la cadera con la pierna, moviéndome hasta que la palpitante polla se deslizó entre mis muslos.

Yo corcoveaba, ondulando las caderas al tiempo que gemía con el beso. No estaba preparada

para gozar tanto, para la excitación que surgía de mi interior, para un deseo tan apabullante que me impedía pensar con claridad. Le arañé la espalda mientras insistía en su beso, tomándose su tiempo para explorar los rincones más oscuros de mi boca.

Su forma de hacerme el amor era gloriosa, siempre pidiendo más. Me levantó la otra pierna y la sostuvo junto a él mientras rompía el beso, con un sonido salvaje mientras me pasaba la lengua por la mandíbula y luego por el cuello.

Cuando me mordió levemente, mi mundo entero tembló por la cercanía que sentí.

Cambié de postura con las caderas, y un momento después su polla estaba dentro de mí. Estaba tan húmeda que en el mismísimo momento en el que el glande empujó los labios menores, alcancé un éxtasis total.

—Me encanta follarte —susurró, lamiéndome y mordisqueándome mientras subía por mi cuello. Me levantó más las piernas y me miró con expresión carnal, sin apartar los ojos de mí mientras me besaba el interior del muslo.

—Entonces. fóllame. Simplemente fóllame.

No había vuelta atrás. Entraba y salía como una máquina, con todo su peso en cada embate. Yo estaba perdida en esa fantasía hecha realidad, compartiendo el glorioso momento de pasión.

Alcé las manos para enlazarlas con las de él, que no dejaba de mirarme. No parpadeaba, parecía no respirar mientras me penetraba cada vez más deprisa .

Las sensaciones ponían mi cuerpo al rojo vivo, inundaban todas mis células hasta dejarme sin aliento.

—¡Oh, sí…!

Finalmente sonrió al realizar un brutal empujón, no sin antes sacarla hasta la punta para volver a meterla como si quisiera que asomara por el otro lado. Éramos dos animales en el fragor del momento, saciando el hambre, enlazando los cuerpos y los corazones. Hizo un rápido movimiento para ponerse de espaldas y me colocó encima de él.

Apoyé las manos en su pecho, le sonreí con malicia y agaché la cabeza para inundarle la cara y el pecho con mi pelo.

—No me tomes el pelo, princesa. Cabálgame. Haz lo que quieras porque va a ser la última vez que tomes el control. —Las palabras surgían roncas, penetraban en mí y me volvían loca. Sería capaz de estar horas escuchando esa voz dura y seductora.

—Eso ya lo veremos. —Ronroneé e hice lo que me había pedido, subiendo y bajando y sujetándole con las rodillas como una vaquera—. ¿Así te gusta?

—Exactamente así. —Me agarró los hombros, acariciando mi piel y trazando círculos con los dedos.

Me estremecía por dentro y por fuera, excitada hasta el punto de que resbalaba por la densa humedad del coño. No podía saciarme, la fuerza de mis movimientos empujaba el cabecero contra la pared.

Me sujetó los pechos y los masajeó hasta hacerme cerrar los ojos. Las trazas de dolor me encantaron, estimulándome aún más.

—Un poco de dolor además del placer, gatita. —Me pellizcó y estiró los pezones antes de soltar otro gruñido animal y alzar la cabeza para succionarlos.

—¡Oh, oh…! —Las sensaciones eran continuas y apabullantes. Los músculos de la vagina se contraían y después se relajaban, produciendo oleadas de sensaciones que no deseaba que acabaran nunca—. Voy a llegar. No puedo… contenerlo más.

—Sí, sí que puedes —gruñó. Movió la cabeza hacia el otro pecho, chupando y mordiendo el pezón sin tregua.

Yo no paraba de gemir y de mover la cabeza hacia atrás y hacia delante, intentando contener el incontenible orgasmo. Tenía los ojos acuosos, la piel de gallina, y la electricidad que recorría el cuerpo era abrumadora. No había forma de contenerlo. Ninguna. El orgasmo empezó en las puntas de los pies y ascendió hasta el coño. Tuve que contener un grito.

—¡Chica mala! —susurró guturalmente. El sonido retumbó en mis músculos.

—¡Sí, sí! Yo… ¡Ah! —Bajé la cabeza al sentir que la ola volvía, haciendo temblar todo mi cuerpo—. ¡Joder!

Michael me sujetó, no dejó que me separara de él, ni tampoco paró de besarme y chuparme por todo el cuerpo hasta que el orgasmo terminó.

Pero no había terminado conmigo.

Me dio la vuelta, me colocó la cintura al borde de la cama y me cerró las piernas. Y, de repente, me golpeó el culo con la mano abierta.

—¡Oh!

—Ahora vas a tener más de esto—dijo al tiempo que volvía darme azotes en ambas nalgas alternativamente.

—¡Pero… pero!

—No hay peros que valgan. Me has dado un puto susto de muerte. —Me agarró del pelo al tiempo que musitaba las palabras y yo apoyaba las palmas de las manos en el suelo—. Estaba aterrorizado.

Capté sin ningún género de dudas la angustia en su voz. Siguió dándome azotes, cuyo ruido me producía escalofríos. Aunque esto no era un castigo de verdad, lo cierto es que me sentía culpable.

De muchas cosas.

Sentía el peso de su cuerpo sobre mí, la tensión de la verga contra las piernas cerradas. Las sensaciones eran muy diferentes y cuando tomó del todo el control, empujando con lentitud pero de forma continua, alcancé un estado de dulce y eufórica serenidad.

Sus acciones eran poderosas, y me mantenían al borde de correrme de nuevo. Sólo podía

concentrarme en el ruido de los muelles del colchón mientras me follaba por detrás.

Bajó el ritmo y me acarició la columna con los dedos.

—Cada centímetro de tu cuerpo me pertenece.

—Sí.

—¿Sí?

—Sí, señor.

No pude por menos de sonreír al pensar en todo lo que habíamos pasado en tan poco tiempo.

Me dio un azote en el culo y después lo acarició.

—¿Te está gustando?

—¡Sí! ¡No pares, por Dios!

Rio entre dientes y siguió, empujando despacio pero con enorme fuerza. Me di cuenta cuando recorrió con la punta de la polla la hendidura del culo.

Podía disponer de cualquier parte de mí.

En cualquier momento.

Yo era de su propiedad.

Y también era su obsesión.

Y, por primera vez en mi vida, eso era todo lo que deseaba.

—Me encanta follar tu culito prieto. —Habló con voz profunda, y en un tono que desbordaba deseo. Me separó las nalgas y colocó la punta del glande en el oscuro orificio—. Me encanta llenarte con mi semen.

Fue entrando poco a poco, tomándose su tiempo. La tenía muy grande, y palpitaba mientras mis músculos se tensaban. Sentí un pequeño espasmo de dolor, pero pronto pasó.

—¡Oh, Dios! —Me puse rígida, moviéndome tanto como me permitía la postura y respirando hondo.

—Relájate, querida. No voy a hacerte daño.

Sus palabras eran mucho más reconfortantes de lo que hubiera podido imaginar. Cuando empujó con más fuerza, solo pensaba en lo maravilloso que era este tiempo que estábamos compartiendo y que íbamos a compartir. No iba a pasar nada malo. Encontraríamos la forma de compartir la vida para siempre.

Con mentiras…

Me estremecí por el pinchazo de dolor cuando terminó de meterla por completo. Otra descarga de electricidad recorrió mi cuerpo, e inmediatamente la angustia dio paso a la máxima y placentera felicidad.

—Qué prieto… —Se contoneó de atrás adelante acomodándose completamente en mi interior, y luego meció su hermoso cuerpo gigante, aumentando la excitación y el calor ardiente entre nosotros.

Fue como si viviera un sueño, disfrutando de cada momento del polvo. No iba a irme a ningún sitio, era su prisionera hasta que él quisiera. La idea me resultaba catártica, incluso divertida, tanto que hasta sonreí.

Empezó a empujar de forma más bárbara y brutal, cubriéndome con todo el cuerpo. De hecho, ya tenía dificultades para contenerse. Su necesidad de correrse, de alcanzar el clímax, podía con todo.

Y por eso apreté los músculos.

—¡Dios! Voy a… —Me dio una palmada en la espalda y apretó los dedos contra mi piel, con movimientos cada vez más frenéticos—. ¡Joder, joder! ¡Sí, Sí!

Noté el cálido borbotón y no pude contener una sonrisa. Todo era perfecto, todo.

El hombre al que ahora consideraba mi héroe me tomó en sus brazos ,me depositó en la cama, se acostó a mi lado y me tapó con el edredón, tapando nuestros cuerpos exhaustos y calientes. Me apretó contra sí, tocándome la cara y el pecho.

—¿Crees que tu padre se va a poner bien? —Hice la pregunta sin tener muy claro si en realidad deseaba escuchar la respuesta.

—Sinceramente, no lo sé.

—¿Y si no?

Michael suspiró.

—En ese caso, me haré cargo del negocio familiar.

Lo dijo con toda naturalidad, como si se estuviera refiriendo a una lavandería o un restaurante.

—¿Y entonces qué?

—Entonces aseguraré las propiedades y daré pasos adelante.

—¿Y qué pasará con nosotros? —Alcé la cabeza y lo miré a los ojos.

Me puso el dedo en la barbilla procurando dedicarme su mejor sonrisa.

—Ya te lo he dicho. Eres mía. No habrá problemas, y si los hay, los solucionaremos.

Escondí la cabeza en su pecho, deleitándome con la calidez de su cuerpo. Deseaba creer en cuentos de hadas. Pero de ser yo una princesa, era de las malas y oscuras, incapaz de llevar una vida normal. Seguimos apretados el uno contra el otro, besándonos levemente y acariciándonos. No había necesidad de seguir hablando de lo inevitable. Pero en poco tiempo no tendríamos más remedio que hacerlo. Yo tendría que enfrentarme a mi padre para saber qué debía hacer para tomar el control del fideicomiso. No estaba segura de si eso realmente tenía alguna importancia, porque era dolorosamente obvio que debía dar un cambio completo y permanente a mi vida lo antes posible.

¿Y respecto al dinero?

Me importaba una mierda.

Era dinero sangriento.

Sonó el teléfono, un recordatorio de que esto no era otra cosa que un simple descanso. La realidad era mucho peor.

—Tengo que atender la llamada. El negocio tiene que seguir adelante, sobre todo ahora.

—Lo entiendo.

Le planté un beso en el pacho y me puse de espaldas en la cama.

—¿Por qué no pedimos algo de comer al servicio de habitaciones? —Me miró lujuriosamente y me pellizcó un pezón—. Igual nos lo pasamos bien jugando con la comida.

—¡Ay!

Rio con la intención de confortarme, pero en realidad me aterrorizó. Seguía teniendo una mala sensación, como si mi pasado fuera a asaltarme para mal. Agarré el teléfono fijo de la mesita de noche mientras él contestaba su llamada. Sólo pude pensar en champán y fresas, aunque no sabía muy bien qué íbamos a celebrar en realidad.

¿Mi vida?

¿Mi muerte?

¿El peligro?

Tras hacer el pedido miré la hora. Eran más de las dos de la mañana. El tiempo parecía haberse detenido, y ya no era mi aliado. Estaba muerta de cansancio, y era incapaz de mantener los ojos abiertos. Volví a revivir otra escena de mi vida que me oprimió el alma.

—Vas a venir conmigo —espetó al tiempo que arrojaba varios billetes de cien dólares a la mesa. Después me arrastró fuera del restaurante.

—¡De eso nada! ¡Déjame en paz! —Luché con todas mis fuerzas, pero era demasiado para mí. No tuvo problemas para empujarme hasta la calle.

Y a nadie parecía importarle una mierda lo que estaba pasando.

Cuando grité, me agarró del cuello y me dio un empujón hacia atrás.

—Vas a obedecerme, pequeña. Cierra la puta boca y no te muevas. Me encargaré yo mismo de castigarte.

Estaba demasiado asustada para reaccionar, me temblaba todo el cuerpo. Nadie me ayudaba, de hecho, la gente que pasaba por la calle miraba para otro lado. Sabían quién era y lo que era capaz de hacer.

Y me tenía en su poder.

Me empujó al asiento trasero del coche, se arrancó el cinturón, se apoyó en mi estómago y me rasgó las bragas de un tirón.

Yo pateé, le arañé la cara, me revolví y grité.

—¡Déjame en paz, o mi padre te matará! —El odio en su cara era inconmensurable, tanto como la oscuridad de los ojos—. ¡Te matará!

Pareció calcular sus posibilidades mientras agarraba el grueso cuero del asiento.

—Eres una putita aburrida e inútil.

Cuando se separó de mí, me acurruqué en un rincón y recé como nunca antes en mi vida.

—Tengo que salir un momento.

—¿Cómo? ¡No, no! —grité, jadeando en busca de aire y procurando enfocar la mirada—. ¿Qué decías? —Estaba a salvo. Todo iba bien.

—¡Oye! ¿Qué te pasa? —Michael se sentó en la cama y me abrazó.

La visión desapareció al instante, pero el dolor del tormento que me había infligido aquel hijo de puta nunca iba a desaparecer, jamás.

—Era sólo un sueño. Lo siento. —Esbocé una tenue sonrisa, aunque sin dejar de temblar.

—¿Estás segura?

—Sí…

Tan segura como podía estarlo. El horror de caer en manos de esos dos hombres mientras la chica que se había hecho pasar por mi hermana permanecía de pie en el umbral de la puerta aún no había desaparecido. Ese tenía que ser el motivo de la pesadilla, de aquellos horribles recuerdos. Pero eso no volvería a pasar jamás.

Me levantó la barbilla con un dedo y entrecerró los ojos.

—Vamos a salir de esta. Ten fe en mí.

—La tengo.

Me besó en la frente con lentitud.

—Muy bien. Voy a darme una ducha. Mi padre está despierto, y pregunta por mí.

—¡Qué alegría! ¿Quieres que vaya contigo?

Negó con la cabeza.

—Gente de mi confianza viene hacia aquí para protegerte. Necesitas descansar, después de todo por lo que has pasado. Además, tampoco voy a tardar mucho. Voy a ducharme, ¿vale?

Asentí. El miedo que sentía era asfixiante.

Michael me guiñó un ojo y se dirigió al cuarto de baño. Volvió al cabo de unos segundos y me acercó un albornoz.

—Va a venir alguien del servicio de habitaciones. No quiero que ningún otro hombre contemple ese maravilloso cuerpo tuyo, ¿me has oído?

—¡Sí, señor! —Lo saludé al estilo militar y después agarré su almohada, la apreté contra el pecho y aspiré. El suave algodón ya olía a él, a testosterona con un toque de especias exóticas. Podría estar oliéndole toda la noche.

Escuché el ruido de la ducha y consideré la posibilidad de unirme a él. Estaba a punto de hacerlo cuando escuché una tímida llamada a la puerta de la habitación. Parecía como si fuera a celebrar algo pero sin mi hombre.

Mi hombre… dejé que las palabras se deslizaran por mi mente mientras me ponía el albornoz y me acercaba a la puerta de la habitación. «Le perteneces, recuérdalo», me dije riendo suavemente y estremeciéndome al suave contacto del tejido de rizo, aunque echando de menos su toque en lugar del denso material del albornoz.

Descorrí el cerrojo y sonreí levemente cuando el camarero entró en la habitación con el carro.

—Puede dejarlo todo sobre la mesa. —Me retiré sin dejar de mirar la botella de champán. ¿Por qué no celebrar que habíamos superado una situación de enorme peligro?

Y más que vendrían.

—Por supuesto. —Pero avanzó en dirección contraria, por el camino más largo hacia la mesa. Me retiré un poco más, dejándole sitio para poder trabajar.

Me mordí el labio inferior. Odiaba los pensamientos negativos que me asaltaban. ¿Volveríamos a estar alguna vez a salvo?

Observé al camarero abrir la botella de champán con gesto experto, aunque me sobresaltó el ruido del tapón de la botella al abrirse de repente. Llenó dos copas y las removió para obtener burbujas. Vi el bol de cristal lleno de apetitosas fresas; incluso desde donde estaba podía oler su dulce aroma. También había un plato de distintos quesos y otro plato de fruta. El camarero, de pelo moreno, parecía dudar. Me sorprendí al verle agarrar con dos dedos una uva, llevársela a la boca y masticarla exageradamente.

Retrocedí otro paso, ahora muy intranquila. Se me erizó el pelo de la nuca.

—Ya está todo, señorita —dijo con voz ronca, apenas un susurro.

—Vaya, no tengo dinero suelto. ¿Puede añadir una buena propina a la cuenta? —Quería que se largara inmediatamente de la habitación.

Tenía la cabeza baja. El pelo, oscuro y rizado, sobrepasaba con mucho la línea del cuello. Apenas podía distinguir su silueta con la escasa luz de la habitación. No, la cosa no iba bien. Lo supe en cuanto se incorporó y pude verlo: todo el mundo que se estaba construyendo desde hacía tan poco tiempo iba a saltar por los aires. El muy bastardo me había acorralado. No habría forma

de correr hacia el dormitorio o la entrada sin que él pudiera alcanzarme.

—Franco.

—Hola, mi dulce princesita. ¿Me has echado de menos? —Se echó a reír al tiempo que volvía la cara hacia mí. Sus ojos atravesaban la oscuridad.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Franco Massimo, hijo de Dante Massimo, el verdadero monstruo de la familia. Todas y cada una de las horrorosas visiones almacenadas en el subconsciente volvieron a liberarse de repente, libres de las cadenas con las que las había mantenido lejos de mi memoria.

—¿Acaso se te ha olvidado que me perteneces? —preguntó al tiempo que sacaba un arma de un bolsillo y un silenciador del otro. Después lo atornilló metódicamente al cañón. —Huiste de mí, pero eso no va a volver a pasar.

—No te pertenezco, no te he pertenecido nunca. ¡Eres un puto monstruo! —Miré por un momento a la mesa, intentando racionalizar su presencia. ¿Cómo coño podía haber averiguado dónde me encontraba?

—Si buscas armas, te aseguro que no soy tan estúpido, princesa. Parece que te has olvidado de quién soy.

—Sé exactamente quién eres, Franco. Mataste a mi hermana, y has pretendido hacerme creer que estaba viva.

Franco parecía estar divirtiéndose, y asintió varias veces.

—Tienes razón. Necesitaba encontrar un modo de llegar hasta ti. Pero no contaba con la posibilidad de que te secuestraran antes de que yo llegara hasta ti. Tengo que reconocer que Michael Cappalini ha sido muy inteligente. Tuvo exactamente la misma idea que yo. Sin embargo, no tiene ni comparación conmigo. —Agarró el arma con ambas manos como si fuera lo más normal del mundo.

—¿Entonces todo ha sido un juego? —Todavía escuchaba caer el agua de la maldita ducha. «¡Michael, acaba por favor! ¡Sal de ahí y ayúdame!»

—Bueno, tengo asuntos que atender. Asuntos familiares. —Rio entre dientes mientras me miraba de arriba abajo.

El muy cabrón me estaba desnudando con la odiosa mirada. Era un desalmado.

—Venganza, ¿verdad?

—Por decirlo así.

—Fuiste tú quien intentó acabar con el padre de Michael.

—Un hombre que merece morir por lo que hizo, Francesca. Ten por seguro que voy a terminar el trabajo.

Noté el cambio en su expresión. Mínimo, pero suficiente.

—¿Y qué fue lo que hizo, Franco? ¿Por qué lo odiáis tanto tu padre y tú?

—Eso no es de tu incumbencia.

—Sí, por supuesto que lo es. —Le lancé una mirada de odio. Necesitaba tiempo.

Se acercó un paso, tomando aire de forma exagerada.

—Sé que te has estado tirando a ese gilipollas. Pagarás por ello. Igual que tu hermana pagó por traicionarme.

—¿Traicionarte a ti? ¡Maldito cabrón! Tú la traicionaste a ella, hijo de perra. Fingiste que no estabas saliendo con nadie, me llenaste de regalos, me invitaste a cenar a los mejores sitios… ¡Y estabas con mi hermana desde el primer momento! Abusando de ella. Haciéndole daño.

—Pues no parecías quejarte, cariño. De hecho, te encantaron mis atenciones. Igual que tu hermana, por cierto. Por lo que respecta al abuso, es una puta calumnia. Eso sí, me hubiera gustado estar con las dos, pero a tu hermana no le gustaba la idea de compartirte conmigo. Una pena.

Se me hizo un nudo en la garganta al darme cuenta de que el arma de Michael seguía sobre la mesa del dormitorio.

—Así que la mataste.

Inclinó la cabeza y me dirigió una sonrisa horripilante.

—Hice lo que había que hacer, igual que ahora.

—¿Matar a todos los miembros vivos de la familia Cappalini y llevarme contigo? —Pensé en mi padre. ¿Sabría él algo de esto? El estómago me daba vueltas, era incapaz de pensar con claridad.

—Cuando sea posible. Es decir, cuando tome el control de lo que mi padre estuvo a punto de joder del todo. El muy estúpido se ablandó durante sus últimos años, ¡se olvidó de lo que le había hecho Ricardo Cappalini, a él y a toda su familia! —La vehemencia de su voz resultaba terrorífica.

—¿De qué estás hablando? —Mantuve el tono lo más bajo y tranquilo posible, y me moví unos centímetros. No parecía prestar atención en eso momento, invadido por la ira y, al parecer, la desesperación. En el nombre de Dios, ¿qué le había hecho la familia Cappalini a los Massimo?

Desvió la vista un momento, y después me apuntó a la cabeza con la pistola.

—No es el momento de contar ahora esa historia, la dejaremos para otro lugar y otro momento. Se acabó la charla. De momento, te vienes conmigo. Ya nos encargaremos de ese amante tuyo más pronto que tarde.

—No creo que haya que ocuparse de eso. —La voz de Michael estalló en la oscuridad.

Había dejado de creer en cuentos de hadas, sí, pero no en historias oscuras ni en pesadillas. En ese momento, cuando el único disparo de Michael horadó la piel y los huesos de Franco exactamente entre los ojos, supe que los héroes de mi vida eran hombres surgidos del mal, hombres que habían encontrado un atisbo de humanidad. Ningún corcel blanco y alado nos iba a llevar a un castillo mágico, pero sí que había salvación para nosotros.

CAPÍTULO 14

Capítulo catorce

Michael

Venganza.

Era como si la palabra inundara mi mente y llenara mis pensamientos. Estaba de pie frente a la ventana. El sol, fuerte y brillante, atravesaba las persianas abiertas y las cortinas. Ya no hacía falta esconderse más. Franco Massimo había sido desde el principio el asesino desconocido. Evidentemente, había tomado el mando de los negocios de la familia contra la voluntad de su padre. Aunque también podría haber actuado siguiendo las instrucciones de su padre desde el primer momento. Ahora nunca lo sabríamos.

Había escuchado la mayor parte de la conversación desde detrás de la puerta, con la Glock en la mano sin la más mínima vacilación. Tenía la impresión de que podría producirse otro ataque en cualquier momento, más pronto que tarde. Aunque también es cierto que no esperaba que uno de los míos me traicionara tan pronto. Alguien seguía creyendo que yo era débil.

Todavía quedaban por colocar algunas piezas del rompecabezas, pero ahora estaba seguro de que ni Francesca ni yo nos encontrábamos en peligro inminente. Los enemigos que quedaran tendrían que reagruparse.

—Menudo caos, Michael. No sé si voy a poder evitar que los federales metan la nariz en esto —dijo Shane en voz baja.

Escuché la puerta cerrarse; el forense por fin se estaba llevando el cuerpo. Dado que estábamos en un lugar público, había llamado a Shane, sabiendo que él podría retener la noticia al menos durante unas pocas horas.

—No espero que lo hagas. El tipo irrumpió en la habitación de mi hotel e intentó matar a la mujer que amo. Tan sencillo como eso. Y también es el responsable del intento de asesinato de

mi padre. —Fueron afirmaciones serias, hechas con un tono de voz tranquilo, aunque no pude evitar apretar el puño. Quería estar seguro de que Dante había muerto. De no ser así, podría desatarse el infierno.

—Salvo que Franco Massimo es uno de los criminales más notorios de Europa. No hay agencia policial que no lo tenga en su lista de criminales más buscados. Sospecho que debe de haber una ristra de cadáveres no identificados por todo Los Ángeles —dijo hablando casi entre dientes.

—No los suficientes.

—Tienes que esfumarte, colega. Hasta que todo esto acabe de verdad.

Como si sirviera de algo esfumarse. Siempre habría una banda rival o un líder mafioso emergente que estarían deseando destruir la organización de la familia y hacerse con ella. Siempre habría alguien que traicionara la confianza. Y todavía tenía que descubrir al traidor que, con absoluta seguridad, le había pasado la información a Franco.

Y lo haría.

—Y tú tienes que asegurarte de que no voy a tener problemas para salir del país —Le dirigí una mirada dura.

Shane puso cara de no entender nada, hasta que finalmente negó con la cabeza.

—No eres el hombre que eras hace sólo una semana.

Volví a reírme y extendí la mano, haciéndola girar de un lado a otro.

—Lo cierto es que soy exactamente el hombre que estaba destinado a ser, aunque se me había olvidado. —Me dio la impresión de que se sentía muy incómodo—. ¿Sabes algo de la actriz?

—Lila Shutterfield, de Camdem, Nueva Jersey. Trabajaba para una empresa de contabilidad y no tenía antecedentes. Entré en su perfil de Facebook. Parece que salió varias veces a cenar y de copas con Franco, y desapareció del mapa hace más o menos un mes. Como te puedes maginar, los padres están desconsolados, pero al menos saben lo que le pasó a la pobre chica.

A Franco se le daba bien seducir a las mujeres. Ya conocía su reputación. Era un puto enfermo con trajes de cuatro mil dólares, que utilizaba un estilo de vida BDSM como excusa para abusar. Merecía morir.

—Me aseguraré de pagar el funeral y cualquier otra necesidad que tenga su familia. Te daré veinte mil dólares para que te ocupes de todo.

Puso cara de sorpresa. Me volví a mirarlo con las manos en los bolsillos. Parecía no entender muy bien mi comportamiento. Puede que hasta quedara algo de humanidad en mi interior.

—Por supuesto que me ocuparé. Es muy… generoso por tu parte.

—Es lo menos que puedo hacer, Shane. —Estaba cansado, deseando hablar con Francesca e ir a ver a mi padre. Tenía la impresión de que la última clave del rompecabezas era suya y sólo suya.

Volvió a clavar los ojos en mi arma. Me había negado a dársela cuando me la pidió para usarla como prueba. Shane no se había molestado en presionarme, aunque sin duda tendrían que

interrogarme más adelante.

—Haré un informe y pararé las cosas todo el tiempo que pueda, pero en algún momento tendrás que venir para un interrogatorio a fondo.

—Cuando vuelva. —Mi decisión no podía ser cuestionada.

—Ah, claro, Italia. De acuerdo. Llámame cuando vuelvas. Me haré cargo de lo de la chica. —Se acercó a la puerta, dudando de nuevo—. Creo que serás bueno para esta ciudad, Michael. Al menos has evitado un baño de sangre.

Cuando se fue, me volví a mirar por la ventana. Esa era mi ciudad, un mundo vibrante y glamouroso lleno de gente guapa.

Ya no era uno de ellos.

Sentí su presencia detrás de mí sólo unos instantes después. Había oído el horror en su voz, el miedo descarado. Fuera lo que fuera lo que le había hecho Franco en el pasado, no podríamos ignorarlo, pero yo tenía dificultades a la hora de aceptarlo. Puede que yo fuera un monstruo, pero no utilizaba métodos que otros muchos señores de la mafia sí solían utilizar.

—¿No vas a hablar conmigo? —preguntó Francesca al tiempo que se colocaba al otro lado de la ventana. Apoyó la palma de la mano en el cristal.

— No te estoy excluyendo. Sólo estoy. .procesando.

—¿Qué va a pasar con Franco?

—De momento, Shane va a mantener el asalto por debajo del radar, para permitirme hacer lo que sea necesario.

Ella inclinó la cabeza.

—¿Y qué es exactamente lo que hay que hacer ahora? Dante y Franco están muertos Tu padre está vivo.

Me volví despacio hacia ella.

—Está el tema de la implicación de tu padre, y también tu fideicomiso.

Gruñó y apoyó los dedos en el cristal de la ventana hasta que se le pusieron blancos los nudillos.

—He tomado una decisión, Michael. No quiero ese dinero, es dinero manchado de sangre. ¿Es que no te lo imaginabas? Sólo quiero vivir mi vida. ¿Es demasiado pedir?

Me puse detrás de ella, colocando mi mano sobre la suya.

—No, en absoluto. Precisamente darte esa vida es lo que más deseo. —Creí que se retiraría, por miedo al hombre en el que me había convertido. En lugar de eso, movió el otro brazo hacia atrás hasta que pudo sujetarme los dedos.

—Me encontré con Franco en una cafetería. Pareció una casualidad. Literalmente se precipitó sobre mí y derramó el café sobre el vestido, que era nuevo. Nos reímos, pero él parecía muy avergonzado, e insistió en que enmendaría el desaguisado. En ese momento yo ya no vivía con

mi padre, sino en un pequeño apartamento. No me escondía, así que averiguó la dirección sin dificultad. Al día siguiente llegaron a mi casa cuatro vestidos, de los más caros y bonitos que se podían comprar. Ma quedé estupefacta, y le llamé. Me invitó a cenar.

—¿En ese momento salía con tu hermana?

—Sí, pero yo no lo sabía. En ese momento no me había dicho quién era, aunque yo barruntaba que algo no iba nada bien. —Francesca me apretó la mano y apoyó la cabeza en el cristal de la ventana—. Se portó de maravilla durante unos tres meses, pero después se volvió posesivo. Mi padre me había enseñado bien, así que empecé a hacer averiguaciones. Me había dado un nombre falso, pero pude juntar las piezas. Al principio negó que fuera quien yo decía, por supuesto. ¡Maldito hijo de puta!

No dije nada, aunque mi ira iba en aumento.

—Me consumía el sentimiento de culpabilidad, y al final se lo dije a Sasha, y aunque en ningún momento me confesó que era el mismo hombre con el que ella estaba saliendo, lo pude ver en su mirada. Seguramente se enfrentó a él y por eso la mató.

—¿Nunca se encontró su cuerpo?

—No. No hubo ni rastro de él, y eso que mi padre lo intentó por todos los medios, pagó a mucha gente y ofreció cientos de miles de dólares sólo por recibir alguna información fiable. Estaba devastado y cayó en una profunda depresión. Por eso tardé en ir a la universidad: lo cuidé hasta que se recuperó.

Le besé la coronilla. Me dolía el corazón. El destino era un auténtico cabrón.

—Lo siento mucho por todo, incluyendo el haberte secuestrado.

Se retiró del cristal para apoyarse en mi pecho y acariciarme la mejilla.

—Si no lo hubieras hecho, me hubiera visto forzada a aceptar un matrimonio sin amor, o incluso algo peor: caer en manos de Franco. Arruinaste los planes de Franco. Quería matarte.

Bajé la cabeza para hablar en susurros.

—Hay otros hombres mejores que él que han querido matarme, y habrá más en el futuro.

—Eso es lo que me da miedo.

Nunca dejaría de dolerme el corazón. Sabía lo que tenía que hacer. Me aseguraría de que siempre estuviera protegida.

Y después me alejaría de ella.

Incapaz de resistirme, la levanté hasta que estuvo de puntillas y le di un beso apasionado. Era extraordinario tenerla entre mis brazos, su cuerpo perfectamente amoldado al mío. Lo quería todo para ella, para los dos, pero sobre todo deseaba que tuviera la vida que se merecía.

Deslizó los brazos alrededor de mi cuello, acariciándome el pelo con los largos dedos, apretándose contra mí como siempre lo hacía. Esa era su voluntad, su deseo. El beso se convirtió en muy apasionado al surgir de nuevo la electricidad. Nunca dejaba de estar hambriento de ella.

Lo era todo para mí, el sol, la luna y las estrellas, la mujer que había sido capaz de vencer todas mis defensas.

Conforme avanzaba el beso, tuve que luchar a brazo partido contra el bárbaro deseo de llevarla a la cama y poseerla como había hecho antes en esa misma habitación.

Pero logré controlar las emociones y la lujuria.

Cuando nuestras leguas retozaban unidas como si fueran una, y los cuerpos se calentaban de roce y deseo, empecé a retirarme. Cuando nos separamos del todo, di varios pasos atrás.

—Voy a ver a mi padre, y después ya haremos planes para hablar con el tuyo. Creo que necesitas pasar página, decidas lo que decidas respecto a los fondos de tu fideicomiso.

Francesca expulsó el aire lentamente y se cruzó de brazos.

—Estoy de acuerdo, me parece muy bien. Pero quiero dejar clara una cosa: después de que hablemos con él, no quiero volver a verle, en toda mi vida.

Asentí respetuosamente, aunque esperaba que alguna vez cambiara de opinión. La familia lo era todo. Siempre.

* * *

Debo admitir que ver a mi padre sentado en la cama y con buen color al menos me aportó un momento de paz. Puede que no estuviera de acuerdo en muchas cosas con Roberto Cappalini, pero en los últimos días había comprobado que se le tenía muchísimo respeto.

—Me han dicho que, en mi ausencia, has hecho un magnífico trabajo, hijo. —El orgullo era evidente en su tono de voz.

No había escuchado en muchos años, quizá nunca, tanto orgullo en su voz. Incluso cuando hice trabajo de capo hacía unos años, no dejaba de corregirme de mala manera.

—He tenido que enfrentarme a unos cuantos problemas, sí, pero todos han resultado manejables.

—¿Y Louis? —Había un brillo en sus ojos, como si se tratara de un examen.

—Se le ha perdonado la vida. De hecho, creo que podríamos seguir manteniéndolo en la organización, siempre que cumpla las reglas.

Me guiñó un ojo y se echó a reír.

—¡Vaya, has aprendido a mantener cerca de tus enemigos!

—Sabías que, antes o después, querría sucederte, ¿verdad?

—Naturalmente. De no haberlo sabido no lo hubiera mantenido ahí.

Me acerqué y me senté en la única silla que había en la habitación.

—En realidad lo estabas preparando para que te sucediera.

Se encogió de hombros, agarró el vaso de agua de la mesita de noche y dio un sorbo antes de contestar.

—Pensaba que no tenía otra alternativa. Mi hijo, mi único hijo, al que quiero con todas mis fuerzas, no deseaba bajo ningún concepto seguir los pasos de su padre.

Quizá por primera vez desde que dejé de ser un niño, admití una verdadera admiración por él.

—Eres un hombre sabio.

—Pero no tanto como mi hijo Kelan.

—Michael. Mi nombre es Michael.

Abrió mucho los ojos y se acercó a mí. Le agarré la mano y acerqué la silla.

—No puedo estar más orgulloso de ti, hijo.

—Papá, esto no es sólo una visita para ver cómo estás. Tengo que hacerte una pregunta difícil.

Retiró la mano y dio otro sorbo de agua.

—Muy bien. Sé cuál es. Quieres saber qué tenía contra mí Dante Massimo, por qué ha intentado varias veces asesinarme desde hace tantos años. Y por qué mató a tu madre. —Un halo de tristeza le cubrió la cara, y asomaron gotas de sudor en el nacimiento del pelo de la frente.

Ahora me tocaba a mí asentir. Tenía un nudo en la garganta.

Se echó hacia atrás sobre las almohadas y respiró varias veces con dificultad.

—Ya te he contado que tu madre era una actriz muy bella de la que me enamoré perdidamente.

—He visto las fotos.

—No… no te lo he contado todo. Hace años que debería haberlo hecho.

Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron. Pero en cuanto empezó a hablar supe cuál iba a ser el final de la historia.

—El nombre artístico de tu madre era Daphne Phillips. Y por ese nombre la traté durante los primeros meses de relación. Ella no sabía quién era yo ni a qué me dedicaba hasta que un periodista nos fotografió juntos y escribió un artículo feroz al día siguiente en el *Times*. Antes ella ya tenía ciertas sospechas debido a un amigo común. Tras la publicación del artículo se lo conté todo sobre mí y mi vida, y la responsabilidad que tenía de aprender y prepararme para sustituir a mi padre cuando llegara el momento. Pensé que la iba a perder. No hubo lágrimas ni lamentos. Sólo silencio por su parte. Cuando terminé, se levantó, se marchó y pensé que no la volvería a ver jamás.

—Pero no fue así.

—Una semana después me telefoneó y me dijo que la invitara a una copa. Fuimos a un pequeño local que era nuestro favorito, y ella fue la única que habló.

Cerró los ojos como si no fuera capaz de continuar.

—¿Quién era, padre? ¿Cuál era el verdadero nombre de mi madre?

—Su nombre era… Sophia Massimo.

Pese a que lo intuía, fue como si se apagaran las luces de la habitación. El eco del nombre parecía reverberar en las paredes.

—¿Cómo dices?

—Era la única hija de Dante. La bala que se llevó por delante la vida de tu madre iba dirigida a mí. En su intento de arrebatármela, Dante mató a su propia hija. Desde ese mismísimo día, buscó venganza, una venganza que incluía el asesinato de mi único hijo, su propio nieto. Tú. —Permitió que la revelación, que iba mucho más allá de lo que yo había intuido, penetrara en mi mente—. Y su *vendetta* no ha cesado nunca.

Me levanté de la silla y estuve a punto de derribarla. Me temblaba todo el cuerpo. Apreté los puños. Me zumbaba la cabeza.

—¡Tantos años y no saber nada! ¡Me lo tenías que haber dicho, joder!

—¿Y qué hubiéramos ganado con eso, Michael? Era tu madre, y no deseaba esta vida, ni para ella misma ni para ti. Te quería muchísimo. Eras la única luz en su vida, el hijo de su alma. Así te llamaba. Le destrozó saber que no podría tener más hijos, pero se entregó a ti por completo. Fui un estúpido por no compartir esos momentos felices. Y sí, yo también quería más hijos.

—Eso ya lo sabía, padre. Yo no te importaba una mierda —espeté entre dientes.

—¡Eso no es cierto! No quería reemplazarte. Te quería más de lo que puedo expresar. Lo único que pasaba era que quería tener una gran familia con tu madre, tan preciosa, tan entregada, tan cariñosa. Era mi espacio de amor y de humanidad, la única razón que tenía para no convertirme en un auténtico monstruo. No quiero perderte como perdí a tu madre. Graba esto en tu corazón. Lo eres todo para mí.

Palabras. Siempre critiqué a mi padre por la brusquedad de sus palabras, el tono arisco y ofensivo con el que las pronunciaba, pero esto era algo completamente distinto e inesperado. Miré hacia otro lado, intentando contener la lágrima que quería asomarse por la comisura del párpado.

—Dante ha muerto. —Ese hombre, vivo o muerto, nunca sería mi abuelo.

—¿Estás seguro? —susurró. Su pecho subía y bajaba—. No te puedes fiar lo más mínimo de él. Es implacable.

—Eso es lo que me falta por averiguar. —Me dirigí hacia la puerta, pero me detuve y respiré hondo—. Esta es mi familia. Tú eres mi familia, pero necesito un poco de tiempo. Tengo que… —Ni siquiera pude terminar la frase. Toda mi vida se había desarrollado sobre una mentira.

—Lo entiendo. En estos momentos la Borgata te pertenece por nacimiento, Michael. Si es que quieres recibir tu legado. Yo ya soy un viejo, y es hora de que dé un paso al lado.

Se detuvo un momento, como si le costara decir lo que iba a decir.

—O, si quieres otra vida, la vida de Kelan, te apoyaré —concluyó.

—Asumo quien soy, padre. No hay nada que pueda cambiar esa realidad. Haré honor al legado de mi familia y seguiré haciendo negocios e ingresando dinero para ella, pero a mi manera y con mis propios métodos y sistemas. Y ahora, por desgracia, me tengo que marchar. Aún tengo trabajo por hacer.

—Francesca.

Di un golpe en la pared con la mano abierta. Quería hacerme daño. Rei con amargura.

—Sí. Tengo que liberarla.

—Piénsalo bien antes de hacer eso. Sé que no soy un modelo de padre, ni siquiera un hombre en el que puedas confiar a ciegas, pero sé que en realidad lo único que importa es el amor. Hazle caso al corazón, hijo. Eso es lo que te habría dicho tu madre que hicieras, y lo que ella hizo.

—Sí, papá. Lo entiendo. —Salí de la habitación. Apenas me tenía en pie, de trastornado que estaba.

Eso fue exactamente lo que la mató.

* * *

Habían pasado casi dos días, que fueron frenéticos. Hubo que limpiar toda la basura que había dejado Franco con sus ataques. Cumplí la promesa que le había hecho a mi padre: hice venir a Louis Saltori y le expliqué cuáles eran sus nuevas tareas. Las segundas oportunidades eran inauditas, pero tenía la sensación de que no me iba a traicionar. Pareció satisfecho al saber que se iba a encargar de desarrollar el final del negocio. Su formación universitaria en gestión por fin iba a servirle de algo.

Francesca y yo salíamos hacia Italia por la mañana. Nos habíamos trasladado a casa de mi padre de forma temporal. Yo quería que todo se desarrollara igual que cuando mi padre era el padrino. No podía tolerar que nadie cuestionara mi autoridad.

Ella estaba tranquila, haciéndose a la idea y procesando sus tragedias a su propia manera. Más o menos igual que yo.

Me quedé de pie junto a la puerta trasera, observándola mientras nadaba. Era, con diferencia, la mujer más hermosa del mundo. Durante un breve periodo de tiempo, había sido el hombre más afortunado del mundo.

—Tengo la información que buscabas, pero no te va a gustar.

Me había acostumbrado a la forma de hablar y de ser de Grinder, y también había aprendido a apreciar su experiencia y, cómo no, su lealtad.

—¿Qué me ha gustado hasta ahora?

—Buena observación, jefe.

Removí el vaso y miré el líquido ambarino. La verdad es que ya no me dejaba un regusto amargo cuando lo paladeaba.

—Puedes llamarme Michael, ya lo sabes. Las cosas han cambiado.

—De eso nada, jefe. Eres el perro grande y te has ganado ese respeto.

Negué con la cabeza, me acerqué a él y miré la carpeta que tenía en la mano.

—¿Te ha costado encontrarlo?

—No mucho, la verdad. El muy gilipollas dejó muchas pistas.

—Vaya, eso es interesante. —Di otro sorbo y dejé el vaso sobre el escritorio—. Te agradezco que hayas hecho esto discretamente.

—Por ti lo que haga falta, jefe. ¿Te puedo ayudar más con esto?

—No. Esto es cosa mía y sólo mía. Gracias de todas formas.

Grinder me miró fijamente durante un momento y finalmente sonrió.

—Me empieza a gustar tu estilo, jefe. De verdad. Hablaremos más tarde.

—Échale un ojo a Francesca por mí, ¿de acuerdo?

Miró hacia la puerta y la sonrisa se amplió.

—No se va a ir a ninguna parte, jefe. Está enamorada de ti.

Rei entre dientes y lo miré burlonamente.

Y yo estaba desesperadamente enamorado de ella, pero no podía permitir que eso me afectara.

Esperé a que saliera de la habitación para abrir la carpeta. Sospechaba quien era el traidor, aunque necesitaba confirmación fehaciente. Ahora ya la tenía.

El viaje en coche sólo duró veinte minutos, y cuando llegué ya había caído la noche. Saqué la Glock de la guantera, le puse el silenciador y la guardé en la funda. Quería hacerlo limpiamente. El coche estaba aparcado en la calle, no había visitantes.

Fui a la parte de atrás de la casa. Los arbustos me ocultaban de miradas indiscretas de los vecinos. La pequeña casa había conocido tiempos mejores: las tres ventanas traseras estaba deterioradas. La puerta trasera estaba abierta, y no vi a nadie en el interior. Escuché a mi izquierda el sonido de un televisor, pero mis instintos estaban en alerta máxima. Al entrar a la sala de estar, nos miramos durante un largo rato, como si hubiera una línea marcada en el suelo.

—Me estabas esperando.

—Supuse que no había forma de que no te enteraras. —Shane estaba sentado en el sofá, con el revólver en el regazo.

Saqué del bolsillo dos fotografías, avancé hacia la mesa auxiliar y las dejé sobre la superficie de cristal. Las fotos mostraban claramente dos conversaciones con Franco Massimo, y en una de ellas un intercambio de dinero.

—Como te puedes imaginar, si mi capo ha sido capaz de encontrar esto sin dificultad, los federales también lo harán, si es que no las tienen ya.

—Lo sé. —Adelantó una mano sin soltar la pistola con la otra, y agarró el vaso—. ¿Sabes cuánto dinero gano al año, Michael? Sesenta y dos mil dólares. En Los Ángeles. Con eso apenas puedo mantener esta casa. Veinte jodidos años de trabajo y esto es todo lo que he conseguido, una casa de mierda en un vecindario de mierda. Cualquier soldado de la mafia los gana en un mes.

—Podías haber acudido a mí.

Soltó un gruñido y dio varios sorbos de la copa.

—¿Y qué te habría podido decir? ¡Oye, necesito dinero extra, de verdad! Yo soy la ley, soy uno de los buenos. Se supone que lo que debo hacer con los cabrones como tú es encerrarlos.

Dejé que se explayara.

Shane negó con la cabeza.

—Durante dos semanas le di largas, lo ignoré, hasta que me hizo una oferta que no pude rechazar. Quería… quería una vida mejor, eso es todo.

Yo no tenía nada que decir.

—He hecho lo que me dijiste… me refiero al dinero para el funeral de esa chica. Pensé quedármelo, no te lo voy a negar. ¡Menuda mierda que soy! Su familia se alegró mucho. Por una vez, tengo la sensación de que he hecho algo bueno.

—Lo has hecho.

—¿Puedo ofrecerte una copa? —dijo al tiempo que agarraba la botella medio vacía.

—No me voy a quedar mucho rato.

—Has venido a cerrar un trabajo. Lo entiendo. No me merezco otra cosa. Bien hecho, Michael, estoy seguro de que tu padre está jodidamente orgulloso de ti. —Rio amargamente y se bebió de un trago el resto del vaso. Inmediatamente se sirvió otra generosa cantidad—. ¿Por qué no lo dejas pasar, por una vez? Pero no te culpo. Tienes que matarme. Es tu trabajo.

Me afectaron sus palabras provocadoras, pero sobre todo la tristeza que traslucía. De todas formas, si yo no me encargaba de él, alguien lo haría. Él lo sabía. Yo lo sabía. No tenía salida. Suspiré y pensé en lo que iba a hacer.

—La vida es lo que nosotros queremos que sea, Shane. Tiene que ver con cómo nos relacionamos con nuestros familiares, nuestros amigos, como gestionamos nuestro dinero y cómo hacemos frente a nuestras tragedias. La forma de enfrentarnos con todo eso nos marca como hombres. Busca otra vida, Shane. Una que te haga feliz, y no desgraciado.

Dicho eso, salí de su casa y de su vida.

Para siempre.

Cuando doblé la esquina para dirigirme a mi coche, un disparo resonó en el vecindario de casas modestas en las que sus dueños procuraban salir adelante. Me detuve durante un buen rato, pensando en mi madre, en mi padre y en la mujer que amaba.

Puede que algún día siquiera mi propio consejo.

—Adiós, Shane. Descansa en paz.

CAPÍTULO 15

Capítulo quince

Francesca

Exigente.

Dominante.

Frustrante.

Tendría que aprender a aceptar que Michael era todas esas cosas, y muchas más. Cuando salió de la casa la noche anterior era una persona, pero la que había vuelto era otra distinta. Compartimos una cena muy agradable, aunque casi silenciosa. Seguro que lo que tuviera en la cabeza era excesivamente complicado y turbador, y yo no tendría forma de ayudarlo a lidiar con ello.

Durante el largo vuelo también parecía preocupado. Se pasó el rato contestando correos electrónicos, tomando decisiones y comunicándolas.

Después estaba el bonito collar que me había dado, muy sencillo y con un relicario que guardaba una foto de mi hermana. Fue un regalo completamente inesperado, incluso poco adecuado a su forma de ser, pero iba a venerarlo durante el resto de mi vida. Estuve llorando veinte minutos seguidos, sin encontrar la forma de agradecérselo. Por primera vez vi lágrimas en sus ojos. Era un hombre complicado hasta extremos extraordinarios.

Yo tenía la oscura sensación de que nuestra relación no podría salir adelante, incluso ahora que nuestras pasiones se desataban al más mínimo roce de los cuerpos. Por muchas razones, traerme a este maravilloso lugar era algo surrealista.

—No venía aquí desde que era una niña. —Estaba asomada al balcón, y la suave brisa me alborotaba ligeramente el pelo. Positano era nuestro destino familiar de verano, a sólo unos ciento veinte kilómetros de la finca de mi padre en Nápoles. Me encantaba estar al lado del mar, sentir la fina arena entre los dedos de los pies y nadar en el mar.

—Mi familia fue muy feliz aquí. Una vida sencilla.

—Pensé que te gustaría divertirte. —Como siempre, su profunda voz de barítono a mi espalda me produjo un escalofrío que se trasladó como una ola a la entrepierna. No habíamos vuelto a hacer el amor desde el tiroteo en el hotel. Puede que los dos estuviéramos demasiado afectados.

Tras haber matado a Franco, Michael parecía distinto, como si se hubiera asentado en su papel y fuera el hombre que se suponía que tenía que ser. Yo había aceptado que nunca sería un hombre normal, que nunca nos haríamos mayores juntos en una casita llena de amor y de niños. Por mucho que quisiera alejarlo de esa vida y fingiera que nunca iba a ser capaz de amar a un asesino peligroso, sabía que no podría.

Lo amaba.

Pero había demasiados obstáculos.

—Divertirme antes de enfrentarme a mi padre. —Lo dije de forma tranquila, como si fuera algo trivial el hecho de volver a verlo después de todo lo que había pasado. Por dentro se me rompía el corazón.

—No lo juzgues con excesiva dureza, Francesca. Dudo que supiera lo que planeaba Franco.

—Yo ya no sé qué pensar. ¿Fue Franco quien planeó los asesinatos o era Dante el que estaba al cargo de todo? Y, por otra parte, ¿acaso importa? —Me había contado todo lo que su padre le había dicho, abriéndose de una forma que no me esperaba en absoluto. En ese momento dejé de pensar siquiera en enfrentarme al amor que sentía por él.

—Espero que tu padre pueda aportar alguna respuesta.

—Ya veremos. —Me reí al verle adelantar una mano hacia mí, ofreciéndome una copa de champán—. Vaya… un poco tarde, pero ya tenemos nuestro champán. —Acepté la copa y nuestros dedos se rozaron.

Gruñó y me apartó el pelo de los hombros, lamiéndome la nuca.

—Tu piel me sabe dulce. Puede que no necesitemos las burbujas…

—No, seguro que no. He trabajado mucho para conseguir esto. —Al fin me sentía tranquila y contenta, como nunca desde que empezó la locura en la que me había visto envuelta. Estaba dispuesta a renunciar al dinero y marcharme a vivir mi vida, y eso me liberaba por completo.

—Tienes razón. — Me estrechó entre sus brazos y me balanceó de un lado a otro, tarareando una hermosa melodía en mi oído.

—Como sigas así no vamos a salir a cenar… —¿Qué estaba tramando? Siempre lleno de sorpresas.

—Podríamos llamar al servicio de habitaciones, pero…

Mi risa parecía flotar hacia el océano, arrastrada por la suave brisa.

—Nunca más.

—Nunca digas nunca.

Noté el tono ahogado y, cuando se dio la vuelta, me preocupé.

—¿Pasa algo malo? No eres el mismo. Me gustaría que me contarás que pasó la otra noche, cuando saliste tú solo.

—Vamos a hablar, sí, pero no sobre ayer por la noche. Tenía unos asuntos que atender, y lo debía hacer yo sólo. Nada más.

—¿Sobre lo de mañana? —insistí.

Se apoyó en la barandilla de hierro forjado y miró hacia la orilla.

—Te libero.

—¿Perdona? ¿Qué quieres decir?

—Lo que hice, independientemente del objetivo que perseguía, interrumpió tu vida, y fue muy injusto para ti. Tienes que construir esa vida que deseas tan desesperadamente. Yo no soy tu amo, ni tu dueño. Eso no es lo que debe ser, de ninguna manera, y no es forma de construir una vida juntos.

—No hagas eso, Michael. No te atrevas a hacerme eso. Tengo una vida por delante. Contigo. —La claridad se abrió paso en mi mente. Pensaba que no le amaba—. Quiero pasar mi vida contigo. ¿Es que no te das cuenta?

Pareció enternecido, y la sonrisa regresó a sus labios.

—Pero piensa un poco. Lo que yo te puedo ofrecer es una vida llena de peligros, en la que siempre tendremos que mirar hacia atrás…

—¿De verdad crees que habrá mucha diferencia con la que iba a llevar si no hubieras aparecido tú? Yo siempre seré un objetivo, viva donde viva o me haga llamar como me haga llamar. Eso es así, date cuenta.

Suspiró y se pasó la copa de una mano a otra.

—No quiero hacerte daño.

—Pues entonces, no me lo hagas. —Le puse la mano sobre el brazo y sopesé mis palabras—. No me cierres las puertas. Podría soportar casi cualquier cosa, menos eso. —Al ver que no decía nada, pensé que lo había perdido—. ¿Cómo te atreves a traerme a este lugar tan romántico y maravilloso, fingiendo que me quieres y así, de repente, cerrarme las puertas de tu vida? He bajado a los infiernos contigo porque te amo.

Alzó una ceja y me miró fijamente.

—¿Me amas?

—Si. Te soy sincera, no sé si debería, por todos los diablos, sobre todo cuando te comportas como un estúpido petulante, pero te quiero. Te quiero, y que Dios me ayude.

Gruñendo, me acerqué a la puerta, y gemí en el mismísimo momento en el que me agarró por la muñeca y me llevó contra su pecho.

—No soy una buena persona, Francesca. ¿Es que no lo entiendes?

—Entiendo que eres honorable y cariñoso conmigo; entiendo que encontraste tu humanidad escondida y me salvaste la vida. Para de esconder a ese hombre. Para de luchar con él. ¡Para!

—¿Eso significa que me querrás y me obedecerás, y que me ayudarás en lo que necesite?

¿Acaso estaba bromeando? Hasta ahora me había pasado la vida buscando el centro de mi existencia dentro de mí. Pero en los últimos días todo había cambiado. Por primera vez en mi vida, tenía muy claro lo que quería.

—Yo… sí.

Su gesto se suavizó. En ese momento esos ojos oscuros eran dos ventanas a su alma.

—Te amo, Francesca. Si pudiera darte el mundo entero, te lo daría, pero sólo puedo ofrecerte esto.

Sacó una pequeña caja del bolsillo de la americana. Después recogió las dos copas de champán y las dejó sobre la mesa. Finalmente, hincó una rodilla en el sueño.

—Francesca Alessandro, ¿me concederás el honor de ser mi esposa?

—¡Dios mío! ¡Sí! ¡Sí!

El momento en el que Michael colocó en mi dedo el preciso anillo, me inundó el ferviente deseo de vivir la vida de formas que nunca me había atrevido ni a soñar. ¿Obedecerle? Eso no iba a ser fácil. ¿Aceptar su oscuridad? Encontraría la manera de iluminarla.

Me tomó en sus brazos, y esta vez sus fuertes brazos me parecieron diferentes, incluso más protectores que en los momentos en los que me había salvado la vida. Me aferré a su cuello, todavía preocupada por el momento en el que tendría que enfrentarme a mi padre, pero decidida a superar el pasado. El futuro, fuera el que fuera, lo forjaríamos juntos.

Hasta que alguien nos separara.

Cerré los ojos para ahuyentar el mal presagio, y él me tomó la cara con las manos ahuecadas.

—Te quiero. Nunca seré el hombre perfecto —susurró.

—No busco la perfección. Sólo quiero sinceridad.

—Y la tendrás. —Bajó la cabeza y pasó la punta de la lengua por mis labios. La acción fue muy sensual, algo poco habitual en un hombre acostumbrado a conseguir todo lo que quería de inmediato.

Me estremecí cuando pasó una mano por encima de mi hombro, me acarició con los dedos la espina dorsal y me apretó las nalgas levantándome hasta estar de puntillas. Esta vez fui yo la que apretó los labios contra su boca, presionando hasta que la abrió y pude paladearla por completo, casi hasta la garganta. El beso fue suave, incitante, lleno de pasión.

Michael me sujetó en esa postura, dejando que mi lengua explorara su boca. El poder de nuestra conexión fue creciendo en fuerza e intensidad. Me temblaba todo el cuerpo sólo por el mero contacto. En un momento dado me apretó más contra su cuerpo, y la intimidad entre nosotros fue

mucho más intensa de lo que pudiera imaginar.

Aturdida, le acaricié el pelo con los dedos mientras me imaginaba el resto de nuestras vidas , con los pechos apretados contra su torso. Era la masculinidad hecha hombre, el hombre más excitante, exasperante y peligroso que conocía, pero nunca desearía a otro.

Terminó el beso, inclinó la cabeza y aspiró con intensidad el aire salado que nos envolvía.

—Este seré siempre nuestro lugar especial.

—Me gusta.

Riendo entre dientes de forma provocativa, se echó hacia atrás y me acarició los brazos.

—La de cosas que voy a hacerte…

—Házmelas.

—Humm…, ¿estás segura de que vas a poder con lo que tengo para ti?

—¿Acaso te he fallado alguna vez hasta ahora? —Adoraba el brillo de sus ojos, una pista de su lado juguetón asomando a la superficie.

—Todavía no. —Como había hecho siempre, me quitó el vestido de un tirón, arrojándolo al suelo como si lo único que hubiera que hacer fuera comprar otro. Dio un paso atrás gruñendo roncamente antes de flexionar los dedos y deslizarlos cuello abajo, utilizando los índices para acariciar las areolas y los pezones, ya endurecidos. Seguía las manos con la mirada, moviéndolas desesperantemente despacio hasta poner un dedo bajo el elástico del tanga.

—Creo que ya no necesitamos esto, ¿no te parece?

—Puede que no. —Con un golpe de muñeca rasgó el encaje. Pero esta vez arrojó las bragas por encima de la barandilla de hierro exhalando mientras se alejaban flotando —. Eres muy malo.

—No soy yo el desobediente de la pareja —indicó tras agarrarme el pelo, cerrar el puño y obligarme a doblar la espalda formando un arco. Volvió a emitir sonidos guturales antes de meterse en la boca un pezón, chupando y mordisqueando la suave piel.

Le apreté los antebrazos, maravillada por la potencia de sus músculos y mirando con los ojos muy abiertos las vetas de colores que surcaban el cielo Dios nos había regalado un espectáculo de la naturaleza, un bello intento de repintar el cielo. Gocé del momento en el que jugó con el endurecido pezón, con las piernas temblorosas y relamiéndome sólo de pensar en la oscura potencia de su miembro. Era sobrecogedor en todos los aspectos, demasiado peligroso para ser mi marido.

Esa era la belleza que había en todo lo que experimentábamos.

Movió la boca para morder el otro pezón, negando con la cabeza mientras lo hacía. El dolor fue exquisito, que me inundó de forma gloriosa con una descarga eléctrica que me hubiera gustado que no me abandonara nunca.

Cuando pareció estar satisfecho, trasladó los labios al cuello, me besó el lóbulo de la oreja y después susurró las cosas oscuras y deliciosas que iba a hacerme.

—Voy a azotar ese maravilloso culo tuyo, para recordarte que eres mía. Que tienes que obedecer mis órdenes. Después te voy a follar el coño húmedo hasta el fondo, hasta que grites mi nombre. Después, te voy a atar a la cama, voy a divertirme con tu cuerpo durante horas, sólo para recordarte que no tienes el control. Mi pequeña, querida y sucia zorra…

Me sentía flotando, moviéndome libremente en un espacio sin gravedad lleno de deseo y de lujuria. Apenas me di cuenta de que me empujaba hacia la barandilla. Me ordenó que no me moviera y empezó a atarme las muñecas a las gruesas columnas, tomándose su tiempo como si quisiera presumir de mí ante el mundo.

—¿Te imaginas lo que van a decir y pensar los que te vean atada, desnuda y preparada para que te follen sin restricciones? —susurró echándome el húmedo y cálido aliento en el cuello y los hombros.

—No, señor.

—Humm… ¿Cómo crees que van a reaccionar cuando te azote ese culo enrojecido?

Sofoqué un gemido al mirar hacia abajo, a la calle, muy concurrida a esas horas, y después miré también a derecha e izquierda. Cualquiera que estuviera en las habitaciones contiguas con los balcones abiertos podría vernos y ser testigo del acto carnal. Eso me mortificaba y avergonzaba, pero, apara mi sorpresa, la excitación no paraba de crecer.

—No…, no señor…

—¿Quieres que te castigue, Francesca, para así purgar tus pecados y ser absuelta de ellos?

Dudé y respiré varias veces de forma entrecortada.

El fuerte azote que recibí en la nalga fue un recordatorio de que no podía disgustarlo.

—Sí. Sí, señor, por favor.

Michael enrolló su mano alrededor de mi pelo, tirando ligeramente hasta que mi cuello quedó al descubierto.

—Pues que así sea.

Adiviné que había dado un paso hacia atrás para observarme y estudiarme. Me apoyé alternativamente en cada pie mientras el viento corría por mi cuerpo desnudo. Me sentía viva como nunca, cada músculo de mi cuerpo vibraba. Nunca me había sentido tan excitada, ni tan humillada. La combinación de ambas sensaciones hacía que mi coño se estremeciera, y que su jugo corriera por el interior de los muslos. ¿Cómo era posible que un hombre fuera capaz de ejercer este efecto sobre mí?

Se acercó de nuevo y movió mi cabeza hasta que pudo besarme en la boca. Cuando abrí los labios entró en mi boca un sorbo de burbujeante champán. Después introdujo la lengua, dominando por completo la mía. Mi momento de control había terminado.

El ruido de la hebilla, el tiempo que se tomó para quitarse el cinturón deslizándolo por las crujientes trabillas de lino me empujó hasta un límite mental desconocido. Veía borroso, y mis pensamientos iban del matrimonio a la vida con un hombre dominante. Incluso la forma de pasar

el cinto de cuero por la espalda y de dar suaves toques con él en el culo, primero en una nalga, después en la otra, fue estimulante, y terminó de quitarme el escaso aliento que aún me quedaba.

—Con el placer tiene que haber dolor, pero me da la impresión de que disfrutas forzando tus límites —afirmó mostrando su perspicacia.

No podía negar la realidad de lo que había dicho, ni su capacidad de entender lo que me estaba pasando.

—Sí, señor.

—Entonces empecemos.

El ruido del primer golpe del cuero sobre la piel de la nalga flotó en el aire, fuerte como la vida. Podría jurar que todo el mundo en la calle se detuvo durante un instante y miró hacia arriba para intentar saber lo que estaba ocurriendo. Contuve el aliento mientras empezaba a sentir una pizca de dolor que calentaba el culo de forma extrañamente agradable. Me moví pese a las ataduras, y la brisa alcanzo los pezones, ansiosos por volver a sentir sus labios y sus dientes.

Me separó los pies antes de azotarme de nuevo. Y después otra vez. El movimiento de la muñeca resonaba en mis oídos, lo mismo que los ruidos de la calle. El momento era extrañamente fascinante, y me transportaba al inicio del nirvana.

—Me encantan las marcas que te estoy dejando en el cuerpo —dijo con tono relajado al tiempo que pasaba los dedos por el culo—. Pero necesitas más. —Me aplicó varios golpes seguidos y brutales, uno detrás de otro sin solución de continuidad.

—¡Oh! —Me puse de puntillas, moviéndome de atrás adelante y apretando los puños.

No hubo descanso para mí. El cinturón no dejó de golpearme el culo y la parte alta de los muslos, el dolor llegando a un punto angustioso. Sentí la presión de su mano entre las piernas, y los dedos bailando sobre el clítoris.

—¡Oh, Dios, ¡sí!

Despatarrada, me incliné hacia delante mientras me tocaba, y el clítoris creció de inmediato.

—Deja las piernas bien abiertas, princesita. —Pasó el dedo húmedo por la hendidura del trasero, dando pequeños golpes en la carne.

Los golpes continuaron sin descanso, incluso más potentes, y yo ya no podía evitar los gemidos ahogados. Ya no me importaba si miraban o no. De hecho, hasta me apetecía que alguien estuviera mirando desde las sombras, bebiendo y contemplando la sesión de disciplina estricta. La idea hasta me hizo sonreír, y eso que cada golpe era más doloroso que el anterior.

—¡Oh! Dios, ¡oh…!

Se me puso la carne de gallina tanto en los brazos como en las piernas, y me estremecí.

—Lo estás haciendo muy bien —susurró con voz ronca antes de pasar el cinturón entre las piernas. Los siguientes golpes fueron en el coño.

No hay forma de describir las sensaciones, cegadoras y deslumbrantes, como si en todas las

células de mi cuerpo estuviera entrando en ignición un cohete. Incliné la cabeza gritando hacia dentro y miré las estrellas que empezaban a asomar. Nunca me había sentido mejor.

Michael continuó con el castigo durante unos minutos eternos, pero yo estaba en un estado de ´éxtasis que me consumía por todo el cuerpo. Ni siquiera me había dado cuenta de que se había desnudado ni de que estaba detrás de mí, moviendo las caderas.

—Fóllame. —Me atrevía a susurrar.

—Sí, ahora mismo. —Me pasó los dedos por la columna, me masajeó las doloridas nalgas y me penetró, primero con uno y después con otro. Un instante después sentí su polla, dura como el hormigón, atravesando los labios del coño, penetrando centímetro a centímetro hasta estar toda dentro de mí. —¡Joder! ¡Qué maravilla!

Arqueé la espalda hacia atrás y ondulé las caderas ofreciéndome con descaro, dándoselo todo. Mi cuerpo. Mi alma.

Y mi corazón.

Michael me mordisqueó el hombro y sacó la verga hasta dejar dentro sólo la punta. Jugando conmigo.

Excitándome.

—No pares. ¡No pares, por favor! —Eché las caderas hacia atrás todo lo que pude teniendo en cuenta las ataduras. Mi cuerpo clamaba un alivio.

—Nunca, amor mío. No pararé nunca. —Me penetró con toda la extensión de su polla enorme y palpitante. Mis músculos se relajaron, envolviéndola y aceptándola como suya—. Ahora eres toda mía.

Estaba acostumbrada ya a su agresivo modo de follar, a la forma en la que asumía el control absoluto, pero esta noche las cosas eran distintas. Esta noche suponía mi bautismo a la hora de satisfacer sus necesidades más ocultas. Era una forma de despertar las sinapsis que se establecían entre nosotros. Nos estábamos convirtiendo en un solo ser. Los postes de hierro crujían con sus brutales embestidas, pero yo sólo podía pensar en que lo hiciera más fuerte. Más rápido. Quería que me lo diera todo.

Puedo decir que enloqueció, apretando salvajemente, como si ansiara penetrar más pero no pudiera. Yo me movía con él, contoneando las caderas para recibir sus empujones. Me faltaba el aliento. Veía luces brillantes frente a los ojos, y hasta creo que percibía las exclamaciones de asombro y gozo de la gente que contemplaba el espectáculo.

No pude hacer otra cosa que sonreír.

Todo mi cuerpo ansiaba el clímax, que por fin llegó como una descarga de electricidad generada en los dedos de los pies y que me llevó a los límites del éxtasis

—¡Dios! Dios, ¡voy a…!

Me clavó los dientes en el hombro y gruñó como una auténtica fiera.

Y me corrí, me corrí bárbaramente, un orgasmo que pensé que me iba a desgarrar por dentro.

—Sí, sí, ¡sí!

—¡Así, así! ¡Córrete para mí! ¡Córrete en mi polla!

Moví la cabeza de lado a lado, incapaz de ver y sentir otra cosa que la lujuria en estado puro. Noté el cambio de ritmo de su respiración, que se volvió desgarrada e irregular, y reaccioné apretando los músculos de la vagina y sintiendo un placer inmenso, mucho mayor que otras veces por saber que era compartido.

Cuando la calidez de su semen me llenó por completo, eché despacio la cabeza hacia atrás para saborear la calidez de su cuerpo. Tendría que estar en pleno éxtasis, preparada para gozar el resto de mi vida, pero seguía sintiendo cierta molestia que no dejaba de agobiarme.

La vida de Michael seguía estando en peligro.

CAPÍTULO 16

Capítulo dieciséis

Michael

Familia.

El pedirle a Francesca que se casara conmigo no entraba en los planes iniciales. Previamente había decidido dejarla fuera de mi vida, una vida que siempre iba a implicar dificultades y peligros. Además, yo no era ningún puto príncipe. Rei entre dientes al pensarlo mientras agarraba con fuerza el volante. Estábamos a sólo unas pocas millas de la finca de su padre. Había llamado previamente por teléfono, exigiendo, que no solicitando, una entrevista con Antonio. No pareció sorprendido, de ninguna manera. Tampoco mencioné que ella iba a acudir conmigo.

Ella era mi debilidad, pero también una extensión de mi propia alma. Nunca me había considerado un tipo de los que se casan, pero en el momento en el que escuché el ruido del arma que había acabado con la existencia de un hombre en el que había confiado, me di cuenta de que la vida era demasiado corta. El anillo que le había colocado en el dedo perteneció a mi madre, una de las pocas joyas que apreciaba de todas las que le había regalado mi padre a lo largo de los años. Sabía que ella habría aprobado a Francesca.

El destino tiene sus métodos para emparejar a las personas. Eso lo había aprendido por la vía difícil. Y también me había dado cuenta de que el pasado siempre encuentra la forma de resaltar la importancia de las decisiones que tomamos. Los errores. Los actos malvados. Enfrentarnos al padre de Francesca era importante para ambos.

No era un asunto de dinero. Eso a mí me importaba una mierda. Era un asunto de paz interior, de dejar a un lado el pasado en lugar de borrarlo. Borrar el pasado es imposible.

Hacer el amor con ella había sido una experiencia increíble, bella desde todos los puntos de vista. Después continuamos el uno en los brazos del otro. Eso sí, con la Glock siempre a mano.

En la oscuridad de ese balcón había alcanzado un nuevo nivel de conocimiento más elevado. Mi cerebro se había expandido como si tuviera tentáculos.

Estábamos siendo observados.

No le hablé de mis preocupaciones ni del instinto que surgía de las entrañas, aunque también es verdad que no tenía ningún sentido. Dante Massimo estaba muerto tras sufrir un ataque al corazón. Por todo lo que sabía acerca de la organización de la familia Massimo, no había ninguna amenaza contra la vida de mi padre ni contra la mía. No obstante, todo estaba demasiado tranquilo. Quizá fuera ese el aspecto decisivo de mis preocupaciones. En cualquier caso, la precaución iba a seguir siendo crucial, nuestra principal prioridad.

Noté su mano sobre el muslo, tranquila y relajada hasta que apenas faltaba un kilómetro para la desviación. En ese momento cambió hasta el ritmo de su respiración, que se hizo más superficial.

—No tenemos por qué hacer esto —comenté al tiempo que disminuía la velocidad.

—Claro que tenemos que hacerlo. —Su convicción era absoluta, y ese era otro rasgo suyo que admiraba. Habíamos comenzado nuestro viaje con un montón de mentiras y un acto criminal.

Pero lo terminaríamos con la verdad.

De una forma u otra.

La finca era magnífica, y en medio se levantaba una mansión de estilo mediterráneo, de dos pisos y varios cientos de metros cuadrados de extensión. El terreno y los jardines eran majestuosos, recordaban a una isla tropical. Por todas partes había flores de vibrantes colores que mostraban otro aspecto del lujo paisajístico. Se divisaban muchos metros cuadrados de tierra: viñedos perfectamente alineados, en ese momento repletos de uvas. Crecer aquí era algo inimaginable para mí.

Ella no mostró interés cuando uno de los dos criados que esperaban en el vestíbulo le abrió la puerta. Pese a que ambos la saludaron con cariño, ella se limitó a darles a ambos unos golpecitos en el hombro y después siguió hacia el interior de la mansión.

La seguí tranquilamente, fijándome en la impresionante arquitectura mientras caminaba por el amplísimo vestíbulo. Todo estaba reluciente. Las paredes estaban llenas de cuadros valiosos y había estatuas y columnas de mármol. Su padre no había reparado en gastos para la decoración.

Yo iba siempre detrás de ella, manteniendo cierta distancia y contando el número de empleados con los que nos cruzábamos. Su intento de pasar desapercibidos entre el servicio de la casa fracasó patéticamente. Conté hasta ocho que llevaban armas, y otros dos que parecían perros de presa en lugar de chicos de la piscina.

Antonio estaba nervioso.

Francesca no se molestó en llamar a la gran puerta de madera tallada. Se limitó a entrar con la cabeza bien alta acompañada del sonido de los tacones de sus botas sobre el suelo de terracota. Se había puesto pantalones y botas vaqueras, una ropa muy distinta a la que yo estaba acostumbrado. Lo cierto es que ese atuendo le sentaba casi mejor que los vestidos lujosos.

Su padre pareció frágil e inseguro cuando se levantó, sin alejarse del enorme y muy ornamentado

escritorio. Se miraron sin hacer ningún gesto durante unos segundos hasta que él sonrió levemente.

Oí el sonido de otros cuatro detrás de mí, todos esperando entre bastidores por si surgían problemas. Su padre me lanzó una mirada para reconocer mi presencia. No era tonto. Le habían informado de los diversos detalles del hundimiento del imperio Massimo y de mi participación en el mismo.

—Francesca… —dijo de forma casi sumisa. Era un hombre rico y poderoso, sí, pero sabedor de que había perdido el cariño de su única hija y, al parecer, resignado a ello.

—Padre —dijo sin apenas emoción—, tienes buen aspecto.

Antonio suspiró y rodeó el escritorio dirigiéndose a mí.

—Veo que tenemos un invitado.

—Sabes perfectamente quién es Michael, padre. Estoy segura de que has tenido bastante que ver con los intentos de asesinato contra su padre y contra él. —Habló con absoluta franqueza, y sentí que me invadía la ira.

—Michael Cappalini —dijo Antonio cuando estuvo delante de mí. Me tendió la mano de inmediato—. ¿Cómo está tu padre?

Se la estreché. Sus ojos parecían tristes y cansados. Estaba claro que había sufrido mucha presión.

—Ricardo está bien. No sabía que os conocíais.

Rio entre dientes y me miró con tristeza, o quizá melancolía.

—Te pareces mucho a tu madre. Conozco bien a tu padre, Michael. Hace muchos años éramos buenos amigos. Hemos vivido en continentes distintos, sí, pero hacíamos lo que podíamos para vernos de vez en cuando. Después de todo, ambos éramos hijos de grandes líderes. He sabido que se está recuperando bien.

El hecho de que tuviera conexión con mi padre, otro heredero de la mafia, era fascinante. Un anticipo de los Hijos de la Oscuridad. Recordé lo que me había dicho mi padre. Todo cuadraba.

—Estás bien relacionado…

Rio mínimamente.

—Pues claro, hijo. Las relaciones son cruciales para mi negocio, que esperaba que ella dirija algún día. Pero ahora me doy cuenta de que eso nunca va a pasar. —Antonio se dirigió hacia las ventanas del extremo de la habitación y dirigió una descorazonada mirada a su hija.

—¿Cómo quieres que vuelva a confiar en ti alguna vez, padre? Me vendiste a Franco, escondiéndolo tras el ridículo matrimonio con Vincenzo —espetó.

No respondió. Al cabo de unos segundos, Francesca le agarró del brazo y lo agitó hasta el punto de casi hacerlo tambalearse. Me acerqué a toda prisa y en ese momento él alzó la mano y negó con la cabeza.

—Mi hija merece una respuesta. Doy por hecho que habéis venido a eso.

Ella rio amargamente y levantó la mano como si fuera a darle una bofetada.

—No —dije en voz baja.

Francesca soltó el aire y se retiró.

—Tienes razón. No merece la pena.

Sabía que su reacción desesperaba a su padre y le hacía lamentarse de la decisión que había tomado.

—Sabías que mi padre se había enamorado de Sophia Massimo.

Antonio pareció sorprenderse, al parecer agradablemente, como si se hubiera quitado un peso de encima.

—Sí. Fui yo quien los presenté. Hubo un tiempo en el que yo mismo estuve interesado en Sophia, pero éramos primos lejanos. Cuando se fue a América para desarrollar allí su carrera de actriz, yo estuve al tanto de sus éxitos, e incluso la visité cuando tenía que ir allí por negocios. Ya había empezado a trabajar sin la tutela de mi padre, así que de vez en cuando requerían mis servicios.

—No sabía que tuviera negocios en los Estados Unidos —comenté, sintiendo cada vez más curiosidad

—¿Cómo crees que tu abuelo plantó la semilla de sus negocios allí? ¿O cómo se dio a conocer y se hizo poderoso? —Antonio suspiró—. Tu abuelo era un hombre brutal, más o menos como mi padre. La antigua manera de hacer las cosas. Ricardo y yo queríamos hacerlo de otra forma. Un día le presenté a tu padre a la mujer de la que todavía estaba enamorado.

—Esto no me lo habías contado —susurró Francesca.

Antonio negó con la cabeza.

—Es agua pasada, querida .Sophia eligió y yo pasé página, eso es todo. ¿Qué si estuve resentido? Sólo por un tiempo. Además, Ricardo era fascinante y muy caballeroso. Tenía contactos con gente poderosa de Hollywood. Y se enamoraron casi instantáneamente.

—Dante Massimo nunca te perdonó el que los presentaras. —Mis palabras parecieron quedar colgando en el aire.

Francesca hizo un ruido sordo.

—¿Te obligó a que me convencieras de que me casara con Vincenzo?

—Esa fue una de las razones. Sí. Dante es un hombre que no olvida sus resentimientos y que nunca perdona —musitó—. Quería estar seguro de que seguía manteniendo el control sobre la organización de tu padre, y tampoco estaba seguro de si yo seguía siendo amigo de Ricardo.

—Pero supongo que eso no es todo —sugerí al tiempo que me acercaba. Las piezas empezaban a cuadrar.

Antonio era incapaz de mirarnos a la cara ni a Francesca ni a mí.

—No. Como he dicho, él era muy poderoso. Dante también estaba al tanto de todas las cosas horribles que su hijo había hecho a lo largo de los años. Franco era… el mal en estado puro. Y Dante se había visto obligado a cubrir algunas de sus fechorías.

—Incluyendo la muerte de mi hermana. —Francesca se cruzó de brazos y miró a su padre con gesto de desafío—. ¿Por qué no me dijiste la verdad? Ese hijo de puta te presionó. ¿Por qué no acudiste a las autoridades para que encerraran a ese bastardo? A los dos, padre e hijo. ¿Y cómo puedes haberlo dejado pasar? Lo único que tenéis en común es una mínima y antigua amistad.

—Porque tu padre no podía. ¿O sí, Antonio? —No me gustó nada tener que hacer la pregunta.

Finalmente me miró a los ojos y asintió con respeto.

—No.

—¿Por qué? ¿Qué demonios está pasando, padre?

Antonio se acercó a su hija con la mano extendida, aunque enseguida la retiró. Parecía querer hablar con ella, pero me pareció que no lo iba a hacer. ¿Qué era lo que estaba ocultando?

—¡Claro, eso es! Estabas dispuesto a vender a tu hija debido a tu antigua amistad con Ricardo Cappalini —concluyó Francesca echando chispas por los ojos.

—Lo que hice no estuvo bien, pero sentía que no tenía otra alternativa. —Apenas le salía la voz del cuerpo.

Francesca se volvió a mirarme con expresión lúgubre.

—Bueno, padre, la familia Massimo ha sido destruida. Ya no eres presa de ningún juego enfermo y diabólico. Pero tienes que saber esto: jamás me haré cargo de tu organización. Y no quiero tu dinero. Puedes quedarte con mi fideicomiso, donarlo a obras de caridad. Me vuelvo a los Estados Unidos, donde voy a vivir en paz y rodeada de amor el resto de mi vida. Te doy las gracias por, al menos y finalmente, haberme dicho la verdad. —Se dio la vuelta y salió por la puerta a toda prisa.

Yo miré a Antonio. Vi a un hombre roto, algo parecido a lo que había visto en mi padre tras la muerte de mi madre. Los secretos y las mentiras siempre dejan un rastro de destrucción allá por donde pasan.

—Voy enseguida, Francesca. Tengo que hablar un momento con tu padre. —En ningún momento dejé de mirar a Antonio mientras hablaba. Me pareció que se sorprendía, pero no puso objeciones a que me quedara. No hablé hasta estar seguro de que ella no me oiría. Después me acerqué mucho a su padre.

Antonio abrió mucho los ojos, pero no vi miedo en ellos.

—Amas a mi hija.

—Sí. Con todo mi corazón.

—¿Y de verdad crees que contigo va a vivir mejor?

—Espero que sí. Ya lo iremos viendo.

Me miró con cautela.

—Yo quería otra cosa para ella. Deseaba que fuera una chica normal, viviendo y trabajando en los Estados Unidos. Quería que le ocurrieran cosas maravillosas, que no tuviera que vivir siempre en los alrededores del infierno y quemándose muchas veces, como me pasaba a mí, como le pasó a tu padre y como creo que te va a pasar a ti también.

Sus palabras eran sinceras y duras.

—Voy a hacer todo lo que esté a mi alcance para protegerla. Y te aseguro que de ninguna manera la he forzado al matrimonio conmigo. Ha sido decisión y elección suya, al igual que lo fue tuya el no decirle la verdad. No podemos cambiar el pasado… ¿o sí que podemos, Antonio? Todavía podríamos jugar una última carta, ¿no es cierto?

—No entiendo lo que quieres decir. —Apartó los ojos de mí.

Lo sujeté con fuerza por el mentón para obligarlo a que me mirara a los ojos.

—Vas a hacer lo correcto, y entre otras vas a firmar los papeles que liberan su fideicomiso. Es decisión suya el donarlo a obras de caridad o guardarlo para nuestros hijos. ¿Me has entendido?

—Sí. Claro que te he entendido.

Hundí aún más las uñas en su piel durante unos segundos, furioso por muchas cosas, aunque sólo algunas de ellas tenían que ver con este hombre mayor que se había preocupado tanto por sus dos hijas. Lo solté mascullando maldiciones y me separé de él.

Dudó por un momento y se acercó al escritorio. Sacó una llave del bolsillo, abrió con ella un cajón y sacó de él una carpeta. . Vi como agarraba una pluma, probaba la tinta antes de usarla y firmaba en varias páginas.

—Llévate esto.

Me acerqué rápidamente, agarré los papeles, los metí en la carpeta, la doblé y me la guardé en el bolsillo interior de la americana.

Antonio me miró a los ojos y sonrió abiertamente.

—Haces esto para protegerla. Sabes lo que hay en el fideicomiso, ¿verdad? De la forma en la que está redactado, nunca tendrás acceso a su dinero porque aún no estáis casados. Amas a mi hija, la amas de verdad.

—No quiero dinero manchado de sangre, Antonio. Aprendí muchas cosas de mi madre, pero mi padre me enseñó lo que es el respeto y la lealtad. Voy a seguir siendo un hombre de honor. —Giré sobre los talones, satisfecho del resultado de la visita, al menos en parte.

—Espera. Espera un momento, por favor —rogó.

Me detuve. ¿Acaso había más mierda enterrada?

—¿Qué pasa?

—Tengo que decirte toda la verdad. Lo que hagas con ella es decisión tuya. He perdido a mi hija, pero en cierto modo merece saber toda la verdad. Honor. Tienes razón.

Suspiré mientras me debatía entre irme de allí o volver al escritorio. Mientras me contaba la historia, las imágenes se formaban en mi mente. Amor. Honor. Sacrificio.

Familia.

Al salir de su oficina, me temblaban las manos.

¡Qué puto caos!

* * *

Montecarlo

Una tarde soleada y alegre recorríamos las alfombras rojas del estreno de mi película. Había miles de personas, todas intentando tener una imagen del rey de la mafia que se presentaba como un héroe. De ese material se fabricaban las leyendas del cine, y eso era algo con lo que no quería tener nada que ver.

—¡Rey carnal, rey carnal!

—¿Siempre te gritan eso? Vas a tenerme que explicar exactamente lo que significa —dijo Francesca riendo y con los ojos brillantes avanzando de mi brazo—. ¿Y esa es la protagonista? ¡Madre mía! Parece una princesa de cuento de hadas. Creo que le voy a sacar los ojos con un cuchillo de carne.

Saludé a la multitud y volví a posar para los fotógrafos con gesto de triunfo. Iba a ser la última aparición pública de Kelan Rock, y al menos estaba consiguiendo que la hermosa joven que iba de mi brazo recibiera el tratamiento debido en la alfombra roja. Por supuesto, entre la multitud tenía a varios hombres por razones de seguridad. La instrucción clave era: «Protegedla primero a ella».

En cualquier caso, no dejaba de escanear la multitud, siempre fingiendo estar encantado y que no podría estar mejor en ninguna otra parte.

—No te preocupes, cielo. Tú serás la única princesa de mi vida. Siempre que me obedezcas, claro.

Rei y me aseguré de que todo el mundo pudiera ver el apasionado beso que le di a la mujer a la que adoro. Podía ver con la imaginación los titulares de algunos periódicos de California. ¿Qué más daba? Esto no era más que el negocio del cine y del papel cuché.

—Kelan, ¿estás trabajando en otro proyecto?

—Kelan, ¿ha sido tu última película?

—Kelan, ¿cuáles son tus próximos planes? ¿Hacerte cargo de los negocios familiares?

Las preguntas se sucedían sin solución de continuidad, y yo ignoré la mayoría de ellas. Mi mente estaba en otra cosa, muy distinta. Cuando torcimos la esquina para subir las escaleras, capté un movimiento con el rabillo del ojo. De inmediato empujé a Francesca dentro del edificio y agarré la pistola. Algunos de mis capos se acercaron corriendo.

—¡Lleváosla! ¡Ya!

La gente se volvió loca, pensando que todo estaba preparado para animar el cotarro. Le dirigí una sonrisa reconfortante a Francesca al tiempo que Vincenzo se colocaba a mi lado para protegerme.

Tras entrar en el edificio vi a Dominick sujetando por las solapas a un hombre mayor. Me acompañaron a una habitación vacía, que precisamente estaba preparada como vía de escape en caso de que ocurriera algo. Estaba frenético y muy furioso conmigo mismo, por haberme permitido bajar la guardia.

—¿Qué cojones está pasando?

—Eres un experto en joder las fiestas, compañero —dijo Vincenzo riendo—. Puede que sólo sea un fan sobreexcitado.

—¿Qué pasa, que ahora tienes pluriempleo? ¿Has sido tú el que has llamado a Dominick? —Me habían dicho que Vincenzo estaba deseando trabajar en mi organización. Pero lo que no sabía es que hasta estaba dispuesto a dejarse matar por mí.

—Dominick insistió en estar aquí. Tienes amigos allá donde te hace falta. Por lo demás, sólo estoy haciendo mi trabajo, jefe. —Me echó una significativa mirada y alzó una ceja antes de dirigirse a un grupo de hombres—. Quédate aquí. Voy a averiguar qué está pasando. Y no te preocupes por Francesca. La protegeré con mi vida si hace falta.

Sinceramente, lo creí a pies juntillas, y estuve seguro de que no le iba a pasar nada. Empecé a pasear por la habitación, muy enfadado conmigo mismo por haber decidido acudir al estreno. Nos había puesto, tanto a Francesca como a mí, en el centro de la diana cuando había asuntos familiares mucho más importantes que gestionar. Digamos que tuve una corazonada que decidí seguir. Una mala jugada, en cualquier caso.

Menos de un minuto más tarde, la puerta se abrió.

Empuñé el arma con el dedo en el gatillo mientras un hombre salía de entre la multitud y entraba en la habitación escoltado por Dominick, cuya expresión era casi de entusiasmo.

—Dante Massimo. Pensaba que habías muerto. —Lo miré de hito en hito y reí entre dientes.

Su aspecto era frágil, y tenía los ojos hundidos.

—Como puedes ver, los informes exageraban. —Tenía la voz ronca, probablemente debido a toda una vida fumando puros habanos.

—La verdad es que querías que tu hijo pensara que habías muerto.

—En efecto. Muy astuto por tu parte. —Volvió lentamente la cabeza hacia Dominick.— Veo que tienes amigos, como solía tenerlos siempre tu padre. Me parecen tiempos tristes, no me gusta eso de que las familias mafiosas trabajen conjuntamente. Prefería los viejos tiempos.

—Intentaste matar a mi padre más de una vez. —Hablé con tono tranquilo, sereno. Tenía curiosidad por saber hasta dónde nos iba a llevar esto.

—Tenía mis motivos, pero eso tú ya lo sabes. ¿No es verdad, nieto?

Me enfurecí y miré a Dominick. No quería que nadie lo supiera.

—Aunque compartamos sangre, Dante, no pertenezco a tu familia. Y ahora, vamos al grano: ¿qué diablos quieres de mí? Llevas tiempo observándome, ¿verdad?

—Quería saberlo todo de ti. Es cierto, intenté matarte hace unos años, y ahora lo lamento mucho, te lo juro. Eres sangre de mi sangre, y mi único descendiente vivo. He averiguado cosas sobre ti, entre otras que tienes un concepto muy arraigado del honor. —Dante suspiró—. Esa es una virtud que a mí me habría gustado tener, pero como te he dicho, yo soy de otros tiempos.

—Te lo vuelvo a preguntar: ¿qué demonios quieres de mí?

—Me estoy muriendo, Michael. El costosísimo grupo de médicos que me atienden me ha dicho que no me queda más de un mes de vida. Sólo estoy aquí para hacerte un regalo de boda. Nada más.

Me apetecía escupirle en la cara, pero mi instinto me dijo que le hiciera caso y aceptara aquello que tuviera que darme, fuera lo que fuera.

—Muy bien. Lo acepto y podrás irte tranquilamente, sin sufrir ningún daño. Pero no vuelvas a intentar ponerte en contacto ni conmigo ni con mi prometida, porque si lo haces morirás con algo de antelación.

Sonrió y tosió varias veces. No pude evitar acordarme de John Paul, aunque este hombre sí que merecía morir. Llevaba mucho tiempo mereciéndolo. Le tembló la mano mientras intentaba metérsela en el bolsillo.

Todos los hombres que estaban en la habitación lo apuntaron con sus armas.

Dante levantó la otra mano muy despacio. El sobre que sacó era voluminoso y me limité a agarrarlo, sin abrirlo delante de él.

—Ya has hecho lo que habías venido a hacer. Ahora márchate —ordené.

Me echó una última mirada mientras asentía, como un abuelo miraría a su nieto, y se encaminó hacia la puerta.

—Tienes los ojos de tu madre.

Me mordí la lengua y mantuve la cara muy seria hasta que fue conducido hasta el exterior de la habitación.

Dominick negó con la cabeza mientras se aproximaba.

—Así que tu abuelo, ¿eh?

—Es una larga historia.

Rio entre dientes.

—Siempre lo son, sí. Vete con tu señora. Me aseguraré de que Dante hace lo que le has dicho.

—Te debo una, por esto y por la casa, claro.

—No te preocupes. Sé dónde vives.

He de reconocer que ahora el tener amigos tenía mucho más significado para mí que nunca.

* * *

—¿A dónde vamos? —preguntó Francesca, todavía algo inquieta por lo ocurrido en el estreno.

—A desvelar secretos —respondí. Inicialmente no pensaba ni molestarme en abrir el sobre que me había entregado Dante. La verdad es que no me importaba nada lo que tuviera que decirme. No obstante, me pareció que era de justicia cumplir la voluntad de un moribundo y, al hacerlo, mi mundo volvió a ponerse patas arriba. La información que contenía era tan desgarradora como reconfortante, aunque los términos parezcan incompatibles.

El hecho de que me hubiera legado su hacienda y toda su fortuna en su testamento fue algo a lo que tuve que acostumbrarme más adelante. Dinero manchado de sangre. ¿Cuántas veces había escuchado esa expresión? También era el heredero aparente en lo que a la familia Massimo respectaba. Si esto se unía al imperio de mi padre, el hecho era que íbamos a dirigir un negocio de muchos millones de dólares procedentes del tráfico de drogas y otras inversiones, algunas absolutamente legales. Cuando el tipo muriera habría que tomar una decisión.

Tenía que reconocer el mérito de Dante. Había arriesgado toda su reputación para corregir ciertos errores. Eso nunca borraría el dolor, pero esperaba que le proporcionara cierta sensación de paz al final de su vida.

Francesca volvió la cabeza para mirarme en el momento en el que vimos la señal de entrada.

—¿Cómo?

Tenía las manos tan tensas en el volante que los nudillos se me habían quedado blancos. Esperaba haber tomado la decisión correcta. Al llegar al estacionamiento pude ver un séquito de varias personas esperando en el exterior, entre ellos el propio Antonio, rodeado por varios de sus soldados.

—¿Qué demonios hace él aquí? —preguntó siseando—. ¿Qué estás haciendo, Michael? Esto no me gusta nada…

—Confía en mí. —Estacioné el coche y apagué el motor antes de hablar—. Tu padre tenía una razón muy importante para hacer lo que hizo, y creo de verdad que, en cierto modo, estaba tratando de protegerte. He encontrado información adicional. Dante sabía algo muy importante, y tu padre se vio obligado a seguir sus reglas e indicaciones durante varios años.

—Fuera lo que fuera, no me importa en absoluto.

Le desabroché el cinturón de seguridad, le tomé la mano y le besé los nudillos con ternura.

—Vas a tener que confiar en mí. ¿Podrás hacerlo?

Francesca se relajó y me miró cerrando los ojos varias veces.

—Confío en ti con toda mi alma.

—Gracias. Ven conmigo entonces. —Hice una señal de reconocimiento a su padre, que tampoco tenía ni idea acerca de por qué había sido convocado y la ayudé a bajar del coche. Ella no lo saludó cuando entramos en el edificio. Yo lo había organizado todo hasta donde había podido, incluyendo también algo de tiempo en privado. El resto dependería enteramente de Francesca.

—Buenos días, señor Cappalini. Todo está preparado —dijo la joven que atendía el mostrador señalando una puerta.

—Gracias. —Tuve dificultades incluso para pronunciar la palabra. Tomé de la mano a Francesca y entrelazamos los dedos al tiempo que avanzábamos por largos pasillos hasta llegar a otra puerta exterior.

Cuando salimos al soleado exterior, tuve una sensación de paz. Dante había hecho todo lo que estaba en su mano para reparar todo el daño causado por Franco, a pesar de haber chantajeado a Antonio. Quizá le avergonzaban las atrocidades cometidas por su propio hijo, pero eso nunca lo sabría.

—¿Qué es esto? —preguntó apretándome a mano con más fuerza.

—¿Por qué me has traído aquí? —preguntó Antonio a continuación.

La recepcionista sonrió mientras avanzábamos hacia un patio empedrado, un lugar precioso lleno de árboles y flores, una alegre fuente y el agradable sonido del canto de los pájaros.

—Porque necesitáis sanar —dije con un nudo en la garganta.

—No lo entiendo —musitó Francesca, y entonces vio a la joven sentada balanceándose en una mecedora. Se llevó la mano a la boca y emitió un angustiado sollozo.

La enfermera asintió en dirección a la joven.

—Sasha ha progresado mucho desde que está con nosotros. La mayor parte de sus dolencias físicas están curadas. Todavía no habla, pero los médicos nos han asegurado que, con el tiempo, terminará por librarse de la pesadilla en la que ella misma se ha encerrado. Tener a su familia con ella ayudará enormemente, lo sabemos por experiencia. Ahora les dejo solos.

Padre e hija compartieron la misma expresión al asumir lo que estaban viendo. Sasha estaba viva. Había sido severamente golpeada por Franco, lo que le había hecho perder la capacidad de andar y hablar, y la habían dado por muerta hasta que uno de los hombres de Franco decidió llamar a Dante. Él encontró el lugar perfecto en el que recluirla y contrató la mejor atención médica y psicológica que el dinero podía pagar. . Poco a poco, a lo largo de los años, iba recuperando las funciones cognitivas.

—Dante nos ha hecho un regalo: entregarnos a tu hermana y acabar con el chantaje al que ha sometido a tu padre durante todos estos años. Yo aún no soy capaz de entender la razón que había detrás del chantaje. Es posible que Dante tuviera un extraño y funesto sentido del honor por lo que a su único hijo respecta. Creo que la amargura y el arrepentimiento lo van a acompañar hasta la tumba.

Francesca me miró a los ojos, los suyos llenos de lágrimas y amor, antes de acercarse a su padre y darle un beso en la mejilla. A mí también se me escaparon las lágrimas.

A lo largo de los años, mi propio padre también había hablado mucho de honor, y yo nunca había querido escucharlo. Estaba ciego de ira e incomprensión hacia él, lo que me llevó a actuar de una forma que no tenía nada que ver con la realidad.

¿Era yo un hombre honorable, capaz de darle a Francesca todo lo que necesitaba? Puede que sí. Al menos moriría en el intento. Todavía tenía que informarle de que era una mujer muy rica, y de que, hiciera lo que hiciera con su dinero, yo la apoyaría en su decisión.

Mi querida y hermosa princesa.

Mi esposa.

El amor de mi vida.

Cuando corrió hacia su hermana y las lágrimas corrían por sus mejillas, me di cuenta de que aún tenía el diablo dentro de mí, pero supe también que nunca me robaría el alma. Aprendería a ser un buen hombre.

Fuera como fuera.

F I N

POSTFACIO

Stormy Night Publications le agradece su interés por nuestros libros

Si le ha gustado este libro, o incluso aunque no le haya gustado, le quedaremos muy agradecidos si deja un comentario en la página web en la que o adquirió. Tales comentarios aportan datos de mucho interés para nosotros y nuestros autores, y sus reacciones, tanto las positivas como las que incluyen críticas constructivas, nos permiten trabajar mejor para ofrecer lo que a los clientes les gusta leer.

Si desea echar un vistazo a otros libros de Stormy Night Publications, si quiere saber más sobre la editorial o si desea unirse a nuestra lista de correo, visite por favor nuestra página web:

http://www.stormynightpublications.com

MAESTROS DE LA MAFIA

El Pago es Ella

Caroline Hargrove piensa que es mía porque su padre tiene una deuda conmigo, pero no es esa la razón por la que ahora está a junto a mí en mi coche con el culo irritado por dentro y por fuera. Está húmeda y recién usada, y viene conmigo lo quiera o no porque he decidido que quiero tenerla, y yo me quedo con todo lo que quiero.

Por ser hija de un senador probablemente pensaba que ningún hombre se atrevería a ponerle la mano encima, y mucho menos azotarle el culo a conciencia y poseer su precioso cuerpo de las formas más desvergonzadas imaginables.

Estaba equivocada. Pero que muy equivocada. Tendrá que aprender, y no voy a ser amable enseñándole.

Amazon

OTRAS OBRAS DE PIPER STONE

El Don

Maxwell Powers entró en mi vida después del asesinato de mi padre, pero en cuanto sus penetrantes ojos azules se fijaron en los míos, supe que haría algo más que vengar a su viejo amigo.

No le he visto desde que era una niña, pero eso no le impedirá inclinarme y azotarme el trasero desnudo... o hacerme gritar su nombre mientras reclama mi cuerpo virgen.

Me dobla la edad y es mi padrino.

Pero sé que esta noche estaré empapada y lista para él...

Amazon